SHOUT
SHARE
IT

EUROPA SE VA...

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

TOMO I

LA ALEGRIA DE ANDAR

TOMO II

EUROPA SE VA...

En prensa:

TOMO III

EL OTRO

Z232

EDUARDO ZAMACOIS

OBRAS COMPLETAS

II

EUROPA SE VA...

NOVELA

(ÚNICA EDICIÓN REFUNDIDA POR EL AUTOR)

200577
15|2|26

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1921

ES PROPIEDAD

Será ilegal todo ejemplar que no esté sellado por el autor.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid.

ADVERTENCIA

Este libro fué escrito a fines de 1910 y con el título de Los Emigrantes, *para el popularísimo diario* La Razón, *de Buenos Aires. Luego apareció en volumen, y más tarde en* El Mundo, *de la Habana. Después, en 1913, cambié el título primitivo por este de* Europa se va... *más expresivo y de una elegancia eufónica mayor.*

Mi primer viaje a la Argentina me inspiró esta obra, muchas de cuyas paginas he vivido una a una. Tiene, pues, la emoción sincera de lo que, antes de transmutarse en ficción artística, fué historia.

La figura del personaje central, "Jaime Millanes", es la única trazada sin modelo; y le hice pobre, buen mozo, inteligente y blando de voluntad, porque proponiéndome llevarle por muy diversos rumbos, necesitábale armado de cualidades especiales de adaptación y simpatía; que son el llamado don de gentes y la virtud de adaptarse al medio, dos de los caminos que más derechamente guían al triunfo.

Los otros nombres: Susana Massim, Virginia Bonheur, Duval, los Slottmann, Mr. Alberto, Jorge Bridsbach..., etc., son tipos reales, conocidos por el autor a bordo mismo del Paraná, *o en otra parte.*

Europa se va... *es el primer tomo de una trilogía; el "prólogo" de otros dos volúmenes titulados* Buenos Aires *y* En la Pampa, *cuya acción había de desarrollarse en aquel ambiente magnífico, bello y rotundo, tan propicio a la aventura y al éxito.*

Estos libros no llegaron a escribirse; la vida andariega del autor no lo permitió; pero quiero hacer constar que todavía no he renunciado a ellos...

1921.

Pausadamente, oscilando con vaivén suave sobre la inquietud de las aguas, la lancha, cargada de pasajeros y de baúles, atracó a la escalerilla de embarque suspendida al costado babor del transatlántico. Comenzó el alijo. En la claridad muriente de la tarde, los viajeros, al trepar presurosos unos tras otros, simulaban, sobre el puntal enorme y blanco del buque, un reguero de hormigas.

Sentado a popa de la pequeña embarcación, respirando ese aroma febril—aroma de aventura—de los andenes y de los puertos, Jaime Millanes observaba la escena.

El *Paraná*, inmóvil, magnífico, con sus once mil toneladas, sus chimeneas humosas, semejantes a cráteres en actividad, y sus limpias bordas por donde a intervalos pasaban, cual por una epidermis, los estremecimientos de su formidable actividad interior, parecía un monstruo tendido bajo la serenidad rosada del crepúsculo. A su alrededor apiñábanse pesadas gabarras abarrotadas de equipajes o de mercancías, botes tripulados por vendedores de frutas y lanchas llenas de gente que iban acer-

cándose con raudo y firme compás de remos. Desde una embarcación a otra, y en idiomas distintos, la marinería impaciente y soez se insultaba; todos querían adelantarse, ser los primeros. Arriba, de popa a proa, a lo largo de la obra muerta, bullía una multitud cosmopolita; muchedumbre emigrante de heterogéneo origen y abigarrada indumentaria, que peleaba a gritos con los mercaderes que allá abajo, esparrancados sobre sus barcas, ofrecían naranjas, melones y refrescos. Era un clamoreo ensordecedor, un fragor de batalla. Estos hablaban en italiano, aquéllos en griego, en ruso o en turco, los más en ese dialecto bárbaro, mitad francés, mitad español, que chapurrean los ribereños de Marruecos y de Argel. Pasaban de mil.

Un negro preguntaba:

—¿Cuánto vale media docena de plátanos?

—Una peseta.

—¿Qué dices, ladrón?

Imperturbable, el vendedor repetía:

—Una peseta.

—¿Y no hay quien te prenda?... Por robar bastante menos que tú hay gentes en presidio. ¡Una peseta!... ¡Un tiro en la boca te daría yo!...

El mercader se alzaba de hombros:

—¡Bueno!...

Pero otro viajero gritaba:

—¡Vengan los plátanos! ¡Ahí va mi peseta!...

—¿Tienes el dinero?

—Sí.

—¡Echalo!

En aquel improvisado remate se pagaba adelantado, y esto a nadie ofendía. Las monedas caían

dentro de la barca, a los pies del vendedor, con un tintineo triste, cual gotas de sangre arrancadas por la necesidad a todo aquel rebaño errante y miserable; y las vituallas adquiridas eran izadas inmediatamente a bordo dentro de un cesto.

Jaime Millanes, olvidado momentáneamente de sí mismo, volvió a la realidad. Uno de los tripulantes de su lancha, al aire los brazos robustos y las piernas de bronce, le interpelaba:

—¿Este baúl y esta maleta son de usted?

—Sí, señor.

—¡Vamos allá!...

Tomó ambos bultos en hombros y comenzó a subir la escalerilla; Millanes le siguió apoyando delicadamente en los peldaños, chapeados de hierro, la fina suela de sus botas de charol. Y al separarse de la barca experimentó una inquietud de melancolía, como si precisamente en aquellas tablas, oriundas de España, terminase para él la patria. Se sintió más solo. Acababa de trasponer una frontera. El *Paraná* era francés.

Apenas llegó a cubierta, un camarero, rojo, corpulento, con largos bigotes galos, le abordó:

—¿Qué clase tiene el señor?

—Segunda.

Mostró el billete que le dieron en la agencia de vapores cuando, la víspera, fué a comprar su pasaje.

—¡Ah! Muy bien. Venga usted por aquí.

Rompiendo por entre la muchedumbre, dirigióse hacia popa seguido del marinero que llevaba el equipaje de Millanes. Jaime caminó tras ellos. Subieron al puente, atravesaron un salón de fumar,

bajaron una escalera angosta, pendiente, cuyos peldaños fileteados de bronce eran resbaladizos y brillantes, cruzaron un comedor y siguieron un tránsito tapizado de linóleum y abierto entre dos filas de puertas blancas y pulidas. Sobre la albura encerada del aquel interior, las lamparillas eléctricas, colocadas a intervalos discretos, lucían alegres. El camarero abrió una puerta.

—Aquí tiene usted su camarote; huele un poco a pintura... ¡pero eso no es nada!...

Hablaba sonriendo, con franqueza gascona, como hombre que conoce la utilidad de captarse pronto la simpatía de aquellos a quienes va a servir. Millanes, que jamás había visitado un trasatlántico, examinaba curiosamente la ordenada disposición y arquitectura del minúsculo aposento. El mobiliario era sumarísimo: un lavabo con espejo empotrado en la pared, de modo que apenas emergía de ella algunos centímetros; cuatro camas angostas como tarimas de hospital; una silla. Sobre una de las literas, y en señal de posesión, había un maletín.

"Esta ha de ser mi casa—pensó Millanes—durante veinte días."

Estaba inquieto, con esa zozobra que es, simultáneamente, tristeza y alegría. Después, volviéndose al camarero, cual si sintiese necesidad de conocer a alguien en aquel mundo nuevo para él, preguntó:

—¿El nombre de usted?

—Francisco, señor.

Y agregó solícito:

—Cuando el señor quiera llamarme, le bastará apoyar este timbre.

—Perfectamente. Hasta luego, Francisco.

Tardó pocos minutos en abrir su baúl, para sacar de él varios trebejos de tocador, que fué ordenando en las gavetas del lavabo, y mudarse de traje. En seguida volvió a cubierta. Alrededor del *Paraná*, tranquilo, cual clavado en el fondo del mar, continuaba un trasiego incesante de embarcaciones: dos grúas trabajaban sin descanso trasladando al sollado gigantesco, insaciable como un abismo, del buque, los equipajes y las cajas de cebollas y naranjas doradas que en gran cantidad la región levantina exporta a América.

Los brazos poderosos de las grúas descendían con ingrato chirriar de cadenas hacia las gabarras que se balanceaban pesadamente junto a los costados del transoceánico, medio aplastadas bajo la gravedad de su cargamento; apoderábanse a la vez de varios fardos, baúles de tamaños y colores diversos, maletas, colchones, bultos informes de ropas, componiendo con todo ello disparatados ramilletes que luego de izados muy por encima de la obra muerta y de oscilar grotescos unos instantes en la nacarina claridad vesperal, desaparecían por las escotillas. Era una deglución monstruosa, interminable, que pesando centenares de toneladas sugirió a Jaime Millanes el temor de que el *Paraná* fuera a hundirse.

El transatlántico que, procedente de El Cairo, venía de Nápoles, de Génova y de Marsella, cargado de emigrantes, ofrecía en aquellos momentos el aspecto pintoresco de los bastidores de un teatro. Aprovechando esa dulce indisciplina que relaja la vida de a bordo durante las horas que el buque

permanece anclado, los emigrantes rebasaron los límites de su demarcación e invadían la cubierta: había chinos de nariz menuda y ojos oblicuos, que llevaban en sus semblantes redondos la amarillez del sol; negros senegaleses, vestidos con los bombachos sangrientos y las chaquetillas azules de los zuavos; griegos pálidos y judíos de aguileño y astuto perfil; turcos corpulentos, bronceños, contemplativos, bajo sus gorros puntiagudos y rojos; sirios y armenios envueltos en trajes andrajosos; rusos de ásperas y frondosas barbas; egipcios, servios, búlgaros, albaneses, argelinos, montenegrinos, italianos... y todos revueltos componían una muchedumbre harapienta, descalza, vocinglera, horriblemente sucia, tan pronta a la melancolía de la obediencia como a la rebelión.

Curioseando de un lado a otro, Jaime Millanes subió al castillete de proa, donde las mujeres, especialmente, perezosas y abúlicas, como sujetas aún a la inacción de la vida oriental, yacían en el suelo, inmóviles, medio desnudas, bajo sus ropas flotantes, los humildes y hermosos ojos muy abiertos. Apenas hablaban: sin duda las emociones de la travesía y la sucesión interminable de paisajes habían emborronado las ideas de su corto magín; parecían idiotas. Los hombres fumaban sus pipas y jugaban a los naipes; muchos dormían; otros que lograron comprar a bajo precio un buen melón, lo tajaban en pedazos que luego vendían al menudeo entre sus compañeros, con lo que su bolsa salía crecida y mejorada.

Había sonado el primer aviso de la sirena; grito áspero, imperativo, que vibró desgarrador, seme-

jante a una despedida, hasta en los ámbitos más distantes del puerto valenciano. El tráfago iba apaciguándose: la escotilla de popa ya estaba cerrada, harta; únicamente la grúa de proa continuaba en actividad. Muchos botes regresaban al muelle, al compás lento de sus remos; las gabarras, aligeradas de su carga, se alejaban también balanceándose alegres, con una ufanía de animales en libertad, cual si tuviesen conciencia de que el trabajo había terminado.

La tarde agonizaba en la calina sofocante de aquel día de agosto. Eran más de las siete: las sombras nocherniegas entintaban rápidamente las lejanías del paisaje; las casas del Grao se apelotonaban confundiéndose en una mancha obscura; aquí y allá, a lo largo del muelle, iban encendiéndose esas luces extrañas—luces de misterio—unas verdes, otras rojas, que son para la gente marinera el idioma de los puertos. Los focos eléctricos suspendidos a gran altura, hundían en las aguas tranquilas sus reflejos, semejantes a hondísimas raíces de luz. Una tristeza indefinible aleteaba sobre la amplitud circular de la bahía; el cielo se obscurecía por momentos; cesaban los ruidos; lejos los desnudos masteleros de las fragatas y bergantines surtos delante de los malecones, oscilaban en el espacio suavemente como lanzas de un ejército de ensueño y aventura.

En el silencio augusto del mar, la sirena del *Paraná* repitió su grito de angustia; alarido formidable que hizo vibrar, como en un cosquilleo, todas las estamenaras y cuadernas del buque. Sobre el entrepuente algunos viajeros de primera y de se-

gunda clase, se despedían de sus familias: eran pocos; las mujeres lloraban; los hombres, aunque empalidecidos por la emoción, sonreían, mostrándose confiados y optimistas. Había besos, abrazos, recomendaciones. "Ahora se viaja con suma facilidad; un viaje a América no tiene importancia. ¡Si hubiese sido en tiempos de Cristóbal Colón!..." Los pasajeros acompañaban después a sus parientes y amigos hasta el portalón; allí las manos y los labios volvían a juntarse.

—Adiós.

—No deje usted de escribirnos...

—¡Espero tu cablegrama!...

Los viajeros quedaban arriba, acodados sobre la mura; los que fueron a despedirles bajaban la escalera melancólicos, en busca de los botes que habían de volverles al muelle. El botero, sentado a proa, empuñaba los remos. Aún vibraban cordiales y tristes algunas frases.

—¡Buen viaje!...

—¡No nos olvides!...

—¡No dejes de escribirnos!...

—Adiós... Adiós...

Las pequeñas lanchas se distanciaban sin ruido, moviendo sus remos como patas de insectos extraños; sus contornos disminuían, naufragaban, sobre el perímetro gris de las aguas soñolientas; los embarcados en ellas agitaban efusivamente sus pañuelos blancos: era la última caricia de los que regresaban a tierra; la patria se iba...

A Jaime Millanes, que no tenía familia en Valencia, nadie fué a despedirle.

"Mejor—pensó—así me ahorro disgustos..."

Vestía de negro y tocaba su cabeza un sombrero ancho y blando, de color gris claro. Era un mozo de cara inteligente y afeitada, en cuyas actitudes ecuánimes y amables había marcada distinción.

En torno del *Paraná*, insensiblemente, el tráfago disminuía: las gabarras, los botes, los ágiles esquifes del Club de Regatas, que llegaron atraídos por el interés que en todos los puertos inspira la arribada de un gran transatlántico, regresaban a tierra; y, en medio de la bahía, el buque, con sus luces encendidas, sus chimeneas en actividad y la tajante proa orientada hacia el mar, alzaba su enorme mole blanca, como un peñón nevado. Cesó el agrio chirriar de las grúas. La mayor parte de los emigrantes había desaparecido en las profundidades del sollado, y una emoción apaciguadora de silencio invadía la cubierta manchada de carbón y de tierra por el ir y venir de tantos pies.

Jaime interrogó a un marinero:

—¿Salimos esta noche?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Antes de una hora.

Tembló el mozo; su corazón acababa de darle un vuelco en el pecho. "¡Antes de una hora!..." Sentíase aislado, desarraigado, quizás para siempre, de todo; sin pasado, sin presente, cual si la existencia entera se hubiese transformado para él en un camino...

Comenzó a pasearse de una banda a otra, reposadamente, las manos atrás, la vista perdida en el espacio cada vez más negro, lleno de bochorno, donde los relámpagos de alguna tempestad

lontana pintarrajeaban fugitivas grietas de luz. Renacía la normalidad a bordo. Sentados, con aire aburrido, o medio acostados en sus sillas de viaje, había frailes misioneros, de rostro exangüe y luengas barbas bíblicas, que leían devotamente su libro de oraciones; un caballero de bigotes y cabellos rizados, correcto como un maniquí de sastrería, que cortejaba picaresco a una muchacha regordetilla, vestida de blanco; varios mozalbetes elegantes, de tez cobreña y pelo negrísimo, ágiles y elásticos cual acróbatas, que miraban con porfía insistente a las mujeres; dos francesas, artistas de café concierto, trajeadas llamativamente; un hombre de porte señoril, aquejado de alguna enfermedad incurable, que parecía dormitar, la boca entreabierta, las piernas rígidas, mientras abandonaba una mano flaca, lívida, mano sin ilusión ni deseos, sobre el regazo de una joven morena, con largos ojos tizianescos y tristes...; y otros muchos tipos inclasificables, mujeres y hombres, unos mozos, otros viejos, de las más diversas nacionalidades y cataduras. Eran gentes que venían de Marsella, de Génova, de Nápoles, acaso de más lejos, y que ya estaban familiarizadas con las costumbres de a bordo.

Jaime Millanes bajó a su camarote para buscar tabaco, del que previsoramente en copiosa abundancia traía en su baúl. Al entrar, sorprendióle la presencia de un caballero, el dueño, sin duda, del maletín que momentos antes vió sobre una litera.

—Buenas noches...

—Buenas noches...

Reprimió un gesto de disgusto; la perspectiva de

vivir en la intimidad de un desconocido le molestaba.

—Con permiso de usted...

Iba a abrir su baúl. El otro viajero comentó:

—Por lo visto, vamos a ser compañeros de cuarto.

—Así parece.

—Nosotros nos conocemos; ¿no recuerda usted?... Enrique Hernán... Ayer estaba yo en la agencia de vapores cuando fué usted a retirar su pasaje, y el mismo director de la agencia, que es amigo mío, nos presentó.

—¡Es cierto!

Se estrecharon las manos. Enrique Hernán representaba cuarenta años: era sólido y de mediana estatura; hablaba despacio, accionaba poco; un bigote negro cortaba su rostro aceitunado, surcado de arrugas hondas como cicatrices. Jaime Millanes, más joven que su interlocutor, se alegró sinceramente del encuentro; en circunstancias tales aquel conocimiento, aunque liviano, por haber nacido en tierra española le parecía valer una amistad.

—¿Va usted a Buenos Aires?—preguntó.

—Sí, señor; ¿y usted?

—También.

—¿Por mucho tiempo?

Jaime se encogió de hombros; a pesar de sus treinta años, su vida carecía de rumbo y el porvenir se le ofrecía semejante a un inmenso fondo negro, donde bailotease irónico un signo de interrogación.

—No lo sé aún—repuso—puedo quedarme allí... puedo irme... ello dependerá de cómo marchen mis asuntos.

Acostumbrado a viajar y a conocer tipos, Enrique Hernán comprendió que las palabras de Jaime no envolvían doblez.

—No me extraña—replicó campechano—lo mismo me sucede a mí, y soy más viejo.

Volvieron a cubierta sintiendo que la vaga analogía de sus destinos y los veinte días que iban a pasar juntos, expuestos a idénticos riesgos, acababan de acercarles.

Cuantas personas fueron a despedir a los viajeros embarcados en Valencia, se habían marchado; a bordo ya no debía quedar nadie extraño al pasaje. Era noche completa. Los focos eléctricos del muelle abismaban en la profundidad negra de las aguas largos reflejos verticales y paralelos, semejantes a persianas luminosas; sobre el ancho perímetro de la bahía, acribillado de puntitos fulgurantes de infatigable y convulsiva movilidad, resbalaban silenciosas y obscuras, como cuerpos muertos, las barcas pescadoras que volvían del mar. Por tercera vez, la sirena del *Paraná* lanzó su ululeo salvaje, que repitieron los rincones todos del puerto y fué a extinguirse suspirante en la planicie de la inmensa huerta valenciana.

Enrique Hernán exclamó:

—¡Ahora es cuando nos vamos!

Comenzó la operación de levar anclas. Desde el puente, el comandante Beraud, ventrudo y redondo, dentro de su guerrera azul y de sus calzones blancos, ordenaba con voz estentórea las maniobras, órdenes que el contramaestre repetía y los marineros, distribuídos a popa y a proa, ejecutaban diligentes. En el silencio, su acento gascón, lleno de

imperio, resonaba triunfal. Avanzaba la maniobra. Una vibración jubilosa estremeció al transatlántico en toda su eslora; parpadearon las lamparillas eléctricas y una fresca bocanada de aire oreó la cubierta. Al librarse de la esclavitud tenaz de las anclas, el buque comenzó a virar lentamente sobre su banda de estribor. Abajo, muy hondo, en las profundidades últimas del sollado, la máquina palpitaba apasionadamente como un corazón. A popa, las aguas, destrizadas por los brazos de la hélice, parecían hervir.

Casi todos los pasajeros de primera y segunda clase oteaban la maniobra desde el puente. Sobre el castillete de proa y a popa, en la toldilla, había también grupos numerosos de emigrantes, cuyas figuras ansiosas, vestidas con trajes de raros colores y formas, surgían cual muecas carnavalescas sobre el fondo obscuro. Otra vez resonó victoriosa la voz del comandante Beraud, y la roda del buque enfiló la entrada del puerto.

Las chimeneas lanzaron al espacio densas espirales de humo, tableteó en las entrañas del buque un trueno hondísimo, y por el mar encalmado, fresco, pleno de cuchicheos misteriosos, la mole blanca del *Paraná*, con su carga sagrada de hombres y de ilusiones y todas sus luces encendidas, avanzó magnífica.

Transcurrido aquel interesante momento, muchos pasajeros regresaron a sus camarotes; otros volvieron a ocupar sus sillas de viaje, o permanecieron de pie mirando al mar, oscilante y pavoroso, bajo la fosforescencia insegura de la luz astral. Los perfiles de la costa habían desaparecido totalmente en

la tiniebla nocturna; únicamente los faroles del puerto, sembrados a lo largo de los malecones, certificaban que la tierra todavía estaba allí. El *Paraná* forzó su marcha, con lo que aumentó la intensidad del viento, que soplaba de proa; el jadeo profundo de la máquina arreció también; el buque caminaba gallardo, lanzando por sus costados dos chorros de agua que se curvaban al caer como barras de plata, y las olas, destrozadas por el tajamar, derivaban raudas hacia popa, con un bullicioso hervor de espumas.

Hernán y Millanes, en pie tras un ventilador, cuya ancha boca les resguardaba del aire, charlaban apoyados contra la barandilla de babor, de espaldas al mar. Era Enrique Hernán uno de esos hombres usados por la vida, cuyo trato sencillo inspira confianza; había sido capitán de barco y en la actualidad dirigía una fábrica valenciana de productos químicos.

—Es una sociedad en comandita—explicaba—que se dedica al cultivo y exportación del cacahuete. Con este propósito voy a Buenos Aires, y según la importancia que allí adquiera mi negocio, nombraremos un corresponsal exclusivo, o estableceremos un depósito al frente del cual me quedaría yo. Como usted sabe, el cacahuete tiene numerosísimas aplicaciones, y constituye una de las principales riquezas de la región levantina.

Y al advertir que sus declaraciones producían asombro en el espíritu, evidentemente poco práctico, de su interlocutor, concluyó sonriendo:

—Yo, de muchacho, antes de estudiar para piloto, tuve aficiones artísticas: quise ser pintor.

Afortunadamente pronto advertí que los pinceles no me darían de comer, y rompí mi paleta. Más tarde, cuando la vida de a bordo comenzó a fatigarme, me dediqué al comercio; no hubo otro remedio: soy viudo y tengo dos hijas, ya mujeres; por eso me aplico a buscar la parte útil de la vida. ¡Lo siento, pero, en fin!... A mi edad el hombre debe aprovechar bien su tiempo, porque le queda poco.

Millanes se había ensombrecido:

—¡Es verdad!—exclamó—. ¡Muy verdad!...

Habló sin levantar los ojos, cual si respondiese a los cargos de alguna voz antigua e implacable que tronase acusadora en su interior.

—Yo soy músico—añadió—; en Madrid vivía dando lecciones de violín y de piano; también estrené algunas zarzuelas... No soy, por tanto, lo que vulgarmente llamamos un "vencido". Si emigro a América, no es porque no pueda vivir en España; es porque quiero y debo triunfar pronto de la vida; porque merezco tener más, mucho más, de lo que el mundo ingrato me dió hasta aquí.

Su orgullo de artista se rebelaba indomable, como una erupción, bajo su aspecto general, apacible y cortés. A la afirmación categórica de Millanes, su interlocutor contestó vagamente:

—Sí, ¡quién sabe!... Yo creo que hace usted bien en ir a Buenos Aires; ¡aquello es tan grande!

Para Enrique Hernán, ese miedo a la emigración que padece la mayoría de los hombres, destruye en la juventud muchas iniciativas preciosas. Sería muy cómodo, como escribió el poeta en un rato de pueril sentimentalismo, "no haber conocido más río que el de su patria". Evidentemente es dulce y

evocadora la silueta de la gótica torre que sombrea la plaza lugareña, donde jugamos cuando niños, y suaves los días vividos al lado de nuestros padres; nadie recela allí de nosotros; todos saben cuál es nuestra hacienda, lo que merecemos y somos, y cuánto podemos llegar a ser; para entrar en una casa nos bastará empujar su puerta... Pero también es innegable que hospitalidad tan larga roe y usa malamente los resortes más viriles del ánimo, pues la convicción de que nuestras necesidades materiales están aseguradas, la uniformidad sedante del horizonte familiar y la ausencia de esas ambiciones que dragan en la conciencia y extraen de ella sobrehumanos vigores, son otros tantos motivos de vulgaridad, afeminamiento y cobardía. Como el cuerpo, el espíritu se robustece con el ejercicio; la inteligencia, con el tormento de un razonar intenso y sostenido; la voluntad, en los azares de la pelea y en los riesgos de la conquista.

Otras causas, según Hernán, apocan también en los sedentarios el desarrollo de la personalidad. El vigor individual es tan ruin, que necesariamente ha de ser "unilateral": el médico sólo entenderá de medicina, de leyes el abogado, de literatura el publicista. Dentro de estas diversas profesiones, cada individuo se fabrica una posición, un nombre más o menos respetable, "un círculo", en suma. Por lo mismo, ejercitarse fuera de la carrera u oficio que cada cual eligió, implica una claudicación, un grave descrédito. ¿Cómo juzgaríamos al leguleyo que se hiciera comerciante, o al pintor que entrase de escribiente en un ministerio?... Diríamos que eran "fracasados", y en la compasión que nos inspirasen

siempre habría una sonrisa. Y como ellos, "los vencidos", lo saben, prefieren arrastrarse bajo los negros horrores del no tener a renunciar públicamente a cuanto formó su personalidad y su historia. Y así vemos tantos abogados en la miseria, y tantos comediantes sin contrata y sin ropa.

—Ese miedo suicida al "que dirán"—prosiguió Enrique Hernán—esa obsesión de mostrarnos ante la sociedad con el "gesto" de una carrera, de un oficio o un arte, desaparecen en la emigración. Apenas trasponemos las fronteras patrias y nos hallamos entre personas que no pueden prejuzgarnos porque no nos conocen, sentimos una emoción nueva, confortante, de rebeldía y libertad. ¡Arriba!... Nadie nos atisba, nadie puede burlarse de nosotros; y, como por ensalmo, sobre nuestra antigua voluntad maltrecha y vencida resurge otra, vibrante de independencia y de arrestos heroicos. Allí un ingeniero no se avergüenza de dar lecciones de guitarra, y quien en su pueblo fué zapatero remendón puede aspirar a ser tenedor de libros... o a casarse con una millonaria. Hablo por experiencia. En el destierro he tratado muchos individuos que vivían bien, aunque empleándose en menesteres que ninguna conexión guardaban con su verdadera profesión. "Aquí nadie nos conoce", decían. Y su aislamiento, que al principio, seguramente, les intimidaba, no tardó en serles útil.

Enrique Hernán concluyó:

—La juventud debe viajar, pues todo cambio de ambiente exige del sujeto una reacción nueva, y este es el medio mejor de fortalecer armónicamente los múltiples recursos de que un hombre inteli-

gente dispone para ganar su pan. Lo desconocido no debe asustarnos; un temperamento valeroso y discreto vive en todas partes, porque en todos los hemisferios la humanidad es idéntica. Además, esas grandes renovaciones de paisaje ensanchan la conciencia; nos parece que el tiempo corre menos y, por lo mismo, que vivimos más. Emigrar equivale a nacer otra vez.

Calló para mirar a una viajera que pasaba cerca de ellos: era joven, alta, rubia, elegante, con aquella indiscutible elegancia que infunden a las mujeres los trajes negros y ceñidos. La aparición de la desconocida distrajo a los dos hombres; el diálogo quedó roto.

—Viste de luto; debe de ser viuda— observó Hernán.

—Tal vez...

—Va en primera clase; se llama Susana.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Casualmente; porque hace poco, oí que el comandante Beraud la decía: "Buenas tardes, señora Susana, ¿está usted mejor?"

—¿Es francesa?

—Sin duda. Se habrá embarcado en Marsella y vendrá mareada.

Vibró una campana. Las diez; hora del té. Varios pasajeros se dirigieron al comedor.

El buen mozo de bigote y cabellos rizados, que hasta entonces tuvo prendida la hebra con la joven regordetilla del vestido blanco, también se marchó muy orondo y gallardo. En cambio, ni las dos artistas francesas, ni los frailes misioneros, que continuaban meditando ante sus breviarios abiertos, se

movieron: a los inquilinos de la segunda clase, la prudente administración del *Paraná* no les daba té.

Hacía frío, y el transatlántico navegaba con viento de banda.

—Me voy a dormir—dijo Hernán—¿y usted?

—Yo iré más tarde; todavía no tengo sueño.

—Entonces, hasta luego.

Se alejó agarrándose a la borda y con las piernas abiertas, para guardar el equilibrio. Jaime Millanes permaneció inmóvil, saboreando el íntimo y sibarítico placer de hallarse solo, mientras veía filar a lo largo del buque las olas revueltas y espumeantes. Pensó en Madrid, recordó a sus amigos...

—Ya me habrán olvidado...

Y sintió un alivio extraño al considerar que nadie hablaría de él. Su espíritu suave, fatigado por los azares de una lucha demasiado fuerte, ansiaba refugiarse en sí mismo: era la voluptuosidad del reposo, algo dulce y recóndito, semejante al deseo inefable de dormir que edulcoró los últimos momentos de Alfredo de Musset.

En la infancia de Jaime de Millanes apenas hubo risas. Sus padres fallecieron casi simultáneamente, dejándole niño. Fué aquel un lance extraño: al padre le mataron de un tiro al salir de un colegio electoral; su mujer, al saberlo, cayó presa de un síncope, del que no volvió. El huerfanito entonces fué recogido por tres hermanas solteronas, algo parientes suyas, que Jaime, más tarde, al recordar sus primeros años, había de designar siempre con la frase, poco caritativa, de "las viejas de la calle del Nao".

Habitaban un pisito entresuelo, y comían misera-

blemente de la ruin pensión que las dejara un tío sacerdote. Todas vestían de negro. Doña Antonia, la mayor de las tres, con sus cabellos blancos y su rostro flaco y como aplastado por la ausencia de dientes, bajo el peso de la frente calva, tenía una vocecilla sutil, aflautada, expirante, debilitada por el poco comer; una voz de hambre. Doña Vicenta, la segunda, usaba peluca: era alta, lacia, desvaída en sus movimientos y actitudes, con ojos enfermizos y tristes, cual fatigados de ver tanta pobreza, y un semblante grande, fofo y macilento, de viejo actor. Doña Dolores, la más joven, era una mujercita levantisca y fibrosa, que dominaba a sus hermanas con el imperio de su voz retadora y cortante. Dolores simbolizaba en aquella casa el pensamiento, la iniciativa y también la acción; lo que ella decía, Antonia y Vicenta lo aceptaban humildes, moviendo afirmativamente sus cabezas ancianas.

Jaime alimentaba un recuerdo porfiado, imborrable, de aquella casa vieja y húmeda; casa sin ruidos y sin sol, en cuyas habitaciones aleteaba silencioso el pájaro gris de la melancolía: muebles deslucidos, feos y de diferentes estilos; retratos al óleo tiznados por la pátina del tiempo; un largo estante cargado de botellas y frascos con medicinas diversas, y pendientes del muro, lánguidamente, como ramas de sauce, largos trozos de papel despegados de la pared por la humedad. En aquel retiro, las horas crepusculares del invierno eran interminables. Llovía. La luz parpadeante y rojiza de un quinqué sin pantalla, recortaba sobre el muro los perfiles de las tres viejas; era algo brujo: doña Antonia, que pa-

decía del estómago, solía cenar un huevo y un mendrugo de pan; doña Dolores repasaba las cuentas de su rosario; doña Vicenta, sentada en un desvencijado butacón de gutapercha, inmóvil y exangüe bajo su peluca, miraba al espacio con esa paz que pone en los ojos la anemia. Cerca de la mesa, el huérfano, que a la sazón contaba doce años, releía sus libros de texto. Nadie hablaba. Un perro, desasosegado por el hambre, iba y volvía de una habitación a otra, y en el silencio resonaba el ruido acompasado de sus uñas sobre el pavimento desnudo.

Tras aquellos años de encierro y de resignada penuria, llegaron para Millanes otros mejores. Había aprendido el oficio de electricista, y sus primeros salarios le proporcionaron la felicidad inenarrable—felicidad sin tasa ni precio—de vivir solo.

Pasaba los días en el taller; las noches las dedicaba al estudio de la música, la gran pasión de su alma. Al fin se colocó de pianista en un café recién inaugurado; el sueldo no era espléndido: cinco pesetas. Millanes, sin embargo, estaba satisfechísimo de sí mismo, y aquel dinero, ganado en la belleza y en la emoción, lo ponía aparte, pues aunque joven, siempre fué ordenado, económico y comedido en sus ilusiones y apetitos.

A los veintidós años estrenó su primera zarzuela, que obtuvo éxito mediocre, y gustó las mieles de ese "primer amor" generalmente funesto a los hombres. La conoció en el teatro; se llamaba Elena Vázquez y era mayor que él. Ella vivía con su madre y pertenecía—*in partibus*—a un socio del Casino de Madrid y mayor contribuyente, que iba a

visitarla tres veces por semana. Millanes la veía de noche, después del teatro y en su misma casa. Cuando calculaba que la servidumbre se había recogido, subía la escalera de puntillas y a obscuras, para no suscitar la curiosidad de los vecinos. Su corazón estallaba.

La puerta del cuarto de Elena tenía un ventanillo enrejado que exhalaba un aire de alcoba, cálido, perfumado como un aliento joven. Millanes, perdido en las tinieblas frías de la escalera, sentíase preso y miraba anhelante por aquel ventanuco, lleno de luz. Luego percibía los pasos de la amada, y el roce de su bata sobre la alfombra como una larga caricia.

Un viaje puso brusco término a estos amoríos. Elena Vázquez embarcó para el Brasil, y Millanes no volvió a saber de ella. Su dolor fué grande, la soledad le angustiaba y esta pesadumbre, quitándole los deseos de trabajar, le llevó a la miseria. Su carácter, laborioso y soberbio hasta entonces, claudicó: acostumbróse a vivir del empeño y a pedir prestado; su voluntad, antes rígida, mostrábase desconyuntada, manejable, propicia a las cobardías peores. Fué una bohemia de dos años, triste y sucia; bohemia estéril, sin dignidad ni orientación.

Afortunadamente, la reacción sobrevino: avergonzado de sí mismo, Jaime Millanes tornó a la lucha, y la asiduidad en el trabajo reintegró a su espíritu la agilidad mental; la voluntad desvaída recobró su antiguo temple. El joven músico volvió a estrenar y aplicóse nuevamente a dar lecciones de piano y de violín. Su vida, sin embargo, era difícil, zozobrante: no llegaba la victoria definitiva, la indiscutible; aquella que para los artistas es, simultáneamente,

dinero y laurel. Y Millanes, que era ambicioso y se había asomado, aunque desde lejos, a los placeres de la vida, quería ser rico antes de ser viejo.

Entonces pensó en América, en Buenos Aires... la ciudad cosmopolita y enorme, nuevo Eldorado que brilla como un faro de bonanzas al otro lado del Atlántico, y susurra una canción sirena de oro al oído de todos los necesitados del viejo mundo...

Una mañana de sol, mañana de optimismos, Jaime Millanes pensó al levantarse:

—Me iré...

Y como lo dijo lo hizo. Ahora estaba allí, sobre el puente del *Paraná*, camino de ese Paraíso que las hadas brujas de la Aventura y de la Esperanza brindan a los hombres. Las duras emociones de aquellos últimos días habían refrescado su ánimo: sentíase rejuvenecido. Su existencia pretérita parecíale algo muy distante, soñado quizás; la imagen de Elena Vázquez ya no le apenaba. ¿Por qué? ¡La vida es olvido!... El mismo recuerdo de «las viejas de la calle del Nao», enjutas, sarmentosas, cobrizas como caprichos goyescos, le arrancó una sonrisa. Respiró fuerte, orgulloso de su libertad. Enrique Hernán, su compañero de camarote, tenía razón: «Emigrar equivale a nacer otra vez.»

Así permaneció largo rato, la vista fija en el vaivén infinito de las olas, adormecido por el isócrono, lejano y poderoso latir de aquel buque, imagen de la vida, pues huía como ella, que avanzaba taladrando la noche negra y sin contornos.

De pronto, sintiéndose demasiado solo, tuvo frío y quiso marcharse. En aquel momento pasaba junto a él un fraile misionero; su figura le impresionó:

aparentaba cincuenta años; era alto, seco, con las barbas pobladas y rizosas, y la tez eucarística de los santos que juntan sus manos implorantes en la melancolía policroma de los ventanales góticos. El religioso saludó en francés.

—Buenas noches, señor...

—Buenas noches.

Caminaron cerca el uno del otro, hacia popa. El viento agitaba irreverente las holgachonas vestiduras del fraile, descubriendo sus flacas piernas vestidas con medias blancas y sus pies huesudos metidos en anchos zapatos de charol. Millanes sintió la necesidad vulgar de decir algo:

—Tenemos mar de banda; me parece que vamos a bailar esta noche.

El interpelado repuso en español:

—No me extrañaría; navegamos cerca de tierra y estas costas de Alicante y de Murcia son muy irregulares. Aquí las olas nunca están tranquilas.

—¿Cuándo llegaremos a Almería?

—Con la marcha que ahora llevamos, mañana a las seis de la tarde.

Hablaba sin vacilaciones, demostrando conocer bien el camino. Bajaron a la cámara, donde se despidieron, encaminándose cada cual a su camarote.

—Que usted descanse.

—Hasta mañana.

Millanes entró en el suyo y se acostó. Enrique Hernán dormía profundamente. Los vaivenes del buque arrancaban al maderamen crujidos dolientes, gemebundeos de tortura que recorrían la longitud de los pasillos iluminados, anegados en la evaporación lechosa de las paredes pintadas de

blanco; y cada movimiento iba acompañado de ruidos cadenciosos especiales: unas veces era el piso, otras el techo, los que se dolían. Unicamente el bataneo formidable de la máquina y el barrenar sin tregua de la hélice, eran los mismos.

II

Al día siguiente Jaime Millanes se levantó temprano; consultó su reloj: las siete. Su compañero de camarote ya estaba despierto; había dormido perfectamente, de un tirón, como en sus buenos tiempos de piloto. Su semblante ancho y bronceado tenía la expresión optimista que dan al rostro los sueños profundos.

—Siempre que viajo—exclamó—me sucede lo mismo: por eso quiero al mar; es una nodriza que acuna muy bien.

Oyeron la voz ruda de Francisco, que gritaba:

—¡Señoras y señores!... ¡Cuando ustedes gusten!... ¡El desayuno está servido!...

A bordo conviene madrugar. Millanes vistióse ligeramente y salió a bañarse. En el corredor saludó a una de las dos artistas francesas que recordaba haber visto la víspera, sobre el puente.

—Buenos días, señora.

—Buenos días.

Correspondió a su saludo con esa amabilidad gaitera, sonriente, peculiar a las mujeres de teatro. Jaime giró la cabeza para mirarla. Llevaba los cabellos despeinados y húmedos. Sin duda volvía

de la ducha. Era alta y robusta. Bajo la fimbria de su bata de baño, traviesamente ceñida a las firmes ampulosidades del cuerpo primaveral, asomaba el hechizo rosado de sus talones desnudos.

Poco después, en el comedor, mientras se desayunaba, Millanes tornó a verla. Vestía un traje blanco, con falda "trabada" y adornos de seda roja. Así ataviada, parecía más joven, y al morder en las rebanadas de pan lo hacía coquetamente, abriendo bien la boca para mejor lucir sus dientes, que eran limpísimos y menudos.

Llegó luego a la mesa un individuo de mediana estatura, completamente afeitado, que saludó a la artista familiarmente:

—¡Hola, Virginia!

—Buenos días, Juan Duval...

—Esta mañana la he oído gritar a usted.

—¿A mí? ¡No puede ser!...

—Ya lo creo.

—¡No puede ser!...

Reía alegremente, derribando la cabeza hacia atrás, mientras con sus manos blancas y pulidas, cuajadas de sortijas, se sujetaba los cabellos. Duval insistió:

—Cuando yo digo que sí...

—Pero, ¿dónde me oyó usted gritar?

—En la ducha.

—¡Ah!... Entonces no lo niego. Tal vez... no me acuerdo... El agua estaba muy fría...

—No era por eso: es que ustedes, las señoras, cuando saben que algún hombre las oye, gritan en seguida...

Ella insinuó un mohín cómico de enfado.

—No quiero escucharle a usted.

—Ni yo a usted.

—Conformes.

—Otro día me hará usted el favor de no chillar tan temprano ni tan alto.

El diálogo prosiguió ágil, ligero, con esa frivolidad picante del ingenio francés. Ella sonreía; él miraba a los viajeros y guiñaba los ojos. Hasta que llegó la amiga de Virginia; regresaba del baño y traía apetito; se encaró con Duval.

—¿Qué haces tú aquí?...

Era grácil, pequeña, el caminar inquieto, la naricilla respingada, los finos labios desbordantes de risa, los ojos espléndidos y azules, un poco asustados; una verdadera cabecita de gorrión, inconsciente y voluntariosa bajo sus cabellos rubios, cortados a media melena. Se llamaba Elena Pilou, y había nacido en Montmartre: éste era su cuartel nobiliario, su gran orgullo. Ella y su amiga Virginia Bonheur se habían embarcado en Marsella; iban a Buenos Aires, al teatro Scala...

Otros viajeros llegaban al comedor en busca del ágape matinal. Unos, los madrugadores, volvían del baño; pero los más salían de sus camarotes, despeinados, macilentos, los ojos sin brillo entre los perezosos párpados cargados aún de sueño. Jaime Millanes saludó a los frailes misioneros, quienes, antes de sentarse a la mesa, permanecieron unos momentos de pie mientras jesuseaban una oración. Después, aprovechando un incidente del diálogo, les interrogó acerca del término de su viaje.

—¿Van ustedes a América?

El más viejo de ellos contestó en español correctamente:

—No, señor; nosotros nos quedamos en Dakar.

—¿Residen ustedes allí?

—No; nuestra residencia habitual es Marsella. En Dakar estaremos uno o dos días, mientras se organice la caravana que ha de transportarnos al interior del Senegal.

Se expresaba con lentitud y fríamente; mas en el recóndito fulgor de sus ojos y en la nerviosa palidez de sus labios, ardía la emoción fanática, el vehemente anhelo de proselitismo, de su alma tenaz y conquistadora. Sin miedo, pero también sin vanidad, habló de los crueles azares que pronto él y sus compañeros tendrían que afrontar, de sus luchas con las fieras, con los insectos venenosos, con las enfermedades, con los salvajes, a quienes iban a enseñar la nueva fe; y, sobre todo, con el cielo: aquel cielo senegalés, eternamente azul, desde donde un sol implacable, refractario a toda civilización, arroja sobre los europeos la muerte.

- Ninguno de nosotros—concluyó—puede resistir aquel clima más allá de dos años.

Hablando así cerraba los ojos tranquilamente, seguro de que su esfuerzo no se perdería, ya que otros hermanos irían a recogerlo y mejorarlo; y su serenidad, a un tiempo mismo apacible y vibrante, era trasunto del poder milenario de la Iglesia, espejo de la Eternidad, que mide por siglos la duración de sus empresas.

Entretanto, Enrique Hernán departía en mal inglés con una familia de gimnastas alemanes: los Slottmann. Eran tres: Evangelina, la esposa; alta,

rubia, membruda y enorme como un luchador; una especie de Walkiria gigantesca, capaz de matar un carnero a puñetazos; Ernesto, su marido; pequeño, redondo y elástico, con los brazos de oso y grandes ojos infantiles, leales y azules; y Mauricia, hermana de Evangelina, delgada, espigadita, pero forzuda y ágil, sin embargo, a despecho de su delicadeza casi pueril; una belleza septentrional reflexiva y dulce, de mejillas nacarinas y carnosas, y alisados cabellos de color de sol. Los Slottmann se parecían: eran tres almas similares, sencillas y alegres, con el regocijo que emana de la simplicidad de costumbres: sus ojos celestes y amables, sus bocas bondadosas, fáciles a la hilaridad, sus facciones carnosas y rosadas, repetían las mismas expresiones ingenuas, y copiaban el bienestar gastronómico de esas figuras que levantan un cuenco de vino en los bodegones de los grandes pintores holandeses. Para hacerse comprender de Hernán, el marido apelaba frecuentemente a la mímica; sus visajes tenían la gracia exagerada de los circos. Todos reían. Uno de los misioneros, el padre Flank, acudió en auxilio de Slottmann, traduciendo al castellano y al francés lo que aquél explicaba en alemán. "El trío Slottmann" iba al teatro Casino, de Buenos Aires, contratado para treinta funciones.

Llegaban al comedor más viajeros; los que ya habían terminado de desayunarse se levantaban y subían al puente, pulido y abrillantado por el baldeo. La fresca y vibrante caricia del viento inspiraba alegría.

El tiempo era magnífico; cegaba la luz; el sol parecía derretirse en la inmensidad impoluta del

cielo añilado y prender en la ondulante crestería de cada ola una carcajada de plata. A estribor, muy lejos, sobre la línea blanquecina del horizonte, el cabo de Palos pintaba una mancha obscura.

El transatlántico marchaba gallardo, con un movimiento de popa a proa, semejante a un galope. El jadeo de la máquina estremecía el casco y trepaba por los masteleros; silbaba el viento en la arboladura su extraña canción de libertad; ante el bárbaro empuje de la roda las olas monstruosas y verdeantes saltaban pulverizadas, deshechas en espumas. En la sinfonía añil y esmeralda del espacio y del mar, sobre la eternidad reverberadora, de blancura absoluta y quemante, del cielo, los ventiladores del *Paraná*, con sus bocas circulares pintadas de rojo, parecían amapolas gigantes.

Cegados por aquel irresistible derramamiento de luz, los viajeros dejaban de mirar al océano: unos se paseaban lentamente, las piernas algo abiertas, los brazos atrás, guardando el equilibrio; otros, tendidos sobre largas sillas de lona, se aplicaban a la lectura.

El puente correspondía por igual a los pasajeros de primera y de segunda clase, quienes, sin embargo, propendían a formar dos grupos. Jaime Millanes iba de un extremo a otro, asomándose a los ojos de gato, aventurándose por las escalerillas de hierro que conducían a cubierta, escudriñándolo todo, deseoso de conocer pronto la vida fuerte y sencilla de a bordo.

Desde el castillete de proa a la toldilla, los emigrantes circulaban libremente. Era una muchedumbre gárrula, sucia y triste, que instintivamente mi-

raba al suelo y sobre cuyos hombros la miseria parecía haber grabado un gesto cobarde de humildad. Oriundos del Oriente, sus ademanes tenían la pereza que infunde el sol y la resignación de los pueblos asiáticos nacidos en la esclavitud. Había algunos ancianos; viejos peliblancos, lacios, con la nostalgia de nieve de los volcanes apagados; la mayoría era joven, pero de una mocedad desilusionada, caída antes de luchar, que daba la sensación de un ejército en derrota. Los hombres, insensibles, como despojos humanos, al calor de la máquina y a los fétidos olores que vaheaban las cocinas, dormían sobre el combés, echados por el suelo, medio desnudos, al aire los pies callosos; muertos parecían. Las mujeres, gordas, greñudas, mugrientas, piojosas, acurrucadas a lo largo de la obra muerta, yacían quietas, mirando al espacio con esa ausencia de emociones que embrutece los ojos de los orientales.

Todos iban descalzos y vestidos miserablemente: la mayoría llevaba calzones bombachos, y sobre las cabezas pequeñas y rapadas el gorro encarnado de los turcos; otros lucían desvencijados sombreros de paja, o "panamás" que acaso vinieron a Europa sombreando los cabellos perfumados de un millonario, y ahora, tras una larga historia de caídas, volvían a América, rotos, sucios, sobre el cráneo de un emigrante; muchos se embozaban en el jaique vistoso poetizado por la leyenda; otros, que ceñían sus frentes con el árabe turbante, vestían trajes cristianos, ridículos chaquets ribeteados con trencilla, o raídas levitas de estrechas solapas, abiertas sobre los pechos descamisados y peludos.

Era una multilud híbrida, harapienta, policroma, clownesca, que, bajo el sol, vista de pronto en su extraño hacinamiento, daba la impresión de un enorme montón de trapos viejos puestos a secar.

Millanes, que entendía el italiano, pudo departir con algunos de aquellos tipos. Más que verdaderos emigrantes, animados por el espíritu viril de conquista, eran en su mayoría fracasados, abúlicos, gente vencida, pisoteada por la desgracia; «exhombres» pasivos, sin ambiciones ni brújula, para quienes aquel largo viaje no sería jamás un camino de victoria, sino el medio de burlar el hambre durante algunos días; los sempiternos inadaptados, siervos de la imprevisión y de la pereza, que la vieja Europa expatriaba implacable.

—Nosotros, por nuestro gusto—le explicaban varios albaneses a Millanes—iríamos a Buenos Aires, pero hemos de quedarnos en el Brasil, porque el gobierno argentino no nos quiere.

La hora de almorzar se avecinaba y los emigrantes, provisto cada cual de un hondo plato de cinc, se ordenaban en fila, aprestándose a recibir el rancho. Sobre el maderamen de la cubierta, manchada de agua y de carbón, los desnudos pies de aquella muchedumbre miserable se apiñaban impacientes.

Jaime Millanes regresó al puente. Allí, como aguardándole, estaba Susana, la joven rubia, vestida de negro, cuyo nombre Enrique Hernán le descubrió la noche anterior. Millanes la ofrendó una respetuosa inclinación de cabeza. Ella le interrogó en francés:

—Caballero... ¿Usted sabe si hoy pueden los señores viajeros revisar sus equipajes?...

—No lo sé; ¿habló usted con el comisario?

—El comisario se ha encogido de hombros; dice que se lo cuente al comandante... y el señor Beraud asegura que él tiene asuntos de más gravedad en que ocuparse, y que me entienda con mi camarero...

Hablaba sin enfado, ligeramente, y entre sus labios, discretamente pintados, el francés, el alegre idioma de los amores rápidos, tenía algo de risa y de canción. Escuchándola Jaime Millanes sentía la cautelosa influencia sexual de aquel cuerpo elegante, suavemente ampuloso; el poder de los grandes ojos azules, húmedos, cual si por su cristal acabase de resbalar una emoción de amor; la interesante palidez de las mejillas, sobre las cuales el hábito de reir dejó hoyuelos felices; la alegría dorada—ufanía de sol—de la cabellera rubia y copiosa; y toda la gracia seductora, en fin, con que el cuello desnudo emergía de la blancura perfumada, blanda y caliente—blancura de terciopelo—del pecho y de los hombros.

Ella prosiguió:

—Acaso el contramaestre pudiera informarnos... ¿No le parece a usted?

—Es muy posible. Voy a sabe.lo. Espéreme usted aquí.

La joven sonrió amablemente, al mismo tiempo que sus cejas arqueadas y finas se juntaban afligiéndose en la tersura de la frente. Su voz tornóse mimosa, suplicante como la de una niña.

—¿Va usted a molestarse?

—Con el mayor gusto.

Bajó a cubierta y, rompiendo la turba de emi-

grantes, buscó al contramaestre. La empresa no era fácil. Sus pies resbalaban sobre el suelo mojado, y un empujón de los que pasaban junto a él, o los cuneos del buque, le quitaban el equilibrio, obligándole a apoyarse en las paredes. Finalmente volvió al lado de Susana victorioso: había visto al contramaestre.

—Dice—explicó—que mañana, de diez a cuatro, la bodega estará abierta. Iremos...

—¿Tiene usted allí también su equipaje?

Millanes repuso, mintiendo:

—Sí... un baúl.

El porfiado repique de una campana vino a recordarles el almuerzo. La joven se despidió con una reverencia profunda, algo teatral... Jaime la vió alejarse, mimbreante, ligera, en la grave elegancia de su vestido negro, sobre cuyo descote resaltaba la albura de la espalda; y, sin motivo, se sintió contento, cual si tácitamente entre él y aquella mujer acabase de quedar prendida la ilusión de una cita.

Cuando llegó al comedor, ya la mayor parte de los viajeros de segunda clase estaban allí, repartidos alrededor de tres largas mesas. Mr. Caubert, el *maître d'hôtel*, instaló a Jaime entre su compañero de camarote y una señorita flaca y rubia, que apenas levantaba los ojos de su plato. Más allá estaban los frailes misioneros, pensativos y callados, dentro del prestigio litúrgico de sus barbas frondosas; un anciano grueso, apoplético, de manos velludas y rojas, que viajaba con sus nietos; un matrimonio francés, con un niño; ella, la señora Ripaud, rubia, espiritual, inerte bajo esa melanco-

lía de las mujeres que vieron frustrado su primer ensueño; él, Casimiro Ripaud, pequeño, flaco, nervioso, el rostro pajizo y una nariz corva llena de voluntad. Y a continuación, Virginia Bonheur y Elena Pilou. Ni un solo asiento quedaba vacío. Las otras dos mesas las ocupaban Juan Duval, los Slottmann, una joven morena, con aire de ingenua, a quien el *maitre d'hôtel*, regocijado y campechano como buen marsellés, daba familiares golpecitos en la espalda; una señora valenciana a quien acompañaba su sobrino, y otros varios tipos en los que Jaime Millanes no había reparado hasta entonces.

La llegada de un nuevo pasajero alegró repentinamente la reunión. Era un joven delgado, de bigote rubio y ojos azules; ni guapo ni feo, ni elegante ni plebeyo, sin que por ello pecase de vulgar; una figura compleja, un fruto de cosmopolitismo, inteligente, desenvuelto, cínico, conversador infatigable, gracioso a su modo, que tenía para cuantos le abordaban una frase y un guiño. Varias voces le designaron a la vez.

—Ahí está el inglés.

—¡Que hable Mr. Alfredo!

—Cuéntenos usted algo...

Por toda contestación, Mr. Alfredo, con gran brío y destreza, imitó dos veces al clarineo guerrero del gallo. Respondiéndole, Elena Pilou y Virginia Bonheur remedaron a dúo el cloqueo de las gallinas. Todos los circunstantes rieron. El inglés volvió a cantar; su voz, penetrante, limpia, atacando vigorosamente las notas agudas, llenaba el salón. Virginia y Elena contestaron, y su cloqueo era arrullador y sumiso. Entonces Juan Duval se puso de pie, imi-

tando a su vez el canto del gallo; fué un canto ronco, cobarde, de animal vencido. El comedor se convertía en gallinero y de pronto el regocijo estalló; una sana explosión de hilaridad voló de mesa en mesa. Todos, niños y adultos, fraternizaron en el imprevisto bienestar de aquella broma. Hubo un momento en que el mismo padre Flank, arrancado a sus preocupaciones, rió a carcajadas.

El inglés fué a sentarse cerca de una señora argentina, joven y buena moza, que regresaba a Buenos Aires con sus dos hijos pequeños. Mr. Alfredo la saludó en español y en voz lo bastante alta para que todos le oyesen:

—¿Ya está usted mejor, señora Voisin?

Ella repuso, siguiéndole el humor:

—Sí, señor; muchas gracias.

—Yo me alegro...

Pronunciaba el castellano arrastrando algunas consonantes y dando a la última sílaba de cada palabra una inflexión lenta, muy cómica. Después interrogó a la joven rubia y flaca, que comía a la derecha de Millanes:

—¿Y la señorita Ana Beccali, está mejor?...

Ella repuso acarminándose, con esa facilidad que las solteronas tienen para enrojecer:

—Yo nunca estuve enferma, Mr. Alfredo; ya lo sabe usted.

El inglés se mostró sorprendido.

—¿Cómo? ¿Jamás ha estado enferma la señorita?

—No, señor.

—¿Y aquello del mareo?... ¿Se acuerda usted?

—No fué nada.

—¿Eh?... ¿Pero se acuerda?...

—No, no me acuerdo... pero, es igual, no fué nada, ya estoy bien, perfectamente bien; no pase usted apuro por mí.

Se emocionaba sin razón, molestada al ver que todas las miradas se fijaban en ella. Mr. Alfredo pareció satisfecho.

—Yo me alegro...

Seguidamente dirigióse a la joven morena, a quien el *maître d'hôtel* parecía dedicar un especial afecto:

—¿Y usted, señorita Teresa, ya está mejor?

Ella afirmó con la cabeza; Mr. Alfredo prosiguió:

—¿Y el señor Duval, también está mejor?... ¡Qué desgracia! No recuerdo otro viaje igual. En este buque todo el mundo está enfermo...

Empezó a comer y ya no quiso hablar con nadie. Los pasajeros reían; Mr. Alfredo parecía empeñado en demostrar que allí nadie gozaba de buena salud. Desde sus asientos, Virginia y Elena, usando de esa agradable tolerancia que hay en la segunda clase de los transatlánticos franceses, disparaban certeramente contra el inglés miguitas de pan.

Miguel y Francisco, los camareros, trajeron el pescado; Mr. Alfredo les interrogó solícito:

—¿Usted, Miguel, cómo sigue? ¡Pobre Miguel!... ¿Cada vez peor, verdad?...

El interpelado aceptó la broma.

—Sí, señor; esto va mal.

—¿Y usted, Francisco? ¿Eh?... ¿Siempre mareado? ¿Es desagradable marearse, Francisco?... ¿Eh?...

—Mucho; sí, señor; muy desagradable...

Aquella pregunta, que tenía la simplicidad de una farsa entre payasos, repetida muchas veces excitaba la hilaridad general.

El buque volvía a tener mar de banda y se movía mucho. El calor era sofocante y los ventiladores, colocados en los cuatro ángulos del salón, no bastaban a refrescar la atmósfera. Un viejo, enfermo de asma, pidió autorización a sus compañeros de mesa para ponerse en mangas de camisa; el pobre hombre se ahogaba. Los viajeros empezaban a sentirse molestados; sus rostros enrojecían y a cada momento los pañuelos restañaban las frentes congestionadas, bañadas en sudor.

De pronto, la señora valenciana y su sobrino se levantaron pálidos, con la lividez cadavérica del mareo; sus ojos se cerraban; sus piernas vacilaban sobre el piso oscilante; iban a caer... Mr. Caubert y los camareros acudieron a sostenerles. La anciana murmuraba:

—Aquí nos ahogamos; aire... un poco de aire...

Mr. Caubert les fortalecía:

—Eso no es nada; pasará en seguida... Suban al puente y descansen...

Las conversaciones cesaron momentáneamente cual si aquel incidente hubiese entristecido a la reunión; hasta que, de súbito, Mr. Alfredo volvió a imitar el canto desafiador del gallo; replicóle Duval en otro tono más bajo; cacarearon como gallinas asustadas Elena Pilou y Virginia Bonheur, y, por ensalmo, renació la alegría.

Se habló del itinerario del viaje.

Según el padre Flank, el *Paraná* tocaba en Almería para recoger setecientos emigrantes que,

por falta de literas, no pudieron embarcar tres días antes en el vapor *Francia*, de la misma compañía.

—Dicen los últimos cálculos del comandante— prosiguió el misionero—que llegaremos a Almería de seis y media a siete de la tarde; en tal caso el nuevo pasaje embarcará en seguida y podremos zarpar esta misma noche.

El diálogo continuó. Insensiblemente los caracteres, al principio borrosos, se perfilaban, acentuándose según la conversación les iluminaba. El matrimonio Ripaud se quedaba en Dakar, adonde el marido, que había sido periodista en Marsella, iba a desempeñar la gerencia de un ferrocarril nuevo. Teresa Lottaro, la italiana morenita, amiga del mayordomo, desembarcaría en Santos, para desde allí trasladarse a Río Janeiro, donde dijo vivir sola y en una casa adornada con muebles muy bonitos. La señorita Ana Beccali residía en Buenos Aires; en la calle Talcahuano tenía una importante tienda de sombreros, y todos los años realizaba dos viajes a París para comprar géneros y adquirir figurines. Duval era actor y también iba a Buenos Aires, a dirigir en el Royal una opereta de gran espectáculo. Mr. Alfredo regresaba de Inglaterra, donde vivían sus padres. Era un políglota notable. A los veinte años fué voluntario a la guerra del Transvaal, en cuya aventura recibió dos heridas profundas. Luego, en vez de casarse, como otros amigos suyos hicieron, había dado la vuelta al mundo representando diferentes casas comerciales: conocía la India, el Japón, los Estados Unidos. Finalmente, se estableció en el interior de la República

Argentina, cerca de Mendoza, donde poseía unas leguas de tierra.

Jaime Millanes, que nunca había podido salir de España, y apenas acertaba a expresarse en mal francés, escuchaba asombrado las confesiones de aquellas voluntades movedizas, espíritus aventureros, políglotas, entretenidos y pintorescos, como películas cinematográficas.

Terminado el almuerzo, los pasajeros se dispersaron: unos se retiraron a sus camarotes, otros subieron al puente. Todo, menos el viento, callaba a bordo; los emigrantes, emperezados por el calor, dormían bajo los toldos que sombreaban bienhechores la cubierta. El trepidar fragoroso de la hélice llenaba el silencio. El *Paraná* avanzaba rápido, hollando el mar tranquilo, intensamente verde, bajo el bochorno cegante del sol; en la boca de los ventiladores las ráfagas del aire zumbaban polífonas, llevando su frescura saludable a las calientes entrañas del barco.

Millanes se instaló en su silla y, leyendo las *Máximas* del amargado y espiritual La Rochefoucauld, se qudó dormido. Cuando despertó eran las cuatro; miró a su alrededor, un poco avergonzado de su pereza, y recogió el libro, que yacía en el suelo. Cerca de él, Enrique Hernán y Juan Duval dormían profundamente; más allá, sentadas, formando semicírculo, Elena Pilou y Virginia Bonheur charlaban en voz baja con un señor grueso, de color aceitunado, pasajero de primera clase. Ana Beccali cosía, puesta de espaldas al mar, para sustraerse a la reverberación de las olas. El padre Flank y los otros frailes meditaban atentamente sobre sus breviarios.

Aun transcurrió media hora sin que Jaime Millanes, cuyos ojos soñolientos se cerraban bajo la luz, acabara de recobrarse completamente. Al fin, se levantó y fué a acodarse en la borda.

Al otro extremo del puente, hacia proa, vió a Susana, que miraba al mar, bruñido, semejante a un espejo herido por el sol. Su silueta solitaria, vestida de negro, surgía elegante sobre el vasto fondo azul.

Pausadamente y fumando un cigarrillo, para disfrazar su emoción, Jaime Millanes fué aproximándose a la joven. Ya estaba muy cerca, cuando ella volvió la cabeza. Se saludaron. El preguntó:

—¿Se encuentra usted mejor?

—Sí, señor; desde ayer me siento aliviada; soy muy sensible al mareo.

—Yo conocía su enfermedad.

—¿Sí?... ¿Cómo?...

Pareció muy sorprendida. Ella estaba cierta de que su interlocutor embarcó en Valencia, y esta afirmación categórica, que bien podía envolver una simpatía, no escapó inadvertida para Millanes. Entonces Jaime explicó lo ocurrido.

—Yo hablaba con un amigo cuando la vi a usted. Pregunté a mi interlocutor: «¿Quién es?...» El repuso: «Creo que se llama Susana, porque hace un momento oí que el comandante la decía: «Señora Susana, ¿está usted mejor?...» De donde dedujimos que los primeros días de viaje fueron malos para usted.

Y agregó sonriendo:

—Perdone usted mi indiscreción; pero... las mujeres hermosas interesan siempre.

Ella repuso llanamente, con sencillez triste:

—En efecto, Susana: ése es mi nombre.

Animado por la melancolía de aquel momento, el joven músico se atrevió a decir:

—Adivino en usted un gran dolor. ¿Es usted viuda?

—Sí, señor. Mi marido falleció en París hace tres semanas. Su cadáver va conmigo a bordo. El era francés, pero vivió en América muchos años y ha querido que le entierren allí donde ganó su fortuna.

Millanes quedó suspenso ante aquella declaración inesperada. ¡Un muerto a bordo, acostado en su caja, vestido de negro, el rostro sin sangre, las manos cruzadas sobre el pecho!... ¡Un muerto que, voluntariamente, regresaba a la tierra distante que trituró su vida para abonarla con su cuerpo, como antes la había fortificado con su esfuerzo, que es abono de voluntad!... ¡Un cadáver que no quería podrirse en Europa, el continente glorioso, pero también infecundo y aplastado bajo el peso execrable de tradiciones, de privilegios y de códigos, donde los que nacieron sin fortuna no se abren paso; tierra seca, de la que la vara de Moisés no arrancaría una gota de agua!... La noticia pareció a Millanes tan extraordinaria y novelesca, que en su espíritu ordenado y sentimental las ideas se desbandaron. Tardó en serenarse.

Al cabo preguntó, por destruir la opresión del silencio:

—¿Es usted argentina?

—Soy francesa, pero desde niña vivo en América. Buenos Aires es mi segunda patria; allí, en su

cementerio de la Chacarita, tengo a mis padres.

Hablaron despacio y calladamente, con esa apagada lentitud que infunde a las palabras la melancolía.

Ella, Susana Massim, viuda de Serventi, aun no había cumplido treinta años; su marido, un gran comerciante devorado por la fiebre de los negocios, casi le doblaba la edad. Ocho meses atrás salieron de Buenos Aires con rumbo a Europa. Leopoldo Serventi, que acaso barruntaba la proximidad de su fin, había querido recorrer algunas ciudades francesas que le traían recuerdos de su primera juventud, adquirir una sepultura perpetua para sus padres, y despedirse de ancianos deudos que le quedaban en París. Allí murió, casi repentinamente, de una parálisis al corazón.

Las palabras de la joven, para quien los lutos de la viudez eran el adorno mejor de su belleza rubia, inspiraron a Jaime la sospecha de que Susana Massim no había sido feliz en su matrimonio, lo que le produjo alivio y egoísta contentamiento. Susana, que de los insomnios y zozobras de aquellos últimos días sólo conservaba la emoción dramática de la palidez, hablaba de Leopoldo Serventi tranquilamente, sin inquietudes en la mirada ni en la voz, cual si aquel hombre, entre cuyos brazos durmió tantos años y que ahora iba en el sollado del *Paraná*, rígido bajo la tapa de un ataúd, no hubiese dejado en su memoria ninguna simpatía. Antes bien, parecía contenta; sus labios rojos discreteaban amables y sus ojos, que acariciaban la visión de una nueva existencia, habían una expresión feliz de libertad.

La ranqueza de Susana Massim fortaleció a Millanes, animándole á seguir su indagatoria.

—¿Le queda a usted familia en Buenos Aires?

—No, señor.

—Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

Ella tuvo un ademán indiferente.

—Lo ignoro; soy joven... soy rica... Acaso me establezca en una finca que poseo en Lomas de Zamora; acaso vuelva a Europa. No sé; no he reflexionado aún... ¡Es tan bonito dejarse mecer por la vida, sin otro consejo que las tentaciones de la última impresión!...

Hubo un silencio durante el cual la voz inacabable de la hélice resonó más fuerte. Susana fingió escrudriñar el horizonte, pero realmente no veía nada; estaba distraída: era uno de esos momentos en que los ojos parecen mirar hacia adentro, buscando en el Pasado.

De pronto Jaime, que, educado por las tres viejas beatas y solteronas de la calle del Nao, no concebía felicidad durable fuera de lo permitido por la ley, exclamó neciamente:

—¿Y si se casase usted?

Miróle ella de hito en hito, desdeñosa; y él, comprendiendo la indiscreción de su pregunta, sintió en el estómago una contracción rara, una especie de frío, que angustió sus entrañas. La joven acabó por sonreir.

—No — dijo —; por ahora no pienso casarme. ¡Horror! Sería una tontería tan grande como la que acaba usted de decirme.

Y luego:

—¿No ha reparado usted cómo la mayor parte de

las comedias terminan en boda?... Diríase que la realidad, imponiéndose a la fantasía de los autores, no les deja pasar de allí; y es porque en literatura, como en la vida, el interés de la fábula amorosa huye del matrimonio.

La aparición de un barco a lo lejos les distrajo con la sorpresa alegre de ver algo humano en la inmensidad desierta del mar. ¿De dónde vendría?...

Muchos pasajeros miraban también, poniéndose una mano sobre la frente, a modo de visera, para evitar la acción deslumbradora del sol; otros corrieron a sus camarotes, a buscar sus gemelos. Después las opiniones se dividían: ¿Era un vapor mercante? ¿Era un crucero?

El *Paraná* varió un poco su rumbo y las costas de Almería, que hasta entonces apenas habían insinuado sobre el horizonte una franja azulina, comenzaron a acercarse rápidamente.

Por momentos su coloración variaba, recorriendo todos los tonos del azul, desde el más claro al más obscuro. Luego aquella larga mancha cobalto que iba surgiendo entre la alegría celeste de la tarde y el verde poderoso del mar, fué descomponiéndose hasta adquirir el color de la tierra. Todos los pasajeros, asomados a la banda de estribor, observaban el panorama que, semejante al cristal de un kaleidoscopio quimérico, a cada nuevo golpe de la hélice mudaba de forma y de luz. La costa almeriense ofrecíase árida, sin vegetación, como la playa de un continente muerto. En las ilustraciones que la imaginación atormentada de Gustavo Doré compuso para la laguna Estigia, de que habla el poema dantesco, Jaime Millanes recordaba haber visto algo

igual. Era un terreno quebrado que se extendía en ondulaciones suaves. Las partes más altas, heridas por los rayos casi horizontales del sol poniente, aparecían teñidas de ocre; el resto ofrecía esa coloración rojiza, seca, metálica, de las tierras donde abundan las minas. Ni un solo árbol rompía el perfil negro pintado por la costa infecunda sobre la luminosidad meridional del cielo; ninguna casa que recordase la presencia del hombre alegraba con sus paredes blancas el panorama obscuro, enormemente triste, bajo la agonía vesperal; y el viajero pensaba que a lo largo de aquella playa maldita la canción del mar, canción inútil que nadie oía, debía de ser muy triste.

Cerca de las siete eran cuando apareció la ciudad de Almería, con sus casitas morunas, pequeñas y blancas, ocultas y como alebradas tras el viejo castillo árabe que todavía, conforme a sus lejanos tiempos de mocedad y heroísmo, parece propicio a defender la entrada del puerto. El *Paraná* acortó su marcha, tanto que en el silencio de las aguas adormecidas por la falta de viento y la proximidad de la costa, apenas se percibía el trueno submarino de la hélice.

Por dos veces la sirena del transatlántico lanzó al espacio un grito desgarrador, "pidiendo práctico", y esa voz de los buques, tan ligada a los momentos de peligro, produjo en los viajeros una emoción de alarma; los que se hallaban en sus camarotes subieron a cubierta, inquietos, para informarse de o que ocurría. El *Paraná*, con su casco y sus chimeneas pintadas de blanco, semejante a un cisne muerto, derivaba hacia el Sur en la serenidad obs-

cura del océano y del crepúsculo; sin duda, alguna corriente submarina lo arrastraba, cogido por la quilla. Pero la máquina funcionó, vibró de nuevo el fiero monólogo de la hélice y el barco recobró su posición, mientras dejaba a popa una ancha trenza de aguas destrizadas, cubiertas de espumas murmujeantes. Aquí y allá, agujereando la penumbra crepuscular, iban apareciendo las luces blancas, verdes y rojas, del puerto, cada una de las cuales clavaba en el cristal temblequeante de la bahía un hilo de color. Otra vez la sirena del *Paraná* despertó los ecos ribereños.

Varios pasajeros de primera clase se acercaron al sitio donde estaban Susana y Millanes. Eran tipos correctos, bien trajeados, un poco graves, como preocupados por la idea de parecer importantes. Un caballero de bigote blanco, vestido con "un completo" gris, saludó a la joven. Aunque hablaba en español, su acento tenía la blandura musical, inconfundible, del idioma italiano.

—Buenas tardes, señora Massim.

—Buenas tardes, señor Conffanieri.

—¡Henos aquí, por fin, en Almería!

Al reir mostraba su vieja dentadura, cuyos largos dientes descarnados, cubiertos de orificaciones, brillaban a la luz. Era alto, huesudo, algo encorvado hacia adelante; y mirando a Susana, sus ojuelos pardos adquirían una expresión astuta y humilde de lascivia senil.

—Creo—exclamó — que mañana podremos ver nuestros equipajes.

—Sí, señor.

—¿Ah, lo sabía usted?

Susana designó a Millanes con un gesto.

—Este caballero tuvo la bondad de preguntárselo al contramaestre.

Jaime se inclinó saludando. Conffanieri miróle de soslayo, y dirigiéndose a la joven replicó con cierta brusquedad:

—A mí acaba de decírmelo el comandante.

—Pues ha sido usted más afortunado que yo.

—¿Por qué?

—Porque el señor Beraud me dijo que él nada sabía, que se lo preguntase a mi camarero...

El volvió a reir: tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y al hablar adelantaba el cuello, actitud que daba a todo su rostro una expresión sensual. Preguntó:

—¿A qué hora piensa usted bajar mañana a la bodega?

—Temprano; apenas me levante.

—¿A las once?

—O a las diez.

—Temprano es, efectivamente; pero, no importa; dispuesto estoy a madrugar.

—¿Y para qué imponerse ese sacrificio?

—Por el honor de acompañarla a usted... y también por el gusto de registrar un poco en sus baúles. Quiero saber cómo va usted vestida interiormente.

Ella lanzó una pequeña carcajada que descubrió la felicidad de su boca limpia y encendida.

—¡Ah, señor Conffanieri; es usted incorregible!... Si algún día conociese a su esposa se lo diría para que le tirase de las orejas.

El reía ingenuamente, contento de que le juzgasen informal y atolondrado como un muchacho.

La viuda prosiguió:

—¿Se ha divertido usted mucho en París?

—Regular.

—Pero siempre bastante más que si hubiese usted llevado a su señora...

—¡Oh, qué pregunta!... Tiene usted candideces crueles...

—Y, ¿qué tal los negocios? ¿Lleva usted muchos cuadros?

—Bastantes; entre ellos dos Teniers y un Van Dyck de primer orden.

De aquella conversación dedujo Millanes que mediaba entre ambos cierta amistad. Jaime se reconocía humillado; desde la aparición de Conffanieri, Susana no había vuelto a mirarle. Tuvo vergüenza de sí mismo, de su ropa limpia, pero modesta, de sus dedos sin joyas; y pensó que debía de ser muy insignificante, cuando aquel vulgar mercader de cuadros le obscurecía.

Al grupo que formaban los tres, se agregaron una joven elegante, de hermosura meridional, que daba el brazo a un inglés alto, esquelético, con largas patillas rubias. Se llamaba Jorge Bridsbach. Era un millonario tuberculoso y dispépsico, roído por las emociones del amor, del juego y del wisky, que regresaba a Montevideo cansado de recorrer por quinta o sexta vez todos los sanatorios y establecimientos de aguas medicinales de Europa. Los médicos, que en temporadas anteriores le habían desahuciado, se maravillaban de volver a verle. Bridsbach no tenía familia. Su amiga Elvira Dettri, artista lírica, le acompañaba por el mundo acechando su muerte.

Jorge Bridsbach saludó a Conffanieri en español.

—Ya el Práctico ha subido a bordo—dijo—y está sobre el puente con el timonel.

—¿Sabe usted—preguntó Millanes—si nos detendremos en Almería mucho tiempo?

—Poco; a lo sumo cuatro o cinco horas; las indispensables para recibir a los emigrantes. Creo que a media noche levaremos anclas.

El *Paraná* franqueó la boca del puerto y avanzó lento por la tersa negrura de la bahía; dió luego una vuelta completa sobre sí mismo, y comenzó a aproximarse a tierra, con pequeñas oscilaciones de popa a proa. En el silencio nocturno trompeteaban los gritos de mando del comandante.

El taladrante repique de las campanas llamando a comer, dispersó a los pasajeros. Aquella noche todos cenaron de prisa, con el deseo de desembarcar pronto; muchos renunciaron al café, para beberlo más tarde en la ciudad.

Cuando Millanes y Enrique Hernán volvieron al puente, el lado babor del *Paraná* casi tocaba al muelle. La operación era interesante; en medio del albo hervor de las aguas despedazadas por la hélice, el transatlántico, con sus bordas altísimas forradas de hierro y su imponente desplazamiento de once mil toneladas, obedecía al timón y se acostaba al muelle dócilmente, como un caballo amaestrado.

Virginia Bonheur y Elena Pilou se presentaron vestidas de blanco, con faldas trabadas y grandes sombreros rojos enguirnaldados de amapolas. El señor grueso, de color de aceituna, que estuvo charlando con ellas por la tarde, las salió al encuentro. Ambas le rodearon, gaiteras y alegres,

exagerando su regocijo llamativo de artistas de café concierto.

—¿Podemos salir ya?—preguntaban.

—Todavía no; hemos de esperar a que pongan el puente.

—¿Adónde va usted a llevarnos?

—Adonde ustedes quieran.

—¿Qué hora tiene usted?

—Poco más de las ocho.

—¡Muy bien, es temprano! Entonces iremos a un cinematógrafo.

Teresa Lottaro y Juan Duval se paseaban del brazo, esperando la hora del desembarco. Los Slottmann también habían sustituído sus sencillos trajes de a bordo por otros mejores. Jorge Bridsbach, el millonario inglés, su amiga Elvira Dettri, y Conffanieri, aderezaban un programa: al primero le habían recomendado cierto establecimiento donde vendían un wisky exquisito... Mr. Alfredo apareció vestido de franela blanca, zapatos de charol, un "panamá" con el ala delantera levantada y la posterior caída sobre la nuca, según la moda boer, y en la solapa un magnífico clavel rojo. Pasaba de prisa, repartiendo saludos y silbando un aire de cancán. La mancha sangrienta de la flor, caída, como una gota de lacre, sobre la albura irreprochable del traje, llamó la atención de las mujeres. ¡Una flor a bordo!... Virginia y Elena persiguieron al inglés, que se dejó alcanzar.

—¿De dónde ha sacado usted ese clavel?

—De mi camarote; lo traigo desde Valencia, metido en agua.

—¡Démelo usted!

—Imposible... imposible...

—¡Ah, muy bien!... Yo le creía a usted más galante.

Mr. Alfredo se defendía de las manos que le solicitaban codiciosas.

—Lo siento mucho—repetía—pero no puedo. Quiero que esta noche las señoritas de Almería... esas señoritas tan confiadas, que nunca cierran las puertas de sus casas, me vean con él...

Escapó corriendo y sin detenerse saludó a la señora Voisin y a Ana Beccali.

—¿No bajan ustedes a tierra?...

La señorita Beccali, lacia y triste, con la melancolía irónica de su fealdad, se apresuró a responder:

—No, señor; nos quedamos aquí... a menos que usted quiera acompañarnos.

—Imposible: en noche de desembarco, las señoritas honestas, como usted, y las madres de familia, son poco divertidas. ¡Adiós!...

Y se alejó haciendo una pirueta que parecía un saludo.

Millanes se acercó a la viuda de Serventi, que, de pie cerca de una luz, leía un libro.

—¿Usted se queda, señora?

—Sí, señor.

—Si lo hace usted por no ir sola, yo me ofrezco a acompañarla...

—¡Oh, de ninguna manera! Gracias; no se moleste por mí.

Miróle fijamente y, a pesar de sus treinta años, debió de juzgarle muy ingenuo y muy niño.

—Dice usted tonterías—exclamó—que descon-

ciertan. Afortunadamente para los dos, las dice usted tan... así... de un modo tan candoroso, que no ofenden.

Sonreía. Muy colorado, sin saber defenderse, Jaime Millanes saludó y se fué. Enrique Hernán le llamaba.

—Venga usted—decía el antiguo marino—venga usted a conocer a nuestros compañeros de viaje. El padre Flank tenía razón: pasan de setecientos...

Una multitud mal vestida se agolpaba delante del *Paraná*, ocupando una extensión de muchos metros.

Sobre el fondo obscuro de la noche sin luna el muelle, iluminado fuertemente por las luces del transatlántico, parecía un campamento.

Era un hacinamiento indescriptible de sillas, de colchones, de atadijos de ropa, de aperos de labranza, de baúles y maletas de diversos tamaños y formas; todo sucio, viejo, deslucido, miserable, cual escapado de alguna catástrofe.

Las mujeres descansaban sentadas en el suelo, rodeadas de su prole; algunas tenían en brazos o dormidos sobre la falda, cuatro o cinco niños. Los hombres, en su mayoría pequeños y enjutos, estábanse de pie, en mangas de camisa, al aire los fibrosos brazos tostados por el sol, mostrando bajo los largos cabellos negros peinados sobre la frente, los rostros afeitados, de color almagre, como la tierra, y voluntarioso perfil. Era una multitud silenciosa que tenía el gesto pensativo, ni baladrón ni cobarde, de las buenas tropas antes de empezar la batalla.

Pronto subió a bordo la noticia de que aquellos

emigrantes hacía tres noches que dormían allí, al raso, esperando la llegada del *Paraná*. Setenta y dos horas comiendo de sus propios recursos, devorando sus últimos ahorros, expuestos al sol, al relente, a los mosquitos, a las inclemencias todas de la tierra, del cielo y del mar...

—¡En verdad—exclamó Hernán indignado, dando un fuerte puñetazo sobre la borda—que si nuestros gobernantes viesen este cuadro, que es un baldón para España, debían morir de vergüenza! ¡Nada de esto sucede en Italia!...

Los emigrantes permanecían inmóviles, callados, sin dar muestras de impaciencia ni de fatiga, impávidos, con el estoicismo árabe de su gran raza.

Por su parte, la muchedumbre de turcos, de griegos, de egipcios y de italianos, que abarrotaba la cubierta del *Paraná,* mostrábase inquieta; los primeros, especialmente, daban grandes voces de enojo. ¿Qué significaba aquel abuso?

Apenas cabían en sus cámaras y aún la administración del buque pretendía embarcar setecientas personas más. ¿Dónde pensaba colocarlas?...

De todo esto tenía la culpa el comandante, y también ellos, que lo aguantaban. Los más exaltados iban de un lado a otro formando grupos hostiles.

Oscar, un albanés de talla hercúlea, levantó los brazos como si jurase.

—¡Quiero que me oigan—exclamó—; al primer español que me moleste le tiro al mar!...

Sobre cubierta y bajo el círculo luminoso de un poderoso foco eléctrico, colocaron una mesa, donde se instalaron el comisario y el piloto. En pie delante del portalón, que dos marineros acababan de

abrir, el comandante Beraud, el contramaestre y el doctor Nazaire, médico de a bordo, todos vestidos con gorra y pantalón blancos y guerrera azul, se aprestaban a recibir el nuevo pasaje. La turba de italianos y turcos, rechazada a empellones por la marinería, habíase replegado hacia la banda opuesta, coronando el castillo de proa, y aquella mezcolanza multicolor de tipos y de trajes componía un espectáculo sorprendente y teatral.

Comenzó el embarque. Los emigrantes iban entrando por familias o en pequeños grupos, y acercándose a la mesa donde se hallaban el comisario y el piloto, declaraban sus nombres y exhibían sus papeles de identificación. El doctor Nazaire, entretanto, les miraba la boca, les preguntaba si sufrían alguna enfermedad contagiosa y, sin otro requisito ni mayor examen, les dejaba pasar. A cada rato exclamaba:

—¡Pero, qué sucios vienen! ¡Qué sucios! ¡Esto es intolerable! ¡Sería necesario ir lavándoles con arena uno a uno!...

Todos, efectivamente, llegaban rotos, la cara y las manos horriblemente tiznadas por la tierra rojiza de Almería y el polvo que el viento acumuló sobre ellos durante los tres días que vivaquearon en el muelle, al aire libre. Apenas embarcados, los marineros les conducían hacia las cámaras hundidas en las profundidades pestíferas y calientes del sollado. Habían entrado muchos y aun quedaban sobre el muelle, esperando su turno, más de quinientos. La operación se realizaba fácilmente; nadie protestaba; acobardado por la novedad del escenario que le circuía, el humano rebaño avanzaba

humilde y sin ruido. Los equipajes eran trasladados a bordo por las grúas, y el transatlántico parecía ir hundiéndose en el agua, según se prolongaba aquella deglución inacabable de hombres y de baúles. El desfile continuaba, repitiéndose con todos los individuos la misma escena. Unos tras otros, los emigrantes comparecían ante la mesa del comisario: decían su nombre, su procedencia, el lugar adonde se dirigían, mostraban unos papeles sucios... ¡y adelante! Ya quedaban menos. Aquello era la España que se iba; la patria vieja, desilusionada, empobrecida por los criminales errores de sus gobiernos, que, como por una vena rota, vertía su sangre mejor, su sangre más joven, en la sentina del *Paraná*. La patria se iba, y para mayor oprobio y dolor, aquellos centenares de hombres emigraban de noche, solos, olvidados de las autoridades, despedidos por la indiferencia glacial de la ciudad dormida.

Espectáculo semejante inspiró a Jaime Millanes deseos de llorar. A su lado, Enrique Hernán también tenía los ojos húmedos.

—España se muere y no lo siente—exclamó el antiguo marino—; por algo dicen que es dulce la agonía de los que mueren desangrados...

Luego de presenciar los primeros momentos del embarque, la mayoría del pasaje de primera y segunda clase, saltó a tierra: los tres Slottmann, Duval y Teresa Lottaro, Virginia y Elena, el matrimonio Ripaud, los frailes misioneros, Jorge Bridsbach y su amiga Elvira Dettri, Mr. Alfredo, Conffanieri y otros muchos, caminaban en pequeños grupos, dibujando, a lo largo del muelle, una caravana elegante y alegre.

A lo lejos, en el hondo silencio nocturno, las risas de las mujeres vibraban argentinas.

Millanes y Hernán recorrieron la ciudad; iban callados, como adormecidos por el ritmo con que sus pasos repercutían en la paz sonora de las calles zigzagueantes y angostas. Las casas, pulcramente enjalbegadas, eran de planta baja, con ventanas enrejadas y verdes, y los arriates de las azoteas festoneados de flores. Ni transeuntes ni coches; nada. Unicamente a prolongados intervalos y en el tropiezo sarmentoso de dos calles, la voz de un sereno—voz de leyenda—cantaba una hora. Eran las once cuando los dos expedicionarios regresaron a bordo. En el muelle había quince o veinte personas; gentes humildes, deudos o amigos de los emigrantes, a quienes el dolor de despedir a los seres amados retenía allí.

El comandante del buque se paseaba por la cubierta, de babor a estribor, el semblante fosco, el aire marcial.

—¡Como esta escena vuelva a repetirse—gritaba—todo el mundo irá al calabozo!

Abajo, en las cámaras, tableteaba como un trueno el murmullo colérico, indescifrable, de una muchedumbre que disputaba en idiomas distintos. Mr. Beraud se asomó a la escotilla de proa, y su vocerrón estentóreo se impuso:

—¡Silencio! ¡He dicho que guarden ustedes silencio!...

El padre Flank, que había vuelto al buque temprano, informó a Millanes y a Enrique Hernán de lo ocurrido. Un grupo de turcos había insultado a un español, en cuyo socorro y ayuda acudieron

diligentes otros paisanos, hasta que, enardecidos unos y otros por los denuestos que se decían, vinieron a las manos, librándose una fiera batalla a garrotazos, puñadas y coces, de donde salieron varios heridos y en la que la gente de Almería supo llevar la mejor parte.

—Esta pelea—concluyó el padre Flank—es la primera de las muchas que hemos de ver, especialmente durante los primeros días, mientras los emigrantes más antiguos se convencen por sí mismos de que los nuevos no son ovejas.

La sirena del *Paraná* había retumbado otras dos veces, y los pasajeros se apresuraban a volver a bordo. Algunos agitaban sus pañuelos como si pidiesen socorro; las mujeres, por coquetería y para inspirar al hombre que las acompañaba el deseo de pellizcarlas, chillaban y corrían titubeando las opulentas caderas dentro de la estrechez de sus faldas trabadas. Mr. Alfredo llegó el último, precisamente cuando tres marineros se disponían a levantar el puente; su aparición fué saludada con un coro de risas.

Las mujeres le gritaban:

—¿Y el clavel? ¿Qué ha hecho usted del clavel?

Mr. Alfredo se miraba la solapa y se encogía de hombros; lo había perdido...

Al filo de la media noche, el *Paraná* zarpó. La mayoría de los emigrantes españoles estaban sobre cubierta, mirando la tierra que no tornarían a ver en mucho tiempo, que acaso no pisasen nunca más, cual despidiéndose de ella con los ojos. Algunos pañuelos, mojados en lágrimas, se agitaban blancos en la obscuridad nocturna saludando a los viaje-

ros. Desde la orilla al transatlántico cruzábanse frases que intentaban ser de consuelo, y eran de desgarro y angustia. Después, los que se quedaban corrieron por el muelle hacia la farola plantada sobre el malecón, a la entrada misma del puerto. A la luz de los faroles y de las estrellas se les vió alejarse, disminuir en la distancia como figurillas de aquelarre, hasta desvanecerse bajo la sombra inmensa. Luego reaparecieron, avanzando precipitadamente por el malecón al encuentro del *Paraná*.

Millanes, Hernán y otros pasajeros mantenían sobre el puente, no queriendo perder las últimas estrofas de aquella suprema elegía, la emoción de soledad, de tristeza inmensa, que iba dejando tras sí aquel pueblo en marcha.

La mole blanca del transatlántico adelantaba sobre las ondas tranquilas. Cuando enfiló la boca del puerto, en medio de la obscuridad y dominando el fragoroso trajín del piélago, resonó un vocerío desesperado, un trueno formidable y desgarrante, de dolor.

—¡Adiós, hijo mío! ¡No me olvides!...— gritaba en tierra una vieja voz.

A la que otra voz juvenil respondía desde el buque:

—¡Adiós, padre!

Anegadas en lágrimas, las mujeres se desgañitaban llamando a los maridos que se iban.

—¡¡Manueeé!!...

—¡¡Juanicooó!!

Las últimas sílabas de aquellos nombres, articulados con la inflexión cariñosa del acento andaluz, rompían el aire como lamentos.

Los interpelados contestaban al azar:

—¡Adiós, adiós!...

Porfiado, inconsolable, se oía llorar un niño.

—¡Hasta la vuelta!

—¡Hasta la vuelta!... ¡Si lo quiere Dios!...

Otra vez la idea sencilla, primitiva, de la divinidad, caia como íntimo bálsamo de resignación sobre aquel vendaval de dolores Aun resonaban algunos gritos. Después, el buque forzó su marcha hacia el Sur, y una tras otra las luces de Almería fueron apagándose en la vastedad negra.

Largo rato Jaime Millanes permaneció solo, echado de bruces sobre la barandilla de babor, dominado por la tristeza de aquel cuadro de lágrimas. Ahora, más que nunca, sentía cómo España iba quedando atrás.

Sus ojos estaban húmedos; su espíritu se abandonaba a la cobardía de las ideas vulgares. Es mala la emigración que despuebla las naciones, y separa a los hijos de los padres, y condena a los hombres a morir en lontanos países...

Felizmente, su voluntad reaccionó pronto; en su cerebro acababa de operarse una gran síntesis, precisa, rotunda, como visión meridiana.

Ese amor fetiquista a la bandera, esa idea mezquina de una patria que se detiene ante un río o un monte, son antiguallas, legado nefando de los siglos viejos. ¿Por qué esa devoción al suelo natal, ni por qué resistirse a salir de él cuando en otro sitio acaso podamos hallar el triunfo, que es vigor y alegría?...

En España, si débil como nación, robusta y prolífica como raza, el sórdido egoísmo del capital por un lado, y de otro el desdichado reparto y lamenta-

ble administración de la propiedad quitan a las clases pobres todo medio de vida. En las ciudades donde la actividad industrial es precaria, porque, como la demanda es corta, los precios se abaratan hasta lo absurdo, el obrero carece de trabajo o ha de sujetarse a jornales exiguos. En el campo, ante la extensión de las heredades baldías, inútilmente feraces, los sobranceros desfallecen de hambre; y, según sus temperamentos, unos se dedican al robo, otros a la mendicidad, la mayor parte al alcohol, el mejor amigo de los desesperados. Siempre el mismo espectáculo tenebroso: la casa infecta, obscura; la alimentación insignificante, la mujer sin belleza, los hijos sin salud. Hoy se empeña un traje, mañana se vende un mueble o se pide fiado; y a todas horas, la lucha a brazo partido con la miseria, y el problema de vivir clavado, como una espada de fuego, de sien a sien.

Hasta que un día el cabeza de familia malbarata sus trebejos, reune a su compañera y a sus hijos, y les comunica su decisión de marcharse a América: una tierra lejana que pide hombres y donde los pobres tienen derecho al aire y al sol; un país de ensueño, cuya situación geográfica no conoce bien, pero que debe de ser maravilloso, por cuanto o no se vuelve de él o se vuelve rico. Y como la necesidad apremia, la valentía de aquellos más osados fortifica y enardece a los cobardes, el arriscado ejemplo cunde, unas familias tiran de otras y, poco a poco, los pueblos van quedando desiertos. A lo largo de los caminos los emigrantes emprenden su éxodo, unos a caballo, muchos en carro o a pie, en busca del mar; lo han resuelto y ya nada les

detendría. Inútilmente algunos escritores sentimentales les gritan desde sus periódicos: "¿Adónde vais?..." Y les hablan de los peligros que les aguardan, y de la melancolía de las distancias. Ellos siguen, siguen... Diríase que el corazón de la patria se ha roto y que los puertos son las heridas por donde la sangre nacional se vierte en el océano, color de esperanza...

Entonces el *Paraná*, avanzando con su carga enorme de hombres, de equipajes y de ilusiones, mostróse a la fantasía del joven músico como un símbolo de la vida, «la eterna inquieta», convulsionada perpetuamente sobre el abismo que separa las playas de cuanto ha sido y ha de ser.

Allende el Atlántico, tendida de Norte a Sur para abarcar todos los climas, estaba América: el continente joven, ubérrimo, trabajador, infatigablemente progresivo, que habla de millones mientras, en un arrebato lírico, levanta a la Libertad la estatua más grande del mundo; el continente hospitalario donde los necesitados de toda la tierra tienen puestos los ojos. Allí estaba Buenos Aires. La gigantesca cosmópolis argentina dolíase de la soledad de su vasto territorio despoblado; de la inútil riqueza de su pampa feracísima, capaz de satisfacer con dos únicas cosechas toda el hambre de Europa: ella necesitaba hombres que continuasen la obra munífica de la naturaleza, que guiaran sus ganados, que roturasen las tierras, que improvisasen ferrocarriles... Y entonces, abrió sus brazos fraternales a la emigración. Fué como un grito jubiloso, como un alborozado clarinear de esperanza, que retumbó hasta en los confines más remotos de los viejos países orienta-

les. Todos lo oyeron. Del otro lado del mar, una voz milagrosa, voz de caridad, repetía:

"¡Hacen falta hombres!..."

En verdad que jamás los viejos pueblos, acostumbrados a destrozarse bárbaramente unos a otros, habían oído un grito tan humano:

"¡Hacen falta hombres!..."

El mismo Jesús, si hubiese resucitado para proseguir la santa obra de paz y de universal amor que le clavó en la cruz, no habría acertado a decir con menos palabras nada más elocuente.

Tendida junto al mar, la ciudad de Buenos Aires era a modo de esponja que fuese embebiendo a todos los menesterosos del planeta; pedía brazos, muchos brazos, muchos... más... más... siempre... Era la suya una atracción de remolino, una succión sin fin. Y, hacia allí, los buques, abarrotados de gentes hambrientas y sin trabajo, enderezaron sus proas. La Argentina sería la patria de todos los sin-patria; el refugio de todos los sin-hogar...

Jaime Millanes se irguió, levantando la cabeza con un gesto fiero de combate.

¡Sí, la emigración es buena! Los emigrantes, en su mayoría, no son fracasados, no son vencidos, sino luchadores que, para sobreponerse a la Vida y domeñarla, buscan una posición mejor, una actitud nueva. El *Paraná*, con sus dos mil viajeros vestidos de diferentes modos y hablando las lenguas más distintas, dióle la sensación de un buque fantasma que acabase de repetir sobre el mar el milagro de Babel.

Todos aquellos hombres marchaban a la conquista del porvenir: entre ellos iban los poderosos del

mañana, los grandes agricultores, los futuros industriales, manejadores de millones, troncos de una raza nueva, vigorosa, inteligente, curtida en la lucha saludable de la humanidad con la tierra.

También se acordó de Susana Massim, y aquel cadáver que la viuda llevaba a bordo le pareció algo simbólico: el símbolo de lo que, muriendo en Europa, resucitaría en las cosechas ópimas de la América futura.

Buenos Aires alzaba su canción sirena allá lejos, agazapada tras la alegría del Atlántico azul; y el *Paraná* navegaba hacia ella, llevando en su vientre blanco, como regalo precioso, las ambiciones de toda aquella multitud batalladora: obreros, segadores, gimnastas, artistas de café-concierto, frailes, heteras, comerciantes, empleados, actores, millonarios aburridos y enfermos... todos los rebeldes, los inquietos, los inadaptados de la vida, los desposados con la Aventura, iban allí.

Y, como el *Paraná*, tantos y tantos buques, unos tras otros, sin interrupción, por el mismo camino. Era un desfile inacabable, una arteria rota, una especie de corriente marina, nuevo *Gulf-Stream* de sangre y de hombres.

III

La alegre voz gascona de Francisco resonaba en el comedor semejante a un toque de diana:

—¡Señoras y señores!... ¡Cuando ustedes gusten!... ¡El desayuno está servido!...

Millanes saltó de su litera, metió los pies en unas zapatillas y, medio desnudo y envuelto en una sábana, dirigióse al baño.

—¡Cómo se madruga!

—Buenos días.

—Hoy el agua ha de estar fresca...

Eran Virginia Bonheur, libre de ademanes y musculosa como una gimnasta, y la pequeña Elena Pilou, que iban a tomar su ablución matutina. Sus cuerpos recién salidos de la cama vaheaban el voluptuoso perfume nupcial de los dormitorios galantes.

Los dos cuartos de baño que las francesas y Millanes hallaron libres, eran paredaños. Los restantes estaban ocupados. Cortésmente Jaime ofreció el suyo a las jóvenes. Ellas se opusieron.

—No, señor; muchas gracias. Nosotras casi siempre nos duchamos juntas, porque así nos secamos mutuamente y concluímos antes.

—Bueno...

Cerró su cuarto por dentro y comenzó a desnudarse. En la habitación contigua las dos amigas reían y forcejeaban, empujándose hacia la ducha; lanzaban pequeños chillidos. Ninguna quería ser la primera en recibir el chaparrón de agua fría. Millanes escuchaba el taloneo de sus pies descalzos, y el estallido lujuriante de los azotes que mútuamente se aplicaban sobre la parte de la escultura femenina más mollar y pomposa.

Desasosegado Jaime las interpeló:

—¡Eh, señoritas, se prohibe gritar!

Ellas rieron con más fuerza. Él repitió:

—Se prohibe gritar, porque luego ya saben ustedes que todo se cuenta en la mesa.

Elena Pilou repuso:

—No nos importa; puede usted decir cuanto guste.

Continuaron bromeando hasta que, súbitamente, sus charloteos cesaron, convirtiéndose bajo el aguacero de la ducha en un hipar inarticulado y sostenido. Las lenguas, paralizadas por el frío, se agarrotaban entre los dientes castañeteantes. Oyéndolas experimentaba Millanes la turbación que enardecía a los antiguos faunos, cuando en el umbrío remanso de algún arroyo o en cualquier otro nemoroso refugio, grato a Venus, sorprendían un grupo de ninfas desnudas.

Terminó de bañarse y subió al entrepuente, donde vió a Enrique Hernán departiendo con un viajero de primera clase. Era un hombre cuarentón, pequeño, redondo, de aire franco y simpático. Vestía un traje claro y zapatos blancos de lona. Su indumentaria, sus ademanes, sus cabellos pulcramente peinados, eran correctos. Parecía comerciante.

—Buenos días...

Jaime pasaba sin detenerse, pero Hernán le llamó para presentarle:

—El señor Millanes... don Arturo González, socio de la casa González, Ruiz y Compañía, de Buenos Aires.

Y agregó:

—Hace un momento nos encontramos, este caballero y yo; empezamos a charlar, y, hablando... hablando... me dice su nombre. ¡Vea usted qué casualidad! Precisamente llevo yo en mi maleta una carta de presentación para él.

El señor González hacía signos graves de asentimiento, con la ceremonia del negociante que reconoce una buena firma.

—La casa que nos recomienda al señor Hernán—dijo entornando los ojos—es, en su género, de las mejores de Valencia, y nos merece crédito ilimitado.

En aquella contestación terminante, basada, sin duda, sobre una concienzuda experiencia, había como un palpitar de millones. Jaime escuchaba a sus interlocutores con cierto estupor.

—¿Hace mucho tiempo que reside usted en América?—preguntó.

—Llegué a Buenos Aires a los veinte años; tengo cuarenta y tres... ajuste usted la cuenta. ¡Sí, señor! Yo soy español o, mejor dicho, valenciano; porque ni el tiempo ni la distancia han destruído mi amor a la "patria chica". Pero, en Buenos Aires me he casado, allí han nacido mis tres hijos, allí he amasado mi primera fortuna... y allí, probablemente, acabaré mis días...

Suspiró y volvió a entornar los ojos, cual si fuese a pasar ante ellos el panorama de su agria existencia de luchador, y no quisiera verlo. Interrogó:

—¿Conoce usted Buenos Aires?

—Voy ahora por primera vez.

—Es una ciudad rica, que aun está formándose y donde, por lo mismo, un hombre voluntarioso se abre pronto camino. Yo desembarqué en ella sin dinero y sin recomendación de nadie. En el muelle compré un diario y en su sección de anuncios leí que un comerciante de la calle Rivadavia necesitaba un dependiente. Inmediatamente, sin siquiera cambiarme de traje, fuí adonde el anuncio decía. Eran las siete de la mañana y hube de esperar a que el dueño de la tienda se levantase. Entretanto llegaron hasta ocho o diez individuos más, aspirantes también al empleo que yo ambicionaba. ¡Qué zozobra la mía! Al cabo apareció "el principal". "¿Quién es el primero de ustedes?", preguntó. Me puse de pie: "Servidor de usted". Hízome pasar a un despachito y comenzó un breve interrogatorio: "¿Tiene usted personas que le recomienden?" "No, señor" —repuse.—"¿De dónde viene usted ahora?..." —"Acabo de desembarcar de un transatlántico que llegó esta madrugada; apenas pisé tierra compré el diario donde usted dice que necesitaba un dependiente, y aquí estoy." Mi manera breve y rápida de contestar le agradó, y quedé colocado, con un sueldo mensual de treinta pesos. Al poco tiempo cobraba cincuenta, luego ochenta, luego cien... Más tarde, ya casado, me establecí por mi cuenta en la calle Suipacha; allí nació mi primer hijo. Después, para dar mayor incremento al negocio, y unido ya

con mi socio actual, don Pedro Ruiz, porteño, hijo de españoles, me trasladé a la calle Florida, una de las arterias más ricas y elegantes del comercio bonaerense. Ultimamente nuestros asuntos marchan bien. Exportamos mucho al interior de la República; hay años en que necesito ir a Europa dos y tres veces a comprar géneros...

Millanes le miraba atentamente, considerando el largo galope triunfal que aquel hombre redondo y pequeñín, tan bien peinado y tan pulcro, había sabido dar a través de la vida.

El señor González añadió algunas frases breves, autorizadas por el perfume severo de su experiencia:

—En Buenos Aires la lucha es durísima, pero suele ser muy provechosa: va usted a tropezar con una ciudad cosmopolita, a trozos española, a ratos italiana, o francesa, o inglesa...; una urbe de aluvión cuya verdadera fisonomía consiste en no tener ninguna, o más bien, en reunir los rasgos y las muecas de todos los grandes pueblos del mundo. Esto no debe sorprenderle: allí abundan las familias de origen europeo cuyos padres son agricultores, o comerciantes, o limpiabotas... y los hijos abogados o médicos, lo que impide exista entre unos y otros cohesión legítima. Ahora deduzca usted: ¿cómo pretender que haya verdadera unidad espiritual en un pueblo constituído por la yuxtaposición o hacinamiento de familias así?... Oirá decir que los argentinos no fraternizan con los emigrantes; tal vez... pero no le importe. Este antagonismo se manifiesta en el populacho, entre los "bajos fondos" de cada nación; más arriba, dentro de la clase me-

dia, apenas se advierte. Indudablemente, cumpliendo instintos de raza, mucha parte de Buenos Aires mira con prevención a los forasteros, gente advenediza sin otro ideal que la conquista del oro porteño. Pero discretamente o acaso por egoísmo patriótico—porque sin la emigración la República estaría desierta—el mayor número no opina así; pues si es cierto que muchos emigrantes apenas se enriquecen se van, también la pluralidad de ellos se aficionan al país donde la vida les fué amable, y concluyen por casarse, y educar en él a sus hijos, y dejar allí los huesos. Yo mismo, soy "un caso".

El señor González continuó desarrollando su pensamiento: para los criollos la emigración mejor es la inglesa, pues además de sus notables iniciativas aporta a la lucha fortunas cuantiosas. Sin embargo, Buenos Aires no aborrece al forastero trabajador, sea español o italiano; le envidia: es la envidia, sentimiento demasiado humano, que todo individuo dueño de un tesoro que no puede explotar por sí mismo, experimenta hacia la persona a quien pidió socorro y ayuda, y que después, por haberle favorecido, se llevará la mitad del capital. Y como los hombres son los pueblos...

Jaime se despidió de sus amigos; había visto pasar a Susana Massim, que se detuvo algunos pasos más allá: estaba de espaldas a él, llamándole con la tentación de su carne intensamente blanca sobre el cuadrado descote de su negro vestido de viuda. Millanes la saludó:

—Hoy podemos ver nuestros equipajes—dijo—. ¿Ha bajado usted a la bodega?

—No, señor.

—Si piensa usted ir y quiere que la acompañe...

Ella vacilaba. Preguntó:

—Usted me dijo ayer que llevaba en la bodega parte de su equipaje...

El joven volvió a mentir:

—Sí, es cierto; un baúl... Precisamente necesitaba sacar de él unos papeles...

Estaba tranquilo, seguro de que estas pequeñas supercherías si se descubren hacen reir y parecen bien a las mujeres. Susana repuso:

—Entonces acepto su ofrecimiento, porque los emigrantes, como son tantos y van tan mal vestidos y tan sucios, me dan miedo.

Bajaron a cubierta. La viuda de Serventi se sofaldaba pulcramente: llevaba medias blancas de seda y, a cada momento, las finas suelas de sus zapatos, también blancos, resbalaban sobre el piso groseramente manchado. Varias veces tuvo que apoyarse en el brazo de Millanes para no caer. A su alrededor los emigrantes se apiñaban, rotos, descalzos, las piernas y los brazos cubiertos de mugre; los trajes flotantes de los turcos, especialmente, despedían un insoportable hedor. Por el suelo, tirados como fardos sobre los hilos de agua sucia que iban de un lado a otro según las oscilaciones del buque, había mujeres y niños.

Vientos de fronda removían la cubierta: los rusos y los turcos, a quienes la presencia de los españoles molestaba, cuchicheaban en corrillos amenazadores. Aseguraban que, en lo sucesivo, el rancho sería peor y que los españoles ocupaban las mejores literas.

En cambio los italianos, aunque numerosos, se

mostraban neutrales. Un soplo trágico cerníase sobre la multitud, contraía los entrecejos, apretaba los puños.

En medio del combés, plantado majamente sobre el lugar más alto y visible, un andaluz miraba baratero a la chusma oriental. Era pequeño, delgado, cetrino; gitano parecía: el ancho sombrero de alas planchadas muy hacia la frente, los aladares negros y crecidos, el holgado pantalón de pana bien ajustado al talle y sobre la bota, las manos metidas con intención inquietante en los bolsillos de la guayabera. Sus ojos brillantes, con la brillantez tenebrosa del azabache, iban desafiadores de un lado a otro.

Susana Massim secreteó al oído de Jaime:

—Esta gente va a reñir; ya siento haber venido.

Por una escalerilla de hierro subintraron en la bodega; una especie de cueva lóbrega, maloliente, débilmente alumbrada por una sola lamparilla eléctrica. Allí saludaron a varios pasajeros, de primera y segunda clase, que buscaban sus equipajes trabajosamente bajo la penumbra.

En aquel recinto cerrado y sin otra ventilación que la breve abertura de la escotilla, sofocaba el calor; el aire infestado por ese olor acre, indefinible—olor de barco—compuesto con los olores de la humedad, del barniz y de la brea, era asfixiante. Los baúles, hacinados unos sobre otros, formaban largas barricadas de difícil acceso.

Susana tardó en hallar su equipaje: lo constituían cuatro grandes cofres muy elegantes y nuevecitos. Mientras la joven registraba en uno de ellos, Millanes, a su lado, encendía fósforos. Casi todos los

viajeros hacían lo mismo; otros, más precavidos, se alumbraban con velas. En la obscuridad de la bodega aquel ir y venir de luces prestaba a las figuras un vago misterio fúnebre. Aquello parecía el interior de una mina. Los semblantes surgían descoloridos y alargados. Jaime se acordó del cadáver que iba a bordo y miró a la viuda. No pudo contenerse:

—¿Va aquí?—murmuró.

—¿Quién?

—Su difunto...

Los ojos azules, más azules y expresivos que nunca de Susana, giraron espantados a su alrededor. Era una posibilidad en la que no había reflexionado.

—No—dijo—no debe de ir aquí. No sé... pero supongo que habrán colocado el ataúd en otro lugar más seguro, donde no entre nadie...

—Es verdad.

—Ya sabe usted que el sollado de estos transatlánticos es muy hondo y tiene varios pisos.

Tranquilizada, reanudó su tarea. Sucesivamente fué extrayendo del cofre varias prendas interiores de vestir: chambras, camisas, pantalones, medias...; todo ello muy fino y aromado. También separó un traje negro, de irreprochable buen gusto. Estaba inclinada en una actitud que daba a las gracias carnosas de su cuerpo relieves magníficos. Sus manos, con las que frecuentemente se alisaba los cabellos, trajinaban hacendosas en las profundidades del baúl; vistoso, bien oliente, evocador, como un extraño ramillete de sedas, de batistas y de encajes.

—Yo—dijo—he concluído. Perdone usted si el

hice esperar. Ahora seré yo quien le acompañe a usted.

—¿Adónde?

Millanes no se acordaba.

Susana exclamó:

—¿No decía usted que necesitaba registrar su equipaje?

—Sí... ¡Bah!... Pero, no tengo prisa; otro día...

Ella le miró a los ojos.

—¿O es que no tiene usted aquí ningún baúl?...

Un poco turbado el joven se echó a reir. Acabó por declarar su delito.

—No, señora; mi único baúl va conmigo arriba, en el camarote.

—¿Entonces, por qué me mintió usted?

Jaime se alzó de hombros; pero Susana reiteró su pregunta con una terquedad que parecía exigir una amorosa confidencia. Sospechándolo así, él afrontó la situación, aunque esquivándose tras un jugueteo de palabras.

—He mentido por necesidad.

—¡Ah, vamos! Mentir, para usted, es una necesidad.

—Raras veces. Yo no miento por gusto. La necesidad a que aludía, y que justifica mi embuste, es la de verla a usted...

—Ya...

Recogió sus ropas y, con ademán cómico, las depositó entre los brazos de Jaime.

—En castigo va usted a cargar con eso.

Se dirigieron a la escotilla: delante de ellos caminaban Conffanieri y la familia Slottmann; todos llevaban algo. Iban sofocados, deseosos de librarse

de aquella atmósfera nauseabunda. Pero, apenas pisaron la cubierta, fueron envueltos por un remolino de emigrantes que se acometían sañudamente. Conffanieri alcanzó a ver el origen de la terrible pelamesa. Como la víspera, la provocación partió de los turcos. Un español, acompañado de su mujer, que llevaba un niño en brazos, se dirigía a proa. El albanés Oscar, a quien la presencia de varios compatriotas fortalecía, le detuvo.

—¿Dónde vas?

El interpelado no comprendía el árabe, pero repuso:

—Voy ahí... a buscar agua...

Indicábale una fuente.

Estaba muy sobre sí, aunque hablase despacio y comedidamente, con aquel respeto característico del campesino español. Oscar seguía increpándole.

—¡No puedes pasar! ¿Lo oyes? ¿O es que todo el buque va a ser para vosotros?

Enardecido, le trabó por los cabezones, sacudiéndole rudamente. Sonó un golpe recio, y el semblante aceitunado del turco se cubrió de sangre. Aquella fué la señal de la lucha. Venancio Carrasco, el andaluz de "guayabera" y calzón de pana que momentos antes llamó la atención de la viuda de Serventi, gritó a su paisano:

—¡Duro con él, Sebastián, que estoy yo aquí!...

En pocos segundos los dos hombres se vieron cercados por un numeroso grupo de turcos y rusos, gentes de pavorosa corpulencia y reciedumbre, a quienes la amplitud flotante de sus trajes daba aún mayores proporciones. La mujer de Sebastián escapó pidiendo, con destemplados gritos, socorro

para su hombre; y los viajeros pacíficos que salían de la bodega, se guarecieron en un rincón temiendo ser atropellados por la muchedumbre enfurecida. Delante de Susana Massim, de Conffanieri y de Millanes, cubriéndoles con sus cuerpos, los tres Slottmann, los hercúleos brazos recogidos en actitud de boxear, se aprestaron a rechazar cualquiera agresión.

Entretanto, las desesperadas voces de la mujer de Sebastián habían sobresaltado la cubierta como un toque de rebato. De todas partes acudían turcos y españoles a la pelea; unos salían de las cámaras profundas, otros venían desde la toldilla, o bajaban del castillete de proa, deslizándose veloces y enardecidos sobre la obra muerta, con grave exposición de caer al mar. Arreció la zambra; los lidiadores se acometían con los platos de comer el rancho, o esgrimiendo palos y rebenques.

Fué como un abordaje, donde una vez más, obedeciendo a sanguinarios atavismos, el turbante y la cruz volvían a reñir.

El combate había comenzado bajo el puente, y aunque los andaluces estaban en minoría, eran todos mozos de caliente y bien templado ánimo, que tenían la intención dañina y el golpe ágil, seguro y violento. Peleaban ocho o diez contra más de cuarenta, y, sin embargo, no perdían terreno; antes lo ganaban, empujando a los turcos hacia proa. Otra vez la chusma oriental iba a quedar vencida.

De pronto, bajo los golpes de los dos azacanes que le hacían frente, Sebastián sintióse abrumado; zumbáronle los oídos; las encías y la nariz le mana-

ban sangre. Tiró entonces el palo que hasta allí le defendió y, fuera de sí, sacó del ceñidor una navaja de las llamadas en Castilla "cabriteras". Venancio Carrasco imitó su ejemplo. El primer tajo de Sebastián alcanzó a un ruso, y la sangre del herido, que recibió el golpe en el brazo, manchó la cubierta.

En aquel instante crítico, rompiendo a través de la multitud, aparecieron varios pantalones blancos. Era el comandante Beraud, acompañado del comisario, del contramaestre y del piloto, y seguido de muchos marineros.

Como por ensalmo, el orden se restableció. En medio de la cubierta quedaban Sebastián y Venancio Carrasco, y el ruso, que mostraba a las autoridades del barco, como una disculpa, su brazo herido. Los demás beligerantes se apelotonaban a lo largo de las bandas, para pasar inadvertidos; algunos quisieron huir hacia proa. Pero la voz imperiosa, inapelable, del comandante Beraud, les detuvo.

—¡Nadie se vaya!—gritó—¡al que se mueva, le mando al calabozo!

Amansada, silenciosa, la muchedumbre obedeció. Seguidamente, en medio de la expectación general, el comandante trató de abrir un sumario. ¿Qué había pasado allí?... Se encaró con el ruso.

—¿Quién te ha herido?

El interpelado señaló a Sebastián con un gesto. Beraud interpeló al español:

—¿Es verdad?

—Sí, señor.

—¡A ver... desarmadle!

Dos marineros se destacaron en actitud desafia-

dora; pero Sebastián les rindió su navaja sin resistencia. Entregábase a la justicia del comandante dócilmente, con la pasividad fatalista de un musulmán, mientras se restañaba las heridas del rostro.

Millanes y Susana intervinieron en favor del acusado; ellos habían presenciado el lance: narraron lo acaecido. Sebastián había sido insultado por un grupo de turcos; y si luego, en el revuelto curso de la pelea, lastimó al ruso, fué en defensa propia. También los viajeros que asistieron al combate desde la altura del puente, fueron para el español testigos de descargo.

—¡El no tiene la culpa de nada!—decían—¡la agresión partió de los turcos!...

El comandante miraba a los orientales furioso, buscando a los autores del conflicto; pero éstos se habían borrado, disipado, entre la multitud que permaneció neutral. Entonces el buen Beraud renunció a sus propósitos de venganza; indulto general: los heridos podían ir a curarse...

Luego, dirigiéndose al contramaestre, ordenó:

—Para impedir que estas escenas se repitan, es necesario que en seguida, antes de la noche, toda esta gente quede separada y clasificada: los turcos y los rusos a proa; los italianos en el centro; los españoles a popa.

El comandante lanzó a su alrededor una mirada terrible, fulminadora, y subió al puente. En el fondo se alegraba de que los orientales hubiesen quedado humillados: era una emigración detestable, blanda para el trabajo y viciosa, de la que salían muy pocos hombres de provecho.

La orden del comandante revolvió todo el con-

cierto interior del buque. Bajo la inspección inmediata del contramaestre y del comisario, y guiados por un pelotón de marineros, los emigrantes comenzaron a trasladarse: unos iban a proa, otros a popa; fué un trasiego de chiquillos, de maletas y de atadillos de ropa, que duró toda la tarde y dividió la cubierta en tres zonas perfectamente distintas; especie de pequeñas naciones que se odiaban y cuyos vehementes rencores de raza continuarían separándolas, acaso con más fuerza, sobre la tierra argentina.

Entretanto, los heridos se agolpaban ante el camarote donde el doctor Nazaire tenía establecida su clínica; eran ocho o diez, todos turcos. Jaime Millanes, curioso como un estudiante, se acercó a ellos: quería oirles hablar, conocerles de cerca. El doctor Nazaire iba dejándoles entrar de uno en uno, él mismo se asomaba a la puerta, examinaba el grupo de sus clientes y elegía:

—¡Tú!...

Era un francés de erizado bigote, alto, barrigudo, que vestía una guerrera azul muy corta y llevaba el pantalón debajo del vientre, las perneras lacíamente caídas sobre las botas, el fondillo colgante. Hablaba siempre a gritos, como si regañase, y por nada enrojecía, crispaba los puños y miraba al cielo. En realidad, el doctor Nazaire era un pobre hombre, muy bueno y muy cómico.

Los emigrantes, gentes en su mayoría sencillas y rústicas, comparecían ante él atemorizadas, respondían a sus preguntas entre dientes y apenas se aventuraban a mirarle. Este miedo regocijaba al excelente doctor y le envanecía más que un aplauso.

La presencia de Jaime entre el grupo de desarrapados llamó la atención del médico.

—¡Eh! ¿Usted qué quiere?

El joven respondió amablemente y llevándose una mano al sombrero:

—Nada, doctor; estaba aquí por curiosidad, por estudiar tipos...

El doctor Nazaire, ingenuo como un niño, accesible a la vanidad como un comediante, se halló desarmado. La idea de tener un espectador, «un público» que apreciase su trabajo, le colmó de pueril regocijo.

—Si esto le divierte—repuso—pase usted; aquí dentro estará mejor. ¡Oh! Le aseguro que la misión de un médico a bordo es difícil. ¡Hay que saber tratar a estas gentes!... Cuanto más se les da más quieren; si yo no tuviese carácter, habría tipo capaz de llevarse a su camarote medio botiquín.

La clínica era una habitación pequeña, blanca, con un armario bien abastado de medicinas y una fuente para lavar a los enfermos.

El doctor Nazaire dejó a Millanes para interrogar a un zagalón montenegrino, de cabeza puntiaguda y rapada, ridículamente vestido con gabán y zaragüelles. Presentaba una contusión en la frente.

El médico le examinó la herida rezongando injurias; bajo sus manazas el muchacho se agachaba, intentaba retroceder, haciendo visajes de miedo y dolor. El doctor Nazaire le trabó por una oreja.

—Ven acá... ven acá, artista... merecías que te ahorcasen. ¿Quién te ha puesto así?... ¿Eh?... ¿Quién te ha puesto así?... ¡Animal!... ¡Contesta!...

Acobardado el mozalbete respondía de un modo

incoherente. Oyéndole, el buen doctor aparentaba enfurecerse y soltaba las riendas a su cólera.

—¿Te ha herido un español? ¡Animal!... Si te hubiese quitado la cabeza, tu país no habría perdido nada. Vé, acércate a esa fuente y límpiate bien la cara. ¡Corre! ¡Imbécil!... ¿Qué haces que no obedeces?

El muchacho no se movió; sin duda no comprendía el francés; pero Nazaire creyóse desobedecido, y entonces su furia improperadora reventó. Sus tremendos bigotes se encresparon. Abalanzóse sobre el zagalón y a puñadas le llevó a la fuente, metiéndole la cabeza bajo el agua. Él mismo, con sus manos enormes y despiadadas, comenzó a restregarle las orejas y el cuello.

—¡Grandísimo marrano!... ¡Canalla!... ¿No te da vergüenza estar así?...

Insultándole, su ira se aplacaba. Luego le desinfectó la herida, se la cubrió con papel aglutinante, y de un empellón, le echó fuera de la clínica.

—¡Otro!... ¡Usted!...

Era la mujer de Sebastián; una pobre criatura raquítica, de formas asexuales, con mejillas empalidecidas por la tuberculosis. El doctor Nazaire la ofreció una silla, la pulsó, la examinó los párpados.

—¿De dónde es usted?

—Española, señor.

—¿Adónde va?

—A Buenos Aires.

Su vocecilla débil contrastaba cómicamente con el gritar tempestuoso del médico.

—¿Entiende usted el francés?... ¿Eh?...

—No... no, señor.

—¡Ah! ¿No lo comprende?... ¡Bueno! ¡Mejor!

Miró a Millanes.

—¿Eh? ¿Qué le parece?... Yo no sé por qué algunas personas emigran. A ésta, si no la tiramos al mar antes de llegar a Santos, será un milagro.

Prosiguió dirigiéndose a la enferma:

—¿Dígame, qué se siente? ¡Hable sin miedo... buena pieza!

Por tres veces su vocerrón impaciente repitió la pregunta. La mujer no comprendía. Jaime Millanes sirvió de intérprete. La esposa de Sebastián estaba enferma...

El doctor Nazaire se paseaba por el aposento encogiéndose de hombros, arrastrando los pies, las manos cruzadas atrás, sobre la ridiculez de sus fondillos colgantes.

—¡Bah, ya lo supongo!... Cuando viene a verme será porque está enferma, no por gusto... ¿Eh?... ¡Terminemos!... ¿Eh? ¿Qué se siente?

Millanes siguió traduciendo:

—Dice que tiene deseos de vomitar...

—¡Claro!... Pregúntele si sufre de la cabeza y si ha comido algo.

El joven repitió en español lo que el médico acababa de decir en francés. Alternativamente, con la cabeza, la pobre mujer afirmaba y negaba: dolíase mucho de la nuca y de las sienes; veinticuatro horas hacía que no entraba en su cuerpo ni un bocado de pan...

—Bueno—replicó el médico—; todos esos son los síntomas del mareo. ¿Qué quiere usted que yo haga?... ¡No haberse embarcado!

La enferma se resistía a marcharse así; nece-

sitaba que la recetasen una medicina para aliviar aquella horrible angustia renovada a cada vaivén del buque. Por toda respuesta el doctor Nazaire la cogió de un brazo, conduciéndola rudamente hacia la puerta.

—Pero, señor—balbuceaba la infeliz—es que no puedo resistir... es que me muero...

—¡No, no tenga miedo!... Vomite, vomite... Puede seguir vomitando hasta que lleguemos a Buenos Aires, en la seguridad de que no se muere... ¡Ea, váyase... largo!...

Otros muchos enfermos se agolpaban ante la clínica, fijando sus ojos dóciles en el semblante fosco y carrilludo del médico: aquél tenía herido un pie, éste se quejaba del estómago. Todos aparecían curtidos por el sol, macilentos, humildes, mal afeitados, los cabellos crecidos, las hediondas ropas cubiertas de suarda, haraposos y sucios hasta lo repugnante. Más de uno iba en cueros de medio cuerpo arriba y no se había lavado la cara ni las manos en mucho tiempo. ¡Pobre doctor Nazaire! A pesar de su aire matasiete tenía la paciencia de un santo.

Jaime se despidió del médico, quien demostró agradecerle aquel ratito de compañía.

—Venga a verme—dijo—siempre que guste; yo estoy aquí todas las mañanas a primera hora, y por las tardes de tres a cinco.

Durante la comida, la conversación general versó principalmente acerca de la riña habida entre andaluces y turcos. Según iban llegando los platos, Mr. Alfredo, en un castellano cargado de solecismos franceses, les imponía un nombre:

—¡Solomillo de italiano!... ¡Riñones a la espa-

ñola!... ¡Costillas de ruso!... ¡Cabeza de judío!... ¡Manos de emigrante!...

Aseguraba que el cocinero que tenía tomadas en arrendamiento las cocinas del *Paraná*, había hecho un buen negocio; en menos de media hora ganaba mil quinientos francos. ¡Qué suerte la de aquel hombre! Con un par de combates así, por semana, pronto se retiraría rico. Los hombres reían a carcajadas; las mujeres hacían muecas de asco.

—Por mi parte—concluyó el inglés, que aparentaba comer glotonamente—declaro preferir la carne de emigrante a la de vaca. ¿Qué quieren ustedes?... ¡Es un gusto!...

La señorita Beccali le interrumpió, aparentando enojo:

—¡No diga usted disparates!

—¿Yo, señorita?...

—Naturalmente. Esas son porquerías...

—¿Porquerías? ¡Ah, no, señorita!... Bien se echa de ver, señorita, que es usted soltera; por eso habla así. Preferir un emigrante a una vaca no es porquería, señorita... ¡Nunca!... Aquí, la señora Voisin, que es madre de familia y, por consiguiente, tiene motivos para saber diferenciar un emigrante de una vaca, podrá decir si tengo o no razón...

El desenfado y alegre humor del inglés triunfaban; varios comensales empezaron a aplaudirle; hubo una explosión de hilaridad. Virginia Bonheur y su amiga improvisaron un dúo gatuno que fué muy celebrado, modulando Virginia los maullidos de la hembra, y los del macho Elena Pilou; Juan

Duval repitió el canto del gallo; Mr. Alfredo imitó el tableteo de la codorniz, y hasta Enrique Hernán, animado por el ejemplo, empezó a ladrar magistralmente.

Oyéndole, el inglés dijo una frase que Chamfort hubiese firmado:

—¡Este caballero merecía ser perro!... Imposible hacer de él un elogio mayor.

La noche iba transcurriendo sin incidentes; sobre cubierta todo era silencio y quietud; los emigrantes que, huyendo del calor, no quisieron retirarse a sus literas, dormían echados por el suelo. Era como una reacción de paz después de la sangrienta escaramuza de aquel día.

En el saloncillo de piano reservado a los pasajeros de primera clase, Susana Massim hablaba con dos señoras, madre e hija. Esta había sido actriz de zarzuela y disfrutó de cierta notoriedad; luego perdió la voz, tuvo que retirarse del teatro y lá vida poltrona empezó a engordarla; se puso obesa; llamaba la atención. Entonces, no sabiendo a qué dedicarse, abrió una casa de huéspedes; fué una locura de la que nunca se arrepentiría bastante. Un tráfago así requiere cualidades de carácter que ella no poseía; era demasiado buena, demasiado confiada; por lo mismo, en el transcurso del primer año, la mitad de sus huéspedes se marcharon sin pagar. Estos contratiempos consumieron la mayor parte de sus ahorros. Asustada, desistió del negocio y retiróse a vivir con su madre en un cuarto más modesto. Afortunadamente, los disgustos la habían enflaquecido, hasta dejarla an delgada o más que antes, y ello la decidió a

volver al teatro. Con este propósito emigraba.

Antonia Pondal pasaba ya de la segunda juventud: la pérdida de su antigua obesidad, desinflando rápidamente la piel, había acribillado su rostro de pequeñas arrugas. Cuando hablaba abría mucho los ojos, que eran sobresaltados y grandes, y sus ademanes tenían cierta timidez, cual si los reveses de la fortuna hubiesen dejado en ellos el recelo subconsciente de equivocarse. Raras veces levantaba la cabeza para hablar: era una de esas pobres mujercitas bondadosas y tristes, dulcemente tristes, que, encorvadas por la desgracia, aparecen más pequeñas de lo que son en realidad.

—Como no tengo voz—prosiguió la actriz—pienso dedicarme a la comedia. Esto no puedo hacerlo en España, pero en Buenos Aires, sí, porque allí nadie me conoce.

Y terminó confidencial:

—Mi madre y yo hubiésemos venido en segunda clase, pero... al fin sacamos pasajes de primera; los artistas necesitamos presentarnos bien.

Susana Massim, que ignoraba el dolor, miraba curiosamente a su interlocutora, para quien la vida tuvo tantas muecas crueles: parecía recogida y honesta, y a cada instante observaba a su madre, mimándola con los ojos, todos sus cuidados puestos en aquella viejecita sonriente y rosada bajo la blancura de lino de sus cabellos. La viuda de Serventi admiraba compasivamente la castidad de aquel temperamento afectuoso y trabajador, purificado de inquietudes sexuales. ¡No haber querido a ningún hombre! ¡Despedirse de la juventud sin ha-

ber sufrido ese recóndito y divino «deseo de amar» que consume las almas femeninas!... ¿Cómo habría podido la Pondal vivir así?

En la puerta del saloncillo aparecieron Conffanieri y un caballero español, de aire distinguido, algo escénico en sus actitudes, portador de una magnífica barba rubia que se desparramaba como una onda de oro sobre la blancura del chaleco. Se llamaba don Luis Pérez Camacho, y gozaba entre los republicanos de su país de gran predicamento; ellos le enviaban a Buenos Aires. La misión confiada a Pérez Camacho por sus correligionarios, era delicadísima: una vez más querían apretar los vínculos que ligaban a los radicales de uno y otro continente, reverdecer el patriotismo de los españoles desterrados en la República Argentina y, finalmente, obtener de ellos el dinero indispensable para lanzarse a la revolución; todo lo cual debía llevarse a cabo con perfecta discreción y mesura, tanto para despistar la atención de los gobiernos, como para no fatigar la generosidad de los donantes.

Al ver a Susana, Conffanieri sonrió, desnudando la tristeza de su vieja boca llena de oro. Designó a su acompañante con un gesto misterioso, y bajando la voz:

—El señor y yo—dijo—vamos desafiados al ajedrez; quiere darme una torre... ¿Qué le parece a usted, señora Massim?... ¡Una torre! Estos caballeros republicanos no saben el trabajo que cuesta acabar con un rey.

Sonriendo desde la esplendidez dorada de su barba, Pérez Camacho replicó:

—¿Usted es monárquico?

—¡Jamás!

—Entonces ¿qué le importa que yo le dé mate?

—Verdaderamente — exclamó el italiano — tiene usted razón; el ajedrez es un juego eminentemente republicano, porque, sea cual fuere el resultado de la partida, gane usted o gane yo, siempre habrá un rey muerto...

Sentáronse al fondo del salón y sortearon el color de las piezas que habían de jugar...

—Las negras—dijo Pérez Camacho—son para mí; empiezo mal. Usted sale.

Susana y Antonia Pondal siguieron hablando. A las preguntas impacientes de la actriz, la viuda de Serventi respondía con alzamientos de hombros y ambagiosos titubeos de cabeza. Ella, aunque residía en Buenos Aires, desconocía los gustos del público criollo; iba poco al teatro, y sus cortas relaciones pertenecían al comercio; gentes burguesas que, por lujo más que por afición, se abonaban todos los años a la temporada de ópera, pero que nunca hablaban de arte...

Susana se interrumpió para saludar a don Arturo González y al señor Páez, un cincuentón, de color aceituna, gordo, alegre y mujeriego, quien, según los murmuradores de a bordo, desde la noche anterior tenía relaciones con Elena Pilou. Al ver a la Pondal, González empezó a bromear: eran contemporáneos; él, antes de embarcarse para América, la había oído cantar en el teatro Ruzafa muchas veces. Al calor de sus recuerdos, su españolismo se enardecía. No pudo contenerse:

—Señorita... ¡Viva España!

—¡Viva!—repuso ella.

—¡Viva Valencia!

—¡Viva!

—¡Viva el arroz con pollo!

Riendo con sincera alegría, las tres mujeres respondieron:

—¡Viva! ¡Viva la paella!

De súbito el señor González, que había empezado bromeando, se puso serio; el nombre de la patria ausente, le arrancó una interjección; sus ojos claros se arrasaron en lágrimas; todos creyeron que iba a llorar, pero se contuvo.

—Señorita—murmuró—yo soy muy franco. Los cosmopolitas pensarán de mí lo que gusten; pero yo quiero a España tanto como a mi madre, tanto como a mis hijos... La misma tarde en que salí de Valencia, compré a una florista del mercado un papelón lleno de tierra; si quiere usted un puñadito, dígamelo. Yo, cuando ofrezco algo, lo hago de corazón. No lo olvide. ¡Ya sabe usted que llevo tierra española en mi maleta!...

Saludó y fué a sentarse ante la mesa donde el señor Páez se disponía a ganarle una partida de dominó. Pérez Camacho, que había oído las últimas palabras de González, le miraba con fijeza avara, como a una futura presa, mientras se acariciaba pensativo la magnificencia blonda de su barba patriarcal.

Entraron en el saloncito Jorge Bridsbach y su amiga. Iban del brazo. Elvira Dettri vestía un traje color malva, con adornos violeta; su rostro veneciano tenía una expresión compleja, mística y sensual a la vez, bajo los cabellos noguerados par-

tidos en crenchas simétricas. Bridsbach vestía una dulleta gris, y al andar arrastraba por la alfombra sus pies sin ilusión, calzados con pantuflas. El millonario saludó a los circunstantes entre dientes, y se dejó caer en un diván; su perfil aguileño, lívido como el de Cristo agonizante, se recortaba fuertemente sobre el respaldo obscuro. Elvira instalóse a su lado; entre sus labios carnosos, que al hablar avanzaban como en una succión, el idioma italiano fluía con una melodía mortal; sus largos ojos negros se ensanchaban. Enlazó uno de sus brazos perfumados, semidesnudos, al cuello de Bridsbach.

—¿Qué tienes?—musitó.

—Nada.

—¡Oh, sí!... estás peor... arden tus manos... ¿Quieres acostarte?...

Le palpaba nerviosamente, y con su pañuelo aromado le enjugó la boca y la frente. Cuchichearon. El enfermo hizo un gesto de hastío.

—No, no quiero... le tengo miedo al camarote; o, más bien, a ti! ..

—¡Jorge!

El repitió cerrando los ojos y con la laxitud del que ha perdido la voluntad:

—Es a ti...

Elvira Dettri se mostró ofendida.

—Mal correspondes a mi cariño, Jorge: ¡cuántos hombres desearían ser amados como tú lo eres!... De mi pasión no puedes dudar; por seguirte he renunciado al teatro, he roto mi porvenir...

El afirmaba con la cabeza:

—Es cierto... Pero me amas demasiado... con demasiado fuego: diríase que quieres matarme pronto

para volver a tus compañeros, a tus bambalinas... ¡No tengas prisa!... Ahí está mi testamento. ¿No sabes que toda mi fortuna ha de ser para ti?...

Ella, sin contestar, levantóse colérica y se dirigió al piano. Ya sentada, sus manos blancas corrieron ágiles por el teclado preludiando un "motivo" de Grieg. Satisfecho de hallarse solo, Jorge Bridsbach se acomodó mejor en el diván, cruzó una pierna sobre otra y dulcemente cerró los párpados.

Por encima del tablero de ajedrez, Pérez Camacho murmuró al oído de Conffanieri:

—Ella puede más que él y le mata; es uno de los muchos crímenes de amor que se perpetran viajando agradablemente de un continente a otro, porque no ha sido previsto por los códigos de ningún país.

—La mayor parte de los millonarios solterones—repuso flemáticamente Conffanieri—acaban así; podría citar más de dos casos y más de tres...

—Yo creo que este pobre Bridsbach no llega al invierno.

Conffanieri, que acababa de "comerse" un peón, se echó a reir. Levantó la voz.

—¿Al invierno? Yo pensé que iba usted a decir que no llegaba a Santos.

Un caballero grueso, de aspecto suficiente y decorativo, vestido con un traje de piqué blanco, se acercó a Bridsbach. El inglés despertó.

—¿Ah, doctor, es usted?...

El médico, don Ezequiel Moreno, era argentino: un tipo teatral y soplado que, so capa de estudiar, iba a divertirse a Europa todos los años, con lo que mejoraba su autoridad y extendía su crédito.

—¿Cómo se siente usted?—interrogó el doctor.

—Ahora estoy aliviado; es que siempre, después de comer, me da una especie de sopor...

El doctor Moreno miró a Elvira, como señalando un peligro.

—Tiene usted que cuidarse mucho—dijo a Bridsbach.

—Sí; ya lo hago.

—Pero... ¡mucho!

El inglés hacía signos afirmativos. Los dos hombres secretearon. Bridsbach sonrió tristemente; hizo una mueca de desdén.

—No puedo—balbuceó—, no puedo...

—Pues ha de poder usted; estamos obligados a tener voluntad.

Pero el millonario había perdido la suya, y se encontraba bien así.

—¿Para qué?—repetía—, después de todo ¿para qué?...

La voz blanda y caliente, voz de soprano, de Elvira Dettri, cautivó la atención de los viajeros que andaban por el puente.

Muchos de primera clase invadieron el salón, ocupando los divanes o agrupándose alrededor de las mesas, donde había partidas de tresillo o de ajedrez; todos callaban, y hasta los jugadores de dominó se resignaron a ir ordenando sus fichas sin ruido. Jorge Bridsbach, hundido en su asiento, el labio inferior colgante, la expresión imbécil y senil, escuchaba los ojos cerrados; una sonrisa vanidosa cristalizó en sus labios; la música le enajenaba; además, aquella mujer, tan deseable y tan artista, era suya. Elvira Dettri cantó muy bien y fué muy

aplaudida. Después tocó valses de Strauss, y algunas parejas bailaron.

Desde fuera, por las ventanas circulares del saloncillo, los viajeros de segunda clase presenciaban la fiesta: allí estaban los Slottmann, carnosos y rubios; Virginia Bonheur, Duval, Mr. Alfredo, la señorita Beccali, triste y amable como una institutriz; Teresa Lottaro, Enrique Hernán... Cuando apareció en el grupo la cara chatilla y traviesa de Elena Pilou, don Arturo González llamó la atención de su contrincante al dominó.

—Ahí la tiene usted...

—¿A quién?...

—No sea usted hipócrita. ¿A quién ha de ser? A la francesita.

El señor Páez, echándoselas de hombre acostumbrado a aventuras galantes, sonrió modesto.

—El amor—dijo—para más tarde; a bordo conviene ser discretos.

La viuda de Serventi vió pasar a Millanes y le ofreció una sonrisa; él se detuvo para admirarla, tan elegante dentro de su vestido negro, tan apetecible en la belleza, oro y nieve, de sus cabellos rubios y de su descote blanquísimo. Susana, con un gesto, le invitó a entrar; cerca de ella había una silla desocupada. Pero Millanes hizo un signo negativo; su orgullo le prohibía franquear aquel salón al que los pasajeros de segunda clase no tenían derecho.

Comenzó a pasearse solo por el puente; anduvo mucho. Luego buscó descanso en un sitio obscuro, resguardado del aire. A lo lejos, rompiendo la planicie negra del océano, huían algunas olas plateadas momentáneamente por las luces del barco; vibraba

allá en lo hondo, como un ruido telúrico, el bataneo de la hélice; el viento modulaba en la garganta de los ventiladores y sobre los obenques, su himno de anarquía; el buque, contra cuyas bordas altivas, semejantes a un acantilado, las olas iban a estrellarse, proseguía su ruta por el piélago silencioso levantando un rumor de playa. De todo había en él: dolores, alegrías, esperanzas, niños, mujeres, hombres de diversos países, millonarios, mendigos, un baile y un muerto...

Y considerando el largo derrotero que recorría el transatlántico, éste volvió a ofrecerse a la imaginación del joven artista como un mundo, especie de satélite habitado que girase de norte a sur, a ras de la Tierra.

IV

Transcurrió la noche. El estrecho de Gibraltar había quedado atrás...

A la mañana siguiente, todos los pasajeros volvían a reunirse en el puente. Sin advertirlo, la vida de a bordo iba dominándoles y ellos la aceptaban, adquiriendo costumbres nuevas, de una sencillez higiénica y primitiva. Los que pocos días antes se saludaron gravemente, luego se buscaban con los ojos. El hábito de verse a todas horas, les aproximaba. Como en la mesa, sobre el puente cada cual había elegido un sitio, siempre el mismo, donde abría su catrecillo de viaje y que los demás respetaban; los hombres leían, las mujeres hacían labores. La segunda clase ocupaba el lado estribor; los viajeros de primera, el de babor: allí pasaban los días Antonia Pondal y su madre, y otras dos o tres señoras holgazanas y gordas; el miedo a marearse las impedía moverse. Permanecían casi acostadas en actitud supina, las piernas extendidas, los brazos inertes sobre los del sillón, y para resguardarse del sol y del aire se envolvían la cabeza en una

gasa. Así, inmóviles y alineadas, parecían muertas.

—Esto—había dicho Mr. Alfredo—me recuerda la vidriera de "La Morgue".

La ocurrencia era justa y graciosa, y pronto se convirtió en apodo. Cuando Elena Pilou quería exagerar la notoriedad y certidumbre de una noticia, exclamaba:

—¡Lo saben hasta "las señoras de la Morgue!"...

Afirmación con la que todos, entre grandes risas, se daban por satisfechos y convencidos.

Esta nueva existencia determinaba en Jaime Millanes un emperezamiento inefable que, lejos de abatirle, acuciaba sus facultades imaginativas. Con la soledad, nodriza excelente de las almas, su vida interior había crecido, su personalidad era más fuerte y cabal. Por primera vez el mundo objetivo dejaba de pesar sobre él, y empezaba a sentir la alquitarada ilusión de ser rico. Acostumbrado a reñir brazo a brazo por la vida, sin hallar oasis de reposo en la esterilidad de su sempiterno batallar, la existencia de a bordo le brindaba un precioso refugio. Abonado el importe de su pasaje, el buque se le aparecía como una habitación maravillosa, llena de comodidades, donde a las horas reglamentarias la mesa siempre estaba servida, y a la que ningún acreedor iria a molestarle: ni cartas, ni telegramas, ni quehaceres enojosos, ni citas de mujer, ni amigos indiscretos o pedigüeños; ¡nada!... Y, según la distancia que le separaba de Europa era mayor, sentía diluirse los malos recuerdos del pasado y densificarse el plácido silencio que le circundaba. Libre de las pequeñas necesidades, semejantes a espinas, que maceran a diario la frente del hombre,

su espíritu se esponjaba contento; su comprensión abarcaba más, su reflexión era más tenaz y descendía más hondo. Indudablemente, las almas serían mucho mejores si viviesen aisladas.

Y, luego, cual flor de riente policromía, nacida milagrosamente en un arenal, la ilusión de amor insólita, movediza y, acaso por lo mismo, refinadamente dulce, que Susana Massim le inspiraba. La viuda de Serventi era una ardiente imaginativa y también una gran sensual; poseía belleza, dinero, distinción, relaciones sociales... Cuando Millanes se acercaba a ella empezaba a turbarse y concluía por perder el dominio de sí mismo. Sin hablar, con sólo mostrarse, Susana le vencía. Le hubiera dicho: "quédate...", y él hubiese renunciado a todos sus planes; le diría: "sigue, déjame...", y él, con el corazón roto de dolor, habría continuado su ruta; todo menos defenderse. Era una de esas mujeres temibles, ora maternales, tan pronto diabólicas, que así pueden servir de despeñadero como de refugio a la vida de un hombre.

Por la tarde el *Paraná* navegaba ante Casa Blanca y Mogador. Los viajeros examinaban aquella larga costa llana y seca, muerta bajo el sol. Allí reposaba el continente negro, el país trágico de los caníbales y de las fieras. El caserío, todo de planta baja, celosamente enjalbegado, reverberaba a la luz; algunas palmeras abrían sus ramas implorantes sobre el fondo añil, ardiente y blanquecino a trozos, como un ascua. Era una visión de desierto.

Enrique Hernán persuadió a Millanes de que debían ir a la toldilla.

—A popa—dijo el ex marino—el balanceo es

muy agradable; le parecerá a usted ir en un columpio; además, se ve mejor...

Jaime dejóse llevar. Aquel sitio constituía una especie de "clase" reservada a los viajeros distinguidos de tercera. Había pocos. Los más notables eran un tuerto de empaque cínico, musculoso como un gimnasta y amante de una artista de café concierto, muy flaca y pintarrajeada; un milanés, corredor de vinos, y una vieja que había embarcado en Almería tres mancebas destinadas a un burdel de Dakar.

En la toldilla, Hernán y Millanes encontraron a Pérez Camacho y al señor González, para quienes aquel era el sitio más fresco y agradable del buque. Acodados sobre la barandilla, los cuatro hombres charlaron mientras miraban desvanecerse la costa africana en el horizonte luminoso. Hernán y González, hablando de negocios, se entendían bien. Don Luis Pérez Camacho interrogó a Millanes:

—¿Usted ha residido en Madrid?

—Sí, señor; de allí vengo ahora.

—Yo, también; sólo que, antes de embarcarme en Marsella, estuve en Londres y en París... ¡Poco tiempo!...

Le miraba atentamente, estudiándole con un aplomo de hombre superior. Agregó:

—Yo le conozco a usted de vista.

—Quizás...

—Sí, sí; le conozco bien, nos hemos encontrado muchas veces en el Ateneo, en los teatros. . ¡No sé dónde!... por ahí... ¿Es usted periodista?

—Músico. He estrenado algunas zarzuelas..

Calló avergonzado de lo misérrimo de su bagaje

artístico, y hasta sus mejillas se ruborizaron levemente. ¡Era tan pobre, había escrito tan poco y fueron tan pálidas las sonrisas de su fortuna!...

Luego dijo:

—Yo también creo haberle visto a usted...

—No me extraña—repuso Pérez Camacho, acariciándose su magnífica barba—en Madrid me conoce mucha gente.

Era una figura de orador, un hermoso tipo varonil, robusto, aparatoso en sus ademanes y decorativo. Hablaba lentamente y poniendo en sus palabras, siempre correctas, una ironía muy espiritual y simpática. Aunque procuraba mostrarse frívolo, bien se echaba de ver que había leído y viajado mucho, y por lo mismo, que mucho se le alcanzaba de la vida y de los hombres. A veces interpolaba una interjección, pero la decía sin rencor y sólo para alegría y amistoso aliño de su discurso. Tenía la voz agradable, el gesto cordial. Representaba cuarenta años, la edad en que más difícilmente se conoce a los hombres, porque hallándose quizás desengañados de todo y sin una sola cuerda lírica en el corazón, son todavía lo bastante jóvenes para inspirar confianza.

A los pocos momentos de hablar con Pérez Camacho, Jaime Millanes no pudo resistir la virtualidad simpática, extraordinariamente conquistadora, de su interlocutor, y le explicó las intimidades de su obscura vida: lo poco que había sido, lo que esperaba a ser...

—Mala tierra es para usted—replicó Pérez Camacho—la de América; es usted demasiado niño..., o, si se quiere, demasiado ingenuo; ya sabe usted

que la ingenuidad es la niñez con canas... En América, y menos aún en Buenos Aires, no se puede ser así. Yo conozco aquello muy bien. Supongamos que usted no es un genio musical; es lo probable... ¿verdad?... Pero, ¿por qué no admitir que lo sea usted? ¿Por qué no había de llevar usted dentro las inspiraciones de un Wagner o de un Beethoven? Me es igual: para triunfar en el ambiente porteño, más que un hombre de positivo talento, necesita usted ser un tipo escénico, un carácter "de gran espectáculo".

Y añadió, sonriente, previendo la sorpresa que sus palabras iban a causar:

—¿Cuántas personas calcula usted que saldrán a recibirle en el muelle?

Millanes hizo un gesto negativo y pasmado:

—Ninguna...

—¿Hablaron de usted los periódicos? ¿El cable anunció su salida de España?

El joven músico denegaba con un gesto melancólico de cabeza: él era un artista modesto, un luchador anónimo, que jamás había soñado en honores tan altos.

—Pues está usted perdido—repuso Pérez Camacho—, y desde ahora le auguro un fracaso. Buenos Aires es un pueblo joven y violento, que como no tiene tiempo de examinar despacio a los hombres que llegan a él, les juzga por la impresión, "nada más que por la impresión", que le producen. Varias son las razones que justifican esta ligereza, rasgo notorio de la psicología porteña: de una parte, la acelerada movilidad de aquella gran urbe, donde la atención es insegura, porque los sucesos

se atropellan; de otra, el cosmopolitismo, la irrupción incesante de individuos desconocidos que aparecen de súbito y forzosamente serán calificados según su manera de presentarse y de vestir; y, finalmente, la impaciencia espiritual de un pueblo llamado a ser muy grande, tan grande, que acaso algún día contrarreste el poder yanqui, pero que todavía, por leyes inexorables del tiempo, está en la infancia.

Pérez Camacho volvió a sonreir dentro de la riqueza, semejante a una puesta de sol, de su barba rubia, y continuó:

—Usted va a Buenos Aires en segunda clase y dentro de un traje de segunda clase; y como la vida está sujeta a una lógica vertical y abrumadora, irá usted a caer en una hospedería también de segunda clase... o de tercera. . por aquella maldita propensión que todo lo humano tiene a bajar. Pues sepa usted, amigo mío, y ¡ojalá me equivoquel, que llega usted a la República Argentina con su porvenir hecho: será usted allí lo que fué en el transatlántico que le llevó: un caballero de "segunda clase"; ni rico ni pobre, ni aristócrata ni plebeyo; no se morirá usted de hambre, pero tampoco ahorrará usted dinero; nadie le despreciará, pero tampoco le admirarán; será usted "uno" en fin: "un número más" en la horrible vorágine de la ciudad gigante.

Asió a Millanes por un brazo y, lentamente, fué apartándole de donde Enrique Hernán y el señor González continuaban charlando.

—Yo le hablo así—prosiguió—con esta llaneza fraternal, porque conozco a la humanidad profundamente, y a la primera ojeada comprendí que era

usted un chiquillo, una voluntad lírica y buena, incapaz de hacer daño. En cuanto a esos dos señores, ya es diferente: son hombres; hay que guardarse de ellos. Mire usted, Jaime: cuando usted, hace poco, me hablaba de su bohemia, yo, interiormente, sonreía. No hay bohemia más larga ni tenebrosa que la mía; y, sin embargo, ahora visto bien, y tengo automóvil y no bebo más que champagne en mis comidas. ¿Soy, acaso, un gran artista? No. ¿Un comerciante perspicaz? Tampoco; yo no entiendo de negocios, y el dinero, según lo gano, lo tiro. Es, sencillamente, porque poseo el secreto de "imponerme" a la vida, de fascinar al "coro" imbuyendo a los comparsas la idea de que necesitan de mí, cuando soy yo quien, a todas horas, necesito de ellos. Para triunfar, hay que engañar a los hombres con la amistad, como a las mujeres hay que divertirlas con el amor. En esto soy maestro.

El acento cordialísimo de Pérez Camacho y la mundana discreción de sus palabras, conmovieron a Millanes.

—Comprendo la verdad, la desoladora verdad, de cuanto usted dice—exclamó—mas, ¿cómo modificarme? Yo procuraría cambiar mi manera de ser, corregirme, acoplar mi temperamento al medio donde voy a moverme... Pero, ¿podré?...

Su interlocutor le atajó:

—No—dijo—, no podrá usted. Las palabras de César vienen ahora que ni de perilla: "La suerte está echada." Porque el primer enemigo que tendría usted que combatir es su propia profesión. Con nosotros viene una actriz, la señorita Pondal, que se halla en el mismo caso de usted. Buenos Aires

admira a los artistas de reputación mundial, pero no les quiere, no intima con ellos; y no les quiere porque no les necesita. Allí donde los negocios embeben todas las actividades de la muchedumbre, no se buscan filósofos, ni músicos, ni comediantes, sino brazos que laboren la tierra o levanten casas, y agiotistas temerarios y espíritus especuladores que funden industrias y aprovechen saltos de agua y tiendan puentes. De arte se habla muy poco; falta tiempo. No hay quien se apasione por un libro, ni cuadro o escultura que llegue a constituir "una actualidad", ni estreno que ocupe en los grandes rotativos bonaerenses más de media columna. De aquí que los artistas, para ser verdaderamente estimados, deben ir "hechos" de Europa, como los figurines; y marcharse pronto, si no quieren perder el prestigio que a todos los hombres da la distancia.

Trazó un bosquejo compendioso, pero colorista y enérgico, de la capital argentina.

—El arte es una selección mental, una exquisitez o depuramiento del espíritu que rarísimas veces aparece en la niñez, como si para producirse necesitase de cuantas energías se aplicaban antes al desarrollo físico. Cuando el cuerpo ya no crece y el organismo siente la plétora de sus recursos vitales, entonces el espíritu se levanta y, poniéndose de puntillas, se asoma a los vastos horizontes. Así los pueblos. Es necesario que la colectividad haya satisfecho sus necesidades materiales, que vista bien y habite en casas confortables y vea medrar sus industrias y prosperar su agricultura, para que, aburrida repentinamente de tanta bonanza y regalo, sienta la atracción aristocrática de la belleza, el

imperio del arte inmortal que hermosea la vida.

El mundo argentino no ha llegado a ese estado de madurez; todavía es muy joven, todavía su presente ambicioso, naufraga y desaparece embebido por la obsesión ineluctable del porvenir. En Buenos Aires, quien se establece y trata de instalar su casa ricamente, antes calcula el lujo de los muebles que mide el mérito de los cuadros; y más atención dedica al servicio del te y a la librea de la servidumbre, que a las estatuas que exornarán con un gesto blanco de paganía la fronda verde del jardín.

Una novela entretiene menos que un periódico. De noche el público que invade los teatros va cansado, destrozado por la batalla económica del día, y no quiere aprender, ni menos discutir el mérito literario o los atrevimientos tendenciosos de la obra; levantado el telón, la comedia es lo de menos; lo único que interesa es lo plástico, "el espectáculo", las luces, el vestuario, las decoraciones, todo aquello que sin fatigar el espíritu lo mece, acaricia y divierte.

Por eso Buenos Aires no produce artistas, y los pocos que tiene son almas precursoras y solitarias, verdaderos inadaptados a quienes el medio infecundo acorrala y lleva al margen de la vida social. Nada les favorece. A los propietarios no se les ocurre construir estudios para artistas, y los escultores y pintores se ven obligados a instalarse en locales absurdos. Tampoco hay modelos. Los libros se venden poco; el papel es caro; los mismos diarios no podrían sostenerse sin las páginas que dedican a anuncios. Estos, pagados a precios exorbitantes, inverosímiles, son una manifestación más

del extraordinario vigor comercial de la ciudad porteña.

—La bohemia artística—prosiguió don Luis Pérez Camacho—aquella bohemia de rancio abolengo europeo cantada por Murger, no existe en Buenos Aires; no la consiente el sol, ni la tolera el burgués que va por la calle, ni el comerciante que exhibe su vientre redondo en la puerta de su tienda. Allí, el hampón harapiento, rostrilargo y de luengos cabellos, capaz de quedarse sin comer por oir una ópera o comprar un tapiz, es un tipo que sólo inspira piedad o desdén, cuando no aversión.

El prestigio de la melena de Daudet, naufragó en el mar. Pero, ¿vamos a decir por esto que Buenos Aires es una ciudad inhospitalaria o atrasada? No. Los locos, los ilusos, los inadaptables, son los artistas, empeñados temerariamente en imponerse a la atención de un pueblo exclusivamente agricultor y comercial, para quien las bellas artes no pasaron aún de ser nonadas de exclusivo goce y pasatiempo. Al criollo háblele usted de lotes de tierra o de ganados, de remates, de edificaciones, de carreras de caballos... pero no pretenda irritarle asegurándole que ni Dante ni Goya han existido. ¿Quién se batiría allí, como en la Italia medioeval, por la belleza de un soneto?... Nadie. ¡Ah! Yo estoy seguro de que en la Avenida de Mayo el pobre Orfeo rompería de rabia la lira de tres cuerdas con que descendió a los infiernos, al ver que nadie, ni aun las mujeres, se detenían a oirle...

Pérez Camacho continuó:

—Buenos Aires, que se burla de los contemplativos, para los hombres de acción es inmejorable.

Allí, el dinero no duerme en los Bancos, como sucede en Europa, sino que circula constantemente; por eso no es difícil enriquecerse; el dinero argentino no tiene miedo a nada. La primnra impresión que el extranjero recibe al pisar el muelle bonaerense, es de riqueza: todo el mundo habla de negocios, de millones ganados, de millones perdidos; las cifras son enormes, aturden; la noción de lo que cada moneda significa se desvanece. Es un vértigo, un "motivo" inacabable que yo llamaría "la obsesión del peso". A esto atribuyo el aburrimiento, la tristeza indefinible, de Buenos Aires. Allí la gente no rie o ríe poco. Dicen que Buenos Aires y París se parecen. ¡Absurdo! No pueden parecerse porque a París los millonarios van a gastar su dinero, y a Buenos Aires los menesterosos van a ganarlo; por esto París tiene la alegría loca de lo que se derrocha, y Buenos Aires la zozobra adusta, febril, de los negocios pendientes. Sin embargo, el argentino es generoso, con una munificencia de gran señor; ama el dinero y, por lo mismo, lo tira, porque tirándolo goza de él. Ya verá usted que los porteños acostumbran llevar su dinero en los bolsillos del pantalón; es "el gesto" de un pueblo joven y manirroto, dispuesto siempre a gastar. Esto explica la afición desmedida que siente Buenos Aires por las carreras de caballos.

Raros, muy raros, son los días en que no hay carreras: unas veces en Palermo, otras en Belgrano o en Longchamps, o en Lomas de Zamora... El criollo juega furiosamente; no le importa perder mucho con tal de exponerse a ganar mucho; todo esto encierra una trepidación de aventura, una fiebre de

conquista, una sed de riqueza semejante a la que inflama la voluntad de los grandes agiotistas; es algo que está en el aire, en el agua, en la luz. Por ir al "turf" se empeña, se pide prestado, se firman pagarés ominosos, se estafa. Los hipódromos han enviado a presidio a muchos hombres. Cuando oigo hablar en Buenos Aires de un desfalco, nunca digo: "Buscad a la mujer", sino "Buscad al caballo". Un caballo que, en pocos minutos, de la riqueza o la ruina a los que le confiaron su fortuna, es el símbolo exacto de esa nación impaciente y admirable donde todo va aprisa.

Después Pérez Camacho habló del amor a la tierra, del deseo de propiedad, el rasgo característico más firme y simpático del pueblo argentino.

Ser propietario en Europa, supone tener un capital, ser casi rico. En Buenos Aires, no hay empleado ni comerciante modestísimo que no posea una casita en los arrabales de la ciudad, o un solar, o siquiera una "chacra" o pequeño cortijo, en la Pampa. Todos los sábados los diarios anuncian los terrenos que han de rematarse al siguiente día, detallando circunstanciadamente su situación, calidad, condiciones de riego y de salubridad, perspectivas agradables, porvenir de la barriada donde se hallen situados y cuantas circunstancias puedan favorecerlos, como asimismo su precio y modo de efectuar el pago. Estas ventas se realizan simultáneaente en Cañuelas, en Devoto, en Pueyrredón, en San Martín, en El Tigre, en Villa Lugano, en Ramos Mejía, en Lomas de Rocca, en Floresta... en todas partes. Diríase un desbordamiento de la ciudad, una ola de ladrillo y de hierro, que va penetrando

en el campo y ensanchando continuamente el perímetro de Buenos Aires, ya demasiado extenso.

Juntamente con estos anuncios de terrenos, los diarios publican otros referentes a subastas de animales: yeguas fuertes y lucias, potrancas de tres años, toros Durham, novillos tipo Chilled, ovejas Lincoln. Y al día siguiente, domingo, desde muy temprano, empiezan a salir de la capital trenes especiales, adornados con banderas, que llevarán al público gratuitamente a los parajes donde han de verificarse los remates. Al partir el tren, las banderas azules y blancas de la patria argentina, flamean risueñas, como una carcajada, en el espacio límpido; resuena un paso doble; silba la locomotora; la muchedumbre aplaude. Es una especie de regreso a la vida primitiva, una fiesta de paganía, en que el hombre moderno siente el amor atávico a la tierra sagrada, Céres gloriosa, y vuelve a ella alborozadamente.

De este crecimiento constante de la urbe, proviene la facilidad con que se han improvisado multitud de fortunas cuantiosas. La afluencia ininterrumpida de emigrantes va aumentando rápidamente el valor de las propiedades. Juntos todos los Bancos del mundo, no podrían dar la mitad de los intereses que rinde el suelo porteño a sus poseedores. Así, el camino infalible y más cómodo para enriquecerse en Buenos Aires, es la compra y venta de terrenos: comprar y esperar a que el precio de la tierra suba, para rematarla. Más gana quien más espera. El tiempo realiza el milagro: semejante a un tasador borracho, apenas señala el precio de un lote de tierra, cuando lo mejora y exalta locamente. Es un

asombro. El metro cuadrado que hace diez años valía veinte o treinta centavos, ahora se remata a ochenta, noventa y cien pesos. Y esta maravilla no tiene trazas de concluir; al contrario: día por día el valor de los campos crece, cual si las gotas de rocío que sobre ellos vierte la noche fuesen de oro...

Don Luis Pérez Camacho, acostumbrado a los acrobatismos tribunicios, no quiso terminar su abundante disertación sin una frase:

—País es Buenos Aires—exclamó—donde, con el tiempo, un hombre muerto, por el terreno que ocupe valdrá tanto o más que un hombre vivo.

Pasado un largo intervalo de silencio, Millanes preguntó:

—¿Va usted a residir en Buenos Aires mucho tiempo?

—No; uno o dos meses, nada más; porque no me conviene ensanchar el círculo de mis relaciones, ni que mis correligionarios se familiaricen conmigo. ¿Quiere usted creerme?... Viva muy aislado; los hombres que, como usted o como yo, no usufructúan el prestigio de una "casa abierta", deben esperar más de la gente que no les conoce que de sus amigos. Esto lleva el disfraz de una paradoja, pero es un gran consejo...

Jaime Millanes no quiso preguntar más: el acento seguro de su interlocutor y la nerviosa ufanía con que a cada momento se acariciaba su barba de oro, le aseguraban que aquel hombre tenía sus planes limpiamente trazados y cómo "la presa" que iba a cobrar a Buenos Aires, ya estaba bien cazada y rendida.

El resto de la tarde lo pasó solo y muy triste: mi-

rando al mar, escuchando la tragedia de las olas, unas cerúleas, casi negras, otras verdes como esmeraldas, otras teñidas con el verdor amarillento del sulfato de plomo, que iban y volvían restallando contra los costados del buque. Acodados a lo largo de la mura había varios viajeros; la monotonía del paisaje les amohinaba; todos parecían melancólicos y miraban al océano como contándole sus pensamientos. Adormecido, el joven cerró los ojos. Su sopor fué brevísimo. Una mano, golpeándole familiarmente en el hombro, le despertó. Era Mr. Alfredo.

—¿Qué hace usted ahí, señor?—interrogó el inglés.

Por contestar algo, Millanes repuso:

—Veo la Naturaleza, la admiro...

Mr. Alfredo se echó a reir:

—¿La Naturaleza? ¿Y qué es eso, señor? ¿Qué vale eso...? ¿Quiere decírmelo?... La Naturaleza es buena porque produce grandes consechas de maíz y de trigo; porque cría animales hermosos... lo demás, señor, no vale nada... ¡nada!...

Sus ojuelos azules se fijaban burlones en Millanes.

—Apostaría algo... una libra esterlina contra dos francos, a que usted miraba ponerse el sol.

—Efectivamente...

—¿El señor es artista?

—Sí.

—¿Comediante?

—No, músico.

—¿Músico?... ¡Mucho peor!...

Volvió a reir:

—Mire, señor; siga el consejo de un inglés; los ingleses somos prácticos y damos buenos consejos. Usted es un lírico ¿verdad?... Un sentimental, ¿verdad?... Pues, créame; si no tiene dinero, no vaya a América; perderá usted el tiempo. Yo conozco aquel país. En Buenos Aires hay que trabajar; allí una puesta de sol no ha tenido importancia nunca.

Saludó y se fué, haciendo un gesto familiar, ligero, que quería decir: "No me haga usted caso; todo ha sido una broma..."

Pero las palabras del inglés, corroborando las de Pérez Camacho, ahondaron la secreta congoja de Millanes. El individuo debe acoplarse al medio si no quiere morir. El, por lo mismo, para granjearse una posición y componerse un hogar, necesitaba expulsar de sí su "yo artista", extinguir las llamas azules de la ilusión, que aun quemaban su alma. Urgía cambiar los laureles del músico por el arado y la podadera del agricultor; dar un adiós a la alegre farándula, a los aplausos, a las luces de todo ese mundo teatral, tan mentiroso y tan bonito, tan poético, con la eminente poesía de lo que sólo dura un instante... Y volver a la severa realidad de la Tierra, donde todo es sólido, donde la sencilla historia de las montañas y de los ríos se cuenta por siglos, donde hasta los árboles pequeños viven más que un hombre y se hallan agarrados al suelo por raíces profundas, y donde la duración de los crepúsculos, la majestad del eco y la parsimonia con que camina el sol, parecen dar a la precaria existencia humana una longevidad patriarcal.

El joven suspiró. ¿Tendría valor suficiente para imponer a su porvenir rectificación tamaña? Su

imaginación le permitió aventurarse en lo futuro quince o veinte años: se vió en los umbrales grises de la vejez, rodeado de su mujer y de sus hijos, hablando de sementeras, de cosechas, acechando el madurar de los albaricoques o el crecimiento de unos rosales... Y todo ello le pareció desolado, de una desolación irreparable y asfixiante, cual si sobre la frivolidad de su espíritu artista acabara de desplomarse la suprema pesantez de la Tierra, la majestad religiosa y callada de los campos inmóviles, eternamente iguales a sí mismos.

Para distraerse empezó a pasear. A intervalos se encontraba con Jorge Bridsbach y Elvira Dettri que, cogidos del brazo, caminaban en dirección contraria: ella, robusta, carnosa, los negros ojos venecianos llenos de fulgores, y la boca de labios abultados y rojos, semejante a un broche sangriento en la palidez mate del rostro; él, alto, lacio, el pecho hundido, el cuello acanalado, el paso débil, la mirada indecisa y humilde de los enfermos de anemia cerebral.

"Las señoras de la Morgue" yacían inmóviles, repantigadas en sus sillones de viaje. A lo largo de la banda de estribor, el padre Flank y otro fraile paseaban sin cuidarse del viento que hinchaba sus hábitos, descubriendo la ridiculez de sus flacas pantorrillas. Virginia Bonheur dormía; Ana Beccali repasaba su ropa blanca; la señora Voisin, gruesa y alta, velaba el sueño de sus dos hijos, acurrucados sobre su amplio regazo. En un corrillo Mr. Alfredo, Enrique Hernán y el señor González, contaban mentiras para asustar a Teresita Lottaro.

—¡Estamos perdidos! exclamaba el inglés—. El

comandante acaba de decirme que no podremos desembarcar en Buenos Aires.

—¿Por qué?

—Porque se ha declarado allí el cólera. Hoy lo ha sabido por comunicación radiotelegráfica. Ayer hubo dos mil quinientos atacados, de los que no ha sobrevivido ni uno solo.

—Nada de eso va conmigo; yo me quedo en Santos.

El señor González intervino:

—¿Pero usted no iba después a Río Janeiro?

—Sí.

—Pues no sé qué será peor. Porque si en Buenos Aires tienen el cólera, en Río Janeiro hay tifus.

Ella titubeaba la cabeza, burlona.

—¿No me cree usted?—insistió el señor González, poniéndose muy serio—. Me extraña, señorita, su actitud, pues no recuerdo haberla dado nunca motivos para que dude de mí. En fin, si quiere cerciorarse, pregúnteselo al comandante Beraud; él la informará.

Oyéndoles, Enrique Hernán, grave y cobrizo como un moro, se atusaba su áspero bigote. A cada momento interrogaba con expresión ingenua de asombro:

—¡Canastos! ¿Pero es cierto?

Al fin se creyó en la obligación de echar su cuarto a espadas.

—Yo ignoraba—dijo—la situación aflictiva por que atraviesan Río Janeiro y Buenos Aires; pero ya que parece llegado el momento de decir la verdad, voy a declarar lo que sé: avanzamos hacia un peligro tremendo, casi inevitable.

—¿Se ha roto la hélice?

—No.

—¿Hay fuego a bordo?

—Tampoco; peor que eso. Yo supe la terrible noticia la misma noche en que salimos de Almería; el doctor Nazaire la conoce también. En Dakar, a donde llegaremos pasado mañana, ha aparecido la peste bubónica. Creo que no vamos a encontrar ni un negro para muestra...

Una campana anunció la cena. Sobre cubierta, los emigrantes, sentados muchos en sillas, otros en el suelo, formaban grupos pintorescos y comían sujetando entre sus muslos los grandes platos de cinc, llenos de rancho.

Jaime Millanes, Hernán y Mr. Alfredo, bajaron al comedor. Al cruzar un pasillo, y ante la puerta de un camarote desalquilado, el inglés vió de refilón al señor Páez y a Elena Pilou, que cambiaban un beso.

Después de cenar, Millanes saludó a Susana Massim en el puente. Estaba triste y su saludo tuvo la familiaridad del abatimiento.

—No la veo u usted desde anoche; ¿dónde se esconde usted?

—He pasado el día en mi camarote: no tenía ganas de hablar con nadie. ¿Y usted?

—Por aquí... me he aburrido bastante; ha sido un día muy malo para mí. La he echado a usted mucho de menos.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No lo sé; pero su ausencia acrecentó mi pena.

Hablaban despacio, ora en español, ya en francés, mientras miraban al mar, sobre cuya ondulante

tersura las luces del buque arrojaban lampos intensos.

Millanes relató sus impresiones de la jornada, su larga conversación con Pérez Camacho y hasta las ironías del inglés, cuando le vió absorto ante la hermosura del crepúsculo. Para explicar el estado de alma por que atravesaba, hubo de deslizarse un poco en su pasado: livianamente habló de su niñez, de sus primeras luchas artísticas, de las ilusiones ambiciosas que le arrancaron de España, para colocarle allí, sobre el puente del *Paraná*. Conforme hablaba, el color pesimista de su discurso se entenebrecía. Cuando salió de España, nadie fué a despedirle: en Buenos Aires, nadie le esperaba; podría emigrar nuevamente, o dedicarse a la agricultura, o morirse... y ninguna voz preguntaría por él; estaba solo, ¡solo y pobre en el desierto de la vida inmensa y amargal...

Suavemente su interlocutora trató de consolarle: eran muchos los hombres que a su edad habían sufrido bastante más que él. A los treinta años el caudal de la juventud es todavía muy grande, las iniciativas abundan, y no hay miedo ni pereza para los negocios. Por lo mismo a cada momento el porvenir puede cambiar. A lo que sí debía acostumbrarse era a no dar importancia a los hechos, en la seguridad de que, por mucho mérito que les quitase, siempre les otorgaría más del que tienen verdaderamente.

Concluyó optimista y fraternal:

— Aunque tendremos aproximadamente igual edad, yo me siento más experimentada que usted, menos inocente; por eso le aconsejo. No le tenga

usted miedo al mañana; no hay motivos. Lo inseguro es enriquecerse; pero vivir modestamente es fácil: la vida es una especie de madre que para los hombres, como para los pájaros, tiene siempre un sorbo de agua y un pedazo de pan.

Ella, unida desde muy joven a Leopoldo Serventi, había asistido sin amor, pero con asombró, a todos los azares, unos buenos, muchos malos, de aquella existencia. Serventi fué un luchador tenacísimo y de inagotables recursos; cuando un negocio le fracasaba, emprendía otro; siempre congestionaban su cabeza cinco o seis empresas diferentes, donde había complicados millones; dos veces se arruinó y rehizo su fortuna. Jamás le vió vacilar; era un ambicioso desenfrenado que, para lograr su objeto, seguía cualquier camino. Refirió una anécdota que le retrataba:

Una madrugada Serventi la despertó. «Vámonos —dijo—levántate; no hay tiempo que perder.» Ella se incorporó y comprendió que la casa estaba ardiendo. El explicó: «¡Sí, yo mismo lo he preparado todo; pero si conseguimos salir de aquí, mañana seremos ricos! Anda.»

La casa, un magnífico bazar de sedas, pieles y ropas de señora, de la calle Tacuarí, ardió completamente; ni los cimientos se salvaron. Estaba asegurado en dos millones de pesos. ¡Oh! Serventi era un bravo que hacía bien las cosas...

Susana prosiguió:

—Fué un espíritu díscolo, nacido para la pelea. Discutía sistemáticamente, por gusto. Por rebelarse se rebeló contra la muerte, que quiso enterrarle en Europa; él no se conformó; apeló; dijo que quería

descansar en América... y al cabo, como siempre, salió adelante con su capricho.

Mirando a Millanes, la joven sonreía cordial. Jaime se sintió cautivado por la atracción de aquellos ojos azules, húmedos como besos. Sin advertirlo, su tristeza se resolvía en amor; que, al cabo, el amor no es muchas veces más que la pesadumbre que los hombres, como las mujeres, experimentan al hallarse solos. Habló líricamente: él no podía vencer, le faltaba la compañera ideal a quien los Cruzados ofrendaban el oro de sus victorias, la Dulcinea excelsa que es sacrificio en el corazón del apóstol, y fortaleza y temeraria bizarría en la lanza del caballero, y obra de hermosura inmortal en la mente creadora del artista. El estaba aislado: si triunfaba, ¿a quién regocijaría su éxito?...; y si fracasaba ¿ a quién apenaría su derrota?... Insensiblemente iba cayendo en la vulgaridad de plantear el problema sexual, sin advertir que para acercarse a las mujeres ningún camino más largo que el de cortejarlas, porque es obligarlas a negar ciertos pequeños favores que, a título de simple amistad, concederían en seguida.

—¡Si usted fuese capaz de quererme algún día!— murmuró.

Tenía la boca seca, cual si aquella naciente pasión le quemase ya los labios. Su imaginación se inflamaba: contribuían a enardecerle la magnificencia de la noche estrellada, el fragor de catarata con que las olas se rompían a lo largo del buque, la blancura rubia de la Deseada y su traje negro, que aludía al cadáver yerto, color de cera, que iba en el sollado. ¡Otra vez el amor y la muerte unidos, destro-

zándose siempre y, no obstante, ayudándose a mantener en el hombre la ilusión de vivir!... Jaime miró a Susana Massim frente a frente: ¿por qué no hacerla suya?... Serventi abajo, solo, pudriéndose en la bodega; y ellos, arriba, al aire libre, bajo el esplendor astral del cielo africano: era algo fuerte, hermosamente trágico, como una tumba cubierta de flores...

La joven le detuvo: bastó para ello un simple gesto correcto y glacial:

—No sea usted chiquillo; yo, al menos por ahora, no pienso querer a nadie. Pero ¿por qué los hombres no sabrán hablar con nosotras si no es de amor?... ¡En verdad que tienen ustedes de nuestro entendimiento un concepto pobrísimo!

Le dominaba, jugaba con él. Millanes quedó abatido, en una postración rayana en lo ridículo.

Su inexperiencia y cortedad interesaron a la viuda. Comenzó a coquetear, arpegiando sagazmente todo el cordaje sentimental, desde la ingenuidad a la ironía. Era una gran caprichosa, una quimerista incorregible. Siendo niña recordaba haber vivido en un antiguo caserón donde había varias alacenas: una de ellas nunca fué abierta: no tenía llave. El hecho carecía de importancia y se olvidó. Pero Susana, cuando nadie la veía, pasaba muchas horas tratando de forzar la cerradura, exasperada ante el misterio de aquella puerta tras la cual, según su romancesca imaginación, acaso hubiese un tesoro o un muerto.

Sonreía finamente...

Aquel episodio infantil, aunque disfrazado de diferentes modos, se repitió más tarde. Ella, andando

por el mundo, encontró otras alacenas cerradas; su hermetismo las poetizaba, y no se dió por satisfecha hasta abrirlas. ¡Qué desilusión recibió! Estaban vacías, no guardaban nada... ¡nada!, ni siquiera un cadáver... Sin embargo, aun no se hallaba curada del terrible mal de la curiosidad; algo nuevo, cosquilleante, ambulaba por su alma; presentía una recaída...

Súbitamente pareció formalizarse:

—Voy a hablarle a usted como, seguramente, ninguna otra mujer le ha hablado. Yo soy una ególatra; tengo el culto de "mi yo": mientras Serventi se batía con la vida y ganaba dinero, yo leía muchos y buenos libros y me acostumbraba a los sibaríticos goces de la introspección. Es una gimnasia admirable para ensanchar la conciencia y fortalecer la voluntad. De aquí nacen la independencia irreductible de mi temperamento y la amoralidad de mis costumbres. Desde el primer momento le vi a usted expuesto a caer en la horrible vulgaridad de "hacerme el amor"; hasta que, por fin, se decidió... Para ello ha necesitado usted que fuese de noche, hallarme sola y encontrarse usted mismo en un trance de melancolía aguda. ¿Por qué tantas alianzas y requisitos?... Porque ustedes, los hombres, devotos de la vieja moral, creen que el amor es algo punible, y cuando tratan de expresar el suyo sienten el empacho de quien va a cometer una mala acción...

Millanes iba a protestar; ella le atajó:

—No me extraña, porque en esto del amor hay contradicciones estupendas y abominables. Cree el hombre que la mujer se envilece entregándose

a él libremente, y, sin embargo, pone en juego para conseguirlo todos sus recursos. Es decir, que con aquellas mismas palabras con que la festeja y declara su ideal y su vida, la degrada y ensucia, y, manchada de oprobio, la arrastra por el suelo. Si yo a usted le rechazase, usted pensaría: "¡Qué fría, qué mala!..." Si, por el contrario, llegase a quererle, una voz burguesa, voz de rutina, murmuraría en los profundos de su espíritu: "¡Qué liviana, qué local..." Y su alma tendría como un encogimiento de hombros para mi sacrificio. Afortunadamente nada de eso me importa, pues, según antes dije, mi propio aplauso basta a mi alegría.

Luego, cambiando de tono:

—¿No le parece a usted que hemos hablado bastante?

—A mucho y a poco me supo su discurso—repuso Millanes cortésmente—; a mucho, porque todo lo dijo usted muy bien; a poco, porque siempre parece brevísimo el tiempo empleado en escuchar palabras discretas.

Una campana les recordó la hora del té. Jaime Millanes suplicó:

—¿Nos veremos luego?

—Bueno; o mañana...

—¿Por qué mañana?

—Porque es mejor.

Sonreía adorable.

—¿Mejor?... —repitió Millanes embobado.

—Sí; porque está mas lejos...

Se despidieron. Al quedarse solo, disimuladamente, Jaime se llevó a la boca su mano derecha, como si en ella los dedos aterciopelados y blancos

de Susana Massim hubiesen dejado una dulzura.

Durante todo el día siguiente el *Paraná* navegó a la altura del Sahara. La tierra quedaba a babor, muy lejos; para verla eran indispensables los gemelos: formaba una línea uniforme, de color ocre, que apenas emergía del mar. Bruñido por el sol, el océano, de un verde terminante y jugoso, daba la impresión de una esmeralda de infinitas facetas.

A pesar de la prudente separación de razas, dictada por el comandante Beraud, aquella mañana hubo otra grave colisión entre italianos, españoles y rusos, de la que resultaron dos heridos. El doctor Nazaire estaba furioso; su vozarrón iracundo se oía desde lejos.

—¡Y eso que apenas hemos empezado el viaje—decía—; cuando pasemos la línea del ecuador, no sé qué va a ser de esta gente!...

Pero la efervescencia de la trifulca duró poco; en cuanto apareció el comandante, los bandos beligerantes se sosegaron; además, la convicción de que tenían el buque por cárcel, contribuía a pacificarles.

Al atardecer, con el optimismo del rancho, la cubierta recobró su tranquilidad. A proa los turcos y los rusos, medio desnudos o vestidos con harapos de colores chillones, parecían un ejército derrotado que se hubiese detenido allí a vivaquear.

A los italianos no se les veía desde arriba: iban bajo el puente, en el combés, el peor sitio del barco. La popa, ocupada por los españoles, suscitaba recuerdos de hogar. Abundaban los chiquillos. Los hombres, en mangas de camisa y con la ancha faja

bien ceñida al talle, sesteaban a la sombra de la toldilla; algunos daban gusto al paladar empinando la bota. Las mujeres se empleaban en quehaceres menudos; la mayor parte de ellas eran andaluzas, oriundas de las provincias de Almería y Granada; pero también había algunas venidas del interior de la península: mujercitas enjutas y ágiles, de tez cobriza, en cuyos ojos pardos la rojiza aridez de la tierra castellana había impreso su color ardiente: éstas espulgaban a sus hijos, sujetándoles entre sus rodillas; aquéllas cosían o enjabonaban sus ropas en un barreño. Luego los trapos recién lavados, puestos a secar a lo largo de una cuerda, destacaban alegres manchas blancas que latían, como alas de gaviota, bajo el gran dombo azul.

Sobre el puente, sentados en círculo, estaban Virginia y Elena, el señor Páez, Mr. Alfredo y Millanes. Después llegó Pérez Camacho, quien declaró aburrirse horrorosamente con los viajeros de su clase: él lo atribuía a esa sugestión innegable que los vestidos ejercen sobre el sujeto: los cuellos altos que obligan a levantar la cabeza, dan al mento una expresión altiva; los chalecos policromos; los trajes de colores delicados que sugieren a quien los lleva la preocupación de no mancharse; los zapatos de charol... cohiben al individuo y acaban por infundirle una tiesura antipática.

A Páez le sucedía lo mismo. Repantigado en una silla, envanecido secretamente de la amorosa adhesión que Elena Pilou le dedicaba, el buen señor ofrecía a la tertulia la petulante felicidad de su vientre redondo. En la alegría de su semblante carnoso, los ojos saltones relucían sensuales.

Páez, aunque español de nacimiento, se consideraba criollo: treinta años de vida argentina le autorizaban a ello. En Buenos Aires, cerca del barrio de La Boca, poseía una hermosa bodega abastada con los mejores vinos europeos. Las barricas allí reunidas formaban una especie de temible asamblea, compuesta por los más famosos calaveras del mundo: todos viejos aristócratas, sacerdotes dionisíacos, príncipes egregios de la locura, magnificados por dilatadas leyendas cyranescas de temeridad y galanía. Allí estaban los muy nobles caballeros de Jerez, Montilla y Aragón; los vinos italianos, savias de olvido, dulces, acogedoras y lascivas, como abates; el alegre *champagne*, pontífice de los amores fáciles, que sabe desnudar a las mujeres en los festines y se burla de la castidad azotándola con disciplinas rosadas; los vinos del Rhin, robustos y bravos, como los héroes nibelungos...

Aquella era la "biblioteca" del señor Páez: allí estaban "sus autores favoritos", "sus clásicos", los grandes poetas heroicos y los buenos filósofos optimistas, que cantan la alegria de vivir.

—Cuando desembarquemos—agregó Páez, dirigiéndose a Elena Pilou y a su amiga—las llevaré a mi establecimiento, donde pasaremos una noche de agradables lecturas...

Reía gozozo ante la proyectada saturnal; su vientre de dios Baco se estremecía contento; sus ojos saltones se llenaron de agua.

Virginia Bonheur, interrogó picaresca y en voz baja a Millanes:

—Ya le ví a usted anoche...

—¿Dónde?

—Ahí, de ese lado... hablando con una señora de primera clase.

El galán, cortésmente, creyó que debía mostrarse sorprendido y desmemoriado:

—¿Yo?... ¡No recuerdo!

—Una rubia vestida de luto. ¡Demasiado sabe usted a quién me refiero! ¿Cómo se llama!...

—Ignoro su nombre.

—¿No quiere usted decírmelo?

—Es que no lo sé.

—¿También reservado?

Millanes sonrió, haciendo un signo vago de complacencia y disculpa. Ella agregó:

—Esa actitud de usted me gusta mucho; los hombres discretos son encantadores.

Tenía la voz acariciadora y simpática, los labios libertinos y rojos, la nariz correcta; sus ojos, un poquito dilatados por la morfina o por el cansancio de las noches galantes, inspeccionaban a su interlocutor amorosamente. El mozo se sintió cortejado; fué una emoción de alquitarada psicología femenina, dulce y penetrante. Aquella mañana en la mesa, mientras tomaba el desayuno, habíale parecido que Virginia Bonheur le miraba con una atención llena de insinuaciones. Ahora el hecho se repetía terminante, preciso...

La francesa continuó:

—Dicen que mañana llegamos a Dakar.

—A mediodía, según mis informes.

—¿Piensa usted bajar a tierra?

—¿Cómo no?

—Yo, también.

Esperaba que Millanes se ofreciese a acompañarla,

pero él calló: pensaba en Susana Massim. Chasqueada, aunque sin darse por vencida, la artista agregó:

—Nunca he estado en Dakar. Dicen que es un pueblo muy bonito, muy extravagante...

Interpeló al padre Flank, que un poco desviado de la reunión, leía su breviario.

—¿Conoce usted Dakar?

El misionero repuso, grave y amable a la vez:

—Sí, señora.

—¿Verdad que es una ciudad muy pintoresca?

—Como ciudad vale poco; pero es interesante, rara... tiene su color...

Volvió a su lectura. Elena Pilou miraba a Virginia fijamente, y había en sus ojos azules y en las ventanas de su respingadita nariz de montmartresa, una expresión amenazadora. Millanes, desdeñoso y esquivo como un tenor, miraba el espacio. Hubo un silencio. Mr. Alfredo y Pérez Camacho se habían marchado. La Pilou y el señor Páez bisbiseaban cogidos de las manos.

Como, en amor, el paso que el hombre no se atreve a dar lo da la mujer, Virginia reanudó su diálogo con Jaime:

—Yo desembarcaría, pero sola no me atrevo.

El repuso:

—¿No va usted con "ellos"?

Aludía a Elena y a Páez.

—Si quisieran llevarme, sí; pero dudo que tengan esa amabilidad; conozco a los enamorados; todo les estorba.

—No lo creo.

—Ya lo verá usted.

Estrechado por las taimadas insinuaciones de la

francesa, Millanes se brindó a acompañarla. Mas apenas lo hizo, cuando la voz y el rostro de Virginia cambiaron de expresión.

—Con mucho gusto—dijo—; es usted muy galante... Pero ahora no me atrevo a contestarle. . porque hay un señor en primera clase... creo que le llaman Conffanieri... que quería desembarcar conmigo.

El músico se mordió los labios:

—Como usted guste.

—No se trata de una preferencia; el señor Conffanieri llegó antes... tiene el número uno... De todos modos, hablaremos mañana; supongo que esto no le habrá molestado a usted...

—No, señorita; de ninguna manera.

Mentía, sin embargo; estaba indignado: Virginia le había comprometido a acompañarla, y de súbito, merced a una zancadilla de la conversación, resultaba ser él quien se ofrecía. Sintió despecho, celos; hubo un momento en que hubiese preferido Virginia a Susana. Luego se aplacó. Indudablemente en estas arterías y zagamangas del coquetismo, las mujeres son siempre las más fuertes.

Apareció Conffanieri; alto, huesudo, vestido de gris y mostrando al reir, bajo el bigote blanco, sus viejos dientes cubiertos de oro. Jaime Millanes no pudo abstenerse de mirarle con hostilidad; era la segunda vez que el italiano, inconscientemente, se interpolaba en el camino de sus simpatías: antes fué con Susana, ahora con Virginia.

La francesa ofrendó al vendedor de lienzos antiguos grandes aspavientos cordiales.

—Mi querido señor Conffanieri, siéntese usted

aquí, a nuestro lado... precisamente hablábamos de usted.

Elena Pilou y Páez retiraron sus asientos lo necesario para que el italiano pudiera instalarse entre ellos y Virginia. Millanes cerraba el círculo. La conversación se trabó en francés. Conffanieri quiso informarse de qué se trataba.

—De saber—repuso la Bonheur—si mantiene usted su ofrecimiento de anoche.

—¿Qué ofrecimiento?

—El que me hizo usted de recorrer Dakar con nosotras.

—¿Yo?...

—¡Cómo! ¡Y lo pregunta!... ¿Tan chiflado está usted?...

—¡Mi palabra de honor! ¡No me acuerdo!

—Usted bromea...

—¡Vaya, repito que no me acuerdo!

Se obstinaba en su negativa riendo, cual si aquella falta de memoria tuviese gracia. Virginia sonreía también, para defender con su hilaridad el desaire de su situación. Elena Pilou acariciaba una mano del señor Páez, entreteniéndose en ponerle y quitarle las sortijas, y el bodeguero, satisfecho tras la redondez de su vientre, miraba a Conffanieri con esa alegría, tan pronto orgullosa como compasiva, que adquiere el rostro de los hombres cuando se creen amados.

El italiano añadió, dirigiéndose a Virginia:

—Bien, puntualicemos: ¿qué quieren ustedes de mí?

—Por mi parte, nada; yo no necesito nada. Los caballeros están en la obligación de proponer, de

brindarse...; y las señoras, nos reservamos el derecho de aceptar o nó. Esto, señor Conffanieri, no soy yo, sino la galantería, quien lo ha ordenado así.

La francesa mejoraba su situación y aprestábase a desquitarse de la pequeña humillación sufrida. El italiano repuso:

—Muy bien, iré con ustedes; pero ya sabe usted, señorita Bonheur, que la dama que acepta la invitación de un caballero contrae un deber.

—¿Cuál?

—El de ser complaciente.

Virginia reía provocativa:

—¿Qué te parece, Elena? El señor Conffanieri es un hombre práctico...

—Yo vendo al contado. Es costumbre de la casa.

Continuaron el discreteo, apurando esforzadamente el tema, ya de suyo harto peligroso y quebradizo.

El italiano prosiguió·

—Entonces ¿quedamos en eso?

—¿En qué?

—En que la señorita Bonheur, una vez en Dakar, será muy complaciente conmigo...

—Según...

—¿De qué depende?

—Del champagne que bebamos.

—¿Tiene usted el vino alegre?

—O triste...

—¿De suerte que tampoco debo fiarme del champagne?

—Tampoco.

A Conffanieri se le afligió la cara; adivinaba que aquel negocio iba a desenlazarse mal. Virginia reía,

y en el silencio del puente, donde la mayoría de los viajeros dormitaba amodorrada bajo el calor africano de la tarde, su hilaridad vibraba incitante. De pronto, confidencial y rápidamente, preguntó a Millanes:

—¿Está usted enfadado conmigo?

—No... ¿por qué?...

—Así me gusta...

Reanudó el diálogo con Conffanieri; pero a intervalos miraba a Jaime afectuosamente, como significándole su adhesión y simpatía, y que si solicitaba la viciosa amistad del italiano lo hacía interesadamente: Conffanieri era rico.

Cuando llamaron a comer, la Bonheur aprovechó un momento en que nadie la veía para estrechar apasionadamente una mano de Millanes; las suyas, blancas, pulidas, adornadas de uñas rosáceas y brillantes, eran fuertes como las de un hombre.

—Tenemos que hablar—murmuró—; me agrada usted mucho...

A la mañana siguiente, cuando los viajeros subieron al puente, la costa africana aparecía a babor a menos de dos millas. Se veía Dakar. Estaba muy cerca. Todos se emocionaron: fué una alegría que revoló cascabeleante de un extremo a otro del buque, y tenía mucho del regocijo infantil y popular de los domingos.

El *Paraná* había disminuído su velocidad, lo que daba a su mole blanca, al deslizarse sobre la paz cerúlea de las aguas, una lentitud mayestática. A lo lejos, veloces, cual barridas por el viento, navegaban piraguas humildes, zozobrantes bajo el peso de su vela cuadrada; negros medio desnudos tripu-

laban aquellas embarcaciones, que a cada momento desaparecían entre las olas para resurgir prestamente, ágiles y filantes como gaviotas. Grandes nubarrones manchaban el cielo, de un color gris sucio. El calor asfixiaba; los termómetros marcaban cuarenta y tres grados. Empezó a llover, y las recias gotas del aguacero caían con un murmullo sostenido y extraño, acribillando de pequeños círculos el cristal sereno de la bahía. Resguardados por la toldilla, los viajeros del *Paraná* observaban el fenómeno: era algo raro, que producía la ilusión de que el océano estuviese hirviendo.

Fondeó el transatlántico en medio del puerto, y por tres veces el grito ululeante de su sirena pareció arrastrarse trabajosamente bajo la pesantez del cielo plomizo.

A la lechosa claridad matutina, el blanco caserío de Dakar, recién lavado por la lluvia, mostrábase triste, uniforme, sin otro relieve que el de su arbolado: era una vegetación poderosísima, de un verde sombrío y húmedo, desconocido en Europa, que descubría el vigor del suelo africano; tierra virgen, jugosa, por donde el arado no ha pasado aún. Enloquecía el silencio. Dos vaporcillos remolcadores se acercaban al *Paraná* arrastrando varias gabarras cargadas de carbón; sus moles negras ensombrecían las aguas.

Alrededor del transatlántico voltigeaban muchos esquifes tripulados por "nadadores" senegaleses, mozalbetes de doce a diez y ocho años, sin otro traje que un ligerísimo calzoncillo, tan breve, que apenas les cubría la mitad del muslo. Mostrábanse ágiles, esbeltos, de una euritmia clásica. A la luz, que

bruñía sus cabezas rapadas y sus miembros cenceños y musculosos, de bronce parecían. Más allá, atracados a la hila de los muelles, había algunos barcos: dos vapores noruegos, otro inglés, un crucero de guerra yanki, y varios bergantines y fragatas de diversas naciones. Movidas por el viento, sus banderas semejaban, sobre la uniformidad del espacio, lenguas que saludasen en idiomas distintos.

De pie y alineados en la borda de sus lanchas, los "nadadores" interpelaban a los viajeros. Unos hablaban español, otros francés.

—¡Echame una moneda!—repetían—. ¡Una moneda!...

Las mujeres les miraban curiosamente, detallándoles: eran gallardos, felinos, de una movilidad lasciva y lustrosa; perfectos, sin duda, dentro de su raza.

Virginia Bonheur sacó de su cartera una moneda de diez céntimos.

—¡Ahí va!—exclamó.

Para cobrarla, cuatro nadadores zambulléronse cabeza abajo, y, transcurridos pocos segundos, uno de ellos reapareció mostrándola entre los dientes, salvajes, fuertes, blancos, que traían a la imaginación escenas de canibalismo. Arrojó la moneda dentro de la barca, y volvió a gritar:

—¡Echame otra!

Los tripulantes de cada bote trabajaban en comandita, y las ganancias se las repartían luego por igual. El juego continuó, y a cada nueva inmersión, los nadadores reaparecían más bruñidos, más lavados por el mar y la lluvia, que caía sobre sus espaldas.

Disimuladamente, la pequeña Elena Pilou se acercó a Virginia. Las dos mujeres sostuvieron en voz baja un diálogo breve y rencoroso:

—¿Te gustan los nadadores, verdad?—preguntaba la Pilou.

—Hago lo que quiero.

—¿A que no?...

—Cállate..., no tienes derecho a pedirme cuenta de mis actos.

—Ya te lo diré cuando estemos solas... ¡cochina!...

La Bonheur, tan alta y tan fuerte, se había quedado intensamente pálida; tenía miedo; era como una sugestión. Por el contrario, las mejillas de Elena Pilou estaban rojas, ardían:

—No permito—murmuró rechinando sus dientes de lobezno—que desembarques con "ése".

—¿Con quién?...

—Con el español...

Señalaba a Millanes.

—Si quieres ir a tierra—prosiguió—vas con el italiano. ¿Crees que no lo veo todo?... ¡Cochina!... Si me desobedeces, esto va a costarte sangre.

Los vaporcitos que habían de conducir a los pasajeros al muelle, evolucionaban para acostarse a la escalerilla de desembarque. Sobre cubierta, cerca del portalón y embarazados con sus equipajes, se agolpaban los frailes misioneros, el matrimonio Ripaud, las tres lumias embarcadas en Almería y otros viajeros que tenían pasaje hasta Dakar.

Tras ellos, y sin cuidarse de la lluvia que caía compacta, apiñábanse los curiosos, los desocupa-

dos, que iban a tierra sin más objeto que distraer unas horas: Mr. Alfredo, Enrique Hernán, González, Pérez Camacho, los tres Slottmann, la señorita Beccali, Jorge Bridsbach y Elvira Dettri, Duval, el doctor Moreno...

Los que se marchaban definitivamente, aquellos que nadie, a la mañana siguiente, volvería a ver, dejaban tras sí una nostalgia inexpresable. Desde el puente, los que les veían partir, sin saber por qué se quedaban tristes.

Entre sonoras risas, Elena Pilou aceptó el brazo que el señor Páez, disfrazado bajo un casco blanco de dos viseras, la ofrecía. Era el sombrero ridículo que todos los europeos, por miedo a las insolaciones, adoptan al pisar tierra africana. La Pilou vestía un impermeable de color tabaco y un sombrerito rojo, que realzaba el mérito de su melena rubia y de sus ojos viciosos y profundos. Estaba adorable.

Conffanieri se acercó a Virginia Bonheur. Su aire era triunfal.

—¿Vamos?—exclamó.

Ella, súbitamente, pareció adoptar una resolución; mostróse muy sorprendida:

—¿Cómo?... ¡A buena hora!...

—¿Por qué?

—Yo no le esperaba a usted.

—¿Tiene usted caballero?

—Naturalmente. Usted me dijo que me acompañaba si yo le prometía "ser muy complaciente"; y como yo hago siempre lo contrario de lo que me piden...

La Bonheur pensaba en Millanes; se lo había ju-

rado a sí misma: de no ser "con el español", no bajaría a tierra. Además, queria afirmar ante Elena su independencia. Picado en su amor propio, el italiano replicó:

—Aquello fué una broma...

—Yo creí que era una sinceridad de usted.

—Pues, no; se equivocó usted.

—Yo me alegro, porque, a partir de este momento, empiezo a estimarle más.

—Pero, ¿vendrá usted conmigo ahora?

—Imposible; me espera un joven... que no sé cómo se llama; "uno"... que preferí a todos, por que tuvo la discrecion de no exigirme nada.

Conffanieri saludó a la francesa y bajó a cubierta, donde reunió con Páez y su amiga. Al verle solo, Elena Pilou se encolerizó:

—Eso no se hace—mascullaba—; es una porquería. ¡Ah!... Esta vez la Bonheur ha de acordarse de mí.

Al otro lado del puente, Millanes discutía con Susana Mssim. La viuda se negaba obstinadamente a desembarcar. Aludió al muerto.

—Acaso sea una puerilidad... pero... soy así... no me atrevo a dejarle solo...

Jaime se despidió; pensaba en Virginia.

—Entonces, hasta muy pronto.

Dirigióse hacia popa y, acodada sobre la mura de estribor, en actitud pensativa, vió a la artista. La tocó en un brazo:

—¿Y bien?...

Ella le miró con sus grandes ojos fatigados, llenos de amorosa ilusión.

—Esperándole a usted.

—¿Para ir a tierra?

—Sí.

—¿Y el señor Coffanieri?

Virginia se alzó de hombros despectivamente. ¡Bah!... ¡Un pitoche la importaba a ella el señor Conffanieri...; todo cuanto habló con él la víspera, delante de Jaime, fué sólo por gorja y regocijo.

—Mire usted—agregó riendo—mire usted dónde va...

Indicaba el grupo de viajeros instalados ya sobre el vaporcillo que había de llevarles a tierra. Todos permanecían en pie y muy juntos, amparándose mutuamente, bajo sus paraguas, del chubasco.

Millanes estaba indeciso; temía que Susana le viese con la francesa. Decidióse, sin embargo, por acompañar a Virginia: al cabo, de las dos mujeres, era ésta quien, por hallarse más cerca, merecía vencer. Cogidos del brazo como amantes, bajaron la escalerilla y se instalaron en el remolcador; abrieron sus paraguas. Elena Pilou fulminó sobre su amiga una mirada de odio. Conffanieri estaba triste. Virginia, para demostrarles su buen humor, comenzó a reir estrepitosamente; las gotas de lluvia que recibía en la nuca, la producían cosquilleos nerviosos. Cada vez parecía más excitada; su hilaridad dura, sin modulaciones, llegó a ser molesta. Al fin se recobró.

El vaporcillo surcaba rápidamente la bahía, cuyas ondas tranquilas afectaban, bajo el espacio gris, el color del acero. Llovía torrencialmente y el murmullo del aguacero, semejante a un hervor, llenaba el silencio. El *Paraná* iba quedando atrás, inmóvil, intensamente blanco, sobre el fondo nuboso. Desde

el puente varios pañuelos saludaban irónicos a los expedicionarios.

Cuando éstos llegaron al muelle, era mediodía. Allí se despidieron de los frailes y del matrimonio Ripaud. Los religiosos subieron a una tartana. Los Ripaud se alejaron precedidos de un guía: él, pequeño, inquieto, lleno de voluntad; ella, triste, lenta, con esa laxitud de los melancólicos. Los demás viajeros prosiguieron su marcha juntos. Un calor húmedo les sofocaba. Sus pies se hundían en el suelo enlodado. A los pocos momentos fueron rodeados por una turba de guías negros, todos descalzos y completamente desnudos dentro del amplio ropón con que se cubrían. Esto fraccionó a los expedicionarios, pues cada grupo eligió su *cicerone:* Elena Pilou, Páez y Conffanieri siguieron un rumbo; Jorge Bridsbach y su amiga buscaban un coche; Enrique Hernán y Mr. Alfredo caminaron con paso alborozado y marcial tras un mozalbete, de ojos avispados y dientes de lobo, que conocía una casa hospitalaria...

Virginia Bonheur y Millanes también eligieron un guía. Las edificaciones eran de planta baja, y los árboles, alineados a lo largo de ambas aceras, se entrelazaban convirtiendo cada calle en un túnel de murmurante y lozana verdura. En la sonoridad obscura de aquellas bóvedas, el rumor de la lluvia parecía agrandarse. Todos los portales y los comercios estaban cerrados. Jaime quiso adquirir dinero francés y no halló abierta ninguna casa de cambio. Dakar, rendida bajo sus cuarenta y tres grados de calor, dormía la siesta: una siesta africana, lasciva profunda.

Llevados de su curiosidad, los viajeros recorrían los arrabales pobres de la ciudad. Allí el vecindario, completamente indígena, habitaba en chozas de cañas, adobes y guano, y techumbre cónica. Por las calles, anchas, enfangadas por el aguacero, la chiquillería correteaba desnuda; a la puerta de algunas tabernas había grupos de negros, trabajadores del muelle, que jugaban a los naipes mientras sonaba la hora de volver a la faena. Algunas jóvenes senegalesas, de nalgas enormes y senos crecidos y colgantes, como ubres, pasaban con impúdico anadeo de caderas, llevando sobre la cabeza un cesto lleno de pescado, y sujetos a laespalda, con una faja, uno o dos chiquillos.

La Bonheur empezó a quejarse de los pies; la dolían mucho; además tenía un miedo, casi supersticioso, a ese cielo senegalés que mata a los europeos en las calles. Entonces, lentamente, para no agitarse, volvieron al centro de la ciudad. Virginia se apoyaba, con abandono voluptuoso, en el brazo de su acompañante; y Millanes, turbado por la atmósfera de horno, se estremecía al sentir contra su cuerpo joven la presión de aquel otro cuerpo prometedor, carnoso y sensual. Sentáronse en la *terrasse* de un pequeño café, ante una vasta plaza cubierta a trozos de hierba y sombreada por añejos árboles, cuyos troncos nudosos y negros la lluvia había esmeradamente lavado y bruñido. Pidieron cerveza. Virginia acercó sus labios al rostro de Jaime, tanto, que éste recibió en sus mejillas el roce cosquilleante de aquel aliento perfumado.

—¿Se aburre usted mucho?—preguntó.

—No; ¿por qué?

—Le he estropeado a usted el día; usted, con sus amigos, se hubiese divertido mejor...

—Al contrario: al lado de usted me siento envanecido y muy contento.

La Bonheur agradeció la fineza con una sonrisa y calló, esperando más; pero Millanes se detuvo; se sabía amado y gustaba coquetón el suave placer femenino de mostrarse un poco desdeñoso.

Todo reposaba a su alrededor, menos la lluvia. A intervalos cruzaba la plaza algún indígena envuelto en su jaique blanco o azul, los pies descalzos, al aire la testaruda cabeza puntiaguda y rapada. Eran hombretones musculosos y ágiles, que recordaban la traza gallarda de Otello.

Elvira Dettri y Jorge Bridsbach pasaron a lo lejos, en un coche; la Bonheur les saludó con su pañuelo. Los demás viajeros habían desaparecido; quizás anduviesen mercando baratijas en los bazares judíos inmediatos al muelle, o probablemente refugiados en la paz de alguna mancebía mientras llegaba el momento de volver a bordo.

Exasperada por la corrección desamorada y poco viril del músico, Virginia exclamó:

—¿Qué desea usted hacer?

—Yo estoy a su disposición; lo que usted quiera.

—¿No se le ocurre a usted nada?

—No es fácil.

—Yo me siento fatigada; tengo sueño...

—Entonces, volvamos al buque.

Ella hizo una mueca de hastío:

—¡Oh, el buque; dichoso buque!... Estoy cansada de él... lo odio...

Sin mirar a su colocutora, Jaime repuso:

—Lo comprendo; pero, de no ser allí, ¿dónde iba usted a dormir?

—Es cierto.

A las cinco de la tarde regresaron a bordo, en una lancha.

—Los que nos vean aparecer así, tan juntos—dijo Virginia Bonheur—nos creerán amantes y no saben que ni siquiera hemos cambiado un beso.

La observación era perfectamente justa y Millanes no respondió: fué uno de esos silencios traidores en que las mujeres, heridas en su amor propio, por la sola vanidad de vencer se rinden a la Esfinge.

El *Paraná* continuaba carboneando: la operación se realizaba por los lados de babor y estribor simultáneamente, y a toda prisa. En pie sobre las gabarras carboneras que, semejantes a borrones, moteaban el cristal gris de la bahía, veinticinco o treinta senegaleses se afanaban armados de palas. Eran ágiles, infatigables, elásticos, de una elasticidad escurridiza, multiforme y simiesca. Estaban casi desnudos. A veces, en el temerario vaivén de la faena, sus cuerpos negros se desvanecían sobre la gran tiniebla de la hulla. Entre todos formaban una cadena: dos de ellos, parados en el centro de la gabarra, abastaban de carbón los cestos que luego subían diligentes de mano en mano hasta volcarse en la carbonera gigantesca del transatlántico. Los emigrantes, a quienes el comandante Beraud prohibió descender a tierra, observaban atentos la operación: estaban dando "de comer" al buque; aquél era su alimento, la fuerza maravillosa

que, manteniendo durante quince días la dinámica formidable de las máquinas, le permitiría romper las olas y salvar el abismo.

La tarde declinaba tristemente; la lluvia había cesado y la atmósfera, purificada por el chaparrón, era de una limpidez impoluta. Las aguas de la bahía, aquietadas, compactas, como dormidas bajo el bochorno que escandecía el espacio, adquirían tonalidades obsidiánicas. Con la falta de luz, el follaje cerúleo de los árboles pintaba a lo lejos grandes manchas negras. El panorama de Dakar, poco a poco, se desleía en la penumbra vesperal. Los barcos surtos en el puerto reposaban inmóviles, y había en sus mástiles, que parecían asomarse por encima de los malecones para divisar el mar libre, una añoranza de aventuras y de playas distantes. Una estrella recién encendida, puso sobre las aguas temblores de plata. El *Paraná* se apercibía a zarpar. Cantó la sirena...

Todos los pasajeros habían vuelto a bordo y se paseaban, molestados por el polvillo de carbón que ensuciaba el barco: en los camarotes, herméticamente cerrados por orden del comandante, asfixiaba el calor. Alguien echó de menos al matrimonio Ripaud y, más aún, a los religiosos misioneros; los sitios que acostumbraban a ocupar sobre el puente, vacíos estaban y había ahora en ellos como una tristeza.

De pronto, traída nadie supo por quién, voló de popa a proa la noticia de que la víspera hubiesen arrojado al mar el cadáver de un niño. Una impresión de asombro y de miedo estremeció los semblantes. Las mujeres palidecieron; la señora Voisin

estrechó apasionadamente contra su seno opulento al hijo que dormía sobre sus rodillas. Los hombres preguntaban:

—Pero, ¿y quién ha dicho eso?...

Se ignoraba, aunque había detalles precisos del hecho: el niño era español, sus padres iban en tercera clase; el cuerpo fué lanzado al océano de noche, cuando el buque pasaba el temible estrecho de Gibraltar, donde el Mediterráneo y el Atlántico se dan su abrazo, aciago para tantos marinos. La curiosidad de los pasajeros se hiperestesiaba.

—¿De qué murió?

No lo decían: del corazón... de la garganta... del estómago... ¿qué importa?... ¿Sabe nadie de qué mueren los niños? Lo cierto es que falleció, y su cuerpecito de color cera, metido en una sábana y con un lingote de hierro a los pies, cayó al abismo desde la borda. ¿Dónde estaría ya?... Todo el oro del mundo, toda la ciencia de los hombres, no bastarían a rescatarle. El remolino inmenso ocasionado por el choque furibundo de dos océanos, batallaba sobre él...

El alijo de las últimas gabarras carboneras terminaba. El *Paraná*, repleto de hulla, parecía satisfecho y dispuesto a partir. Segunda vez, desgarrando la quietud del puerto, esfumado bajo las penumbras crepusculares, la sirena lanzó su baladro de "adiós".

Ruidos insólitos y profundos estremecían el buque en toda su eslora; arreciaba el trajín de las máquinas, despertaba la hélice; las anclas, arrancadas violentamente del fondo de la bahía, volvían a bordo con una agria trepidación de cadenas.

Millanes encontró a Susana Massim a proa, sobre el castillete.

—¿Qué hace usted aquí?

—Nada... ver...

Él, deseando decir algo interesante, prosiguió:

—¿Tiene usted noticia de ese pobre niño que anoche tiraron al mar?

Sí, ella lo sabía; se lo había contado el señor Páez. No hablaron más de aquel asunto. La viuda de Serventi parecía preocupada, triste. Bruscamente agregó:

—También conozco su victoria.

—¿Qué victoria?

—La de usted.

—¿La mía? No me había enterado: ¿puedo saber sobre quién?

—Sobre Conffanieri.

Ruborizóse torpemente y no atinó con la réplica que las atrevidas palabras de Susana merecían. Ella prosiguió:

—Advierto que no se ha envanecido usted y le felicito. Realmente, más que de una victoria se trata de una concesión. A Conffanieri, esa mujer no le gusta; de otro modo, él, que tiene más dinero que usted, se la hubiese llevado. Créame: a esas aventureras el dinero es lo único que las interesa verdaderamente.

Turulato, Jaime Millanes no acertaba qué responder.

—Si usted fuese un artista famoso—continuó ella implacable—aún podíamos suponerla enamorada del apellido. Pero no teniendo usted ni dinero ni prestigio artístico, ¿con qué iba a rendirla? ¿Con la

figura? ¡Bah!... Usted, sin ser feo, no es de los hombres que triunfan con sólo mostrarse. Hágame caso a mí: esa... «señorita», comprendiendo que no podía cautivar al perro viejo de Conffanieri, y temiendo quedar mal si no bajaba a tierra acompañada, recurrió a usted; lo mismo hubiera podido servirse de otro cualquiera.

Hablaba amablemente, pero había en su voz vibraciones inconfundibles de despecho y de rabia. Parecía celosa.

—¿Y—prosiguió—se han divertido ustedes mucho en Dakar?

—No, señora; hemos paseado, hemos bebido cerveza...

—¿Nada más? ¿No ha prometido usted amarla toda la vida?

Amohinado, Millanes repuso secamente:

—No, señora.

—Veo—replicó la viuda de Serventi, agriamente—que trata usted a esas mujerzuelas con una consideración que no merecen; las defiende usted .. teme usted ofenderlas... ¿Qué atenciones reserva usted entonces para las señoras?... ¡Lástima! Yo creía que usted se estimaba en más.

Esto dicho, saludó y se fué; Millanes quiso acompañarla; ella se opuso.

—No, gracias; ayer quizás lo hubiese permitido... hoy, no; usted, amigo mío, ya no se pertenece... Esa señorita podía tener celos de mí...

Jaime aún permaneció algunos instantes sobre la altura del castillete, desde donde la marcha del buque adquiría una majestad nueva. Este enfilaba pausadamente la boca del puerto, y por momen-

tos el recóndito bataneo de sus máquinas era más recio. Las aguas, encalmadas, se abrían sumisas ante el esfuerzo de la roda. Ya los parpadeos del faro, plantado al extremo del malecón, brillaban muy cerca. El barco enfrentaba el océano. La lucha con el piélago iba a reanudarse. Entonces el timonel maniobró y el *Paraná* viró sobre su banda de babor, oscilando gallardamente en toda su eslora ante la ciega acometida de las primeras olas del mar libre. Al mismo tiempo, como un aletazo gigante, una gran bocanada de aire húmedo oreó la cubierta.

La noche había cerrado.

Allá iba el buque otra vez, aventurero heroico, con su carga de vidas, cabalgando sobre la inmensidad negra y viscosa del Atlántico, que las estrellas y un pedazo de luna vestían de plata.

V

La primera visita que aquella mañana recibió el doctor Nazaire en su clínica, fué la de Filomena, la mujer de Sebastián. Llevaba un niño en brazos.

—¿Ya estamos con el chiquillo otra vez?—gruñó el médico.

—Sí, señor.

Quedóse junto al dintel de la puerta, sin propasarse a entrar. El buen doctor Nazaire, con el kepis echado hacia atrás y las manazas cruzadas sobre los colgantes fondillos de su pantalón blanco, paseaba por la habitación arrastrando sus zuecos. A intervalos tosía limpiándose la garganta, y su carraspeo parecía un trueno. Sus ojos ahuevados miraban hoscamente a ras de las cejas peludas y fieras, contraídas, como si meditase. Pero todo era un alarde pueril de vanidad; no había tal preocupación; el excelente doctor Nazaire, que tanto empeño ponía en asustar a su pequeño público, no pensaba en nada. De súbito se volvió hacia la enferma:

—¿Y bien? ¡Buena señora!... Veamos, ¿a qué espera usted parada ahí, hecha una idiota?

La pobre mujer avanzó unos pasos, y tornó a

cuadrarse militarmente sobre la tosquedad de sus zapatones campesinos. Era pequeña, esmirriada, cetrina; sus cabellos, peinados hacia atrás y como planchados sobre el cráneo, se apretaban en un moñete; vestía una faldilla de percal, que modelaba la pobreza de sus caderas escurridizas; representaba cuarenta años.

El médico interrogó, a gritos:

—¡Caramba! ¿Otra vez el niño?

Rectificó apresuradamente la madre:

—Es niña.

—¡Eh!... ¿Y qué importa, a esa edad, que sea niño o niña?... ¿Va usted a casarla?... ¿Eh?.. ¿Me parece que no pensará casarla?...

—No, señor...

—¿Entonces?... Venga, desnúdela...

La chiquilla empezó a llorar; sus chillidos agudos, coléricos, parecían los de una rata. Filomena la desató las falditas, la aflojó el corpiño. Luego se sentó, colocándola en actitud supina sobre su regazo. El doctor Nazaire la reconoció, hundiéndole en el vientre sus dedos de gigante. La criatura, exangüe y esquelética, moría por consunción. El médico hizo un mohín de desagrado. Exclamó, en francés, dirigiéndose a su ayudante:

—¡Y van dos!...

Después se indignó; arrojó su kepis sobre una mesa y su gesto fué solemne, cual si con él renunciase a su empleo de médico de a bordo. Su furia era leal: iba dirigida contra los gobiernos torpes o criminales que dejan emigrar a sus pueblos; contra los padres que emprenden un largo y penoso éxodo trasoceánico, sin curarse de si sus hijos podrán

o nó resistirlo; contra toda la humanidad, en fin, esencialmente egoísta y brutal—brutal a despecho de Marconi y de Blériot—que no halla diferencia sensible entre la muerte de un niño y la de un gato...

Antiguo alumno de los hospitales de París, el doctor Nazaire pertenecía al número de esos médicos viejos para quienes no ya el origen, sino también el refugio de todas las enfermedades, es el estómago. Fiel a este criterio rutinario, el doctor Nazaire empuñó una lavativa.

—A ver—exclamó—ponga a la niña boca abajo; así... pronto... ¡Ea!... Levántela las falditas... ¡Bien!...

La chiquilla perneaba, quería resistir, pero las manazas implacables y duchas del médico consumaron en un santiamén la operación. Humorísticamente el doctor Nazaire exclamó:

—¡Anda!... ¡Bien jeringada vas, pobrecita! Si vives no será esta la última vez.

Encaróse con la madre:

—¿Y usted? ¿Le parece a usted que eso está bien? ¡Tener a su hija así, tan sucia!... ¿No le da a usted vergüenza? En España el pueblo no se lava, ¿verdad?... Es pecado... dicen que es pecado... Y ¿por qué?... ¿Eh?... ¿Son los frailes los que han enseñado a ustedes a no lavarse?... ¡Cochinas, más que cochinas!...

El pintoresco doctor, a la vez tan dramático y tan cómico, volvía a enfurecerse; hablaba barajando disparatadamente frases españolas y francesas, y las resonancias avendavaladas de su vocerrón improperador atronaban la clínica.

—Pero, señor—balbuceó la mujer—, si es impo-

sible ver a estos hijos limpios! ¿Usted sabe?... Siempre andan por el suelo...

—¿Que andan por el suelo? ¿Y qué hay con eso?... ¿Usted para qué está? ¡Diga!... ¿No tiene jabón? ¿Eh? ¿No hay agua?... ¡Ah, marrana! ¡Fuera de aquí! ¡Largo!...

Acobardada la pobre Filomena y no sabiendo cómo desagraviar al médico, quiso cumplir en seguida sus órdenes; prestamente sacó su pañuelo, con el que se envolvió la mano derecha, tornó a colocar boca abajo sobre sus rodillas a la niña, la sofaldó, y para frotarla y lavarla el trasero, escupió en él.

Entonces los gritos estentóreos, inspirados por el santo amor a la limpieza, del buen doctor Nazaire, debieron de tabletear amenazadores hasta en los rincones más apartados del buque. Fué aquella una de las raras veces en que, deponiendo su escepticismo habitual, se indignó sinceramente.

—¡Con saliva!—gritaba llevándose ambas manazas a la cabeza—¡con saliva!... ¿Dónde se ha visto que ninguna madre escupa a sus hijos para lavarles?... ¡Dicen que hay tifus, cólera!... ¡Naturalmente!... ¡Lo increíble es que una epidemia no arrase con toda esta gentuza de una vez!... ¡Con saliva!... ¡Infames!... ¡Fuera de aquí, fuera!... ¡Con saliva!... ¡Cochina! ¡Fuera!...

Empuñó a Filomena por un brazo y, zamarreándola ásperamente, la llevó hacia la puerta. Ella se negaba a salir; quería saber si la niña podía comer algo...

—¡Nada!—gritaba el doctor Nazaire—¡la niña no puede comer nada!... Déla usted teta. ¡Nada más que teta!...

—Pero, señor...

—¡Teta he dicho!...

—Pero oígame, señor...

—¿Qué sucede?

—Como yo estoy vomitando continuamente, mi leche no puede ser buena.

—¡Eh! ¿Y qué tengo yo que ver con eso?... ¡No vomite usted!... Ya digo: la niña no debe comer nada; ya lo sabe: ¡nada!... Si la da usted de comer algo, aunque sólo sea un poco de sopa, no vive ni tres días. Vuelva usted a verme mañana. ¿Eh?... Mañana Ahora, ¡fuera de aquí!... ¡Animal!...

Los enfermos que obstruían la puerta retiráronse humildemente para dejar salir a la mujer de Sebastián, que iba llorando. Todos guardaban una actitud correcta; estaban consternados: nunca habían visto al doctor Nazaire tan furioso.

Satisfecho de su energía, el médico fulminó sobre su clientela una mirada terrible, y gritó:

—¡Otro!...

Era un turco: tenía un uñero que le obligaba a cojear, y el dolor daba a sus grandes ojos orientales expresión suplicante.

El doctor Nazaire se cruzó de brazos; miró a su ayudante:

—¿Eh? ¿Qué le parece a usted? Este animal es por el estilo de la mula que acaba de marcharse: sería curioso preguntarle cuántos años hace que no se lava los pies...

Filomena, entretanto, llegó adonde Sebastián y varias mujeres, comprovincianas y amigas de los dos, la esperaban. El marido quiso saber lo que el médico había dicho; ella, aliviada repentinamente

de su pena, empezó a referírselo; pero, de súbito también, volvió al llanto: la niña estaba muy débil y no podía comer nada; no lo consentía su estómago. Era indispensable, por tanto, amamantarla; ¿cómo?... Filomena, desde que embarcó, fué presa del mareo y lo poco que, gracias a su mucha voluntad, comía algunas veces, lo arrojaba en seguida. Ella era fuerte, pero aquel terrible mal que parecía rebañarle las paredes del estómago, la vencía. No exageraba: bastaba ver sus ojos hundidos y sin luz, la amarillez de sus labios, la demacración y terrible ruina de todo su cuerpo, para comprender que la leche de sus senos flácidos y pajizos no bastaría a la alimentación de la niña.

—Es veneno lo que la doy—repetía la infeliz llorando—nada más que veneno...

Luego, cual si adivinase la pérdida cercana de aquella hija, estrujóla contra su pecho, mientras su lengua apostrofaba, viperina y blasfemadora, cielo y tierra; todo lo escupió, lo maldijo todo: las ideas más venerandas quedaron pisoteadas: no tenía dinero ni salud, ni siquiera sangre para criar a su hija; no disponía de nada... ¡Oh! ¿Por qué a los pobres el dolor así les ataja y tortura por tantos caminos?

Estaba sentada en el suelo, a la sombra de la gran vela embreada, tendida, a guisa de toldo, desde el puente a la toldilla. A su alrededor se hallaban Ezequiela Martínez, viuda con tres hijos, el mayor de nueve años, y su cuñada Rufina. Después, como si el dolor de Filomena la atrajese, llegó Mercedes: una mujer flaca y lívida, madre del niño fallecido la víspera de llegar el buque a Da-

kar. Otros dos hijos la quedaban. Ella y su marido no llevaban a Buenos Aires plan fijo: su hombre era agricultor; Mercedes sabía gobernar una casa, guisar, planchar, coser... Si podían trabajar juntos, tanto mejor; pero si él marchaba al campo, ella procuraría acomodarse de criada. En cuanto a los hijos, se irían con el padre, o quedarían en un asilo... Y, hablando así, el rostro macilento, color de plátano, de aquella mujer, se mejoraba; su angustia decrecía; sin duda, al pensar en el porvenir, su egoísmo afirmaba que aquel niño, tirado al mar, era una carga menos...

Las palabras vulgares de Mercedes suavizaron el dolor de Filomena; necesitaba ser fuerte, armarse de paciencia y esperar; nadie debe perder la ilusión de vivir bien algún día; cualquiera puede mitigar notablemente sus penas considerando las que agobian al vecino; Mercedes había conocido una mujer que en menos de un año perdió a su esposo y se quedó ciega.

—Yo misma—agregó—que he visto morir a mi hijo, ¿cree usted que he sufrido poco?...

La mujer de Sebastián objetó:

—Sí, usted ha perdido un niño... pero la quedan otros dos; mientras yo no tengo más que esta chiquilla... y quitármela es quitarme el corazón...

Ezequiela y Rufina hacían movimientos negativos de cabeza; hablaron pausadamente; Mercedes tenía razón; Filomena no debía desesperarse; además, el médico podía equivocarse.

—Dice que la niña no debe comer nada—exclamó Filomena—. ¿Y por qué?... ¡Al contrario! Estoy

segura de que unas sopas claritas la beneficiarían mucho.

A ella que no la viniesen con romances de lavativas y potingues: los niños lo único que necesitan es comer; cuanto más coman, mejor. Lo tenía observado: ningún muchacho que come bien se muere.

Sebastián hizo un signo afirmativo; Rufina y Mercedes también asintieron; los médicos eran unos brutos que casi siempre procedían a obscuras y por instinto. Ezequiela, impulsiva y nerviosa, llegó a prescribir un plan curativo.

—Yo, en su lugar—dijo a Filomena—más tarde e daría a la chiquitina unas sopitas y un poco de carne. La teta, por ahora al menos, mientras esté usted así, no la conviene...

—El médico me ha ordenado que lleve la niña mañana temprano a la consulta.

—Haga usted lo que guste; pero yo, si fuese su madre, no iba.

—También dice que la bañe.

—¿Bañarla?...

Obedeciendo a un criterio único, todas las mujeres protestaron. Escandalizada Ezequiela, comenzó a santiguarse.

—¿Bañarla?... ¡Ese hombre es loco!... ¿Bañar a la niña ha dicho usted?... ¡Y usted duda!... ¡Pero no haga usted semejante disparate!... La sacaba usted muerta del agua. ¡Qué horror! Tenga usted por sabido que todo lo que sea bañar a los niños antes de los doce años es un crimen. Vea usted los míos; nueve años va a cumplir el mayor y no se ha bañado nunca.

Rufina declaró que sólo una vez se había lavado

el cuerpo. Sebastián no sabía que nadie de su familia se hubiese bañado. Por su parte, Filomena no recordaba haberse bañado más que en el mar un verano que ella y su marido estuvieron en Adra.

—¡Como debe ser, señor! —repetía Ezequiela— ¡como debe ser!...

Era la cruzada salvaje del vulgo que cree incompatibles las ideas de honestidad y de limpieza; la lucha bárbara contra la ciencia purificadora, base de una moral nueva, que así pide ilustración y libertad para los espíritus, como agua y jabón para los cuerpos.

Luego el diálogo remontóse a consideraciones de un orden teológico; había que desengañarse: no hay poder humano capaz de torcer el curso de las cosas; afirmar lo contrario es perder el tiempo y exponerse a incurrir en grave delito de herejía. Cuando un niño se enferma es porque Dios lo quiere, y contra esto no hay médico que valga. Conviene, pues, a fuer de cristianos viejos, resignarse y bajar la cabeza ante la fatalidad.

¿Que nuestro hijo o nuestro padre están en peligro de muerte? Bueno; ¿qué remedio?... Dios que les enfermó, si quiere, les curará. Nosotros, con tener paciencia, habremos cumplido lo único a que un buen siervo del Señor está obligado.

Sebastián se había marchado con Venancio Carrasco. Las tres mujeres siguieron hablando pacíficamente, refiriéndose sus afanes, sus cuitas, sus miserias innúmeras; y este dialogar, modulado siempre sobre el mismo tono, había la uniformidad soñolienta de un rezo. Sus historias paralelas, sujetas a las mismas trabas, acribilladas por idén-

ticos dolores, saturadas estaban de un misticismo tenaz, hermético, que unía al desmayo suplicante de los sauces el estoicismo vertical del ciprés.

«Mucho hemos sufrido—decían—pero hubo quien padeció más que nosotras.»

Y la imagen de María, la madre de Jesús, caminando silenciosa y con siete puñales clavados en el corazón, tras del hijo muerto, pasaba como el símbolo lívido y ardiente del alma nacional. Los niños, sentados en el suelo, sobre sus pies descalzos, escuchaban conversar a sus madres, cual si recogieran sus enseñanzas y fuesen guardándolas celosamente en su memoria.

«Nada es duradero—afirmaban aquéllas—; así, cuando seas dichoso, no te alegres demasiado, y si la desgracia te persigue, encógete de hombros.»

¡Lástima de pueblo!...

Era la vieja España, de piedra y de bronce, que renacía allí, sobre la cubierta del transatlántico: la España inmortal, única y eternamente semejante a sí misma; la España de los guerreros con alma de religiosos, como Loyola, y de los religiosos con alma de pirata, como Cisneros; la España conquistadora, belicosa y mística por igual, que a través de los siglos mostró unas veces la hoja y otras la cruz de su espada, a sus enemigos; la España, en fin, del adusto riñón castellano, donde de madres a hijas, las mujeres aprendieron a ser recogidas y humildes como esclavas, y los hombres sobrios y prolíficos.

La llegada del marido de Mercedes interrumpió la conversación: era un hombre sarmentoso y alto,

algo encorvado por el trabajo, pero fuerte: representaba cuarenta años.

Ezequiela expuso el propósito, que ella y su cuñada Rufina tenían, de abrir en Buenos Aires un taller de lavado y planchado.

—Si mi marido viviese—prosiguió—no me hubiera movido de Almería, pues con aquel bendito hombre no era posible ahorrar un céntimo; Rufina lo sabe: peseta que cogía, peseta que se llevaba a la taberna... o al garito. De recién casados le quise bastante; diez y seis años tenía yo entonces... ¡Figúrense ustedes! Pero luego, viéndole siempre tan asqueroso y apartado del trabajo, que no paraba más de dos semanas en ningún taller, acabé por odiarle. Créanme: mis pobres hijos no han sabido lo que es estrenar unos zapatos mientras el grandísimo borrachón de su padre estuvo vivo.

Las declaraciones de Ezequiela las apostilló la mujer de Sebastián con un gesto de resignación. Algo así podía contar ella también.

Sebastián era bueno, laborioso, honrado como el que más; nunca la había dado un golpe... pero a ratos, cuando le acometía lo que él llamaba «la murria de ser pobre», se encerraba en la taberna y se olvidaba de salir.

—Veremos cómo se porta de aquí en adelante—concluyó—; creo que será juicioso; al menos, la víspera de embarcarnos me juró por la memoria de su padre—y cuando Sebastián jura por su padre hay que creerle—que en los dos primeros años que vivamos en América no ha de probar el vino.

Ezequiela sonreía escéptica. ¡Buenos están los

hombres! Prometen mucho y luego... ni el demonio les aguanta!

Mercedes miró a su marido largamente: fué una mirada de dolor y de duda, rebosante para los dos de recuerdos amargos.

—Mi Antonio—dijo—también me ha jurado corregirse de ese vicio. ¡Ojalá! A él le conviene más que a nadie, pues padece del hígado y los médicos le prohibieron toda clase de alcoholes. ¿Verdad? El está aquí presente; él puede decirlo...

El interpelado hizo un ademán de cólera. Sí, lo que su mujer contaba era cierto, pero aquello había pasado. Gravemente, con gravedad reflexiva dictada por una ingente y profunda amargura, disculpó sus extravíos. Su lógica era certera, dentro de la frase balbuciente.

El, lo mismo que Sebastián, había bebido mucho; pero si de mozo trasegaba por gusto, más tarde, ya hombre, lo hizo por recurso, por miedo a pasar los días con su conciencia. Viciosos son los que delinquen sin necesidad y sólo por apremios de una malsana inclinación: los mujeriegos, que abandonan a sus esposas para correr tras las mieles de lo prohibido; y también los jugadores, que buscan en el azar lo que únicamente otorga la pertinacia seleccionadora del trabajo. Aquéllos son los viciosos, no los que, como Sebastián y él, se habían emborrachado por cobardía.

Recordó la temporada que estuvo trabajando en unas minas de hierro, cerca de Lubrín. Fué necesario buscar en las entrañas de la tierra el sustento que no daban los campos esquilmados por la sequía. Tres años duró aquello; que son los malos oficios

como despeñaderos, de donde los pobres, o salen difícilmente o no salen nunca. Ocho reales tenía de jornal, y con esto y los cincuenta o sesenta céntimos que su mujer ganaba lavando, iban viviendo. Mercedes, a la sazón, se hallaba encinta de su tercer hijo. El pobre hombre suspiró y se pasó las manos por los ojos. Tuvo una frase breve, honda:

—De ese niño—balbuceó—que hace cuatro noches tiramos al mar...

Calló, y todos respetaron su silencio, bajando las cabezas: miraban al suelo; diríase que en aquel momento un entierro pasaba...

El obrero continuó:

—Ustedes son mujeres de trabajadores como yo, ustedes saben lo que es vivir así... ¿Qué querían que hiciese?... Toda la semana en el fondo de la mina, arrodillado al pie del tajo, chorreando sudor, sin ver otra luz que la de mi lámpara; por eso, cuando llegaba el domingo y podía distraer un rato al lado de mis hijos, me sentía tan miserable y acometíame tal desesperación y tal miedo de seguir viviendo, que a no ser por el consuelo del vino, allí mismo, delante de ellos, me hubiera partido de una puñalada el corazón.

En su memoria alzábase el fantasma exangüe y cubierto de harapos, de aquellos tres años ominosos. ¡Qué semanas tan negras, qué domingos tan tristes! Ni un momento que dedicar a la lectura; ni una tarde para recorrer los trigales aromados por el supremo perfume del sol, ni siquiera la breve satisfacción de estrenar un vestido... Había que trabajar más, ¡más siempre!... y apenas la faena terminaba, convenía acostarse para descansar y volver

temprano a la mina. Por eso él bebía, huyendo su pena. Entretanto los niños se criaban a la intemperie, sucios, rotos, con cara de hambre, mientras la pobre madre íbase camino del río, renqueando bajo una carga de ropa.

Alto, seco, encorvado por la costumbre de pelear con la tierra, el obrero volvió a interrumpirse; y otra vez su pasado tenebroso resurgió ante él, como para ratificarle en su propósito de expatriarse.

Habían empezado a repartir el rancho y los emigrantes se disponían a almorzar; muchos bajaban a sus comedores, situados en las profundidades malolientes del buque; otros, los sensibles al mareo, permanecían sobre cubierta, al aire libre, buscando aquí o allá un poquito de sombra.

Mercedes, Ezequiela, Rufina y la mujer de Sebastián reuniéronse alrededor de la misma fuente; el guiso, compuesto de carne, patatas y arroz, despedía un agradable olorcillo que excitaba la gula. Los tres hijos de Ezequiela y los dos de Mercedes se habían congregado en torno de otra fuente bajo la inspección regañona de sus madres. Todos reían, mordisqueaban glotonamente su pedazo de pan y hundían en el caliente guisote sus cucharas de palo. Los ojos relucían satisfechos, las mejillas se coloreaban, los labios, untados de grasa, brillaban y parecían más gruesos y más rojos.

Antonio, Sebastián, Venancio Carrasco y otros individuos comían a la sombra de la toldilla, y con frecuencia apuraban sendos tragos del vinillo riojano que su dueño, Emilio Porras, había puesto generosamente al placer y servicio de todos.

Pequeño, rechoncho, apoplético, con los mofletes

y las orejas del color de la granada, Emilio Porras, instalado sobre una maleta, presidía el almuerzo. Hablaba mucho. Nació en Cataluña, provincia de Gerona; tenía cincuenta años, pero no los aparentaba; tan cabales eran la lozanía de su persona y los entusiasmos y optimista disposición de su ánimo. Con aquella llegaban a cinco las veces que pasaba el mar. Ya estaba casado cuando reveses de fortuna le decidieron a embarcarse para América. Iba solo. Primero se dedicó al comercio y después, gracias a sus ahorros, pudo trasladarse al campo y comprar una «estancia» o cortijo. Trabajó furiosamente, sembró trigo y maíz, crió ovejas y vacas... y a la vuelta de pocos años consiguió reunir un capitalito de ochenta o noventa mil pesos; lo suficiente para dormir tranquilo y mirar al mañana sin miedo. Entonces volvió a España, recogió a su mujer y a sus cuatro hijos, el mayor de diez y nueve años, y con ellos regresó a Buenos Aires, en cuya provincia, cerca de la ciudad Veinticinco de Mayo, se hallaba establecido. Desde entonces habían transcurrido más de dos lustros.

—Pero yo no estaba satisfecho—prosiguió Porras—hasta no ver en mi casa a mi hermana Teresa, que había enviudado, y a mis cinco sobrinos. Con propósito de recogerles torné a embarcarme, y ahora vienen conmigo a bordo. Mi gran orgullo será reunirles a todos alrededor de mi mesa; seremos doce. Más tarde, cuando los chicos se casen y empiecen a tener hijos, acabaremos por formar una colonia.

Reía ufano, ante la perspectiva de aquella larga descendencia: sus nietos, sus biznietos, obra suya

serían, frutación de su esfuerzo, mantenedores de su raza. Pequeño y redondo, saludable y alegre, como lleno de savias prolíficas, Emilio Porras parecía un tronco.

Treinta años de vida argentina habían modificado su carácter, y hablaba de hectáreas y de millares de pesos como antes, en su provincia de Gerona, hablaba de reales.

Su espíritu, avezado a los brincos maravillosos del cálculo, manejaba sin vacilación aquellas cantidades ingentes cual si en su cerebro hubiérase formado una circunvolución nueva. Venancio Carrasco, y más aún Antonio y Sebastián, que eran agricultores y sabían lo mucho que cuesta en España una orilla de tierra, le escuchaban asombrados. Y la voz del catalán les salía al camino festera y dulce como una canción, incitándoles a bendecir la hora en que su pobreza les impelió a buscar el camino de América.

Porras, sin dejar de hablar, reía bulliciosamente y mascaba a dos carrillos. Su voz imponíase a su auditorio animosa. Hablaba con entusiasmo de Buenos Aires, una bella ciudad atronada por el clamoreo de las sirenas del puerto, y donde todas las calles eran rectas, cual si respondiesen al aceleramiento de un pueblo que siempre camina de prisa. No obstante, confesaba que Buenos Aires es demasiado grande; en lo sucesivo, más que en extenderse, debía preocuparse en aumentar la altura de sus casas; así la población estaría más recogida y su actividad sería mayor. ¡Oh, él la conocía muy bien!...

Describió la suntuosidad verde de Palermo, uno de los jardines más hermosos del mundo, y la aris-

tocrática distinción del barrio de la Recoleta, cuyas avenidas arboladas, silenciosas y limpias, recuerdan las calles apacibles inmediatas al Arco de Triunfo, en París. También insinuó un bosquejo de las principales vías comerciales: habló del cariz especialísimo que brindan al forastero las de San Martín y Reconquista, con sus innumerables Bancos, sus casas de cambio, y la escandalosa policromía de sus agencias de vapores; de los famosos portales de los paseos de Colón y de Julio, con sus tabernas, sus oficinas de colocaciones para obreros, y sus pequeños bazares de ropas hechas; de la Avenida de Mayo, teatral y magnífica, semejante a un bulevar europeo; del Palacio del Congreso, sobre cuya cúpula negra y erecta como el seno de una virgen nubia, el cielo bonaerense era siempre azul...

Pero los arrabales favoritos de Emilio Porras, aquellos en que él había vivido y se vanagloriaba de conocer palmo a palmo, eran los de La Boca y Barracas, y aquel otro más excéntrico de las Ranas, asilo de contrabandistas y malhechores, cuatreros, ladrones, "compadritos orilleros" de la peor ralea, "carteristas", prohombres del matonismo, tahures y demás figuras tenebrosas o maleantes, rechazadas por la policía de la ciudad.

—Es la barriada más interesante y cosmopolita de Buenos Aires—decía—y la única, quizás, que ofrece a la curiosidad del extranjero un aspecto inconfundible, genuinamente personal.

Empinó la bota y apuró un copioso trago de vino, mientras echaba la cabeza hacia atrás y entornaba de gula los ojos. Secóse luego los labios con el dorso de la mano y prosiguió:

—Aquello no se parece a nada, ya lo verán ustedes; y a quien les cuente que andar de noche por allí es peligroso, díganle que miente...

El, de joven, había llegado a Buenos Aires cuando el barrio de La Boca acababa de improvisarse sobre unos terrenos hurtados al mar, y las calles que más tarde se llamaron de Necochea y Almirante Brown, eran entonces caminos sin urbanizar y mal alumbrados, abiertos entre casuchas miserables. Los piratas, los asesinos, los célebres carbonarios italianos, los falsificadores, los escapados de presidio, todos los detritus más temibles del viejo mundo, fueron a dar allí, atraídos por la hospitalidad, llena de olvido y perdón, del código argentino. Los marineros ingleses, hercúleos y boxeadores, y los italianos, maestros en el arte de esgrimir el cuchillo, constituían los dos bandos más fuertes del tenebroso arrabal, donde raras eran las noches en que no se perpetraban varios homicidios: a la mañana siguiente los cadáveres, cosidos a puñaladas, yacían tirados en los solares o en las zanjas que bordeaban los caminos. Aquellos fueron los malos tiempos de La Boca, los años trágicos que motivaron esa "leyenda roja", leyenda infamante de piraterías y de sangre, que pesa aún sobre uno de los barrios más populosos, pintorescos y trabajadores de la urbe porteña. Emilio Porras se inclinaba a creer que actualmente era también uno de los más tranquilos.

Describió el aspecto irregular y colorista de sus calles, con sus tabernas, donde se comen castañas asadas y pescado frito, y en que por las noches se reunen a beber marineros oriundos de todos los

países: tipos extraños, unos rubios y blancos, otros cetrinos, bronceados por el sol mediterráneo, que fuman sus pipas y disputan a gritos mientras se emborrachan, el sombrero caído hacia atrás, el cuchillo cruzado bajo la faja, sobre los riñones, y al aire los brazos jayanescos y tatuados.

Habló también de los "conventillos", que así llaman en Buenos Aires a las casas de vecindad habitadas por familias pobres; cada familia ocupa un cuarto, un solo cuarto, que alternativamente sirve de cocina y de alcoba. Por las particulares condiciones de su disposición y arquitectura, reina en estos "conventillos" una promiscuidad odiosa: lo que sucede en una habitación se oye claramente desde la inmediata; se sabe cuándo los matrimonios se abrazan y cuándo se pegan; en el silencio nocturno, los rumores más íntimos traspasan los delgados tabiques y no tardan en servir de comidilla a todo el vecindario, lo que luego da origen a chismorreos y trifulcas. Hay en estas casas, con sus fachadas pintadas de colores llamativos, sus corredores de madera y sus escaleras al aire libre, algo de barco que recuerda las costumbres marineras de sus propietarios primitivos; y la misma humanidad de aluvión que las puebla, muchedumbre revuelta que se insulta en todos los idiomas, trae la impresión pintoresca del sollado de un buque cargado de emigrantes.

Cuando joven, Emilio Porras, que siempre fué inclinado a divertirse y a bien comer, había vivido glotonamente la existencia, a la vez trabajadora, jaranera y noctámbula, del famoso arrabal porteño. Conoció todos los rincones, todos los tipos. ¡Ah,

los buenos años, festeros y bravos, en que los puños eran sólidos y el corazón estaba apercibido así a la risa como a la pelea!...

Por las noches, luego de cerrar su pequeño comercio de frutas situado a la terminación de la calle Martín Rodríguez, íbase a buscar a un tonelero siciliano, gran amigo suyo, y a dos criollos empleados en los mataderos, gente moza, alegre y muy de armas tomar; y todos juntos recorrían los cafés cantantes de las calles Pedro Mendoza y Vuelta de Rocha, en Barracas.

Eran establecimientos de aspecto pobrísimo y altas paredes decoradas con retratos de los diversos presidentes de la República: Mitre, Sáenz Peña, Avellaneda, Urquiza... Camareras de lamentable edad y empaque, unas sarmentosas y esqueléticas, otras grasientas y redondas, trajinaban alrededor de largas mesas de madera ocupadas por un público gárrulo y soez de marineros ingleses, de cargadores del muelle, de *compadritos* y *atorrantes*, tipos híbridos característicos de la psicología bonaerense, que llevan en su carácter y en su indumentaria rasgos del matón madrileño y del *apache* de Montmartre; de trabajadores vascos de formas atléticas, y de turcos cobrizos, vendedores de baratijas, con trajes de briosos colorines y ojos bohemios, negros y tristes, en los que persistía como una nostalgia de gineceo.

Sobre un escenario, artistas francesas, fugadas tal vez de algún burdel marsellés, bailaban lúbricamente o decían rimas lascivas que arrancaban carcajadas o rugidos de lujuria a los espectadores. También había un cinematógrafo donde pasaban

historietas bufas y una vieja película que recordaba las aventuras del desdichado pirata Morgan, cuyos hazañosos amores, así como los ricos trajes y fastuosos salones que en ella aparecían, impresionaban fuertemente la sencilla imaginación de la concurrencia.

Otras noches, Emilio Porras y sus camaradas las dedicaban a visitar prostíbulos, más numerosos en aquella parte de la ciudad que en otra ninguna. En la época a que el narrador se refería, los lupanares de La Boca tenían, de orden gubernativa, las fachadas pintadas de amarillo, y así nadie, por distraído o necesitado de amor que fuese, podía confundirlos con las casas de honesto vivir; una verja de hierro defendía su entrada, y para mayor tranquilidad y salud de sus inquilinas, un guardia vigilaba el zaguán y registraba a los visitantes, cerciorándose de que no iban armados.

Ninguno de estos burdeles había mejorado; Emilio Porras lo aseguraba guiñando los ojos picaresco. Eran antros misérrimos, frecuentados únicamente por el hampa del muelle. En muchos de ellos, para atraer a los hombres, se guardaba un *caburé* disecado, ave cabalística, especie de lechuza, que fascina con su canto a los pajarillos de que se alimenta. Todos los zaguanes ofrecían marinas pintadas al fresco sobre los muros; apuntes grotescos que parecían recordar a los marineros las ansias de mujer que sufrieron a bordo. Luego, tras una puerta de cristales, había un salón circundado por bancos de madera sin respaldo, donde se instalaba la clientela: alemanes, franceses, italianos, japoneses, negros... gentes que ni

siquiera de vista se conocían, y, no obstante, aceptaban campechanamente aquella indecorosa promiscuidad. Las inquilinas del prostíbulo, todas viejas, feas, con el rostro quemado por los malos afeites y el vientre hinchado por las enfermedades y la maternidad, iban pacientemente de unas rodillas a otras... Entre estas infelices arrojadas allí, como hojas secas, por los enemigos vientos de las pasiones y de la miseria, Emilio Porras había conocido una yanqui, fruto notable de cosmopolitismo, que hablaba correctamente cinco o seis idiomas.

Sebastián, Antonio y Venancio Carrasco celebraban con broncas risotadas las historietas y descripciones del catalán; aquel individuo locuaz, gordo, regocijado y casi rico, que llevaba a su cuñada y a sus sobrinos en tercera clase, no por mezquindad o tacañería, sino porque le aburrían los caballeros «con cuello alto»; y que a pesar de sus cuarenta años de trabajador conservaba intacta la buena ufanía de sus tiempos mozos. Pero ellos, más que la existencia pícara, lo que deseaban y necesitaban conocer era el lado práctico, comercial, agricultor o fabril, de la vida argentina; cómo les recibirían en Buenos Aires, cómo se emplearían...

Para hablar de esto, Emilio Porras readquirió el aspecto grave y reflexivo de hombre de negocios que le era habitual. Un tropel de negros recuerdos invadía su memoria.

Cuando él llegó a Buenos Aires por primera vez fué conducido a una especie de repugnante barracón de madera que los periódicos denominaban pomposamente "Hotel de Emigrantes", y se ha-

llaba cerca de la antigua estación del Retiro. Era un asilo grande, destartalado, revocado de blanco, y más idóneo para refugio de animales que de personas. Constaba de un vasto dormitorio circular, dividido en tres pisos, y de dos cuerpos laterales, uno de los cuales se destinaba a cocinas y comedores, y el otro a hospital y oficinas. El Gobierno de la improvisada República no pudo hacer nada mejor, y fué bastante, dada la asombrosa velocidad con que todo iba siendo concebido y ejecutado. Afortunadamente, aquella vergüenza nacional ya no existía; el nuevo Hotel de Emigrantes era un magnífico edificio amplio, higiénico, con comedores espaciosos y dormitorios soleados y alegres, cuyos huéspedes se hallaban desde el primer momento cómodamente instalados. Allí los emigrantes podían permanecer cinco o seis días, y luego la misma Dirección del Hotel cuidaba de colocarles y transportarles gratuitamente al interior de la República.

Respecto a la orientación o camino que sus oyentes debían imprimir a su actividad, Emilio Porras nada quería decir. El se jactaba de conocer el país tan bien o mejor que La Boca, y las infinitas riquezas, ya mineras, ora industriales, agrícolas o pecuarias, con que su suelo fertilísimo recompensa las iniciativas del trabajador.

Desde los bosques druídicos del Chaco, al Norte, donde los ríos son imponentes como mares y los árboles tan gigantes que en sus fastigios, empinados cual agujas góticas, parecen enredarse las nubes, hasta la maravillosa región de los lagos andinos, al Sur, el territorio argentino reune en sus

tres millones de kilómetros cuadrados todas las vegetaciones y todos los climas. La principal fortuna agrícola de las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos, la constituyen el trigo, el maíz, la cebada, el arroz, la avena y el lino; en Tucumán y Santiago del Estero, principalmente, se cultiva la caña de azúcar, y se cosechan muy buenos vinos en tierras de Mendoza, La Rioja, Catamarca y San Juan. La riqueza minera, desgraciadamente apenas explotada, también es considerable: hay minas de oro, de plata, de cobre, de hierro y de carbón; yacimientos de petróleo, de bórax y de alumbre; rocas pizarrosas, canteras de mármol, criaderos de mica, de sales minerales y de cal hidráulica, y otros muchos elementos que tienen frecuente y valiosa aplicación en las más diversas industrias.

Desde que a principios del pasado siglo, Rivadavia, Pueyrredón, Antonio de Chiclana y otros próceres argentinos, decretaron la protección al emigrante—particularmente a los campesinos y mineros—y a la libre introducción de máquinas agrícolas, semillas y plantas, esqueletos para casas de madera, etcétera, el movimiento emigratorio no ha cesado. Actualmente pasan de un millón los italianos residentes en la "república del sol"; hay más de setecientos mil españoles y muy cerca de ochenta y seis mil rusos; los alemanes, ingleses, franceses, dinamarqueses, noruegos, belgas y suizos, suman también bastantes millares; y entre todos improvisaron una humanidad ambiciosa y pujante que no tardó en rebasar los límites de la urbe porteña y desparramarse por el interior. El movimiento ini-

ciado en la provincia de Buenos Aires extendióse rápidamente a la de Santa Fe, que inauguró la época del trigo exportable; fueron luego Córdoba y Entre Ríos las que despertaron; en seguida Tucumán, con la industria preciosa del azúcar; después Mendoza y San Juan, con sus abundantes viñedos, y finalmente, la Pampa Central aportó al comercio el valor incalculable de sus ganados, tan abundantes, que sin grave hipérbole podría decirse que casi forman horizonte. Era una inundación de vida, un derramamiento interminable y fecundador de iniciativas y de brazos: legiones de agricultores, de albañiles, de herreros, de picapedreros, de curtidores, de mecánicos, de marmolistas, de mineros, formaban aquel ejército del Bien; se abrían carreteras, se multiplicaban con pasmosa celeridad las comunicaciones ferroviarias, se talaban bosques vírgenes, y en su lugar, como por artes de prestidigitación y maravilla, surgían ciudades florecientes...

Mucho se había hecho, sí; pero, para consuelo de rezagados, más del doble y aun del triple, quedaba por hacer.

Venancio Carrasco, que era albañil, quiso saber si debía residir en Buenos Aires o marchar a Bahía Blanca, como diversas personas le habían aconsejado.

—Mejor es Bahía Blanca, o cualquiera ciudad del interior—replicó el catalán—pues como la mayoría de los emigrantes prefieren la capital, las colocaciones escasean en ésta y los jornales son menores. De todos modos, sea cual fuere el sitio donde usted fije su residencia, hallará trabajo, no lo dude.

Emilio Porras no aconsejaba a nadie que fuese al Brasil: él conocía las ciudades de Río Janeiro y San Pablo, y había recorrido varias comarcas del interior: el territorio brasileño era riquísimo, de una feracidad prodigiosa, superior a la del suelo argentino; pero la emigración europea que iba allí, necesitaba habérselas con un enemigo formidable: el negro. La raza de color arruina al Brasil; el gobierno lo sabe, pero carece de medios para combatir el mal. Se puede secar una laguna o arrasar un monte o torcer el curso de un río, pero no exterminar una raza. El negro, fuerte, ágil, de una sobriedad comparable sólo a la del árabe, y acostumbrado por razones étnicas a resistir los más horribles calores, trabaja a precios irrisorios y sin competencia. En esta lucha, el obrero europeo irremisiblemente queda vencido.

Nada de esto ocurría al otro lado del Plata. Allí no había negros que abaratasen los jornales, y el clima era infinitamente más benigno.

—Es cierto—agregó—que hay veranos malos, veranos de sequía, en que los animales sucumben a millares... pero son raros. Yo, en veinte años, he conocido dos o tres .. Generalmente el cielo y la tierra parecen marchar de acuerdo; y cuando las nubes dicen: "aquí estamos nosotras" y empieza a llover a cántaros, como sólo vi llover en América, "se oye" crecer el trigo y los ganados se ponen tan lucios que da gozo verlos.

Terminó el almuerzo y los comensales se levantaron para sentarse en otro sitio, a salvo del sol. Era el momento de la siesta, la hora del quiete: los emigrantes dormían amodorrados por la digestión

y la ardiente calina; los hombres a un lado, las mujeres y los niños a otro, en pequeños grupos. A popa como a proa, bajo la sombra de los toldos, todo callaba. Ni una voz, ni una risa, ni una canción. Unicamente en el silencio del océano, verde, cubierto de plata, reverberante como un espejo herido por el sol, resonaba inacabable la bárbara sinfonía de las olas y de la hélice.

Emilio Porras continuó informando a sus compañeros de viaje de cuanto sabía. Era hombre rudo, pero de buen sentido práctico y clarísimo entendimiento, lo que unido a la experiencia que cosechara en sus diversas profesiones, le permitía hablar atinadamente y con notable acopio de detalles. En sus primeros tiempos fué talabartero; luego estableció un comercio de frutas y verduras; más tarde trabajó en los mataderos; después en una fábrica de carnes congeladas; finalmente se dedicó a la agricultura.

El catalán hablaba sin tristeza de su antiguo oficio de matarife; era una profesión ingrata que le obligaba a levantarse de madrugada, pero que, merced a ciertas socaliñas, le permitió ahorrar en poco tiempo bastante dinero.

Flotaba sobre aquellos Mataderos, sitos en el extraviado arrabal de Nueva Chicago, mucho del alma trágica del circo romano. Desde lejos se oían los gritos de las reses sacrificadas; el aire apestaba a sangre fresca y a entrañas palpitantes; los matarifes, con el pantalón recogido a la altura de la rodilla, al aire las piernas y los brazos velludos, y las grandes cuchillas de hoja triangular terciadas sobre los riñones, se desayunaban ante el mostrador de

algunas cantinas instaladas allí cerca, y luego pasaban chapoteando con sus pies desnudos el barro rojo, compuesto de excrementos y de sangre, que ensuciaba los patios.

El ganado bovino se revolvía en pequeños compartimientos cuadrados, distribuídos como las casillas de un tablero de ajedrez y separados por muros de metro y medio de altitud, aproximadamente. Los pobres animales gemían y el presentimiento del peligro los apretujaba unos contra otros. Los directores de la matanza y algunos carniceros presenciaban la despiadada inmolación desde los muros tendidos como puentes, en la atmósfera infecta, sobre aquel mar bramante de dolor y de agonía. Un empleado, descendiente de aquellos gauchos legendarios árbitros en el arte de domar caballos salvajes y bolear avestruces, provisto de un largo lazo corredizo enlazaba por los cuernos a la res que quería; su puntería ejercitadísima no fallaba jamás. Así sujeto el animal, era inmediatamente izado a un madero horizontal, llamado "brete", donde otro matarife, provisto de un cuchillo corto y fuerte, lo descabellaba; y apenas caía al suelo, cuando una turba de cortadores y desolladores ensangrentados, implacables y diligentes como hormigas rojas, se precipitaban sobre él. En un santiamén la res quedaba descuartizada; éstos se llevaban el cuero, aquéllos la cabeza y las patas; los intestinos quedaban a un lado, la carne y los huesos a otro...

Algunas terneras eran inmoladas para la colonia judía. A estos animales, de los cuales la antigua ley mosaica consignada en el Talmud sólo permite comer la carne comprendida entre las costillas, los

sacrificaba un sacerdote hebreo y siempre del mismo modo.

Emilio Porras recordaba la figura de aquel tipo a quien, instintivamente, todo el personal de los Mataderos despreciaba.

Era un hombrecillo gordo, pálido y barbudo, vestido con una larga blusa blanca y embutido en dos altas botas de montar que le llegaban más arriba de las rodillas. Aquel individuo designaba las reses que había de sacrificar, y no bien eran izadas al "brete", las degollaba con una ancha cuchilla rectangular, que continuamente afilaba y pulía en una barrita de acero que se apoyaba contra el pecho, como un violín. La operación la realizaba limpiamente y hasta con cierta elegancia, cual si arrancase de cada yugular seccionada una nota musical; y luego miraba atento, como si interiormente fuese recitando alguna oración, el chorro bermejo que salía de la herida. Con aquella sangre, a su juicio, se iba la impureza...

El sacrificio de los cerdos era más repugnante. ¡Pobres "chanchos"!... En cada uno de los departamentos donde fueron encerrados penetraba un matarife armado de una maza de hierro. Eran hombretones membrudos, desnudos de medio cuerpo arriba y calzados con altas y recias botas marineras. Comenzaba la hecatombe. El temible martillo, esgrimido a dos brazos, subía y bajaba rebotando sobre los cráneos del rebaño gruñidor con un ruido húmedo, áspero, de huesos rotos. Los puercos, atontados o heridos mortalmente, caían al suelo y formaban alrededor de su verdugo una especie de oleaje negro y palpitante; y si alguno se recobraba

y quería levantarse, la implacable maza tornaba a caer sobre él hasta rematarlo. Seguidamente, medio vivos aún, los zambullían en vastas calderas de agua hirviendo, de donde luego eran sacados humeantes para afeitarlos con recias cuchillas. Ultimamente los cadáveres quedaban colgados cabeza abajo, unos blancos, otros sonrosados, y todos tan limpios y pulidos que parecían de mármol.

Desde las seis hasta las ocho o nueve de la mañana, el vasto edificio de los Mataderos resonaba con un clamoreo discordante, interminable, de gruñidos, de balidos humildes, de bramidos rencorosos. Era un fragor de catástrofe, un cuadro infernal: por todas partes golpes, gritos, animales muertos, tumbados patas arriba, el vientre abierto. La sangre de los cerdos, de las terneras y de las ovejas echaba un tapete bermejo sobre el asfalto del suelo en declive, y siguiendo rumbos diferentes corría hacia la boca de un pozo. Un individuo sin otro traje que sus calzoncillos recogidos a medio muslo, un tipo dantesco, con la cara y los brazos tintos en sangre, dirigía provisto de un escobón, rojo como una entraña, las olas de aquel río diabólico, ayudándolo a penetrar en el pozo, único borrón negro en la extensión encarnada del piso. Más tarde, dócil a la circulación eternal de la vida, esta sangre, alimentada por las savias jóvenes de la Pampa, constituiría un excelente guano o abono que luego se remitiría a la vieja Europa para fertilizarla.

Terminada la matanza, quinientos o seiscientos carros de los llamados en Buenos Aires "chatas", llevaban al galope de sus caballos toda aquella car-

ne a la ciudad. Las calles de Provincias Unidas y Rivadavia y la Avenida Campana, tremaban bajo el peso de tantas ruedas. Era un río triunfal de vida que acudía madrugador a reparar las fuerzas de la capital.

Estas memorias lontanas suscitaban en Emilio Porras recuerdos amables. Su espíritu sano guardaba incólume hacia los Mataderos un agradecimiento; era un afecto instintivo: al cabo, el verdadero y rápido origen de su fortuna provenía de allí.

—Dejé de ser matarife—continuó el catalán—para colocarme en una fábrica de carnes congeladas. Actualmente esta industria ha cobrado extraordinario incremento; yo sé que ascienden a centenares de toneladas las remesas que mensualmente la República Argentina exporta a Europa. En los tiempos a que me refiero este negocio empezaba a bosquejarse, andaba en mantillas... Sin embargo, fué entonces cuando adquirí los conocimientos que tanto habían de aprovecharme más tarde.

Persuadidos los grandes hacendados o "estancieros" criollos de que la riqueza pecuaria valía tanto o más que la agrícola, aplicáronse principalmente a mejorar las especies equina y bovina. Para esto recurrieron a Europa, cuyos diversos climas parecen poner, así en los hombres como en las reses, una bondad especial.

—En Buenos Aires—agregó riendo—un garañón inglés o un buen toro semental que traigan su documentación convenientemente visada por el cónsul argentino y las autoridades rurales de su país, valen tanto como un emigrante...

El mejor ganado caballar y vacuno venía de las islas británicas; Bélgica y Holanda enviaban también soberbios caballos de tiro, y España burros de notable alzada y fortaleza. Estos animales, apenas desembarcaban, eran conducidos al lazareto donde, luego de bañados y pesados, se les tenía en observación treinta o cuarenta días. Las principales enfermedades que solían aquejarles eran la viruela y la sarna, los azotes más frecuentes de las especies bovina y caprina; la fiebre aftosa, la bovina, la fiebre carbunclosa y, sobre todo, la tisis.

De estas enfermedades, la tuberculosis era la peor. Había reses jóvenes, grandes, lucias, que, no obstante su aspecto magnífico, padecían el implacable mal. Para reconocerlas se las aplicaba la tuberculina Ligniéres, si eran bovinos, y si caballos, la maleína. El efecto de tales medicamentos era inmediato: con ellos la temperatura del animal, si estaba enfermo, subía en seguida. Posteriormente se los sometía a otra prueba mejor: era la denominada prueba "oftálmica", que consiste en una leve herida hecha en el lagrimal de la res y por la cual ésta, si está tuberculosa, empieza a expeler grandes legañas. Los animales enfermos son sacrificados sin dilación, mediante una careta donde hay un clavo que les rompe la frente; y para evitar toda posibilidad de contagio, sus cadáveres se queman en seguida.

— Claro es — prosiguió el catalán torciendo la boca con aire truhanesco—que estas precauciones, adoptadas por los Gobiernos, no son infalibles. Yo mismo, podría referir a ustedes dos lances muy curiosos...

En cierta ocasión supo por un empleado del Lazareto, a quien él premiaba largamente estas confidencias, que de los cuarenta animales que tenían en observación, más de la mitad presentaban síntomas de tuberculosis. El veterinario iba a inyectarles al día siguiente, para cerciorarse. A la hora indicada, Emilio Porras fué al Lazareto a inspeccionar, como de costumbre, sus reses, y amparado por la falsa vigilancia del empleado que le acompañaba, llegábase a ellas so pretexto de acariciarlas y, disimuladamente, ora en el vientre, ya en las ancas o en el cuello, las aplicaba una inyección antituberculina que anulaba el efecto de la inyección que momentos después las puso el veterinario; con lo que todos los animales fueron tenidos por sanos y devueltos a su dueño.

Al año siguiente Porras adquirió en Inglaterra, por mediación de un capitán de barco, doscientas cabezas de ganado equino y bovino. Estos animales, comprados a muy bajo precio por hallarse enfermos, antes de ser embarcados para América quedaron asegurados en una Compañía londinense de seguros. Algunos de ellos murieron en la travesía; los restantes fueron quemados en el Lazareto de Buenos Aires; ni uno se salvó. Pero la Compañía, que por desidia o impericia de sus veterinarios, se dejó sorprender, pagó el seguro.

Fué una estafa que proporcionó a Emilio Porras y al capitán que le ayudó a realizar la piratesca operación, una ganancia líquida de cuarenta mil pesos.

Todas estas historietas y aventuras servían al narrador de premisas para afirmar la importancia

máxima que en el porvenir de la nación argentina tienen la agricultura y la ganadería.

Concluyó extendiendo hacia su auditorio sus dos manos, poseídas, en aquel momento, de gravedad doctoral:

—La emigración siempre es buena, ¡siempre!... aunque sólo sea considerada desde el punto de vista patriótico; quiero decir: por las enormes cantidades de dinero que nuestros emigrantes envían a España. Pero, créanme: no se queden ustedes en Buenos Aires. Váyanse al campo... Allí están el maíz y el trigo, allí las minas, allí las magníficas maderas que producen las selvas vírgenes de Misiones, del Chaco y de Formosa. El territorio argentino es inmenso y fertilísimo, y está despoblado. ¡Ah!... Si en Europa hay hambre, es porque la gente no se ha enterado aún de lo que vale América.

Sebastián, Antonio y Venancio Carrasco, acogían las palabras del catalán con movimientos afirmativos.

Semejantes a los primeros conquistadores del Nuevo Mundo, ignoraban la forma del continente adonde se dirigían, así como la distancia que lo separaba de España, y la razón geográfica de que las estaciones de ambos países estén invertidas. Tampoco sabían lo que era la línea ecuatorial, ni los trópicos, ni cuánto valía un meridiano, ni lo que significaba hallarse "a tantos grados" de latitud Norte o Sur; ni siquiera comprendían cómo en el océano, donde todo es igual, los timoneles de los transatlánticos no equivoquen su rumbo. En la noche de su ignorancia, lo más sencillo les parecía dificilísimo. Había individuos nacidos y criados en el

interior de Castilla, que nunca vieron el mar... No obstánte, ninguno de aquellos hombres tenía miedo; aparte del natural dolor que les produjese separarse de la patria y de los seres amados que en ella dejaban, algo interior les reanimaba asegurándoles que al otro lado del piélago les esperaba la victoría. No sabían nada y, sin embargo, estaban ciertos de sí mismos; era un instinto, una adivinación.

Los psicólogos explican que, a diario, se producen en los individuos miriadas de fenómenos subconscientes; hechos recónditos, pequeñísimos, que parecen deslizarse de puntillas y a obscuras por los entresijos más arcanos del "yo". Estos añicos de voliciones o de ideas ejercen, no obstante, una acción profunda, tenaz y educativa sobre los nervios del sujeto, y aun sobre su espíritu. Muchos de ellos son fortuitos, precarios, como simples estremecimientos musculares; pero otros guardan entre sí ciertas analogías que les permiten asociarse y fortalecerse recíprocamente, hasta constituir un movimiento orgánico, inconsciente primero, reflexivo y razonado después.

Los impulsos más valederos y de mayor raigambre, nacen así; pues no es el transporte atolondrado, sino la meditación fría y paciente, lo que imbuye a las voluntades la dureza del hierro. Esto explica cómo un individuo casero y metódico, que durante quince o veinte años trabajó en su patria sin querer jamás salir de ella, madrugue un día con la idea de emigrar. Su mujer y sus hijos le miran asombrados; él mismo se desconoce; se siente "otro", cual si en el rápido intervalo de aquella noche su personalidad hubiese cambiado; todos sus antiguos propósi-

tos quedan deshechos; nada de cuanto tenía pensado hacer le sirve; se trata de dar a su vida un rumbo nuevo. Sin embargo, este cambio, al parecer acelerado, de opiniones, no es obra del momento: su origen se remonta a las primeras contrariedades, a los primeros desengaños, experimentados por el luchador en su oficio o carrera; después de aquéllos vinieron otros, y todos fueron dejando en su ánimo un légamo de dolor. Añádanse a esto las conversaciones, las lecturas; es algo mudo, tenebroso, que va incubándose a través de los años y a espaldas de la conciencia. Cuando la idea se presentó terminante al espíritu, estaba formada y era casi vieja; cuando la razón dijo: "hay que emigrar"... ya más de una vez, las manos y los pies y los músculos todos del sujeto, habían experimentado la necesidad inconfesada de partir...

Así los pueblos. Los sociólogos saben que en las naciones se elaboran multitud de fenómenos inconscientes, algunos tan capitales, que resumen todo el panorama psicológico de una época. Un pueblo emigra cuando el medio donde se desenvuelve no basta a su bienestar, porque la tierra es pobre o está mal repartida o son muchos a explotarla. Y la hemorragia se detendrá, se cerrará la herida, tan pronto como en la nación queden únicamente los habitantes que pueda mantener, pues nadie busca fuera de su patria lo que tiene en ella. He aquí un hecho infalible, un intercambio social matemático, abrumadoramente elocuente y preciso.

Esto Emilio Porras no sabía decirlo; pero su buen discurso lo adivinaba. Actualmente, la emigración era "un fenómeno inconsciente" de la humanidad

europea, pues el mayor núcleo emigratorio lo componían gentes analfabetas que procedían por intuición y sin cabal discernimiento, obedeciendo únicamente a un malestar social, exactamente como el músculo que, cansado de estar en una actitud, adopta otra. Pero cuando la emigración, hoy acción «instintiva», llegue a ser "consciente", es decir; cuando su utilidad se razone y sean las clases inteligentes, las clases directoras, las que emigren, entonces el problema revestirá una importancia definitiva porque señalará la hora grandiosa y trágica, principio de una nueva edad, en que la vieja Europa se despueble para seguir, sobre el Atlántico, el camino de la civilización y del sol.

VI

El diálogo fué interrumpido por la aparición de don Luciano. De mediana estatura, flaco, un poco vencido hacia adelante, el pelo y el bigote casi blancos, ceremonioso y sencillo a la vez, era el recién llegado un tipo raro y cómico. Su chaquet cuidadosamente cepillado y sus ademanes selectos, desentonaban del ambiente rústico que le circuía, y había en el lazo de su corbata y en la pulcritud de sus manos y de sus viejas botas, como un dolor de verse entre aquella plebe descalza, que se rascaba groseramente.

Emilio Porras le interpeló:

—¿Qué quiere, don Luciano? Acérquese el hombre y eche un trago de vino.

El invitado rehusó:

—Gracias; entre comidas ya saben ustedes que no bebo...

—¿Cómo no? —replicó con voz tonante el catalán—. ¡A beber, cuerno! ¡No faltaba más! ¡Ahí va la bota!

Tomóla amablemente don Luciano y trató de acercar a ella los labios. Los circunstantes protestaron:

—¡A chorro, a chorro!...

Con la esperanza cruel de que el pobre señor, que siempre andaba limpiando su ropa, se manchase de vino la camisa. Don Luciano bebió como le decían; la prueba era difícil, pero, afortunadamente, salió incólume del lance y fué aplaudido. Emilio Porras le interrogó zumbón:

—¿Y ese cuadro, cómo sigue?

—Supongo que bien.

—Vamos; sea usted franco con nosotros. ¿No es cierto que todos los días hace usted una escapatoria a la bodega para verlo? ¡Confiese la verdad!... Yo, por mi parte, me acuerdo mucho de él; deseando estoy llegar a tierra para conocerlo. ¿De quién dice usted que es?

—De Juan de Juanes.

—Un buen hombre, según parece...

—Uno de los más insignes pintores del siglo XVI.

—¡Caramba!... Y ¿en cuánto piensa usted vender esa joya al Gobierno argentino?...

Don Luciano adelantó el labio inferior en señal de duda. Se sentía fuerte; estaba rojo de emoción, de orgullo y también de codicia.

—Aún no lo sé; su precio depende de muchas circunstancias: de la opinión que emitan los peritos y de la situación por que atraviese el erario.

—Pero usted ¿cuánto piensa pedir, poco más o menos?

—¿Yo?... Cuatrocientos mil pesos, moneda nacional argentina.

Emilio Porras hizo un guiño de duda.

—Canastos, don Luciano: ¿No le parece a usted mucho dinero?

—No, señor. Juan de Juanes no es Velázquez, pero vale tanto como Ribera. En último caso, si el gobierno argentino no aprecia mi cuadro como merece, lo llevaré a los Estados Unidos.

Cuando don Luciano hablaba de su "Juan de Juanes", no sabía callar. Acabó por sentarse y ofrecer tabaco a la reunión. El catalán, burlonamente, continuó sondeándole:

—¿De modo que usted, don Luciano, es extremeño?

—De la provincia de Cáceres.

—¿Y no tiene usted mujer?

—Soy soltero.

—¿Ni hermanos?

—No, señor.

—¿Ni parientes?...

—Tampoco.

—¿Así, no posee usted en este perro mundo más que su "Juan de Juanes"?...

—Nada más.

—Pues no me atrevo a repetirle a usted, según hacemos en España, aquello de: "Por muchos años"... Porque usted deseando estará de soltar cuanto antes el cuadrito...

Por disimulado que fuese el catalán, su sorna no podía pasar inadvertida. Pero ni esto, ni la patanería y torpes sonrisas de los circunstantes, rozaban la susceptibilidad de don Luciano, quien despreciaba a la muchedumbre que no opinaba como él. Aquel hombre errante, pobre, viejo y sin familia, tenía la vehemencia de convicciones y la indiferencia para el dolor, de los iluminados.

Hasta pasada la cincuentena, don Luciano no pensó jamás en viajar. Desde los dieciocho a los cuarenta años, fué portero del Ayuntamiento de Cáceres, con seis pesetas y media de sueldo. Un cambio de gobierno y la influencia de un cacique enemigo, le dejaron cesante. Entonces trasladóse a Salamanca, donde consiguió emplearse en la biblioteca de la Universidad famosa.

Su misión reducíase a barrer las salas de lectura, sacudir los pupitres, cambiar las plumas y cuidar de que no se secasen los tinteros. Ganaba dos pesetas. En sus ratos de ocio, largos y frecuentes, no sabiendo qué hacer aplicóse a la lectura, e insensiblemente, a pesar de su edad, logró asimilarse algo de lo mucho que hojeaban sus manos: libros de arte, de viajes, novelas, volúmenes de historia; lo que dejó en su memoria un baturrillo deplorable de nombres, fechas y teorías. Allí conoció a un cura que lo era de Alba de Tormes y se hallaba en Salamanca accidentalmente, para asuntos de su feligresía. El tal era viejo y no tenía sobrinos; y como don Luciano le sirviese los libros con mucho agrado y diligencia, y le facilitase, a espaldas del bibliotecario mayor, cuantos diccionarios el sacerdote necesitaba, éste hubo de cobrarle afecto y, mejorándole el sueldo en media peseta, llevóle consigo a su parroquia.

Murió el buen clérigo dos años después, y sus muebles pasaron a la propiedad de su único amigo y servidor, don Luciano, quien, dicho sea en su honor y para enseñanza de malos herederos, le acompañó en sus postreros instantes y le amortajó y rezó con fraternal devoción y congoja.

Entre aquellos muebles, y como olvidado en un corredor, había un viejo lienzo sin firma, que, por misteriosas concatenaciones de ideas, hubo de antojársele a don Luciano pertenecer al famoso pintor andaluz Vicente de Juanes, conocido vulgarmente por el nombre de Juan; y fortalecíanle en esta lisonjera opinión las leyendas de otros cuadros originales de los grandes maestros del arte español, que durante tres o más siglos estuvieron perdidos, y luego, de pronto, fueron encontrados en la sacristía, cuando no en los desvanes, de algún convento.

Las personas con quienes don Luciano consultó el lance, de buena fe o acaso por broma, corroboraron sus sospechas diciéndole que llevase el cuadro a Salamanca, donde no faltarían peritos que le aconsejaran y dirigiesen. Hízolo así don Luciano, y a partir de tal momento comenzó a sufrir aquella extraña pasión hacia un lienzo cuyo mérito nadie conocía, y que más tarde, sin embargo, había de tener virtud bastante para arrancarle de su patria y llevarle, como a zarandillo, por el mundo.

El supuesto "Juan de Juanes" representaba un "Ecce-Homo", de tamaño natural, obscurecido por la pátina del tiempo y casi borrado en el fuerte hollín del fondo. Varios críticos lo examinaron: unos dijeron que su origen podía remontarse a principios del siglo XVII, y que parecía una copia estúpida del "Ecce-homo" de Correggio, conservado en la Galería Nacional de Londres; otros declararon que debía de ser obra de un mal discípulo de la escuela sevillana; otros, finalmente, aseguraron que era un mamarracho, sin más interés que el pol-

vo y la fealdad de los doscientos o trescientos años que habían pasado sobre él.

Pero don Luciano no se dió por vencido: fué a Madrid y solicitó el apoyo de la prensa, y buscó recomendaciones para el ministro de Instrucción Pública; luego estuvo en Toledo y, durante una semana, su presencia inquietó a los canónigos de la Catedral primada. Tantos ajetreos de nada le sirvieron: su empaque y su ignorancia en cuestiones de arte, desautorizaban sus palabras; los eminentes del periodismo y de la política que tuvieron la condescendencia de escucharle, le despidieron sonriendo; nadie creía en su hallazgo; le juzgaban un tonto, un pobre diablo, aquejado de la manía de las antigüedades.

De tantas y tan duras pruebas, el optimismo de don Luciano salió incólume. Había una razón. Todos los hombres aparecen ante la sociedad provistos de un título: éste es abogado, aquél carpintero, otro sastre o autor dramático. Pues él, don Luciano, gracias a la muerte de su amigo el viejo cura de Alba de Tormes, ya tenía su oficio, su ocupación. Cuando alguien le preguntaba:

"¿Qué hace usted ahora?"

Don Luciano, pausadamente, sin ruborizarse, antes bien, con el orgullo del ciudadano que desempeña una misión de interés público, respondía:

"Estoy gestionando la venta de una obra de Juan de Juanes, que tengo en mi poder. Sé que el Gobierno piensa comprármela para el Museo del Prado..."

¡Pobre hombre admirable! Se inmolaba por aquel cuadro, de un valimento imaginario, como otros

¡lusos se sacrifican por una mujer. La venta de aquel lienzo, del cual, desde hacía dos años, hablaba a todo el mundo, más que su profesión era su ideal, lo que llenaba y justificaba su vida, y daba a su actividad un rumbo. Ultimamente apenas salía de su casa por las noches, temeroso de que fuesen a robarle su tesoro, y dormía delante de él sobre un colchón tirado en el suelo y con el revólver debajo de la almohada. Amigos suyos, por embromarle, le dijeron que llevase su joya a los Estados Unidos; otros le aconsejaron que a Buenos Aires. Entre ambas opiniones, don Luciano prefirió la última; y allí estaba, solo, pobre, viejo, sin más equipaje que su cuadro, heroico ante la inmensidad vacía del porvenir.

A instancias gaiteras de Emilio Porras, don Luciano había vuelto a referir por quinta o sexta vez la historia de aquella supuesta obra de arte.

—Pero—interrumpió el catalán—¿cómo sabe usted que ese "Ecce-homo" es de Juan de Juanes, si no está firmado?

—Por la composición... por el colorido...

—¡Qué colorido, ni qué patarata!—gritó Porras—¡no me venga usted con cuentos!... ¿No dice usted mismo que los críticos no han podido ponerse de acuerdo?...

Lanzó una carcajada estentórea.

—Para mí ese Juan de Juanes o Juan de las Viñas, que usted tanto celebra, no vale ni dos reales. ¡Al Diablo se le ocurre ir a Buenos Aires con una embajada así!... En fin... ya sabe usted que doy veinte pesos por él; ¡ni un centavo más!...

Todos reían. Entonces don Luciano se creyó

obligado a descubrir lo que él consideraba un gran secreto:

—Es que Juan o Vicente de Juanes—dijo—como ustedes quieran llamarle, no firmó nunca sus cuadros; o, más exactamente: los firmaba, pero luego echaba sobre su nombre un borrón de pintura negra. Así, pues, bastará raspar un poco en la parte inferior derecha del lienzo para que la firma gloriosa aparezca.

El buen sentido de Emilio Porras le atajó:

—¿Y por qué no lo ha raspado usted mismo, hombre de Dios, y hubiese salido ya de dudas?

—¡Pero si yo no dudo!... Además no me atrevo; es una operaeión delicadísima, que prefiero encomendar a la pericia de los inteligentes que el Gobierno argentino designe.

"No me atrevo" había dicho, y era cierto. No se atrevía. ¡Confesión admirable! Era la repugnancia que todas las almas tímidas sienten a acercarse demasiado a su ideal por miedo a perderlo.

A la pequeña tertulia se había agregado un muchacho andaluz, de oficio peluquero, a quien llamaban Pepe Ronda. Enterado de la conversación, mostróse servicial y dispuesto a favorecer a don Luciano en cuanto de él dependiese.

—En primera clase—dijo—viene un señor italiano a quien yo afeito y que, según noticias, comercia en cuadros y objetos antiguos...

Aludía a Conffanieri.

—De modo que, si es necesario, ahora mismo yo le presento a usted a él, y ustedes se entienden...

Todos aprobaron, Porras el primero. Lo que Ronda proponía estaba muy en su punto y razón;

don Luciano, sin por esto renunciar a los consabidos cuatrocientos mil pesos que indudablemente la nación Argentina iba a abonarle, debía entrevistarse con aquel caballero. Según costumbre de su bondadoso carácter, don Luciano cedió.

—Vamos, cuando usted quiera...

Acompañado del peluquero dirigióse en busca de Conffanieri. Ahogado de risa, Emilio Porras le gritó:

—¡Eh, don Luciano! Si ese anticuario a quien va a ver le da a usted diez pesos por su cuadro, ya sabe usted que yo doy veinte!... ¡Y que estoy antes!...

En el puente el peluquero saludó a Enrique Hernán, que se hallaba con Jaime Millanes y el señor González. Casi al mismo tiempo llegaron Páez y Conffanieri, vestido siempre de gris y con su boca entreabierta y cansada, llena de oro. Pepe Ronda, a quien su desenvoltura y su profesión habían granjeado relaciones en todo el barco, presentó a don Luciano:

—Un hombre—agregó con su pícaro ceceo andaluz—que es el orgullo de nuestra clase: como que donde ustedes le ven lleva en su equipaje un cuadro, obra de un paisano mío, que vale cuatrocientos mil pesos.

La ninguna seriedad de esta explicación, lo extraordinario del lance y el aire apocado y distraído de don Luciano, hablaban muy mal en su favor. ¡Infeliz Juan de Juanes! Suya había de ser la obra y firmada había de estar por su propio autor en caracteres clarísimos, y nadie querría creerlo. Sin embargo: en el terrible fastidio de a

bordo, la noticia adquirió un insuperable interés. Millanes, Enrique Hernán, el señor González..., todos rodearon a don Luciano demostrándole un afecto admirativo. Parecían sobrecogidos de sorpresa. ¡Un cuadro, acaso el mejor, de uno de los más egregios maestros de la pintura española, en el *Paraná!* ¡Un *Ecce-homo* en tercera clase, como un simple emigrante!... ¿Quién iba a sospechar semejante aventura? Aquello era algo más que un lienzo: ¡era un símbolo!...

El socarrón de Conffanieri recibió a don Luciano con enfática gravedad y reverencia:

—Por cuanto acaba de manifestar nuestro común amigo el peluquero Ronda, a quien tengo por hombre perspicaz y de sano entendimiento, se trata de una obra artística de excepcional mérito...

—Sí, señor.

—Valuada por usted en cuatrocientos mil pesos... ¡Una bicoca!... ¡Una verdadera bicoca!... Permítame decirle que el precio señalado a esa maravilla es una ridiculez, una irreverencia hecha a la memoria del pintor inmortal. Porque, fijemos los puntos sobre las íes: o el cuadro no es de Juan de Juanes, en cuyo caso y para ahorrarse quebraderos de cabeza debía usted tirarlo inmediatamente al mar; o, por el contrario, es de Juan de Juanes, y entonces puede usted atreverse a tasarlo en un millón de pesos... ¡Ni un centavo menos!...

Moderó luego sus aspavientos y dió a su voz una inflexión blanda y confidencial.

Según dijo, hasta allí había hablado "el amigo"; ahora quien hablaba era el comerciante: deseaba conocer el cuadro; ¿podían subirlo a cubierta y

examinarlo a la luz?... Don Luciano asentía; estaba maravillado de su éxito y del amable trato de aquellos señores. Nunca, en ninguna parte, le habían recibido así.

Conffanieri designó con un gesto al señor Páez:

—Este caballero—dijo—acaso adquiera ese lienzo para la galería que su amiga, la marquesita Elena Pilou, tiene en París. ¿No conoce usted a la marquesa Pilou? ¡Muy amiga nuestra! Es una voluntad bohemia, un alma de Mürger, que con frecuencia renuncia a su corona nobiliaria para marcharse a hacer piruetas por los escenarios de los cafés-conciertos.

La extravagante ocurrencia del italiano alborozó la reunión. Todos felicitaron a don Luciano; ¡qué suerte la suya! Enrique Hernán le aconsejó prudencia con las mujeres; a bordo iban varias aventureras que, apenas supiesen "lo del millón de pesos", se armarían en corso para cazarle.

Jaime Millanes se apartó del grupo para interrogar al doctor Nazaire, que pasaba muy de prisa hacia la cámara de primera. El buen doctor había tenido la coquetona precaución de substituir los sendos zuecos, rellenos de paja, que calzaba en la clínica, por unos brodequines de becerro muy anchos.

Caminaba a largas zancadas, balanceando mucho el redondo corpachón, y como siempre, llevaba el képis sobre el pestorejo y por debajo del vientre los blancos calzones de colgantes fondillos.

—¿Hay novedad?—preguntó el músico.

Sin detenerse, el doctor Nazaire repuso:

—El señor Bridsbach se ha puesto enfermo.

—¿De qué?...

—No me lo han dicho; debe de ser un síncope.

Jaime le miró alejarse, esparrancado, guardando el equilibrio; y al acordarse de Bridsbach, alto, desvaído, con sus lacias patillas rubias y sus ojos apagados por la anemia, la imagen vampiresca de Elvira Dettri asaltó su memoria. Desde la víspera, efectivamente, ni el millonario ni su amiga habían subido al puente.

Millanes volvió a donde Hernán, don Arturo González y Conffanieri, proseguían la inhumana tarea de trastornarle el juicio a don Luciano. Repitió las palabras del doctor Nazaire. El señor González, redondo y pequeño sobre la pulcritud de sus zapatos blancos, no demostró gran sorpresa.

—Este accidente—dijo—yo lo esperaba de un momento a otro. A Bridsbach está asesinándole la mujer que le acompaña.

Esta aseveración del señor González impresionó al auditorio; todas las miradas ahincadamente se clavaron en él. ¿Qué significaban sus reticencias?... Debía hablar claro; estaba entre hombres...

Cansado de verle así, tieso y como subido sobre la importancia de su secreto, Enrique Hernán le interrogó impaciente:

—¡Demontre! ¿Tan enfermo está ese pobre inglés?

—Sí, señor; muy enfermo.

—¿De la medula, quizás?...

—Es lo probable; o del corazón...; no sé.

—Pero, en resumidas cuentas: ¿usted ha observado algo?...

—Yo, no; quien ha oído mucho es el doctor Mo-

reno, que habita un camarote contiguo al de Bridsbach. Dice el doctor que muchas noches el pobre Bridsbach se queja como un niño. . y hasta llora.

Los circunstantes se interrogaron con la mirada; los ojos brillaban malévolos: ¿qué clase de voluptuosa tiranía ejercitaba Elvira Dettri sobre el millonario?

Reapareció el doctor Nazaire, que iba de prisa y mirando al suelo, como temeroso de ser interrogado. Se encaminaba a su camarote. El señor González, amparado por su pequeña autoridad de viajero de primera clase, le abordó:

—Y bien, doctor, ¿cómo sigue el enfermo?...

—Algo aliviado.

—¿Es grave lo que tiene?

—No... no... es decir... algo de fatiga; necesita descanso; se trata de una naturaleza muy gastada...

Y sin dejar de andar:

—Bien, hasta luego... siempre a sus órdenes...

Llamaban a comer. Aquel repique de campanas producía en el puente el efecto de un botasillas; «las señoras de la Morgue", dejaban sus asientos y, tambaleándose, dirigíanse al comedor; las tertulias se disolvían; los lectores cerraban sus libros; los jugadores de dominó o de ajedrez aplazaban para después de cenar el desenlace de su partida; los viajeros de primera y de segunda clase, reunidos durante las horas ociosas del día, apenas llegaba la de comer recobraban sus privilegios y lo hacían con cierto fiero egoísmo, cual si ninguno quisiera renunciar a su posición y categoría.

Jaime Millanes fué a su camarote, donde encon-

tró a Enrique Hernán limpiándose los dientes: los tenía en la mano.

—Yo ignoraba—exclamó sorprendido—que los usase usted postizos.

El vendedor de cacahuetes se echó a reir:

—Usted es un nene; a mi edad, no hay quien no lleve encima algo comprado; unos el pelo, otros la dentadura... o la conciencia...

—Tiene usted razón.

Cambióse de cuello y de puños y se dirigió al comedor, donde resonaban voces y el estrépito de una regocijada arrebatiña. En el pasillo encontró a Virginia Bonheur que salía de su cuarto, muy odorante y compuesta. Se dieron las manos.

—Por fin le veo a usted—murmuró la francesa.

Su voz muriente, dulce como un suspiro, tenía ardimientos extraños de pasión y reproche. Jaime miró a su alrededor; estaban solos. En tal momento el buque osciló y, por leyes de la gravedad, Millanes se sintió empujado hacia Virginia. Abrió los brazos y la oprimió estrechamente contra su cuerpo. Fué un segundo.

—Ingrato...—balbuceó la artista.

Luego subintraron en el comedor, la mirada inocente, la sonrisa en los labios...

Como siempre, la pronunciación gangosa y aguda de Mr. Alfredo dirigía el diálogo. El inglés interpelaba a los camareros:

—Diga, Francisco: ¿esta costilla es del italiano qne murió anoche?

—No, señor; es de un turco.

—¡Ah! ¿Murió anoche un turco?

—Sí, señor.

—¡Pobre hombre!... ¿Tenía familia, tal vez?

—No lo sé.

—Pero... dígame, Francisco; es buena, ¿eh? la carne de turco... ¡muy buena, ya lo creo!... Siempre que muera un turco me guardará una costilla, Francisco...

—Bien, señor.

Mr. Alfredo empezó a informarse de cómo estaban los pasajeros de salud. Decía que todos iban mareados, y que si porfiaban hallarse bien era por vanidad.

—¿Y la señorita Beccali, cómo sigue? ¿Eh? ¿Siempre enferma? ¿El estómago, verdad, señorita?... ¡Ah! ¿La señorita está enfadada conmigo? ¡Eh! ¿Está enfadada?

Amable y ruborizándose, la interpelada respondía:

—No, señor.

—«No, señor...» ¿Qué?

—Que no estoy enfadada.

—¡Ah! Eso me gusta, señorita. Entonces es que la señorita Beccali está enferma...

—Tampoco.

—¿Tampoco está enferma?

—Le aseguro que nunca me he sentido mejor de salud que hoy.

—Yo me alegro. Pero... ¿quién me había dicho que estaba enferma? ¿Era usted, señorita Pilou?

La francesita, chatilla, inquieta, los rubios cabellos cortados a media melena, clavó en el inglés sus grandes ojos azules muy abiertos, como asustados:

—No, señor: yo no me he mareado nunca.

—Entonces estoy confundido; el enfermo sería el señor Slottmann o su señora...

Evangelina Slottmann, la mayor de las dos gimnastas, interrumpió al inglés:

—No me hable usted: ya sabe que no le perdono el susto de anoche.

—¿Yo?... ¡Sería Duval! Yo, no.

—No, señor; no era Duval; era usted... ¡usted!

Todos quisieron saber de qué se trataba, y cada cual lo preguntaba en su idioma: éstos en alemán, Hernán y Millanes en español, Teresita Lottaro en italiano: un momento el comedor retembló con aquella algarabía cosmopolita. Al cabo, y por boca del mismo Mr. Alfredo, el idioma francés se impuso.

—Yo—dijo—sin mentir, referiré lo ocurrido.

El hecho era que la víspera, cuando los tres Slottmann se retiraron a dormir, al penetrar en su camarote y encender la luz, tropezaron con un muñeco colgado del techo por el cuello y balanceándose según los vaivenes del buque. El adefesio, del tamaño de un hombre, fué construído con un traje de Mr. Alfredo que manos hábiles rellenaron discretamente de toallas, calzoncillos y pañuelos; tenía además su camisa, con cuello y corbata, y botas de botones; dos guantes repletos de arroz, imitaban las manos; la cabeza fué fabricada empleando una toalla en la que pintaron con carbón los rasgos de una cara, y sobre la que afianzaron y cosieron un gorro turco. Evangelina Slottmann, que iba delante, al ver surgir de la obscuridad aquel cuerpo inerte, dió un gran grito; creyó que se trataba de un ahorcado.

—Y ese susto—exclamó riendo la acróbata—va usted a pagármelo ahora mismo.

Su marido y su hermana Mauricia, rojos de hilaridad, se dispusieron a presenciar la lucha; Evangelina se había levantado y pareció que su mole blanca y rubia llenaba el comedor. Agil como un corzo, el inglés dejó su asiento y pasando por encima de la mesa intentó huir hacia un pasillo. Pero Evangelina, que se había arregazado las faldas para correr mejor, consiguió cortarle el camino y trabarle de un brazo. Mr. Alfredo quiso resistir, recobrar su libertad: imposible; sus muñecas, aunque robustas, se doblegaban como frágiles cañas bajo el esfuerzo hercúleo de la gimnasta. Todos los comensales se pusieron en pie. Voces gritaban:

—¡Viva Alemania!... ¡Abajo Inglaterra!

Rápidamente Mr. Alfredo se desplomaba; flaqueó su cintura, doblároнse sus piernas; su cuerpo contorsionado, aplastado, desapareció bajo el vientre y los senos estatuarios de la Walkyria. Después, teniéndole bien sujeto por los brazos, Evangelina levantóle del suelo y, sin esfuerzo, le arrojó sobre un diván. En el acto, impertérrito ante la concurrencia que celebraba su derrota, Mr. Alfredo imitó por dos veces el canto del gallo.

—¿Quiere usted más? — le interrogó la Slottmann—. ¿No ha escarmentado usted todavía?...

Se inclinó enfático:

—Señora, siempre que usted quiera volveremos a luchar; un inglés no escarmienta nunca.

Olvidado aquel asunto, comenzaron las noticias estupendas: la escuadra yanqui había puesto sitio a Montevideo y bombardeaba la ciudad; por marco-

nigramas recibidos de islas Canarias se sabía que Buenos Aires acababa de ser destruído por un terremoto. Muy serio, Enrique Hernán aseguró que el *Paraná* llevaba en la bodega varias cajas de dinamita, y que un millonario, pasajero de primera clase, el señor Bridsbach, desde que lo supo, estaba enfermo del corazón...

Cortó aquel flujo de mentiras un gesto del actor Duval, que, de un salto, acababa de pararse sobre su asiento. Su diestra señalaba hacia los ventanucos de estribor.

—¡Un barco!—gritó—. ¡Un barco!

Todos se levantaron, poseídos de vehemente curiosidad.

—¿Dónde?... ¿Dónde?

Riéndose, Duval volvió a sentarse.

—En ninguna parte—dijo—¡diantre! ¿Es que yo no tengo también derecho a mentir?...

Jaime Millanes comía silencioso, embebido el ánimo en los amorosos enredijos que le rodeaban. A ratos, disimuladamente, miraba a la Bonheur, quien, a su vez, no perdía ocasión de observarle: era gallarda, carnosa y, bajo la estrechez de su falda "trabada", se acentuaban incitantes las pomposidades duras de sus caderas; tenía además la corrección de líneas, la mimosidad felina y la perversidad de actitudes y de expresiones características de la mujer francesa. Pero, a despecho del banquete sexual que el lascivo antojo de Virginia Bonheur le ofrendaba, Millanes no podía rechazar el recuerdo de Susana, blanca y fría, dentro de la suprema elegancia de su vestido negro; traje sencillo ajustado a las redondeces de su cuerpo como un

abrazo de dolor. Entre ambos ideales la imaginación quimerista del galán vacilaba. La Bonheur era joven y bella, sabía reir y estaba cerca de él, mas, acaso por esto mismo, por aproximarse demasiado, se desautorizaba y le atraía menos que la otra. El comprendía que la viuda de Serventi le dedicaba cierta amorosa afición; hubiera necesitado ser ciego o tullido de entendimiento para no verlo; y, empero, "la sentía" lejos de él. ¿Por qué? ¿Acaso su actitud ambigua respondía a un plan? Este misterio le mortificaba y ponía a sus amorosas impaciencias encendidos acicates. Había en aquella mujer que iba por el mundo sola, custodiando un cadáver, algo enigmático, algo fuerte, hondo, que daba parsimonia litúrgica a sus movimientos, y a la expresión de sus largos ojos azules la impavidez de las estatuas. Reflexionando en esto, el corazón del joven artista se estremecía líricamente: quizá fuese Susana Massim la pasión ideal, la impalpable, esa que, careciendo de forma, llena el mundo; la que es regocijo en las flores y dolor trepidante en las armonías de Massenet o de Puccini, y locura de amor en toda boca de mujer que ofrezca un beso una noche de luna; acaso fuese ella, la viuda de Serventi, la destinada a llenar la página más interesante de aquel libro obscuro, apasionado, que Jaime Millanes, con su propia vida y tan trabajosamente, iba componiendo...

Cuando el joven músico subió al puente, vió a Enrique Hernán, a Mr. Alfredo y a la señorita Beccali, que cuchicheaban con inusitado regocijo y vehemencia. Al acercarse a ellos la conversación cesó; todos se miraban y tenían los ojos hinchados

y húmedos de risa; Millanes iba a retirarse; no quería ser indiscreto. Pero Mr. Alfredo le detuvo:

—No se vaya usted; con usted se puede tener confianza; es de «los nuestros».

Se trataba de enviarle una carta a don Luciano, diciéndole que una señora de segunda clase, apasionada por la pintura, deseaba conocerle, y así, le rogaba fuese a visitarla a su camarote de dos a tres de la madrugada. La misiva la escribiría la señorita Beccali, para que la letra fuese de mujer, y Enrique Hernán se brindó a llevársela al peluquero, y obtener de éste que se la entregase a don Luciano. El camarote elegido por unanimidad para lugar de la falsa entrevista, fué el de la familia Slottmann. El inglés se frotaba las manos, pensando en las dos primeras bofetadas que el infeliz propietario de "Juan de Juanes" iba a recibir.

—Como acuda a la cita—decía Mr. Alfredo—el único "Ecce-homo" que tendremos a bordo va a ser él.

La señorita Beccali reventaba de risa con la perspectiva de aquella mala acción, y en la palidez de su semblante y de sus cabellos, casi albinos, su nariz, imitación afortunada de la de Bergerac, parecía más roja. Sí, era preciso escribir la carta traidora, pero en seguida...

Dirigiéronse al salón de fumar, donde la familia Slottmann, Teresa Lottaro y otros pasajeros, jugaban a las damas y al tresillo. Mr. Alfredo, entre sonoras carcajadas, iba diciendo:

—La carta para don Luciano debe empezar así: "Caballero: una señora, una "caprichosa", a quien la corrección de su chaquet ha impresionado vivamente..."

Jaime Millanes les dejó escribiendo y volvió al puente; buscaba a Virginia. La halló acodada sobre la barandilla de babor, en un sitio obscuro. Al verle, la francesa murmuró:

—¡Por fin ha venido usted!

—¿Me esperaba usted?

—Sí.

—¿Desde hace mucho?...

Ella suspiró y miróle entornando los ojos, como si aquel instante hubiese estado aguardándolo toda la vida. Millanes refirió el bromazo que amenazaba a don Luciano; a la Bonheur el lance pareció interesarla un momento; luego su cara volvió a ensombrecerse.

Habló de París, donde dejaba un amante rico, anciano y generoso: a aquel hombre le debía sus trajes, sus joyas mejores y también la mitad de sus éxitos teatrales. Pero Virginia de quien sentía haberse separado era de su madre: octogenaria, tullida y sin más hija que ella. ¡Pobre viejecita! La describió: los cabellos blancos, los ojos mortecinos, las manos inseguras, débiles, que se deslizaban temblando sobre los objetos, como si tuviesen miedo de las cosas...

—La he dejado instalada en un Asilo—prosiguió—y abono mensualmente por su manutención setenta y cinco francos. Está muy bien; la cocina es buena y las asiladas tienen un hermoso jardín donde pasear. Los domingos por la tarde hay música. La habitación de mi madre es grande; yo misma, la víspera de marcharme, se la adorné con periódicos ilustrados y un sin fin de retratos míos...

Calló y largo rato mantúvose silenciosa, fijos los

ojos en el oleaje, que luego de romperse contra la borda huía hacia atrás espumoso, fantásticamente matizado por las luces del buque. Reanudó su monólogo. Ahora, lo que más la preocupaba era Buenos Aires. Iba contratada por veinte funciones únicamente, pero esperaba obtener una prórroga. Esto dependía de como el público y la Prensa la recibiesen. ¿Gustaría?... ¿Fracasaría?... No conocía el teatro Scala, ni llevaba cartas de recomendación para ningún periodista. Tampoco comprendía el idioma del país. Por todas partes sombras, incertidumbres, peligros que parecían acecharla entre las tinieblas de lo ignorado. ¡Y París que iba quedando tan lejos!... Luego, si tenía la desgracia de no ser aplaudida, ¿cómo volver a Francia?

Miró a Millanes.

—Me han dicho que usted también es artista..., creo que músico..., ¿es verdad?

—Sí, señora.

—¿Y no conoce usted en Buenos Aires a nadie?

—A nadie.

—Va usted entonces como yo...

—Como usted..., o peor que usted: porque usted siquiera lleva asegurada la vida durante veinte días, mientras yo no sé aún qué rumbo seguiré...

Rápidamente, en la expansión leal de aquellas confesiones amistosas, sus almas se acercaban. Los dos, artistas; los dos, solitarios, pobres, desconocidos, ante el enigma de la ciudad nueva y hostil... En trance tal, el egoísmo, el instinto de conservación, corroboraban la obra de la simpatía. ¿Por qué no unirse? Juntos, sosteniéndose recíprocamente, ¿no desafiarían mejor al misterio?... En Virginia Bon-

heur este sentimiento, perfectamente natural, tomó cuerpo en seguida. Gustaba de Jaime y pensaba, además, que podía necesitar de él; Millanes le era desconocido, ignoraba su historia, su carácter; pero sabía que iba como ella, a buscar su vida fuera de su patria, y esto bastaba. Acercóse a él y apoyóse en su brazo como implorándole protección.

—Siento—dijo—que es usted delicado, femenino; que tiene usted alma de mujer... ¡Oh! ¡Si supiese usted cuánto me interesan los hombres así...

Para aquel momento de quebranto y zozobra de Virginia Bonheur, tuvo la galantería de Millanes palabras de consuelo. Celebró las virtudes seleccionadoras que para los dos tendría el combate que les aguardaba. Ella, especialmente, no debía dudar de la victoria: era joven, hermosa y ejercitaba un arte atrayente... ¿Por qué entonces no había de vencer en una ciudad donde los hombres ricos y pródigos abundan? Cautamente, no se atrevió a decir más. Diferentes veces había hablado con la francesa y la juzgaba una mujer accesible, pero costosa, excesivamente descontentadiza y presumida, como atacada de un delirio de grandezas. Una tarde en que fué a visitarla a su camarote, la Bonheur le mostró varios retratos de amantes suyos, nombres ilustres todos, según ella, del Almanaque Gotha; y fotografías de su hotel, de sus automóviles, de sus caballos favoritos, del monumento funerario que "Musset", el gato que más había querido, tenía en el famoso cementerio de animales, de París..., y otros pormenores que la presentaban como una hetera de gustos aristocráticos y disipadora. Todo esto a él, espíritu sencillo y pacato, le intimidaba; su ignoran-

cia completa del mundo, consideraba peligroso unir su vida, siquiera momentáneamente, a la de una aventurera así; por otra parte, y ello contribuía eficazmente a serenarle y devolverle el dominio de sí mismo, no necesitaba dar paso ninguno para acercarse a Virginia, ya que ésta, atropellando la distancia que la costumbre puso entre ambos sexos, resuelta parecía a cortejarle, como a adolescente, y rendirle.

Ella murmuraba:

—¡Qué sola estoy!...

Jaime, coquetón y evasivo, repuso:

—Y su amiga Elena, ¿no la quiere a usted?

El semblante de la Bonheur se nubló; no quería oir hablar de Elena Pilou; era una asquerosa, una miserable, de instintos repugnantes y crueles. Ella, que conocía bien la vida, se admiraba de que en un cuerpecillo tan menudo cupiesen tantas abominaciones. El espíritu prócer de la francesa se revolvió indignado. ¡Qué vergüenza tener por compañeras a mujeres así!... Elena Pilou era una lasciva insaciable, una sádica, dotada, en sus ratos de cólera, de la fuerza de un hombre. Confesó:

—Ha llegado a pegarme...

La sumisión con que la artista dijo estas palabras descubrió a Millanes algo anormal entre las dos mujeres. Virginia puso comentarios implacables a las relaciones de Páez con Elena Pilou: ésta, que siempre necesitaba dinero, iba a buscarle a su camarote casi todas las noches.

—Hoy—agregó la Bonheur—estaban jugando los dos delante de mí con un billete de quinientos francos para darme envidia... ¡Imbéciles! No saben cómo

yo soy: a mí el dinero me repugna... Es más: a desearlo, ese caballero italiano que usted conoce, el señor Conffanieri, hubiera sido amante mío, y ese es más rico que Páez, y, desde luego, más elegante, más distinguido... Pero no quise. Usted fué testigo de que, cuando llegamos a Dakar, le preferí a usted.

—Es cierto.

—¡Y si supiese usted el disgusto que luego tuve con mi amiga!...

A pesar de sus afirmaciones, había en ella como un despecho de que Páez se hubiese fijado en Elena Pilou. De nuevo buscó sobre el brazo de su colocutor un punto de apoyo.

—¡Qué sola estoy!—murmuró.

Y luego, levantando hasta los ojos de Jaime los suyos entornados, húmedos de caricias:

—¿Hace frío, verdad?... ¿Por qué no se acerca usted más a mí?...

Había llegado el momento dulce de la claudicación. Para disculpar el cobarde retraimiento por él observado hasta allí, el galán apeló a un recurso de una sentimentalidad ingeniosa y galante. Su voz vibró apasionada:

—Porque no me atrevo; porque tengo miedo de llegar a quererla demasiado... Por eso me defiendo y echo el cuerpo atrás; me parece usted un abismo...

Ella musitó, vencedora y feliz:

—¿Y si a mí me sucediese igual?

Ofrecía sus labios, que Millanes besó fervorosamente. Al contacto de la noche esplendorosa, bañada en luna, la meridional imaginación del galán se enardecía; sus manos palparon febriles el cuer-

po bruscamente deseado. La Bonheur sonreía, mecida por el hechizo teatral de la eterna canción. E juraba:

—Te amaré siempre, siempre...

No mentía. "¡Siempre!..." La palabra terrible no le asustaba; antes bien, la creía insignificante, hallando natural que un abrazo valiese una vida.

Continuaron allí, esperando a que fuese más tarde, mientras se arrullaban mutuamente con frases generosas de perpetua fidelidad y galanía. El deseo entretanto, les apremiaba. ¿Dónde refugiarse para estar libremente?... En el camarote de la Bonheur era peligroso, porque Elena Pilou podía sorprenderles; al mismo riesgo se exponían en el de Millanes con Enrique Hernán; luego todo se sabe, y a bordo las aventurillas de tal jaez están terminantemente prohibidas. La dificultad examinada así, a primera vista, parecía insoluble. Virginia, sin embargo, la resolvió. Uno de los camarotes contiguos al suyo, se hallaba desocupado y carecía de llave; para entrar en él bastaba empujar la puerta.

—Yo iré primero—dijo la francesa—y, transcurridos unos minutos, vas tú...

Realmente las comodidades del refugio aquel no serían grandes; no tendrían luz, las literas estarían deshechas... Pero ¿qué importa?... Y los dos enamorados se miraban sonriendo, sorprendidos de que, en menos de una hora, sus voluntades se hubiesen acercado tanto.

Virginia repetía cerrando los ojos:

—Amor mío, compañero mío... mi pequeño artista, ¿tú no me abandonarás nunca, verdad? ¡Oh! Sería cruel, muy cruel, olvidarme cuando me vieses

más prendada de ti... No, ya no nos separaremos; tú eres bueno, tú no tienes a nadie. Ahora, en Buenos Aires, estaremos un mes, dos meses...; también me han hablado de una contrata para Río Janeiro; vendrás conmigo... y todas las noches, terminada la función, irás a recogerme al teatro. Después nos marcharemos a París. ¡Ah! ¡Tengo unos deseos de abrazar otra vez a mi madre!... Tú no conoces París; te gustará mucho; es una ciudad deslumbradora. Además, allí con tu arte, trabajando para los cafés-conciertos, puedes ganar mucho dinero. Conocerás a mis amiguitas; algunas son artistas de mérito y todas hermosas, elegantes... ¡más que yo!... Sin embargo, tú serás juicioso, ¿eh?...; no te enamorarás de ninguna; tú no querrás que tu pobre Virginia sufra...

Complacido, Jaime Millanes asentía a todo, y ella, feliz, siguió componiendo lontananzas perladas, trazando horizontes hermosos de rosa y azul, los dos colores magos predilectos de la ilusión.

Al fin se dirigieron al salón de fumar, donde la prudencia les aconsejaba entrar separados y permanecer hasta que todos, o la mayor parte al menos, de los viajeros, se recogiese. Aquel misterio les encantaba; en verdad que, sin las decoraciones de lo prohibido, la comedia humana valdría muy poco...

En el salón, agrupadas alrededor de las mesas, había diez o doce personas: la señorita Beccali, Teresa Lottaro y Mr. Alfredo, jugaban al dominó; Slottmann y su mujer empezaban una partida de ajedrez; a su lado, aburrida sobre el diván, Mauricia leía un libro. El comediante Duval escribía una

carta: tres pliegos de papel comercial había llenado ya de menudas letras; la carta debía de ser de amor... En un ángulo, Enrique Hernán, Conffanieri y el señor González, hablaban de mujeres y de política.

Al entrar en la cámara Jaime Millanes, a quien el frío ventarrón que azotaba el puente había aterido, experimentó sobre el rostro y las manos una reparadora sensación de calor. Miró a su alrededor y vió a Virginia de pie, junto a la mesa, adonde Mr. Alfredo perdía al dominó. Elena Pilou no estaba. Jaime fué a sentarse en la tertulia de Hernán, y a los pocos momentos advirtió que, así su compañero de camarote como González y Conffanieri, barruntaban sus relaciones con la Bonheur. A bordo los chismes van de prisa. Para ahorrarse bromas y reticencias indiscretas, Millanes preguntó en qué había quedado la burla a don Luciano. Supo entonces que todo salía a pedir de boca. La misiva dictada por Mr. Alfredo y escrita por la señorita Beccali, se la dió Enrique Hernán al peluquero Ronda, y en aquel momento obraba entre las manos candorosas de don Luciano. Era imposible que el pobre hombre, por mucha que fuese su timidez, no acudiese a la cita. Todos estaban dispuestos a no acostarse, si era preciso, con tal de conocer el desenlace de la aventura. Como sitio estratégico para atisbar habían elegido el comedor. Millanes observó:

—¿Y si don Luciano se llama andana?

Conffanieri se alzó de hombros: ¡qué disparate! ¡una cita de amor! ¿Pero, de qué carne estará formado el galán castísimo que escape a una tentación así?... ¡Imposible!

—Es necesario conocer—agregó—el imperio terrible que las mujeres adquieren a nuestros ojos en estos viajes largos.

¡Ya Virginia Bonheur se marchaba. Cruzó el salón lentamente, titubeando las pomposas caderas con un balanceo negativo que era para el lascivo capricho de Jaime Millanes afirmación, llamamiento desesperado y dulcísimo. No obstante, el joven aguardó cautamente algunos minutos, que a él se le antojaron muchos, y en realidad fueron muy pocos. Cuando quiso irse, Conffanieri y el señor González se sorprendieron. ¿Cómo? ¿No asistiría con ellos a la aventura de don Luciano?... Malicioso, Enrique Hernán se echó a reir; ¡nada de indiscreciones! Millanes sabría por qué se retiraba; a su juicio, aquella noche se ventilaban en el *Paraná* asuntos de alta diplomacia, algo así como una alianza hispano-francesa... El músico, ya de pie, les tranquilizó; todas aquellas eran suposiciones malévolas; ¿querían acompañarle para convencerse de que no mentía?... ¡Podían hacerlo! El iba a su camarote a buscar un libro; regresaba en seguida...

Bajó la escalera de la cámara despacio, asombrado de que su impresionable corazón latiese tan fuerte; cruzó el comedor. Al fondo de un pasillo blanco, perfectamente iluminado, que las rítmicas oscilaciones del buque llenaban de gemebundeos misteriosos, y desde la puerta entornada de un camarote, una mano blanca, pequeña, cuajada de sortijas y unida a un brazo desnudo, la mano de Virginia Bonheur, le hacía signos de que se acercase...

Tardó en volver al puente más de dos horas; ya las luces del salón de fumar estaban apagadas.

¿Qué había sido de don Luciano? Buscó a Hernán, a Conffanieri, a Mr. Alfredo... y no les halló; no pudo ver a nadie; todos los viajeros se habían retirado a sus dormitorios. De pronto, a lo lejos, deslizándose rápida, creyó vislumbrar la silueta menuda de Elena Pilou, que huía de él...

Millanes, reclinado sobre la barandilla de estribor, miraba la majestad inexpresable de aquella noche estival, del cielo límpido, aljofarado de estrellas, y el orto religioso de la luna, la gran pacificadora del mar, vertiendo los raudales de su luz fría sobre el lomo desasosegado, eternamente multiforme y cantarino, del piélago.

El joven estaba triste. Fatigada su carne en la amorosa gesta, permitía al espíritu remontarse libremente. Acababa de separarse de Viginia y ya se comprendía muy lejos de ella; no le interesaba; en el breve catálogo de sus amores la francesa era un nombre más. ¿Por qué esta brusca desilusión? ¿Cómo pueden las almas adorarse y olvidarse tan pronto?... Jaime Millanes lo achacó a su carácter incompleto: él no triunfaría nunca; para vencer en la batalla de la vida necesita el hombre una familia, un ideal artístico, una codicia desbocada..., algo que le sirva de escudo y sostén en los momentos de desmayo. Pero quien, como él, andaba solo, errante, sin brújula de ambición o de amor que le orientase en los laberínticos bosques que ante la voluntad improvisan la casualidad y el capricho, ¿cómo iba a imponerse al medio, ni a qué felicidad debía aspirar? Como los caballeros medioevales que ofrendaban sus hazañas a su dama, y era este recuerdo lo que mejoraba su lanza y fortalecía su

corazón, así todos los hombres necesitan un ídolo, sea cual fuere, a quien dedicar sus empresas.

"Suprimid esa fe—pensó Millanes—y habréis suprimido la voluntad..."

Y eso era precisamente lo que la vida, limando poco a poco sus primeros arrestos, hizo con él. Repentinamente sintió ganas de llorar. Luego sonrió; hasta tuvo para sí mismo una sonrisa de ironía; por algo decían los autores místicos que el amor carnal entristece a los hombres...

Unos pasos vacilantes que sonaban cerca de él le trajeron a la realidad, obligándole a volver la cabeza. Era Jorge Bridsbach. El millonario saludó a Millanes con una sonrisa helada, imperceptible, y arrastrando sus zapatillas en chanclas fué a tenderse en una silla. Jaime se creyó obligado a informarse de su salud.

—Estoy igual—repuso Bridsbach—: me ahogo, ¡es un anhelo!... me falta la vida, no tengo fuerzas; me cubren sudores fríos.

Hablaba trabajosamente, levantando hacia Millanes la dulzura moribunda de sus ojos azules. Estaba lívido, espectral, entre la rubicundez de sus patillas colgantes; sus labios al entreabrirse dieron al rostro expresión imbécil; por último su mirada humilde se apagó bajo los párpados, sembrados de pestañas casi blancas, que se cerraron lentamente. Unos momentos Millanes mantúvose indeciso; luego, como Bridsbach no se moviera, se atrevió a decirle:

—¿No teme usted que el frío de la noche le perjudique?... Pienso que debía usted volver a su cámara; yo mismo le acompañaré...

El enfermo pareció reaccionar, y su protesta fué de miedo.

—No—dijo— al cuarto, no; lo aborrezco; mejor estoy aquí...

Jaime, acordándose de lo que el señor González había referido, observaba al millonario con piedad, una compasión en la que había algo de desprecio. Elvira Dettri apareció. Se acercaba corriendo. Vista así, vestida de blanco y a la luz de la luna, la actriz italiana parecía un fantasma. La joven se arrodilló a los pies de Bridsbach, y abrazándole sus piernas extendidas y yertas:

—¿Qué tienes?—repetía—. ¿Qué tienes?...

El balbuceó:

—Nada; déjame aquí.

—¡No, de ninguna manera; aquí, no; este doble frío de la noche y del mar es un veneno para ti!

Explicó a Millanes lo ocurrido: Bridsbach era una especie de niño malcriado a quien necesitaba velar y amonestar continuamente. Todo el día estuvo inventando ardides para distraerle y no dejarle salir del camarote; el doctor Nazaire se lo tenía prohibido severamente. Por no desampararle, ni siquiera había comido. Unicamente cuando fué a tomar su ducha se separó de él unos momentos, y estos minutos los aprovechó Jorge Bridsbach para vestirse ligeramente y escapar.

Elvira Dettri comenzó a hablar a su amante en inglés, y por la vehemencia de su acento y de sus ademanes comprendió Millanes que le reconvenía. Habló brevemente, como quien no admite objeciones; Bridsbach contestaba en voz débil y clavando sobre la artista miradas implorantes. Ella le replicó

agriamente, sugestionándole, y Jaime, sin traducir palabra del diálogo, asistía al choque de aquellas dos voluntades, y al rápido desastre y apagamiento de la de Bridsbach. Abúlico, vencido, el millonario se levantó. Clavó en Millanes una mirada rara, triste, de una infinita tristeza, cual si el músico le hubiera sido simpático y supiese que no había de verle más...

—Buenas noches—dijo.

Apoyado en Elvira Dettri, se dejó conducir. Ella le llevaba cogido por la cintura, y había en todo el ritmo de aquella mujer, robusta y alta, la fiereza orgullosa, sombríamente alegre, del cazador que cobra una presa. El músico les vió alejarse, y de súbito experimentó la visión neta, vertical, de un crimen: acababa de sentir que aquella era la última vez que Jorge Bridsbach pisaba el puente.

Traídos por el viento llegaron a Millanes unos gritos lejanos de mujer; eran lamentos tremantes, desgarradores, que iban de los tonos graves a los más agudos, modulando escalas cromáticas, lancinantes, de infinito dolor. Jaime se dirigió a popa, curioso y compasivo. La voz resonaba ya cerca; subía de abajo, del sollado, mas no era posible comprender lo que decía, pues el viento, que soplaba en ráfagas furiosas y encontradas, dispersaba las sílabas. Millanes descendió a cubierta para informarse. Allí, contenidos por la recia vela que, a modo de toldo, cubría aquella parte del buque, los lamentos vibraban con brío repentino y desaforado. Venían de los pisos inferiores, situados muy por debajo de la línea de flotación, y salían desesperados, improperadores, por la escotilla, semejante a una

boca. La voz—voz maternal—repetía infatigable el mismo pensamiento sencillo, de una sencillez bíblica, y alimentado por una obsesión de soledad:

—¡Hija mía!... ¡Margarita mía!... ¡Ya no te veré nunca!...

Bajo el toldo, en la obscuridad, aquellas palabras revolaban como mariposas agoreras buscando una salida. Muchos emigrantes que dormían cerca de allí, en el suelo, despertábanse inquietos; se incorporaban: ¿qué sucedía?... Luego, presumiendo lo ocurrido, egoístamente, volvían a acostarse. Más allá, puesto de codos sobre la obra muerta, un hombre lloraba: era Sebastián. Varios individuos le rodeaban y decían frases vulgares de consuelo. "¿Ya, para qué desesperarse? ¡El mal estaba hecho!..." Sus siluetas enjutas, obscuras, se recortaban vagamente en la penumbra. Jaime interrogó a un viejo.

—¿Ha muerto alguien, verdad?

—Sí, señor; una niña, hija de ese pobre hombre que está ahí. ¡Oíga usted a la madre!...

Los gritos, en aquel momento, resonaban más próximos. Millanes permaneció absorto; se acordaba de Filomena, aquella mujercita esmirriada, asexual, que una mañana, en la clínica del doctor Nazaire, había intentado lavar a su hija con saliva. Pensando en esto miraba al mar, a quien la idea de la muerte parecía infundir una majestad nueva; al mar augusto, supremo igualador, que tiene para los grandes, como para los humildes, la misma lápida azul.

El viejo a quien Jaime había interpelado, agregó:

—No será ésta la última desgracia que tengamos. Con nosotros viene un italiano, un pobre muchacho

de veinte años, tísico, que si llega vivo al Brasil será de milagro...

La cubierta, mal alumbrada por algunas lamparillas eléctricas colocadas en el combés, yacía silenciosa. Todo, menos el jadear de la máquina y el bataneo profundo de la hélice, callaba a bordo. Sin embargo, el drama que comenzó a devanarse en las reconditeces abismales del sollado, había ganado el puente. Aparecieron por la escalerilla dos pantalones blancos: eran el doctor Nazaire y el comisario. El médico reconoció a Millanes.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches...

La voz del excelente doctor había vibrado con un acento de bondad inusitado en él: la piedad derribaba su postiza energía. El profesor Nazaire iba sinceramente conmovido: ¡estos niños que mueren de noche!.. Los dos hombres desaparecieron por la escotilla.

Entonces Jaime regresó a su camarote. Caminó a lo largo del pasillo blanco, iluminado, lleno de sonoridades pavorosas, donde horas antes la lasciva misericordia de Virginia Bonheur le había otorgado la felicidad. Todas las puertas estaban cerradas.

Nuevamente, al hallarse acostado, experimentó la sensación de que el trasatlántico, siguiendo impasible su ruta con su carga ingente de alegrías y de dolores, realizaba algo épico, digno de ser cantado por los más descomunales poetas.

Europa se iba camino de América, y en tan peligroso viaje, el *Paraná* avanzaba soltando emigrantes como si los chorrease por sus costados:

aquéllos quedaban en los puertos donde el buque hacía escala; éstos, menos afortunados, iban al mar. En tan arriscado éxodo, supremo gesto de selección de una humanidad que tiende al bienestar, a la riqueza y a la salud, perecían los más débiles, los enfermos, los niños... Pero, deponiendo sentimentalismos baldíos, ¿qué podía importarle al espíritu cruel de la raza el sacrificio de unas cuantas existencias inútiles?... Antes bien, aquella labor crítica de la muerte favorecía la vida colectiva, pues que la purgaba de organismos defectuosos.

¡Adelante, pues!

América, pedestal de la humanidad futura, reclama hombres fuertes, mujeres sanas, paridoras de generaciones robustas. Europa se va... Todos sus barcos caminando rítmicamente, unos tras otros, versos parecen del egregio universal poema de la emigración; y cada vez que tiran un muerto al mar, diríase que el genio implacable y artista de la especie pule una estrofa.

VII

La necesidad de convivir en un espacio reducido y la noción imprecisa, pero constante, de hallarse expuestos a idénticos peligros, habían suavizado las hostilidades que, al comenzar el viaje, separaban a los emigrantes. Los pueblos, antes enemigos, deponían sus rencores y, sin graves sacrificios de prudencia, se toleraban. Apagábanse las vehementes intransigencias de los primeros días; los nervios iban serenándose; los ojos se acostumbraban a los tipos raros, a los trajes exóticos o ridículos; cada viajero acabó por trazarse un plan de vida, una especie de "ritmo" dentro de la existencia común, y no pedía más. El principal motivo de tanta concordia era la brevedad del escenario donde unos y otros se movían: las rivalidades reaparecerían más tarde, apenas desembarcasen; porque Buenos Aires es muy grande y allí cada pueblo tiene espacio sobrado para aislarse y recobrar sus orgullos de raza.

A proa, los turcos, los rusos y los griegos, conservaban la policromía chillona de la indumentaria oriental: las mujeres apenas salían de la cámara; los hombres, amustiados, tendidos sobre cubierta, dormían o jugaban a las cartas. Nunca improvisaban

bailes; tampoco se les oía cantar; no reían. Era una muchedumbre triste, con la melancolía de sus desiertos sembrados de palmeras suplicantes. Los italianos, instalados en el ambiente tórrido y húmedo del combés, alrededor del vasto espacio ocupado por las máquinas y las cocinas, simpatizaban poco con la chusma oriental; mejor se avenían con los españoles, gente alegre y casera, que llevaba muchos chiquillos y de noche organizaba pequeños bailes donde, al son de la guitarra, el buen humor de Andalucía y Aragón y el vino de las botas corrían abundantes. Cada emigrante tenía sus compañeros de viaje predilectos y un rincón fijo donde instalarse; a horas determinadas, las hombres dormían, las mujeres lavaban sus ropas y las tendían a secar; así la distribución de los grupos no variaba: siempre en iguales sitios aparecían las mismas caras, lo que daba a la cubierta, antes revuelta y belicosa, una uniformidad sedante de paraje familiar y apacible.

Lo propio ocurría sobre el puente: por las mañanas, después de tomar el desayuno, la primera ocupación de los viajeros era someter sus relojes a la hora oficial de a bordo y examinar el camino recorrido en una carta geográfica donde, por medio de pequeñas banderitas, el comandante Beraud señalaba el derrotero del buque. Luego paseaban un rato: todos muy cepillados, bien afeitados, limpios, con el cuello y los puños de la camisa muy blancos, comentaban las últimas noticias. Las mujeres que, para peinarse, necesitaban dejar que sus cabellos mojados en el baño se secaran bien, aparecían más tarde: unas, "las señoras de la Morgue", que no po-

dían resistir el vaivén emético de las olas, ocupaban sus catres de viaje y ya no se movían; las piernas alargadas, el rostro cubierto por una gasa. Otras hacían labores, o leían .. Después de almorzar llegaban las horas lentas, llenas de silencio y de reposo, de la siesta. El aire ardía; el cielo, descolorido por la reverberación irresistible del mar, parecía blanco; el sol del Ecuador, que ya estaba cercano, caía a plomo, asfixiante, paralizando hasta la indócil respiración del viento. Dos grumetes, deslizándose descalzos por las muras, extendían unas cortinas hechas con tela de lona, que ahogaban el brillo irrespetuoso de la luz exterior. En aquella penumbra, suave, fresca, que no irritaba la sensibilidad, los pasajeros sentíanse invadidos lentamente por el bienestar inefable del sueño. Paulatinamente las conversaciones cesaban, las mujeres dejaban caer al suelo sus labores, los hombres cerraban los libros que empezaron a leer; los menos esclavos de la etiqueta se quitaban los cuellos, se desajustaban el vientre y, buscando una posición cómoda para dormir, adoptaban actitudes ridículas; a intervalos, las extravagancias polífonas de un ronquido interrumpían el silencio.

Con la frescura de las horas vesperales, renacía la actividad del buen humor: las damas volvían a sus labores, los hombres a sus libros; en los corrillos se reía, se narraban cuentos. Después empezaban los juegos. Evangelina Slottmann daba pruebas de su fuerza hercúlea; su marido y Mr. Alfredo hacían gimnasia en un trapecio; el actor Duval, que, por payasada, desde hacía varios días sólo se afeitaba medio lado del rostro, iba de una parte a otra

con su máquina fotográfica retratando a las mujeres; Virginia Bonheur y Elena Pilou decían canciones picantes...

Más de diez días eran transcurridos desde que el *Paraná* zarpó de Valencia, y en este largo espacio de tiempo sólo ciertas figuras habían sabido definirse: unas por lo entrometidas y regocijadas, otras por su gravedad simpática, o por su modo de vestir o, simplemente, por ese halo inexplicable de interés que rodea a determinadas personas: tales eran, entre los viajeros de primera clase, Susana Massim, la Pondal y su madre, Elvira Dettri, Jorge Bridsbach, Conffanieri, Pérez Camacho, Páez y el señor González; entre los de segunda, Millanes, Mr. Alfredo, los tres Slottmann, Virginia Bonheur, Elena Pilou, Enrique Hernán, Duval, la señorita Beccali, Teresa Lottaro, la señora Voisin... Todos los demás, como en el mundo sucede, carecían de personalidad, de nombre, componían la muchedumbre y eran designados con apodos extraños: "la señora de la falda azul"; "la anciana del pelo de algodón"; "el caballero de los calcetines calados"; "el joven de los guantes grises"...

Según el tiempo transcurría, todas estas figuras iban acoplándose, cual si los caracteres, gobernados por la simpatía y la confianza del trato diario, fuesen engranando unos en otros. Unicamente el deseo sexual ardía en medio de esta calma, torturador, perenne, alimentada su hoguera por el combustible de las horas. Aquel sentimiento que atizaban miriadas de pequeñas sensaciones, había llegado a encender en las pupilas de los hombres una luz rara, una especie de fulgor ancestral.

La mujer avasallaba con imperio ineluctable: se la oía gritar bajo la ducha, se la veía salir del baño medio desnuda, comer, reir, agacharse, sofaldarse y descubrir entre encajes la tentación de sus piernas, al subir una escalera; o reposar sobre el puente, mostrando a los curiosos las actitudes lascivas, abandonadas, de su cuerpo dormido. Era una obsesión, un canto carnal del que cada ademán equivalía a un verso; una especie de ponzoña sutil, dulcísima, penetrante, que envenenaba, con la divina droga de la voluptuosidad, la existencia de a bordo.

Ellas mismas, apresadas en su propia obra, acosadas de cerca, de lejos, a todas horas, por el magnetismo de aquel deseo que las envolvía en una especie de epitalamio respetuoso y tremante, sentían resbalar por su espalda la tentación.

Y el momento propicio para el amor era la noche. Después de cenar, sobreexcitados los instintos por las savias rojas de la digestión y los vapores del café, mientras Mr. Alfredo organizaba juegos de prendas, y otros, como los Slottmann, se dedicaban a las damas, al ajedrez o al dominó, la mayoría de los hombres, aun sin deliberado propósito y sólo por instinto, buscaban una mujer con quien conversar. Sin que nadie se percatase de ello, la noche ejercía sobre todos una influencia a la vez honda y dulce; diríase que acortaba distancias, que desentumecía las voluntades y desterraba miramientos. Mujeres y galanes que de día, bajo el sol, apenas se saludaban, a la luz de la luna bromeaban traviesos y concluían por pasearse del brazo, so pretexto de guardar mejor el equilibrio.

En un transatlántico español no hubiera ocurrido

esto: son buques severos, tristes, ensombrecidos por el espíritu grave y rígido de la austera raza castellana, y donde se dice misa todos los domingos. En los transoceánicos italianos, y más aún en los franceses, no rige ese puritanismo frío, ordenancista, que separa a los sexos: antes reina esa moral blanda, tolerante, disculpadora, sin grandes gestos de odio, que hace amable la vida...

Los pasajeros del *Paraná* disfrutaban de esta cordialidad de costumbres: la señorita Beccali, que por su profesión conocía la alta sociedad de Buenos Aires, explicaba a Enrique Hernán el carácter y costumbres del "gran mundo" porteño; Conffanieri y Pérez Camacho, duchos a cual más, dentro de sus respectivas profesiones, en el sencillo arte de embaucar a los hombres, se entendían muy bien; Páez y Elena Pilou buscaban para acariciarse los rincones menos alumbrados; el señor González, siempre pulcramente peinado, redondo, pequeñín y jovial, sobre la alegría de sus zapatos blancos, cortejaba a Teresita Lottaro, que se defendía ladinamente, segura de que, cuanto mayor fuese la resistencia, más mérito y precio tendría el sacrificio. Jaime Millanes y Virginia Bonheur hablaban del porvenir y, cuando creían que nadie les observaba, se besuqueaban riendo.

Entre los pasajeros de tercera clase, el amor, el dios implacable y mimoso, también dejaba sentir su imperio. Abajo, dentro de las vastas cámaras donde pernoctaban veinte o más personas, no había refugio posible para cita o avenencia de amor, por cuanto los enamorados tenían que buscarse arriba, en las grandes obscuridades de la cubierta, bajo el

azote gárrulo del viento que apagaba las conversaciones y los suspiros. Más de una vez, Millanes y Virginia Bonheur, desde el puente, vieron hombres y mujeres que, asidos de las manos, buscaban felinos en las tinieblas un lugar solitario.

Una noche Jaime ambulaba solo, esperando a Virginia, a quien durante la cena había visto muy preocupada. No comprendía cómo la francesa tardaba tanto en ir a buscarle. Páez le abordó familiarmente, con aquella llaneza natural entre hombres que tienen intereses comunes.

—¿Le han dejado a usted solo?—preguntó el bodeguero.

Millanes comprendió que si a él le sorprendía no ver a Virginia, también Páez echaba de menos a Elena Pilou, y quería informarse de su paradero.

—Después de cenar—dijo—no he visto a ninguna de las dos.

—¿Estarán enfermas?

—No lo creo.

—¡Es raro!...

Dió media vuelta y se marchó sinceramente preocupado, nervioso, víctima de ese malestar que atormenta a los sensuales para quienes la mujer es una necesidad. Millanes se aburría: buscó a Teresita Lottaro y al señor González y no pudo hallarles; a la señorita Beccali y a Hernán, que paseaban discreteando animadamente, no quiso interrumpirles; la señora Voisin estaba dormida. Entonces pensó en ir al camarote de Virginia, pero no se atrevió, temeroso de que la Pilou le recibiese mal. Con la espera, su impaciencia crecía: fué al salón de fumar buscando distracción; empeño inútil: la familia

Slottmann jugaba al tresillo; Mr. Alfredo y un belga amigo suyo empezaban una partida de ajedrez; Duval, como siempre, escribía cartas. ¿A quién?... Cansado de ir de un lado a otro, el músico bajó a la cámara, dirigiéndose hacia su habitación para no atraer la atención de los camareros. Al pasar advirtió que la puerta del dormitorio de las dos francesas estaba cerrada. Millanes anduvo largo rato por los corredores oscilantes, poblados de estremecimientos extraños, y volvió al puente. Allí, como esperándole, estaba el señor Páez. En su impaciencia, los dos hombres, antes de hablarse, ya se habían interrogado y respondido con los ojos.

—¿La ha visto usted?—exclamó Páez.

—No, señor.

—Elena también ha desaparecido. ¡No me lo explico!...

Su semblante carnoso, de labios húmedos y ojos saltones, inclinados a entornarse lascivamente, insinuó un guiño pícaro.

—Yo no sé—dijo—qué misterio hay entre ellas. Elena, a pesar de su confianza conmigo, no ha querido decírmelo, pero yo estoy seguro de que ocultan algo...

Millanes se encogió de hombros; a su carácter delicado repugnaba una conversación ofensiva para la mujer que, fuese mala o buena, tenía la misericordia de darle sus labios. Hablaron de diversos asuntos; fumaron; con frecuencia el señor Páez miraba impaciente su reloj. Transcurrieron otros quince minutos. Nadie; ni Virginia ni Elena Pilou aparecían. ¿Dónde podrían estar?... Realmente la situación empezaba a ser ridícula para ambos ga-

lanes. Dieron algunos paseos. Con el aire fatigado y desdeñoso de un hombre de mundo, Páez exclamó:

—¡Bah! El asunto no merece que permanezcamos aquí más tiempo. Yo tengo sueño y me voy; ¿y usted?...

Si Millanes le hubiera invitado a quedarse habría accedido en seguida: era lo que deseaba; pero el músico hizo un gesto indiferente; él también pensaba recogerse temprano. Luego, sonriendo:

—La seguridad—dijo—de que ninguna de ellas ha podido dejar el buque, debe tranquilizarnos. Yo, al menos, estoy resignado.

En la puerta del salón de primera clase vieron a Susana Massim, despidiéndose de Antonia Pondal: la actriz, como siempre, daba el brazo a su madre; las dos mujeres iban a acostarse.

La viuda de Serventi acogió a Páez y a Millanes con una sonrisa y una pregunta maliciosas:

—¿Cómo tan solos?

Páez repuso en francés:

—Eso lo dirá usted por el señor.

—Y también por usted.

El bodeguero dió a su fisonomía una expresión hipócrita:

—No, señora; permítame usted; no hay motivo.. Acaso las apariencias me condenen, pero, en el fondo, no existe nada.

Susana Massim lanzó una carcajada breve, nerviosa, que su severa distinción ahogó en seguida.

—No hablemos de "fondos", señor Páez, es peligroso; es una conversación que da vértigos... Le diré a usted: esta mañana el comandante Beraud estuvo realizando operaciones de sondeo...

—No sabía...

—Y la sonda señaló una profundidad de diez mil metros... sin encontrar fondo: ¿qué le parece a usted?... Pues más hondo que el mar son los espíritus. Yo, antes, cuando tenía el capricho—capricho de alpinista—de asomarme a las conciencias, he sufrido muchas veces el vértigo de las alturas.

—Eso no lo dirá usted por mí...

—Por todos los hombres mayores de cuarenta años.

Millanes intervino en el diálogo apoyando a la viuda.

—Tiene usted razón—exclamó jovial—; aquí se repite el famoso "robo de las sabinas", de que habla la historia, y los romanos son el señor Páez y el señor González... que vienen a llevarse nuestras mujercitas de segunda clase.

—Por algo van ellos en primera—interrumpió Susana—; ahora, ya lo verá usted, también triunfarán los romanos. ¡Pobres sabinos de segunda!... En estas batallas del amor el dinero fué siempre una gran espada...

Esquivando la broma, el bodeguero se despidió de Susana. Luego, para cubrir su retirada con un donaire intencionado, volvióse hacia Millanes.

—Caballero sabino, ahora que le dejo a usted a solas con una dama romana, procure tomar el desquite...

Susana y Jaime se miraron sonriendo. La viuda de Serventi habló primero:

—¿Qué ha hecho usted de su amiga?

—¿De quién? ¿De la francesa?

—Yo no sé si es francesa o polaca o española;

me refiero a la mujerzuela con quien desembarcó usted en Dakar...

Millanes, tontamente, balbuceó:

—No sé...

Ella prosiguió:

—La llamo "mujerzuela", aunque con esto acaso le lastime a usted un poco. Porque usted imagina que esa aventurera ha sido muy dócil, muy generosa, con usted... ¡Oh! ¡Cuánto siento que un hombre joven, que ahora debía estar preocupándose exclusivamente de su porvenir, se estime en tan poco!

Estaba transformada y había en sus palabras un acento de sinceridad y de maternal afecto que conmovieron a Jaime. Volvió a sentirse solo, triste.

—¿Quiere usted que nos sentemos? — murmuró.

Ella iba a acceder, pero se detuvo.

—No—dijo—no quiero que nadie desconfíe de mí... ¡sería bochornoso!... Aquí, de pie, apoyados contra la barandilla, estamos mejor. Yo deseaba hablar con usted largamente; necesito aconsejarle, orientarle y, cuando sea oportuno, presentarle a ciertas personalidades bonaerenses que, más adelante, cuando usted se resuelva a caminar hacia su porvenir de frente, pueden serle de extraordinaria utilidad...

En los ojos azules de Susana Massim, así como en su voz, adivinaba Millanes una emoción confusa de sincera amistad y de inconfesado despecho, y según las alternativas de estos dos sentimientos antagonistas, unas veces le huía como a enemigo y otras se acercaba a él amorosamente.

No se equivocaba.

Durante aquellos últimos días la viuda de Ser-

venti había pensado en él más de lo que ella misma imaginaba. Al acostarse, al levantarse, le recordaba y muchas veces subió al puente con la ilusión de verle. Su alma solitaria y fuerte, su espíritu egoísta y codicioso de impresiones, sentía ante la independencia de su viudez un regocijo sin límites. Ahora, que era libre, ¿qué iba a hacer de su libertad?... ¿Volvería a Francia, su país natal, o se retiraría a su finca de Lomas de Zamora?... La perspectiva de un segundo matrimonio la aterraba: hallaba abominable que, de pronto, un hombre imperioso, ordenancista y enemigo tal vez de bañarse, un caballero sin otros títulos que los conferidos al esposo por el contrato matrimonial, tuviese derecho a gobernar su hacienda, a dirigir sus comidas y a penetrar en su alcoba con el sombrero puesto. ¡No, jamás!... Acerca de esto su cabecita de mujer que ha viajado y experimentado el roce sincretista de morales distintas, tenía ideas muy independientes y muy radicales.

Por otra parte, la idea de recluirse en Lomas de Zamora, entre árboles frutales y aves de corral, era poco halagüeña. Su conciencia, de consiguiente, atravesaba un momento crítico: lo mismo podía seguir un camino que el opuesto; para decidirse al movimiento, sólo necesitaba el impulso de una impresión. Empero, su ánimo, sediento de libertad, no propendía a los amores constantes. Cuando la música, que va por la calle, se detiene bajo nuestros balcones, ¡qué molesta, qué plebeya, qué intolerable nos parece! En cambio, si pasa, si apenas llega cuando ya se marcha llevándose lejos su alegría, ¡qué emoción tan dulce, qué vibraciones de

selecta melancolía deja tras sí! Su encanto es el del Tiempo, poeta inmortal, eternamente bello y triste, porque no se detuvo nunca. Y así, como la estudiantina callejera, pensaba la viuda de Serventi que debía ser la pasión: locura del momento, capricho que, según se enardece, se disuelve en olvido; ilusión que no bien cuaja y llega a realidad, cuando se convierte en recuerdo...

La aparición de Millanes, tan joven, tan tímido, con su rostro pálido y sus grandes ojos artistas, revolucionó las ideas de Susana: habló con él, le conoció: era bello, era triste, y para su mayor perfección y ornato, era pobre... Y como por ensalmo, el aventurero espíritu de la viuda le dedicó un sentimiento maternal, inefable, de protección y misericordia. El amor palpitaba más hondo y llegaría después. Por lo pronto, sólo meditaba en los medios de aliviar la situación de Jaime, en guiarle y ampararle con todas sus fuerzas, hasta verle triunfador y envidiado...

—Si usted se dejase conducir por mí—exclamó—llegaría a ser una "obra maestra».

Modestamente, Millanes repuso:

—¿Cree usted que aún habrá tiempo?

—Sí. Ríase usted de esos cobardes que, para excusarse de pelear, invocan su vejez; para vencer basta una hora.

Hubo una pausa y luego:

—¿Ha frecuentado usted las salas de esgrima?

—No, señora; no sé por dónde se coge un florete...

—¿Ha aprendido usted a guiar un automóvil?

—No.

—¿Y a jugar al "lawn-tennis"?

—Tampoco.

—De idiomas no necesito preguntarle; supongo que no conoce usted más que el francés, y éste lo habla usted bastante mal. ¿Por qué tanta desidia?...

La pregunta de la viuda ruborizó a Millanes. ¿Cómo decir que el combate de la vida había absorbido todas sus facultades, todo su tiempo, y que jamás conoció un día de tregua?... ¿Cómo explicar que fué su pobreza, más que su abandono, lo que le impidió adquirir esas habilidades físicas que así dan salud y gallardía al cuerpo como sirven al espíritu de amable distracción y paramento?

Susana Massim adoraba la vida aristocrática; quizás la amase demasiado, movida a ello por la desocupación de su existencia. Devota de la música y de las carreras de caballos, no comprendía que hubiese felicidad fuera de la riqueza. Idólatra de "la forma", por su gusto los hombres siempre hubiesen vestido de frac; no admitía que lo bueno pudiera nunca presentarse bajo apariencias grotescas, ni que el verdadero arte anduviese jamás divorciado de la limpieza y de la elegancia; el arte implica distinción de ademanes, selección de aficiones y de costumbres. Un artista, aunque viva en la miseria, debe ser un prócer enamorado del terciopelo y de la seda, de las habitaciones bien amuebladas, de los perfumes, de las flores, de las sirvientes bonitas y amables, de todas esas mil pequeñeces exquisitas que el vulgo llama superfluidades y son para las almas eminentes la esencia de la felicidad y la razón única de vivir.

A cada momento, mientras explicaba su modo de

ser, Susana repetía mirando a Millanes con ojos húmedos, impregnados de ese amor ambicioso que sienten las mujeres hacia sus hijos:

—¡Ah! ¡Si usted se dejase conducir por mí!...

El la escuchaba atentamente, y en medio de las muchas incoherencias y frivolidades que la viuda decía, reconocía el perfecto acuerdo de sus opiniones con las que, diferentes veces, oyó emitir a Mr. Alfredo y a Pérez Camacho.

—El triunfo, como la derrota—decía Susana—dependen frecuentemente de una nonada. Defienda usted sus primeros pasos. Aun puede usted vencer; todavía, mientras no pise usted el muelle de Buenos Aires, lleva usted en sus manos la llave de su porvenir, y de usted depende que esa llave sea de oro...

Continuó:

—¡Ah! ¡Si Leopoldo Serventi viviese lo tendría usted todo ganado! Porque él mismo, con su brazo de piedra, le colocaría en la cumbre...

Cada palabra suya era un consejo: Millanes no debía fiar a su talento únicamente el éxito de su batalla; necesitaba esgrimir, además, como armas de combate, su juventud, su hermosura, su simpatía: sus manos eran bonitas, pero estaban abandonadas; debía cuidárselas mejor. También corregiría su indumentaria, dando a sus vestidos un corte netamente inglés, y olvidaría su encogimiento de modales, tan impropio de un hombre de mundo. Apenas desembarcado se instalaría en un buen hotel, sin inquietarse para nada del coste del pupilaje, y se encargaría tres o cuatro trajes elegantes y media docena de chalecos "fantasía"; el frac y el smo-

king, eran prendas indispensables; no debía olvidar que las mejores cartas de recomendación suelen darlas los sastres. Al mismo tiempo, y por medio de una visita de cortesía, no le sería difícil conseguir que los diarios lanzasen la noticia de su llegada, lo que le orlaría de cierto prestigio artístico muy útil. En seguida procuraría ingresar en el Jockey Club, en el Club del Progreso o en algún otro centro aristocrático, donde inmediatamente adquiriría buenas relaciones. Sus amistades debía buscarlas entre las personas que por su riqueza y encumbrada posición social pudieran serle útiles. Necesitaba huir, como de la peste, de los hombres insignificantes, de las mujercitas que cuestan dinero y prestigio y, sobre todo, de los bastidores de los teatros, frecuentados habitualmente por una muchedumbre lamentable de autorcillos fracasados y de artistas sin nombre. De nada de esto había de olvidarse, porque Buenos Aires es un pueblo que rinde a las apariencias culto incondicional.

Tuvo un arranque de amor casto, desinteresado, pronto al sacrificio.

—Haciéndolo así y no saliéndose nunca del círculo de aristocracia y selección que acabo de trazarle, no le sería difícil conquistar una joven hermosa, buena y rica... ¡millonaria, tal vez!..., con quien casarse.

Habló de la calle Florida, menos teatral que la famosa de la Paz, en París, pero más agradable, más íntima. Limpia, bien pavimentada, abierta entre edificios de dos y aun de tres pisos, cuya planta baja embellecian grandes almacenes, y situada en el barrio elegante y comercial por excelencia, era la ca-

lle Florida la mejor de Buenos Aires. A media tarde queda prohibida en ella la circulación de coches, lo que la llena de silencio y la convierte en una especie de salón prócer y cosmopolita. Vuelcan los escaparates de las tiendas sobre las aceras anchos lampos refulgentes que, momentáneamente, envuelven a los transeuntes en una ráfaga blanca; sobre los balcones, o suspendidos en la oquedad de la vía, brillan anuncios luminosos de colores vivos. Hay joyerías magníficas, bazares de objetos de arte, librerías internacionales adonde llegan todas las palpitaciones del pensamiento europeo; vidrieras de modas desde las cuales maniquíes femeninos de ojos maravillosos y labios de púrpura, unos en ropas menores, otros principescamente ataviados, sonríen a la muchedumbre curiosa. En las esquinas o parados ante las puertas de los "restaurants" de lujo, la juventud mira pasar las mujeres. Son hermosas, son elegantes, de una euritmia que recuerda al viajero rasgos de diferentes países. En Buenos Aires, el rudo choque de las dos grandes razas latina y sajona ha producido un nuevo tipo de indiscutible belleza, que une a la caliente expresión de las españolas e italianas, la robustez carnosa y magnífica, de las mujeres del Norte; algo así como una "Gracia" de Rubens en la que Tiziano hubiese puesto el enigma meridional de una piel mate y de unos ojos negros...

La calle Florida es "el escaparate" de la ciudad: las doncellas que buscan marido, las aventureras recién llegadas de Europa, los artistas sedientos de exhibición, pasean por ella. De una acera a otra todos se conocen, aunque sólo sea "de vista"; se

cambian saludos, miradas, sonrisas; se discuten los trajes, se comentan las bodas en perspectiva. El "gesto" hecho allí, ante aquel público, que es el mismo de las fiestas deportivas y de las funciones de moda del Odeón y de la Opera, tiene la fuerza de una declaración, la autoridad de un compromiso adquirido ante notario: el hombre que pasa dos o tres tardes seguidas por este mentidero elegante acompañando a la misma señorita, habrá confesado tácitamente que es, o será pronto, novia suya. Esta calle, adorada de los criollos, es la que convierte a la urbe bonaerense, tan grande, tan poliforme, tan cosmopolita y abigarrada, en una ciudad pequeña. Todo se sabe allí: su alma es un alma de gnomo, intrigante, familiar, que bucea en los secretos más hondos y vive del enredo; el donaire dicho en una esquina, corre calumnioso de boca en boca y a los pocos minutos se repite en la opuesta; lo llevó el aire: pensaríase que los mismos edificios, dispuestos a favorecer la murmuración, poseen resonancias extraordinarias. De aquí la enorme hipocresía ambiente.

—Conozco bien la sociedad donde me he criado y tengo mis amistades—prosiguió Susana Massim—y aseguro a usted que la considero una de las ciudades más viciosas del mundo. Allí, antes que "el cuarto de hora" de la voluptuosidad, debe decirse "las cinco horas" de la voluptuosidad; yo creo que, bajo el sol americano, las mujeres tienen cinco horas diarias para perderse. ¿Por qué? Lo ignoro: es un efecto muy complejo que debe referirse a diversas causas, unas étnicas, otras climatológicas. Yo, desde luego, lo atribuyo a la fusión de razas, a

la mezcla de pueblos violentos y distintos. Recordemos que esa "juventud dorada" que hoy llena nuestros teatros y brilla en las regatas y en los partidos de "foot-ball", es hija, nieta... o cuando más, biznieta, de aquellos aventureros con dientes de lobo y alma de pirata que hace ochenta o noventa años desembarcaron a la conquista del suelo argentino. Usted sabe que los instintos se heredan... Así no me sorprende que sus descendientes tengan los mismos apetitos, aunque cohibidos y represados hipócritamente, por miedo a la opinión. En París el vicio es frívolo, una especie de "dilettantismo" encantador; el buen pueblo francés es sincero, gusta de beber un ajenjo en la "terrasse" de sus cafés, al aire libre, y de abrazar a sus mujercitas en medio de la calle. Buenos Aires no es así: ya lo advertirá usted en seguida. Es una ciudad hermosa, pero melancólica, como atormentada por la obsesión de sus quehaceres. Buenos Aires no ríe; yo la tengo comparada a una de esas grandes casas de banca donde todos los empleados, aunque estén tristes, son correctos y amables. Y en la capital porteña todo, absolutamente todo, se sujeta y pospone al trabajo. Los domingos, más que para divertirse y fatigarse en la diversión, sirven para descansar y apercibirse a la lucha de la semana entrante; el regocijo de la cena de esta noche, lo acibara el recuerdo del negocio que ha de ventilarse a la mañana siguiente; por todas partes, cálculos, números, operaciones de suma y de resta. Y entretanto, y como consecuencia de esto mismo, la preocupación, dura como un grillete, que los hombres tienen de parecer formales. El comercio lo invade todo y los co-

merciantes tienen horror a la mujer, porque ella simboliza el desorden, la embriaguez, el despilfarro, que lleva a la bancarrota y al suicidio. "El hombre—dicen—que, solo, es metódico, económico y honrado, puede, por un amor infame, llegar a ser ladrón..." Así, ¡ay del que se aparte del trillado camino del noviazgo burgués y quiera vivir libremente!... La sociedad desconfiará de él, le juzgará disoluto y peligroso, y la opinión implacable le condenará a muerte. De ahí la hipocresía, el "tartufismo" sin medida, de ese pueblo donde las niñas, a los doce años, ya son mujeres...

La viuda de Serventi concluyó:

—De esto nace mi amistoso empeño de dirigirle a usted en sus primeros pasos: yo sabré serle de verdadera utilidad; todos los amigos de mi difunto esposo lo son míos; yo puedo presentarle a usted en muchos sitios, relacionarle bien... y usted luego aprovechará estos puntos de apoyo. Debe usted casarse...

Millanes movió la cabeza con una vehemencia negativa que hizo sonreir a la joven.

—Y si el matrimonio no le seduce—prosiguió ella—puede usted buscar un amor bien oculto, bien discreto, que no trascienda... porque su reputación perdería...

Jaime volvió a sentirse colocado en el resbaladizo declive de las amorosas declaraciones.

—Usted—dijo—usted misma... Nadie mejor sería mi consejera, mi amante, la dueña única, soberana, de mi porvenir.

Quiso apoderarse de sus manos: Susana le detuvo.

—Eso es imposible: aunque tengamos la misma

edad, es usted, por su carácter, mucho más joven que yo; podría usted ser hijo mío. Los hombres impresionables me asustan, porque así se hallan expuestos al amor como al olvido: hoy, verbigracia, sería usted capaz de morir por mí... y mañana estaría usted dispuesto a suicidarse por otra. ¡Oh, no, no!... Repito que eso me aterra: los caracteres ardientes son, nada más, encanto de una hora...

Prosiguió rudamente:

—¿Y de la francesa, qué me cuenta usted? ¿Ya no se acuerda de ella?... Pues, como usted no es rico, para conseguirla necesitaría requebrarla como a mí y verter sobre su cabeza una lluvia de lisonjas... ¿Verdad? Habría aquello de: "Ya no nos separaremos nunca...; tú eres la compañera que yo ambicioné, la que ha de sugerir a mi inspiración acentos inmortales..." ¡Oh, sí!... No proteste usted; esa canción, como las fábulas de La Fontaine, todas las mujeres que fuimos un poco bonitas la sabemos de memoria.

El galán se defendía tartamudeando: sí, era cierto: su ligero devaneo con Virginia había ido desarrollándose según el avispado ingenio de la viuda lo concibió y expuso: él, menguado, juró amarla... Pero ¿tenía culpa de que el humano vocabulario no fuese más rico, y que todas las pasiones, así las leales, esencia del alma, como las traidoras y fingidas, hubieran de expresarse del mismo modo?... En cambio, ahora, ni mentía ni se equivocaba acerca de la legitimidad y profunda raigambre del afecto que Susana Massim le inspiraba.

—Usted—continuó—podría transformarme, mejorar mis buenas aptitudes, limpiarme de cuanto

hay en mí de vicioso o de vulgar, transformarme en otro hombre...

La grandiosidad del medio, la magnificencia soberana del mar cubierto de luna, inflamaban su espíritu. Entre sus labios trémulos, las palabras se atropellaban exaltadamente. Apenas la vió, cuando hallóse poseído, esclavizado, por su belleza: ella era la adorada, hasta entonces sin nombre, de su alma; la mujer que había querido en todas las mujeres, aquella que, tantas veces, cuando muchacho, a la hora del crepúsculo, le inspiró, desde muy lejos, deseos de llorar...

La joven había cerrado los ojos, cual si el trajín de las olas que pasaban, en interminable desfile, la hubiese mareado; palidecieron ligeramente sus mejillas; sobre el cuadrado descote de su vestido negro, su garganta y sus hombros ebúrneos adquirieron blancuras frías de mármol.

Millanes la tomó una mano.

—Susana... Susana...

Y como ella no iniciase ademán ninguno de defensa, aceleradamente, como quien roba, se llevó su mano desfallecida a los labios. La viuda pareció despertar.

—¡Oh!—balbuceó—. Sea usted prudente, pueden vernos... parecemos chiquillos.

Una expresión de enojo endurecía sus facciones. Hizo ademán de irse.

—Si usted estima mi amistad—dijo—ha de ser más prudente.

—¿Y si sufro demasiado?

—En eso, precisamente, estará el mérito de su sacrificio. Hasta mañana.

Ya se había marchado cuando reapareció el señor Páez.

—Buenas noches...

El pobre hombre estaba inconsolable, aunque no lo demostrase. Aseguró que en su camarote era imposible dormir; ¡qué calor! Realmente lo que le traía tan desquiciado y sin sosiego, era el recuerdo de Elena Pilou. Después, desdeñoso, como quien no sabe de qué hablar, preguntó por las francesas.

—¿Las vió usted, al fin?

—No, señor; no han subido.

Millanes callaba, saboreando la jugosa conversación de Susana, y el suave roce de terciopelo que en sus labios dejó la mano mórbida y blanca de la viuda. Transcurridos unos instantes despidióse de Páez y bajó a su camarote. Al entrar, Enrique Hernán, que acababa de acostarse, exclamó desde su litera:

—¿Ha visto usted a la francesa?

—No.

—¿No sabe usted lo sucedido?

—¿El qué? ¡No sé nada!...

El antiguo marino se echó a reir.

—Francisco vino a contármelo hace un momento: es una escena para nosotros, los sádicos, del mayor interés. Figúrese usted que esta noche, después de cenar, a la pobre Virginia Bonheur la dieron a camisa alzada una azotina de mano maestra.

—¿Quién?

—Su amiga, la Pilou, por celos; usted tiene la culpa...

En tanto Millanes se desnudaba, Enrique Hernán refirió lo acaecido. El lance se desarrolló con el

mayor sigilo y secreto, y a no ser por la coincidencia de hallarse Francisco cerca del dormitorio de las francesas, no hubiese trascendido. Primeramente llamó la atención maliciosa del camarero el rostro compungido de la Bonheur al levantarse de la mesa, y la expresión de odio que transfiguraba a Elena Pilou. Luego, ya en su habitación, las oyó disputar; la voz de la pequeña Pilou se imponía regañona. Sonaron varias bofetadas, y Francisco, que se había aproximado de puntillas al camarote, sintió llorar a Virginia. La otra murmuraba, rechinando los dientes: "Cochina, te juro que esto ha de costarte sangre..." Callaron las dos y hubo un murmullo de lucha; sonaron después el ruido de un cuerpo humano que cae al suelo, y una serie de golpes. Intrigado el camarero, corrió a buscar una silla y, subiéndose en ella, por el montante enrejado de la puerta pudo atisbar, reflejado en el espejo del lavabo, lo que dentro del aposento sucedía. Era una página del refinado marqués Alfonso de Sade. Virginia Bonheur se hallaba de rodillas, el rostro contra el suelo, mientras Elena Pilou, a horcajadas sobre ella y teniéndola bien sujeta entre sus rodillas, la castigaba las desnudas posaderas con un calzador de plata. La flagelación fué larga y cruel. Francisco, temiendo ser sorprendido, no quiso ver más...

—El resto—concluyó Hernán, riendo—me lo contará usted mañana, después que Virginia le haya enseñado a usted el trasero... ¡Si es que se atreve a mirarle a usted! ¡Pobre mujer!... Usted es de piedra. ¿No siente usted remordimientos?...

Jaime acabó también por echarse a reir; las refle-

xiones de su compañero de cuarto tenían gracia. Luego, cerró los ojos; estaba tranquilo y las desventuras de la francesa le importaban una higa. Hernán siguió hablando, pero Millanes ya no le oía. Dormido profundamente, empezó a soñar que se había casado con Susana Massim y que dirigía un automóvil...

Al día siguiente, muy de mañana, Conffanieri y Pérez Camacho se saludaron sobre el puente. Acababan de arreglar sus relojes; era asombroso: durante aquellas veinticuatro horas últimas, la marcha del *Paraná* había atrasado en catorce minutos la salida del sol.

—Esta noche, entre diez y once—exclamó Pérez Camacho—pasaremos la línea ecuatorial. Habrá fiesta.

—Eso ha dicho Beraud—repuso el italiano ; creo que tendremos "champagne".

Los dos hombres habían simpatizado mucho: Conffanieri falseando desvergonzadamente lo pintado por otros, y Pérez Camacho improvisando con su fácil palabra de orador bellos horizontes sociales, ofrecían una afinidad de aptitudes para la superchería y el fraude, que les hermanaba; los cuadros del uno eran tan apócrifos como las revoluciones políticas anunciadas por el otro; ambos lo sabían; por eso se buscaban.

Mientras paseaban hablaron de arte. En otras ocasiones Conffanieri, dominado por el verbo envolvente y acariciador, de Pérez Camacho, tuvo la ingenuidad de explicarle ciertos secretos de su industria.

En París, y más aún en Bruselas y Holanda, hay

comerciantes riquísimos que se dedican con gran fortuna a la falsificación de obras de arte, antiguas y modernas; y de sus talleres salen esos "Teniers", esos "Rembrandt" y esos "Regnier", que él y otros revendían luego a los multimillonarios americanos, mal avisados, generalmente, en cuestiones de arte. A esta labor se aplican muchos pintores obscuros que conocen íntimamente los secretos de ciertos "maestros", y que si carecen de inspiración y, por consiguiente, de verdadera personalidad, son, en cambio, "ejecutantes" habilísimos, coloristas astutos, capaces de imitar hasta la perfección, y casi de memoria, "el estilo" de la obra que les hayan encomendado. De aquí que los compradores poco inteligentes se equivoquen y tomen por oro rancio el oropel, y que los grandes artistas modernos vean asombrados cómo sus ganancias disminuyen según su gloria radiante crece y se afirma, y se hace mundial.

—Los ardides—prosiguió Conffanieri—que los fabricantes de obras de arte discurren para expender a precios fortísimos su mercancía, revelan elocuentemente su sagacidad. Ejemplo: hace poco tiempo uno de ellos encargó "un Rembrandt" que autorizó, desde luego, con la firma del creador flamenco. Después y con rebuscada torpeza, ordenó disimular el apellido glorioso tras un brochazo de pintura, sobre el que escribió una firma cualquiera. Inmediatamente y en el mismo barco donde el "Rembrandt" apócrifo iba a América, envió una carta anónima al director de la Aduana de New York, diciéndole que, bajo un nombre falso, para pagar menores derechos, alguien trataba de introducir allí un lienzo histórico de altísimo valor. El cua-

dro, efectivamente, fué detenido, limpiáronle la mancha de grosera pintura que afeaba uno de sus ángulos y la firma de Rembrandt apareció. Los periódicos le dedicaron cablegramas y artículos; la prensa yanqui, deslumbrada por el hallazgo, no conoció la falsedad de la obra, y el cuadro pasó a la galería de un millonario.

Pérez Camacho sonreía disculpador, acariciándose las ondas doradas de su barba.

—Algo sabía de todo ese tráfico—repuso—y me apena que el industrialismo medre y prevalezca a expensas del arte sagrado. ¡Pobres maestros! Yo, en Roma, lo mismo que en París, les he oído quejarse amargamente: saben que la crítica les elogia, que su prestigio sube, y, sin embargo, los aficionados ricos no van a visitarles; la muchedumbre superficial dice que aquellas esculturas, aquellos lienzos, aquellos dibujos, son demasiado caros, y acepta las "copias" que los "fabricantes de belleza" les ofrecen. ¡No sé, no me explico, cómo no instituyen una sociedad que vigile la propiedad de las obras de arte y reglamente su divulgación!...

Volvió a sonreir, arrepentido de aquel alarde oratorio, un poco severo, y agregó:

—Y es usted, señor Conffanieri, y otros tales, los responsables de que la producción artística vaya en decadencia.

El italiano se alzó de hombros.

—¡Ah!... no me importa. No me crea usted tan cándido que vaya a sacrificar mis intereses al de esos caballeros artistas que, aunque estén pobres como ratas, son los primeros en no ocuparse de sus negocios...

Pasaba el señor González, que iba a la bodega.

Aquel día los viajeros podían revisar sus equipajes.

—Le acompaño a usted—exclamó Conffanieri.

Pérez Camacho, por entretenerse en algo, les siguió. Ya sobre cubierta, cerca de la escotilla, saludaron a don Luciano, que departía con Emilio Porras, el peluquero Ronda, Sebastián, Antonio el minero, Venancio Carrasco y otros emigrantes. Al ver a Conffanieri, don Luciano quiso marcharse; el buen hombre bajaba los ojos; parecía avergonzado. Pepe Ronda le detuvo por las solapas. ¿A qué venía tanta modestia? El individuo que como él estaba en vísperas de ser rico y tenía la suerte de volver tarumba a las mujeres, bien podía mirar a todo el mundo cara a cara...

—Porque, deben ustedes saber—prosiguió el peluquero—que una señora de esas muy limpias y compuestas que van en segunda clase, escribió una carta a don Luciano rogándole fuese a verla de noche... a su camarote... Que es como decirle: "Me muero por ti..." Pero este don Luciano o tiene miedo a las mujeres o se da importancia... El hecho fué que, después de muchas vacilaciones y de consultar el lance con todos nosotros, no acudió a la cita.

Aun bromearon un rato, hasta que don Luciano pudo escapar. Conffanieri y el señor González habían desaparecido por la escotilla en busca de sus equipajes. Entonces Pérez Camacho se acercó a Sebastián, a quien dió el pésame por la muerte de la niña:

—Aunque no tengo el gusto de conocerle—dijo—

sepa que me intereso por usted y me asocio de todo corazón a su dolor. Yo también he perdido un hijo; ¡yo sé lo que es eso!...

Las palabras corteses de Pérez Camacho llegaron a las entrañas del obrero, cuyos ojos pequeños, color de tierra, se llenaron de lágrimas. Tardó en responder, devorando virilmente un sollozo.

—Gracias, señor...

Desvanecido aquel primer instante de emoción, los dos hombres hablaron. Pérez Camacho dijo su nombre. Al oirlo, Sebastián llevóse devotamente una mano al sombrero. Súbitamente pareció aliviado.

—¿Conque es usted don Luis? - exclamó asombrado—. ¡Es verdad!... Y ahora le reconozco por los muchos retratos que de usted he visto... Yo voté su candidatura de diputado hace dos años, lo que me hizo salir de la fábrica donde trabajaba. De los ochenta y cinco obreros que estábamos allí, cuatro nada más le votamos a usted. Mire usted, yo soy así: porque triunfe la verdad me quedo sin comer...

Observaba al gran hombre atentamente, con la veneración que inspiran los ídolos. Hubo una pausa.

—Yo ignoraba—dijo—que fuese usted a Buenos Aires. ¿Por mucho tiempo?

Pérez Camacho adoptó un aire importante; antes de contestar, su diestra, blanca, de uñas pulidas, en cuyo índice ardía la luz verde de una esmeralda, acarició varias veces la frondosidad ondulante de su barba de sol.

—No—repuso ; en América pienso estar sema-

nas, nada más. Inmediatamente regresaré a España. Trato de realizar algo fuerte, definitivo... ¿Comprende usted?...

Hablando así, el farsante agitaba en el aire su brazo derecho, como si blandiese una espada.

Prosiguió:

—¿Usted continúa formando parte de algún comité?...

—No, señor; me dí de baja en el partido; como me marchaba...

—No importa: usted, por los diarios, ha de vivir al tanto de lo que suceda. ¿No es así?... Su cuerpo estará en América, pero su alma, su pensamiento, seguirán españoles. Acuérdese: es indispensable que cuando suenen los primeros disparos de la suprema batalla, todos los republicanos estemos unidos. Los que hoy huyen de su patria como emigrantes, mañana deben volver a ella como conquistadores, para salvarla...

Los ojillos de Sebastián adquirían, por momentos, brillantez extraordinaria, cual si la luz del ideal los iluminase.

—Poco valgo—dijo—; pero esté usted seguro de que cuando nuestro partido me necesite, me hallará dispuesto. Usted ya lo sabe, don Luis: Sebastián Alvarez... para lo que guste mandarme...

Y el simplón daba su nombre, cual si el prócer revolucionario hubiese de conservarlo en su memoria: fué un pequeño rasgo de orgullo, un deseo de notoriedad tan baldío como el del viajero que, al pasar, escribe con lápiz su apellido en un muro...

La figura importante y decorativa de Pérez Camacho había llamado la atención de los emigrantes,

unos le conocían de nombre; otros, más dichosos, recordaban haberle oído hablar en algún *meeting*, y durante aquellos momentos de exaltación, el verbo copioso, caliente, constelado de imágenes, del orador, había dejado en la oscuridad de sus cerebros un resplandor confuso.

El prohombre republicano, maestro en el arte de impresionar el alma sencilla de las muchedumbres, se sintió mecido, acariciado y como aclamado, por todos aquellos ojos, llenos de interés admirativo, que se ahincaban en él. La noticia de su presencia había recorrido veloz la parte del buque ocupada por la emigración española; muchos emigrantes que se hallaban abajo, en las cámaras, subieron a cubierta. Unos de cerca, otros de lejos, le miraban atentos; callaron los chiquillos; las mujeres, sentadas en el suelo, le observaban también silenciosas, porque Pérez Camacho, con su arrogante figura de luchador, resistía al análisis. Hubo unos momentos de silencio. La multitud, fraccionada en pequeños grupos, le miraba, cuchicheaba... volvía a mirarle... como pidiéndole unas palabras de esperanza. Era toda aquella gente de ideas avanzadas: unos republicanos, otros socialistas: en realidad no tenían nociones políticas de ninguna especie, de tal modo que difícilmente hubiesen sabido explicar la razón de su credo. Bajo el régimen monárquico habían padecido los horrores sin guarismo de la miseria, y por eso detestaban la monarquía: ella jamás se preocupó de darles instrucción; ella les abrumó con sus impuestos y les arrebató sus hijos para llevárseles a la guerra; ella desoyó sus quejas y, distraída en superfluidades, les dejó desfallecer de hambre;

por ella, en fin, para sustraerse a su influjo nefasto, hubieron de vender lo poco que tenían, y estaban allí, sobre aquel buque, camino de una segunda patria. De esto nacía su amor a la libertad, aquel amor fanático por el que dieran la vida: del odio heredado, inextinguible, al régimen vigente. Algunos escépticos decían que la república no valía el trabajo de traerla. Sin embargo, ¿por qué no probar? ¿Al menos, dejaría de proporcionarles, sobre el potro del universal sufrimiento, el alivio de una actitud nueva?...

Don Luis Pérez Camacho comprendió llegado el momento de hablar. Extendió su mano derecha, donde la alegría verde de la esmeralda brillaba como un símbolo:

—Señores...

Su voz, aunque suave, llegó muy lejos, acariciadora. Los emigrantes se aproximaron; los que estaban sentados se pusieron en pie; componían una muchedumbre de semblantes afeitados, cobreños, con dentaduras blanquísimas y ojos brilladores.

El orador continuó:

—No voy a pronunciar un discurso; no es ocasión: mi objeto único, por tanto, al dirigiros la palabra, es saludaros, cambiar con vosotros un apretón fraternal de manos ya que la suerte quiso reunirnos otra vez. No será la última. Yo presiento grandes andanzas. Yo sé también que el día rojo en que las viejas instituciones, vergüenza de España, se derrumben, todos cuantos ahora vamos aquí volveremos a abrazarnos en el sangriento júbilo de la pelea. Y... ¡ay de quien falte!... porque la acción será tan gloriosa, que nadie se consolará después de no haberla visto.

Entretanto, mientras ese día llega, yo aplaudo vuestra decisión valiente de emigrar: la aplaudo sin restricciones, sin reservas; yo también, como vosotros, levantaría mi tienda de hombre nómada, ciudadano de todos los países, si no oyese que la patria me reclama y cómo debo posponer mi sosiego al bienestar y engrandecimiento de la colectividad. Hacéis bien, repito; porque este viaje puede ser vuestra fortuna, la alegría de los padres ancianos que no pudieron seguiros al destierro, la salud de vuestros hijos que hoy se crían raquíticos, la redención del trabajo de vuestra compañera; porque la mujer no debe gastarse luchando por la vida; porque la mujer, con ser inteligente, buena y bella, habrá hecho bastante...

El orador destosió, se alisó la barba mientras recogía ideas, dió un paso atrás y continuó:

—Yo conozco la Argentina: es una nación nueva, progresiva, que va desenvolviéndose rápidamente merced a la generosidad de una Constitución admirable. Vais a un pueblo que no admite prerrogativas de sangre, ni de nacimiento, ni fueros personales, ni títulos baldíos de nobleza, y cuyos habitantes son todos iguales ante la ley y admisibles en los empleos sin otra consideración ni más recomendaciones que sus aptitudes; un pueblo donde los padres que no dan instrucción a sus hijos caen bajo la acción del código y son castigados con multas severas; un pueblo en que ninguno de sus ciudadanos será forzado a hacer lo que no manda la ley, ni privado de lo que ella no prohibe.

Aun siguió perorando quince o veinte minutos, y siempre por el mismo estilo ampuloso y ondulante

de orador de *meeting:* su gesto era aplomado, su voz enérgica, persuasiva, llena de optimismo viril: había que luchar, que imponerse a la vida; únicamente los fuertes son libres.

Bajo el puente los italianos se apiñaban procurando comprender algo de lo que Pérez Camacho decía; del lado de proa, la emigración oriental, sabedora de que a popa ocurría algo extraordinario, se apretujaba formando con sus jaiques y sus gorros tunecinos un conjunto barroco. Era un cuadro bíblico.

Receloso de atraer la atención de las autoridades de a bordo, el orador concluyó:

—Siga, pues, cada cual su camino: pero entretanto nadie desdeñe a la vieja patria ausente ni tire al mar su recuerdo sagrado; nadie olvide que el día, ya cercano, del gran combate social, habrá para cada uno de nosotros un fusil; un fusil que luego será arado y riqueza. ¡Señores... hasta entonces!...

Sonaron nutridos aplausos, agitáronse en el espacio azul muchos sombreros, y los emigrantes, agolpados alrededor de la escotilla desde donde Pérez Camacho había hablado, comenzaron a dispersarse en grupos.

Emilio Porras se quitó su boina, y así, con gran cortesanía y respeto, solicitó del prohombre el honor de estrecharle la mano.

—Mucho le admiraba a usted—exclamó—y a partir de este instante siento que voy a admirarle más. Y conste que no hay en lo que digo pizca de adulación. Porque si he de ser franco, declararé que no acepto la esencia de su discurso...; y usted perdone este atrevimiento a un hombre casi viejo

que, si de mozo no tuvo mucho trato con los libros, más tarde estudió de cerca a los individuos y se vanagloría de conocer profundamente el país adonde vamos.

La figura de Porras y la vertical seguridad de sus palabras impresionaron a Pérez Camacho, quien a fuer de observador y de mundano, gustaba de tratar con toda clase de personas. Así, en vez de marcharse al puente con Conffanieri y el señor González, hizo señas a Emilio Porras, a Sebastián y a otros dos o tres individuos que les acompañaban, de que le siguiesen, y todos fueron a instalarse a popa, bajo la toldilla, huyendo del bullicio.

—Su declaración leal, y por lo tanto altamente simpática, de no hallarse de acuerdo con la esencia o substancia de mi discursejo—empezó diciendo Pérez Camacho—me ha interesado. Querría saber la razón. Usted es un hombre de experiencia, un hombre "vivido"... eso salta a la vista; por lo mismo desearía conocer su criterio. Hablemos sin ambages, ya que entre nuestras situaciones respectivas existen, indudablemente, hondas concomitancias. ¿En qué cree usted que estoy equivocado? ¿Acaso nuestros ideales políticos serían diferentes?...

Rechoncho, pequeñín, aturdido por la distinción de que era objeto, el antiguo matarife estaba más rojo que nunca; diríase que le habían lavado la cara con sangre. Al cabo, tartamudeando un poco:

—No, señor—exclamó—; nuestro credo político es el mismo; yo soy republicano... pero de los buenos, de los activos... Lo que no apruebo es... ¿Cómo lo explicaría yo?... es... la forma, "el modo", que

tiene usted de comprender la emigración. No me sorprende esta divergencia de opiniones: usted, lo mucho que vale, se lo debe a España; en cambio yo, lo poco que tengo, se lo debo a América. De aquí que, para juzgar la misma cuestión, adoptemos puntos de vista diametralmente opuestos.

Atento a las palabras de su interlocutor, Pérez Camacho repuso:

—Siga usted...

—Hace unos instantes decía usted a nuestros paisanos: "Vuestros cuerpos pueden ir a América, pero vuestra alma y vuestro pensamiento deben permanecer en España..." Algo así entendí yo...

—Efectivamente.

—Pues he ahí en lo que no estamos de acuerdo. Para usted la emigración es un mal, una especie de condena a trabajos forzados... Y por eso cree que los emigrantes deben limitar a diez, quince o veinte años, el tiempo de su destierro; y luego, ya con su capitalito hecho y sus hijos criados, volver a la patria. Yo, en cambio, sostengo que el hombre no debe circunscribir sistemáticamente su actividad a un determinado lugar del planeta, sino ir por el mundo hasta acertar con aquel país donde la vida le sea más amable; y afirmo también que es ingrato quien, habiendo medrado en una nación, va a gozar de su dinero en otra, aunque ésta sea la de su nacimiento y origen; pues así como las madres merecen reverencia, no porque nos diesen a luz, sino por cuanto sufrieron amamantándonos y criándonos, de igual modo no es verdadera patria aquella donde ciegamente fuimos a nacer, mas sí la que, viéndonos afligidos, nos recibió hospitalaria y fué

pródiga de sus riquezas y supo recompensar con largueza hidalga nuestro trabajo.

Prosiguió enardecido:

—¡España!... ¡Buena están dejándola sus gobiernos, los terrazgos excesivos, el caciquismo, los impuestos del fisco y la usura!... Hay regiones, las de Murcia, Almería y Alicante, por ejemplo, que conozco palmo a palmo y de las cuales podría contarle a usted horrores. Las contribuciones excesivas de una parte, y de otra la pobreza forestal, son las causas capitales de nuestra bancarrota. La falta de árboles produce la sequía y, por consiguiente, la ruina de la agricultura. Además, al faltar los bosques que antiguamente lozaneaban las cumbres y laderas de los montes, la tierra que sujetaba sus raíces quedó libre, indefensa, sin cohesión, y poco a poco fué arrastrada por los torrentes hacia la llanura; de este modo las cresterías de nuestras montañas quedaron desprovistas de mantillo o humus vegetal, y hoy aparecen esqueléticas, mondas, baldías, horriblemente desjugadas y estériles. Y si escasean los árboles, padres de la lluvia, ¿cómo obtener buenas cosechas?

Añada usted a estos terribles factores de desolación la ignorancia de nuestros rústicos, enemigos sistemáticos de los modernos abonos químicos, y el poquísimo interés que los arrendatarios sienten hacia el suelo que cultivan. El Ministerio de Agricultura podía remediar buena parte de estos males. Verbigracia: ¿Cuándo se establecen aquellas "cátedras ambulantes" de agricultura instituídas por una ley votada hace más de treinta y cinco años?... ¿Por qué los ingenieros del Estado no se ocupan de la

replantación de los viñedos inmensos consumidos por la filoxera? ¿Y las moreras?... ¿Cómo se abandonó el fomento del gusano de seda, una de las riquezas máximas de Granada, de Valencia y de Murcia?... Y, en otro orden de ideas: ¿por qué no habían de aplicarse a esas vastísimas heredades sin roturar, propiedad de ricachones holgazanes que viven en el extranjero la mayor parte del año, los mismos principios que rigen las denuncias de pertenencias mineras? Si la sociedad está interesada en explotar la riqueza del subsuelo, ¿por qué no explotará también la del suelo que tiene a la vista? Con la debida indemnización al dueño, esta "pertenencia" a flor de tierra debía explotarse como las otras, y así los campos mejores no estarían reducidos a cotos de caza y cubiertos de jarales, aliagas y romeros.

Acuérdese usted bien, don Luis, de esto que voy a decirle: España, petrificada, inmovilizada, física y moralmente entumecida, pide agua; mucha agua y también muchos caminos. ¿Por qué los Poderes públicos no atienden esas dos grandes súplicas de una raza fuerte que no quiere morir?... Entretanto, en Villajoyosa, uno de los buenos pueblos, como usted sabe, de la huerta de Murcia, yo he visto pagar el cántaro de diez litros de cabida de agua potable a treinta céntimos, durante varios meses. ¿Es posible que nadie viva así?...

Lo triste es que esta situación empeora de año en año. ¿Quiere usted un ejemplo? Ahí va: en las provincias de Almería y Alicante los braceros ganan, por término medio, de cinco a seis reales diarios, y como la mayoría de los hombres emigra,

las mujeres se emplean en las faenas del campo, lo que ha abaratado más y más los jornales.

Pérez Camacho aprovechó una pausa de su interlocutor para exclamar:

—¿Ve usted? ¡Siempre la emigración, siempre el fantasma de América!... Cuando pienso en ello, crea usted que no sé si execrar o bendecir a Colón. Yo conozco los estragos que los representantes de las agencias de emigración, verdaderos mercaderes de carne blanca, pueden causar en un pueblo ignorante y pobre...

Iba a seguir, cuando Emilio Porras le interrumpió con una sonrisa desdeñosa:

—Se equivoca usted, don Luis. Esos agentes de que usted habla, si consiguen algo, es muy poco. El más perseverante y convincente "agente de emigración" es el dinero que los emigrados remiten mensualmente a sus familias. Yo le aseguro que en pueblos como Altea y Villajoyosa se han recibido, en sólo un año, cerca de trescientas mil pesetas. ¿No cree usted que cifras así superan en elocuencia al más famoso orador? Y esa canción de plata resuena en todas partes, hasta en los villorrios alpujarreños distanciados doce y catorce horas de la carretera más próxima y adonde se llega por infames caminos de herradura. Para macharse, las gentes enajenan sus heredades, o las arriendan o las hipotecan. Yo sé de un propietario que vendió por cuarenta duros su casa, tasada en dos mil quinientas pesetas; ¡el importe justo de su pasaje a Buenos Aires! Todos quieren huir, todos oyeron la voz consoladora de la emigración, todos han vislumbrado la luz caritativa de un país nuevo donde

los hombres no mueren de hambre... Pero, no basta irse; hay que aprender a querer la tierra adonde vamos. ¿No cree usted lo mismo?

Y como Pérez Camacho moviese la cabeza indeciso, Emilio Porras agregó:

—El criterio de usted, don Luis, es el de la generalidad. Y yo lo sé: ésta es la gran queja que la República Argentina tiene de cuantos forasteros van a explotarla: que no la quieren, que por más generosa que con ellos se muestre, no la permiten entrar en su corazón.

El antiguo vecino de La Boca se rebelaba noblemente contra semejante ingratitud. Habló largo rato. De todas las emigraciones, la española es la mejor, no sólo por su espíritu de adaptación, su fortaleza para el trabajo y su inteligencia en cuestiones agrícolas, sino por razones definitivas de raza, de tradición y de idioma; España es el único país que no considera a la prole de sus emigrantes súbdita suya, como hacen los otros estados europeos. Con todo, el rancio espíritu hispano y la joven alma criolla no acababan de fundirse. ¿Por qué motivo? ¿Qué raspaduras o livianos distingos pueden separarles?... Y si esto acaecía con los españoles, padres al fin de la "república del sol", ¿qué ocurriría con los italianos, los rusos, los turcos, y demás países de la Europa oriental?...

De ello resultaba que Buenos Aires era una ciudad sin cohesión, sin homogeneidad, y también un pueblo enormemente triste: tanto por la severidad y rigidez de costumbres que la fiebre de negocios lleva consigo, como por la melancolía que en torno suyo irradian inadvertidamente los millares de des-

terrados que la habitan; pobre muchedumbre, que a todas horas, así en las del trabajo como en las festivas, no disuaden su pensamiento ni su cuitado corazón de la patria distante. La Constitución argentina vigente, no atreviéndose a imponer a los forasteros la "ciudadanía obligatoria", por ser la población criolla con voto inferior en número a los adultos extranjeros, procuró atraerles merced a la dulzura de una libertad amplia, para lo cual decretó que aquéllos gozasen de todos los derechos civiles del ciudadano; que pudiesen ejercer su industria, comercio y profesión; navegar por los ríos y por costas; poseer bienes raíces, comprarlos y enajenarlos; ejercer su culto, testar y casarse según sus leyes; añadiendo que tantas ventajas no les obligaba a admitir la ciudadanía, ni a pagar contribuciones extraordinarias, ni a servir en el ejército hasta pasado un término de diez años...

Por todos estos medios hábiles y generosos, la Constitución argentina quería merecer el agradecimiento de los emigrantes, inspirarles el sentimiento de la "patria nueva" y comprometerles a intervenir de derecho en la vida política nacional, ya que de hecho tanto influían en su marcha comercial y económica.

Estos loables esfuerzos resultaron baldíos ante el contenido y bárbaro aborrecimiento que, por atavismo, separa a los viejos pueblos unos de otros. En Buenos Aires, y esta es la gran lepra moral de la hermosa capital porteña, las razas todas del mundo se yuxtaponen y codean, pero sin fundirse. Ni los italianos quieren ser españoles, ni los franceses consentirían en ser ingleses, alemanes o rusos; lo

cual, evidentemente, retrasa, si no impide, la "argentinización" de las diferentes colonias. No importa que los negocios se multipliquen y subdividan hasta lo infinito, creando comunidad de intereses. El problema subsiste siempre, intacto, pavoroso. Una vez más los distintos pueblos reunidos se imponen al Estado. Así, cada nación, trasladada al territorio argentino, con la religión y las costumbres que le son peculiares, forma una especie de pequeño mundo aparte, que mantiene sus Casinos, sus "Centros de atracción", sus periódicos, sus colegios donde se enseña el idioma y la historia del país respectivo, sus industrias que defienden y hasta consiguen imponer a la cosmópolis sus manufacturas y productos. Cuanto se ha intentado para destruir tales asociaciones, fracasó: los emigrantes que tienen deudos o amigos en Buenos Aires, procuran al desembarcar ir a establecerse cerca de ellos, y los industriales, buscando la protección de su colonia, hacen lo mismo; por su parte, las escuelas de primera enseñanza y los diarios fundados para servir los intereses de la comunidad, coadyuvan maravillosamente a sostener incólume en los espíritus el recuerdo de la patria lejana. A estos factores separatistas debe añadirse otro de capital importancia: el matrimonio. Los extranjeros prefieren siempre unirse a mujeres de su raza, a quienes, por el idioma, pueden cortejar más fácilmente; y si se casan con argentinas, procuran, favorecidos por el encanto poético de un largo viaje, imbuirlas el amor a Europa. De este modo consiguen no encariñarse con el suelo que les fué propicio; antes lo desprecian con un desdén tan pro-

fundo, que parece un odio; viven en él por necesidad, como quien cumple una condena, pues sus pensamientos, sus amores, toda la poesía de sus almas, siguen allá, al otro lado del mar, fieles a la tierra donde duermen los antepasados. Nada les cambiará: durante la semana, olvidados de la patria, trabajarán como criollos; pero el domingo, día de recuerdos, cuando se junten a beber, siempre en el vaso que levanten, con el último brindis, habrá una lágrima de infinito dolor para la aldea perdida...

Al llegar a este extremo de su peroración, Emilio Porras no pudo reprimir una interjección grosera.

—Y nosotros—exclamó—¡no necesitamos gentes así! Nosotros, los que tenemos intereses en América y amamos aquel suelo sinceramente, no queremos "colonos" especuladores, sino "ciudadanos"; es decir, hombres agradecidos, hombres de corazón, que sepan fundirse con el alma nacional argentina.

El espíritu comprensivo, refinadamente ecléctico, de Pérez Camacho, sintió que Emilio Porras tenía razón; mas no juzgó oportuno transigir con él sin antes oponerle algún reparo, temeroso de que los circunstantes le creyesen derrotado y falto de argumentos para mantener sus primitivas aseveraciones.

—Estamos de acuerdo—dijo al fin—; pero lo expuesto por usted no destruye lo afirmado por mí. Usted sostiene razonadamente que cada emigrante debe ver en la República Argentina una segunda patria: una "nueva Italia", los italianos; una "nueva España", los españoles; de tal modo que la amen y reverencien, y en caso de necesidad la defiendan como a la patria amada. Conformes. Pero lo que por el momento a mí me obsesiona no es devolver-

le a España los hijos que se lleva la emigración, sino reintegrarle a la futura república española todos sus servidores, de tal modo, que a ser posible ninguno de ellos falte a su llamamiento el día del supremo combate. Viera yo a mi patria como deseo, y no llamaría a nadie; aunque entonces es seguro que nadie se fuese, por encontrar fácil y próvidamente allí lo que ahora solicita en vano.

Hubo una breve pausa durante la cual el prohombre dejó resbalar varias veces sus dedos por la suavidad dorada de su barba.

—Respecto al desdén—continuó—que, según usted, sienten los forasteros hacia el criollo, declaro ser cierto, y más de una vez lo he comprobado. Pero también es verdad que los porteños pagan a los emigrantes en la misma moneda. Y no son los códigos, amigo Porras, los códigos fríos, sino los pueblos quienes, deponiendo noble y espontáneamente sus antiguos rencores, verifican el milagro de mezclar y fundir unas razas en otras. Yo bien sé que tales rozamientos cesarán cuando sean los hombres inteligentes, como ahora los analfabetos, los que emigren. Pero eso no lo veremos nosotros, pues las naciones, para transformarse, necesitan que pasen muchos años sobre ellas; y en el caso presente, únicamente los criollos, hijos de varias generaciones de criollos, pueden amar verdaderamente a la joven República. De este futuro afecto no es posible dudar. En la misma uniformidad de la vida de a bordo, donde los viajeros hemos llegado a tener un quehacer, una actitud y hasta una conversación para cada hora del día, hallamos la prueba mejor de cómo pueden fraternizar fácilmente hom-

bres de países distintos. El *Paraná* es una reducción o abreviatura de lo que Buenos Aires ha de ser...

De pronto se interrumpió y su alma tuvo una hermosa explosión anárquica y sincera:

—Y aunque en la República Argentina no exista jamás esa cohesión, ese espíritu de nacionalidad que ahora echamos de menos, ¿qué importa? Alegrémonos de que el viejo concepto de patria vaya borrándose; la humanidad futura no querrá fronteras; la tierra para el hombre...

Puestos ya de acuerdo acerca de este punto fundamental, los dos interlocutores examinaron espaciosamente el largo y asombroso camino de prosperidades recorrido por la República Argentina durante aquellos últimos años: el páramo convertido en campo fertilísimo, la ciudad improvisada, como surgida de la tierra, en el transcurso de una noche. El aumento de comercio había atraído mayor número de personas, y, a su vez, el incremento de población acrecentó el desenvolvimiento mercantil y el número de vías férreas. Entretanto, como es lógico, la riqueza pecuaria crecía también, desarrollándose paralelamente a la fortuna agrícola y al valor del suelo, todo lo cual demostraba, en contra de lo sostenido por ciertos espíritus pesimistas, que, suceda lo que quiera, para la propiedad territorial argentina no hay actualmente bancarrota posible. También hablaron de los propósitos de redención que animaban a todos los emigrantes. ¡Pobres gentes, a quienes la miseria no concedió ni siquiera el lujo de amar!... No era su temperamento, sino su propia patria la que, entristeciéndoles, les hizo viciosos.

VIII

Las campanas, llamando a almorzar desde diferentes puntos del buque, disolvieron la reunión. Despidióse Pérez Camacho de Emilio Porras y de sus compañeros; el prohombre se mostró satisfecho de haber encontrado un obrero español sinceramente enamorado del suelo argentino, pues como él habría muchos y esto demostraba que los vínculos de las florecientes repúblicas americanas con su antigua metrópoli, iban estrechándose. Hubo ofrecimientos mutuos, apretones de manos y promesas de volver a reunirse cuando la nueva España, en el amanecer de un día rojo, necesitase de ellos.

A la hora de comer, el comandante Beraud, obediente a la costumbre tradicional de festejar el paso del Ecuador, obsequió a los pasajeros de primera y de segunda clase con botellas de champagne. La noticia, propalada por los camareros, de que el vino espumoso y sagrado, padre de la alegría, correría a los postres, bastó para regocijar a los viajeros. La cena fué alegre, especialmente en el comedor de segunda: Mr. Alfredo, subido en una silla, imitó mejor que nunca el grito clarineante del gallo; Ernesto Slottmann baló y rebuznó admirable-

mente; Duval, riendo con una interminable hilaridad de hombre que se descoyunta riendo y que, cuando no puede reir más, se encoge y oprime el vientre con ambas manos, arrancó sonoras carcajadas a la reunión. Elena Pilou y Virginia Bonheur mayaron a dúo y fueron aplaudidas. Enrique Hernán hacía signos a Millanes para que observase a Virginia: la francesa, que en todo el transcurso del día no salió de su camarote y en la mesa apenas levantaba los ojos del plato, no se sentaba bien. Mientras servían el café, Evangelina Slottmann se levantó, y acercándose disimuladamente a Mr. Alfredo, le roció la cabeza con champagne; sorprendido el inglés, dió un salto y trató de arrebatar la botella de manos de la acróbata; mas, no sólo fracasó, sino que, con su rebeldía, empeoró su situación y se hizo acreedor a mayor castigo, pues Evangelina le derribó en el suelo, y sujetándole bajo sus rodillas, tuvo la crueldad de vaciarle el contenido de una botella por entre la espalda y la camisa, de suerte que le humedeció y remojó hasta los huesos.

El ejemplo de Evangelina lo siguieron las demás mujeres. "El que no se chapuza la cabeza en champagne al pasar la línea ecuatorial—decían—no gana dinero en América." La señorita Beccali, con su nariz ridículamente colorada sobre la palidez sonriente del rostro, derramó algunas gotas de vino en la frente de Enrique Hernán. Con ademán colérico, como si se vengase, Elena Pilou arrojó el champagne de su copa al rostro de Millanes, manchándole un chaleco blanco que el joven músico se había endosado para ir a la mesa. Virginia Bonheur perseguía a Duval. Ernesto Slottmann, saltando

por encima de las mesas, huía de su cuñada Mauricia y de Teresita Lottaro, aliadas contra él. Mme. Voisin perseguía al inglés. De este modo, escapando unos de otros y con bulliciosa zambra de dichetes y risas, fueron subiendo todos al puente. Inmediatamente organizóse un programa de *music-hall;* Evangelina Slottmann, enlazando a su hermana por el talle, la volteaba con facilidad elegante; su marido, a pies juntos, dió varias vueltas en el aire; Juan Duval cantó y bailó una canción francesa, generosa en retruécanos picarescos, cuyo estribillo era una gran carcajada; Mr. Alfredo asestaba puñetazos a la atmósfera, como si boxeara; Teresita Lottaro, la Bonheur y Elena Pilou, cogidas de las manos, daban vueltas siguiendo el ritmo de una vieja y dulce tonadilla infantil. Componían el público, además del pasaje de segunda, Conffanieri, Páez, el señor González y otros viajeros a quienes atrajo el alegre desconcierto del improvisado festival.

De súbito, circuló la noticia de que en primera clase acababa de fallecer un pasajero. Instantáneamente las voces cesaron y los asistentes se arremolinaron formando pequeños grupos, en busca de noticias. Todos preguntaban:

—¿Quién ha sido?... ¿Quién ha sido?...

Al principio se dijo que era una mujer; luego se supo que era un hombre; pero faltaban detalles...

Conffanieri, el señor González y Páez corrieron a informarse; los otros viajeros les siguieron en masa, empujados por la curiosidad. Ante la puerta de la cámara de primera, se detuvieron. El doctor Nazaire acudía abrochándose precipitadamente su

guerrera azul. Mr. Alfredo Millanes, Enrique Hernán, Duval, muchos... le cerraron el paso.

—¿Qué sucede? ¿Es cierto que ha ocurrido una desgracia?

Pero el doctor Nazaire, moviendo sus manazas gigantes de dentro a fuera, como si nadase, se abrió camino.

—¡No sé nada!—rugía—; háganme el favor de separarse; ¡no sé nada!...

Y desapareció. La curiosidad de los circunstantes se exacerbaba. Empezaron las conjeturas: ¿quién era la víctima? ¿"El joven de los guantes grises", tal vez? ¿O sería el "caballero de los calcetines calados"? ¿O, quizás, alguna de "las señoras de la Morgue"?... Mr. Alfredo se atrevió a decir:

—Quien sea, por el solo hecho de haber muerto esta noche, ha salvado su personalidad; porque, en lo sucesivo, dentro de cinco, de diez... de veinte años... todos recordaremos "al individuo que tiramos al mar cuando pasábamos el Ecuador"...

Por la alfombrada escalerilla que conducía a la cámara de primera, subían algunos viajeros: todos estaban pálidos. Empezaban a llegar noticias. El muerto, efectivamente, era un hombre; pero, ¿quién?... La impaciencia anhelante de los que aguardaban arreció. El viento, que había rolado al Noroeste y atacaba al transatlántico por estribor, castigaba severamente a los curiosos, obligando a los hombres a encajarse bien sobre la nuca sus gorras de viaje; pero nadie quiso marcharse y continuaron allí, a despecho del frío, sostenidos por el deseo de saber...

Reaparecieron Conffanieri y Páez; este último,

especialmente, por sus relaciones casi "oficiales" con Elena Pilou, inspiraba a los viajeros de segunda mucha confianza. La curiosidad que a todos enardecía fué satisfecha cumplidamente con respuestas terminantes y explícitas: el muerto era Jorge Bridsbach; había fallecido en su camarote repentinamente, después de cenar.

Distintas voces interrogaron:

—¿De qué? ¿De qué ha muerto?...

A esto, ni Páez ni Conffanieri pudieron contestar.

—No se sabe aún—repuso el italiano—; eso nos lo dirá después el doctor Nazaire: unos suponen que la muerte de Bridsbach ha sido motivada por la ruptura de una aneurisma; otros lo atribuyen a una congestión. ¡Ya veremos!...

La figura alta y blandengue del millonario, con su cuerpo encorvado, sus patillas rubias, desrizadas y largas, y sus ojos pequeños, dulces, apagados por la anemia, pasó fantasmal por la memoria de todos los viajeros. ¡Sí, le habían visto muchas veces! Era un tipo afable, simpático, que sonreía siempre... ¡Pobre hombre!... Después las mujeres fueron las primeras en acordarse de Elvira Dettri, la esposa del millonario. Alguien dijo que no estaban casados. Contra esta afirmación impolítica la mayoría protestó.

—¡Eh!—exclamó Mr. Alfredo—¿qué importa que fuesen o no matrimonio?... ¡Infeliz mujer!... ¡Acaso por eso mismo le quería más!...

Crecía la expectación insaciable de la concurrencia. Todos se interesaban por la viuda; gruesa, arrogante, con los ojos muy negros; la habían oído

cantar varias veces... ¿Dónde estaba? ¿La permitirían velar el cadáver de su compañero? ¿Se habría acordado de ella Jorge Bridsbach en su testamento?...

Páez y Conffanieri explicaban lo que sabían. Elvira Dettri permanecía en su camarote custodiando el cuerpo de Bridsbach; las exhortaciones del comandante Beraud para separarla de allí fueron inútiles. Lo que aun no estaba decidido era si el cadáver sería llevado a Santos, primer puerto donde tocaba el buque, o si lo lanzarían al mar. Esto último era lo probable, puesto que aun habían de transcurrir tres o cuatro días antes de que se viesen las costas del Brasil.

—En cuanto al porvenir de esa señora—agregó Conffanieri — no debe inquietarnos; pues, según tengo entendido, Jorge Bridsbach la había instituído, desde el año pasado en que empezó a sentirse enfermo, heredera universal de sus bienes. Y creo que su fortuna asciende a la friolera de cinco millones de pesos uruguayos...

Enrique Hernán, Millanes y Mr. Alfredo, obedeciendo a un discreto guiñar de ojos de Páez, siguieron a éste hacia un rincón donde estaban Elena Pilou, Virginia y la señorita Beccali. Allí se sentaron formando círculo. El señor Páez, barrigón y rollizo, adoptó un aire de misterio.

—Esto—murmuró—que voy a comunicar a ustedes no he querido decirlo allí, delante de todos, por tratarse de algo muy delicado, muy reservado...; algo de una índole particularísima...

Los circunstantes, colocados en el borde de sus sillas, adelantaban el busto para oir mejor. Envanecido por la atención de que era objeto, el bode-

guero miró a Elena y a Virginia; luego, sus ojos saltones, húmedos, brillantes de sensualidad, se detuvieron impertinentes en la señorita Beccali. Tuvo una sonrisa:

—Antes he de pedir permiso a esta señorita para hablar: un asunto tan delicado... tan escabroso... ¿Me explico?...

La interpelada se ruborizó, pero con tal fuerza que, por primera vez, el color rojo que invadió sus mejillas igualó, y aun aventajó, al carmín habitual de su nariz. Esta emoción se extendió por su rostro como una belleza. En el acto, sin descoco, pero también sin mojigatería, de un modo natural y elegante, la señorita Beccali repuso en francés:

—¡Ah, señor! Puede usted contar lo que guste: yo sé oirlo todo...

Páez se atusaba el bigote; lo que iba a referir era realmente grave; no sabía empezar. Según le dijeron, Bridsbach y su amiga habían cenado en el comedor, como siempre: él estaba alegre y hasta cenó mejor que otras veces. Después del café aceptó la copa de champagne que el comandante Beraud le ofrecía, y con ella en alto brindó epicúreo por la mujer latina, y particularmente por la francesa: "La mujer—exclamó riendo—que es adorable porque cede pronto y apenas se entrega a nosotros empieza a olvidarnos..." Transcurridos unos momentos, Jorge Bridsbach y Elvira Dettri se retiraron a su camarote, prometiendo volver en seguida para que ella tocase el piano y cantase. De repente la oyeron gritar: "¡Socorro!" Todos se levantaron asustados. ¿Qué sucedía?... Inmediatamente, de un salto, el comandante Beraud corrió hacia

donde los gritos de angustia y de súplica resonaban. Los viajeros iban a seguirle, pero él les detuvo con su voz tonante, acostumbrada a dirigir las faenas de la marinería desde el puente, y que tableteó bajo el techo del salón:

—¡Nadie se mueva!

Los pasajeros, no obstante, avanzaron. El comandante Beraud llegó al aposento de Bridsbach y empujó la puerta, que estaba entornada.

Con la curiosidad de escuchar todos enmudecieron; hubo unos segundos de silencio absoluto, durante los cuales, tenue y confusa como un jesuseo, la voz doliente de la bella italiana impetraba auxilio.

—Yo, como llegué tarde, no pude entender nada—prosiguió Páez—pues había ocho o diez personas delante de mí.

Esta expectación indescriptible duraría un minuto. En la puerta del camarote reapareció la figura atlética de Beraud.

—¡Unas tijeras!—gritó.

Y luego:

—¡Que avisen al médico! ¡Pronto!...

La masa inmóvil y compacta de los espectadores se estremeció, desgarrándose en diversas corrientes. Los camareros salieron presurosos en busca del doctor Nazaire; las mujeres corrieron a sus habitaciones por las tijeras que el comandante necesitaba. Susana Massim, rompiendo denodadamente el grupo de mirones, acudió la primera. Beraud la permitió acercarse.

—¡Usted misma—dijo—es mejor!...

Mientras la viuda de Serventi desaparecía en el

camarote, él, esparrancado en el pasillo, detuvo con la doble fuerza de su autoridad y de sus brazos la ola de curiosos. Sus ojos dominadores adquirieron aquella expresión fiera, despótica, con que se imponía a los emigrantes amotinados:

—¡Atrás! ¡Aquí no entra nadie! ¡Vivo! ¡Todo el mundo al puente!...

Empujados por Beraud de una parte y acosados de otra por el doctor Nazaire, que llegaba en aquel momento, los viajeros volvieron al comedor. Los oyentes del bodeguero se mostraron chasqueados.

—Total — dijo la señorita Beccali—después de tantos preámbulos resulta que está usted como nosotros: no sabe usted nada.

Páez sonreía faunesco, cubriendo a Elena Pilou bajo la mirada húmeda y dulce de sus ojos saltones.

—Ya recibiremos más noticias—repetía—. ¡Pero noticias terribles! Estoy cierto de que hay algo folletinesco en la muerte de ese pobre Bridsbach.

Las mujeres preguntaban:

—¿Y a ella se la oía llorar?

—Al principio, sí; pero fué un momento.

—¿Habrá tenido algún ataque nervioso?

—No sé... Creo que no...

Continuaron los comentarios: había, efectivamente, algo anormal en el repentino fallecimiento del millonario: ¿por qué aquella oposición tenaz de Beraud a que nadie viese el cadáver?... Y luego, la necesidad urgente de unas tijeras era incomprensible...

La llegada de Conffanieri y de Pérez Camacho animó la reunión. Se ensanchó el círculo, se les

ofreció asiento y se les invitó a hablar. De bonísima gana accedieron. Sí; las ideas adelantadas allí por el señor Páez eran ciertas; pero ellos sabían mucho más; conocían la verdad, "toda la verdad", y por el conducto mejor: de labios de Susana Massim, única persona que en los primeros momentos pudo franquear el camarote.

La muerte del señor Bridsbach—empezó diciendo Pérez Camacho—era algo infalible, previsto por todos nosotros desde muy atrás. Que haya fallecido hoy, o que hubiese vivido dos, tres, cinco meses más... es lo mismo. De todos modos, sus días estaban contados; se veía llegar el desenlace; era un sentenciado a muerte para quien su alcoba era su patíbulo.

—Dicen, sin embargo—interrumpió Millanes—, que ha sucumbido víctima de un aneurisma.

Pérez Camacho y Conffanieri repitieron simultáneamente el mismo signo negativo.

—También hablaban—exclamó el italiano—de una angina de pecho o de una congestión... no haga usted caso: es ella, nadie más que ella, la italiana, quien ha matado... ¡asesinado, mejor dicho!... a Jorge Bridsbach.

Y agregó, preocupado, como aconsejándose a sí mismo:

—Esos son los peligros que llevan consigo los testamentos dictados antes del último trance; luego, la codicia de los herederos desea se acorten, si no los acortan ellos mismos criminalmente, los días del testador. ¡Ah! Yo aseguro que si ese hombre no hubiese declarado heredera universal de sus bienes a Elvira Dettri, ésta, tal vez, no le habría

demostrado tanto cariño; pero él, evidentemente, hubiese vivido mucho más.

Lo que el comandante Beraud y la viuda de Serventi vieron en el camarote, vedaba toda duda respecto del íntimo motivo que ocasionó el trágico fin del millonario. Jorge Bridsbach, el traje desordenado, el rostro sin color, los ojos convulsionados, la boca horriblemente desquijarada y torcida, aparecía derribado sobre una litera. A su lado, de hinojos en el suelo, encorvada hacia delante, estaba Elvira; la italiana, a pesar de sus esfuerzos, no había podido levantarse: el difunto, que sin duda en un supremo trance de deleite y de agonía, la asió por los cabellos, la retenía allí, junto al lecho, como para que no pudiese negar luego la vergüenza de su caricia favorita. Elvira Dettri gemía de dolor, acaso de miedo también, bajo el imperio de aquella mano espectral, flaca, lívida, cuyos dedos se crispaban como raíces entre las trenzas del pelo castaño, opulento y brillante. En vano procuró el comandante Beraud libertar a la vampiresa; el muerto no soltaba su presa; antes bien, el brazo con que la esclavizaba, propendiendo a recogerse merced a un misterioso crispamiento muscular, parecía atraerla hacia sí. Entonces fué cuando Beraud pidió unas tijeras. Susana Massim realizó la siega del pelo con notable sangre fría y diligencia; diríase que Jorge Bridsbach, ni aun en la inconsciencia de la muerte, quería separarse de la italiana, y que la defendió y retuvo hasta más allá de su último instante. Entre los dedos agarrotados, fríos ya, del cadáver, quedó un frondoso puñado de cabellos...

A esta descripción, trazada por Pérez Camacho

con frase breve y colorista, sucedió un largo silencio. La señorita Beccali, discretamente se había marchado. La Bonheur y Elena Pilou miraban al espacio distraídas, pensando tal vez que ellas mismas, en situaciones análogas, estuvieron expuestas a un peligro igual. Los hombres meditaban y una emoción desapacible helaba sus huesos. Jaime Millanes recordó lo que el señor González dijo noches antes a propósito de Bridsbach, y la escena por él presenciada entre el millonario y Elvira Dettri. La figura alta, fuerte, un tanto enigmática, de la artista italiana, iluminó su memoria: su andar felino; su piel tizianesca, de una suavidad aterciopelada; sus ojos profundos, tristes y lejanos como estrellas; su boca de labios gruesos, endurecida ligeramente por un "rictus" de lujuria cruel. Y, seguidamente, la imaginación recompuso los últimos momentos de aquel idilio lúgubre: a Jorge Bridsbach, abúlico, derrotado, defendiéndose inútilmente de la boca insaciable de la vampiresa; y ella, a su lado, más enardecida por la codicia que por la pasión, apretándose contra él, extenuándole con aquella caricia desesperada con que el amor llama a la muerte.

La infausta noticia revoloteaba por todo el puente; los viajeros estaban consternados; ya nadie pensaba en jugar; el mismo Mr. Alfredo parecía haber perdido su buen humor. Ahora lo que tiranizaba la curiosidad general era saber si el cuerpo del millonario sería o no arrojado al mar. El señor González, amable, redondo, bien peinado, bien afeitado, vestido con un terno azul, limpio, abrochado y correcto como un figurín sobre la blancura de sus za-

patos de lona, se acercó al grupo donde Pérez Camacho seguía comentando lo sucedido. Varias interrogaciones anhelantes le salieron al encuentro, ¿Qué sabía? ¿Qué se decía?... El señor González, lentamente, sin quitarse de la boca el cigarro habano que venía fumando, ratificó todo lo referido por Páez y Pérez Camacho. Agregó algunos pormenores: Elvira Dettri había explicado al doctor Nazaire, con gran serenidad, lo ocurrido. Según ella, Jorge Bridsbach, apenas llegó a su camarote, empezó a desnudarse; se sentía indispuesto: de súbito experimentó un mareo y necesitó sentarse en la litera más próxima. Su rostro había empezado a convulsionarse; sus labios se cubrieron de una espuma sanguinolenta. Elvira, asustada, se abrazó a él, preguntándole: "¿Qué tienes?..." Y entonces fué cuando Bridsbach, que ya no podía hablar, de un modo inconsciente y epiléptico la asió por los cabellos: probablemente el infeliz, sintiéndose morir, quiso despedirse de su amada con una caricia... Lo extraño era que después que las tijeras de Susana Massim liberaron a la italiana de la mano del difunto, Elvira Dettri no había vuelto a llorar; antes parecía tranquila, con la paz alegre de quien ve concluída una dilatada y laboriosa tarea. En cuanto al cadáver del millonario, fué trasladado a la enfermería, donde en aquellos momentos el doctor Nazaire estaría practicándole la autopsia.

—Yo creo—concluyó González—que lo lanzarán al mar esta noche. Es más: me parece que la italiana no ha de hacer nada para impedirlo.

Las mujeres se empavorecieron: la idea de aquel cuerpo, abandonado en la inmensidad fría y visco-

sa del piélago, las producía una extraña angustia.

—¿Y, a qué hora?—preguntó la Bonheur.

—¡Ah!... ¡Eso nadie lo sabe: de madrugada; a las tres, a las cuatro, a las cinco... Supongo que para realizar la fúnebre operación el comandante esperará a que no haya nadie sobre cubierta.

El grupo se disolvía. González, Conffanieri y Pérez Camacho, se marcharon; Enrique Hernán buscó a la señorita Beccali, con quien había iniciado un coqueteo sentimental; Páez llevóse a Elena Pilou.

Aprovechando un momento, Virginia se aproximó a Millanes.

—Necesito hablar contigo...

El la miró con tristeza compasiva.

—¡Pobrecilla! ¡Ya sé tu desgracia!

La Bonheur, sorprendida, se ruborizó.

—¿Cómo? ¿Quién te lo ha contado?

—¿Qué te importa?... ¡Cualquiera!... Uno... Me lo refirieron anoche...

Virginia se llevó un pañuelo a los ojos.

—¡Tú no sabes, amor mío!—murmuró—. ¡Ah! Esa mujer es muy mala: una criminal; tiene más fuerza que yo y me domina. No me permite querer a nadie, ¡sería capaz de matarme!... Y como sabe que soy tuya por capricho, por gusto y no por interés... En cambio, si fueses un viejo asqueroso que diese dinero, estaría contenta y no me molestaría. Porque te advierto que yo no tengo libertad para nada. Elena es quien arregla mis contratos y la que me viste: soy su esclava; todos los miles de francos que he ganado últimamente, ella se los llevó... Pero esto concluye..., ¡lo juro!..., concluye en cuanto lleguemos a Buenos Aires... Tú me favorecerás,

¿verdad?... Tú serás bueno y me ayudarás a salir de entre las garras de esa mala tía...

Atropelladamente explicó aquel enredo que, según juró sobre sus manos cruzadas, constituía la única vergüenza de su historia. A la Pilou la conoció en un baile del "Moulin Rouge". Simpatizaron y aquel afecto mudóse rápidamente en estrecha amistad. Una noche, hallándose de sobremesa las dos solas, Elena se levantó para marcharse y, al despedirse de Virginia, la mordió en los labios; ésta hizo un ademán de dolor, que la pequeña Pilou castigó con una bofetada. La Bonheur, aturdida, rompió a llorar.

—Desde aquel instante maldito—agregó la francesa—Elena se apoderó de mí; yo la temo. Juega, bebe hasta emborracharse, sabe boxear, es cruel y viciosa como un hombre. Las azotainas más grandes que he recibido, ella me las ha dado.

Las confesiones de Virginia Bonheur comenzaban a picar la sensualidad de Millanes. Ella lo comprendió.

—Sígueme—dijo—; ahora Elena debe de estar muy entretenida con su amigo, y no puede vernos. Iremos a nuestro camarote. ¿Quieres?... Ven: te enseñaré las heridas que esa bestia me ha hecho con un calzador...

Jaime Millanes se levantó; los ojos le brillaban.

—Vamos.

Febril, caminó tras ella. No obstante, su alma movediza, su alma voluble, eternamente y a la vez enamorada y aburrida de todo, iba pensando en Susana Massim...

A media noche, al separarse de la Bonheur se

retiró a su camarote. Estaba quebrantado por una gran laxitud física, que él achacaba al calor; sin embargo, no tenía sueño. Trató de distraerse leyendo a La Rochefoucauld, olvidado desde hacía tiempo sobre una maleta; pero las "Máximas" del duque famoso no consiguieron interesarle. Cerró el libro. Ocupaban su espíritu las intensas emociones de aquel día: la muerte fulminante de Bridsbach, el asesinato lento, silencioso, sin comprobación ni castigo posibles, realizado en la persona del millonario por Elvira Dettri: y, sobre todo, el desenlace maupasanesco de aquel drama íntimo, drama siniestramente amoroso, en que los labios sin piedad de la vampiresa se clavaron, mortíferos como puñales, en la víctima. ¿Cuál fué el último pensamiento de Jorge Bridsbach? Cuando su mano, que segundos después había de crispar la muerte, se posó sobre la cabeza de la mujer, ¿qué intención la guiaba? ¿Fué un gesto de agresión, fué de halago?... Probablemente ambas intenciones, con la celeridad del rayo, pasaron por ella, y la caricia terminó en zarpazo...

De todo esto hubiera podido informarle circunstanciadamente Susana Massim, que llegó a tiempo de presenciar aquel quimérico combate entre el amante ya muerto y la amada viva. Millanes se estremeció; su alboroto nervioso era tal que le había parecido oir el ruidito sibilante con que las tijeras de Susana, maniobrando hábilmente entre los dedos de Bridsbach, troncharon los cabellos de la cautiva. Jaime pensó que debía haber buscado a la viuda de Serventi para interrogarla... ¿Por qué no lo hizo? La culpa era de Virginia Bonheur; ¡maldita fran-

cesa!... Quiso levantarse, pero se detuvo. ¿Adónde ir?...

Lentamente la hiperestesia de sus sentidos se apaciguaba; los ruidos interiores del buque, que la primera noche de navegación tanto le preocuparon, ahora le tranquilizaban y servían de sedante. A cada vaivén respondía un crujido extraño y profundo: estos gemebundeos se multiplicaban y repetían; Millanes llegó a clasificar los que sonaban más cerca de él: cuando el transatlántico, que avanzaba con mar de proa, se inclinaba sobre la banda de babor, se quejaban el lavabo y una viga de hierro del pasillo; si, por el contrario, el barco caía sobre su lado de estribor, eran el piso y el batiente de la puerta del camarote los que gemían. Y, entretanto, muy lejos, muy hondo, el jadeo fragoroso de las máquinas, y el trueno producido por el barreno sin fin de la hélice.

En estas imaginaciones andaba entretenido cuando Enrique Hernán apareció. El músico, que le había reconocido por los pasos, le recibió con una pregunta irónica:

—¿Cuándo se fuga usted con la señorita de la nariz colorada?...

El antiguo marino sonrió, y sentándose al borde de su litera comenzó a retorcerse el bigote.

—¡Malo!—observó Jaime—. Cuando un hombre se toca mucho el bigote, algo le preocupa. Vamos; ábrame usted su corazón; o, cuando menos, entreábralo: ¿qué tiene usted que decirme?...

—Hombre... ¡muchas cosas!...

—¿Cómo marchan esos amores?

—Como sobre patines.

—¡Muy bien!... Pero, dígame, amigo Hernán, por su vida: ¿Es posible que le guste a usted la señorita Beccali?

El interpelado, en el acto, devolvió la pregunta:

—¿Y a usted, amigo Millanes?

—A mí, no.

Enrique Hernán se echó a reir.

—¡Hola! Pues eso me sucede a mí. Empecé a coquetear con ella por aburrimiento; la dije que era viudo, que estaba muy triste y muy solo, que necesitaba un amor, una compañera... y parece que la pobrecilla, acaso por aburrimiento también, va tomándome en serio. El lance se complica, porque, en estas aventurillas, renunciar a las posiciones conquistadas implica descortesía. Hay, pues, que seguir avanzando. A ratos, especialmente de noche, con la poca luz, me animan los mejores bríos: "Una mujer—me digo—por colorada que tenga la nariz... ¡siempre es una mujer!..." Y esta perogrullada serena mis escrúpulos. Pero la triste realidad se impone a la mañana siguiente, bajo la gran luz sin mentiras del sol. ¡Pobre señorita Beccali!... Es buena, es amable... algo flaca, sí... pero elegante. ¡Bah! Con un poco de indulgencia su falta de carne sería lo de menos. ¡Pero esa nariz!... Y luego, como tiene el semblante tan pajizo y tan largo, se nota más. Le digo a usted, amigo Millanes, que se me cae el alma a los pies...

Así bromeando, se acostó, y ambos continuaron charlando mientras llegaba el sueño. Empezaron a fumar.

—La he pedido una cita—prosiguió Hernán—porque supe que desde Dakar iba sola en su ca-

marote; y ella, en lugar de enviarme noramala, dijo que mi deseo era muy atrevido, pero "que lo pensaría"... Como acceda voy a quedar en ridículo.

La conversación recayó después en la muerte de Bridsbach. El rostro cobrizo del antiguo marino recobró su gravedad; aquella infamia, que necesariamente quedaría impune, le indignaba: Elvira Dettri, asesinando al millonario con sus besos, le producía el efecto de un reptil; era solapada, era fría...

Bruscamente Enrique Hernán se incorporó; su larga experiencia de hombre de mar acababa de decirle que el buque acortaba su velocidad.

—¿Qué hora será?...

Buscó su reloj precipitadamente; eran las tres y media.

—Esto es—dijo—que van a tirar el cadáver de Bridsbach al agua. ¿Vamos a verlo?...

Los dos hombres saltaron al suelo y, descalzos, sin otro abrigo que el pantalón y la americana, salieron al corredor. Hernán iba delante. Silenciosos como sombras rampantes, atravesaron el comedor en tinieblas, y llegaron al puente. No había nadie. El viento, que soplaba con gran fuerza, les azotaba el rostro y parecía tirarles de los cabellos. Con el estrépito gárrulo del aire y de las olas, Millanes no oía nada; pero Hernán, que se había asomado astutamente por la mura de estribor, le hizo señas de acercarse.

—Ahí, de ese lado—murmuró—hay gente; sígame usted...

Era necesario ir con mucha precaución para que el comandante Beraud, que indudablemente andaba

cerca, no les viese y, con un buen regaño, les obligara a restituirse a su camarote. Por una escalerilla de hierro, sigilosamente, bajaron a cubierta, deslizándose luego en la obscuridad del combés a lo largo de la caliente pared de las cocinas. Acurrucados en el suelo, sin hablar, como dos emigrantes dormidos, pudieron satisfacer su capricho de asistir al lanzamiento del cadáver al mar. Presenciaban la operación, que se verificaba velozmente y en silencio, el comandante, el doctor Nazaire y el comisario, y algunos viajeros de tercera, muy pocos, a quienes inquietó la insólita presencia de las más altas autoridades de a bordo. Pasajeros de primera clase no había ninguno: todos, incluso quizás la misma Elvira Dettri, dormían, ignorantes de lo que iba a ocurrir. El *Paraná* navegaba a menos de media máquina, con lo cual el clamoreo del oleaje disminuía y el silencio era mayor. Dos marineros trajeron en unas parihuelas, y envuelto apretadamente en una sábana bien cosida, el cuerpo de Bridsbach. Era una mancha blanca, rígida, vagamente antropomórfica, que recordaba el perfil de las momias. Un grueso lingote de plomo iba sujeto a la parte correspondiente a los pies. En los buques franceses, la maniobra de lanzar un muerto al agua concluye pronto; ni cura, ni rezos; nada. Los dos marineros, favorecidos por el comisario y el doctor Nazaire, pusieron el cadáver sobre una tabla de tres metros, aproximadamente, de longitud, que después izaron sobre la borda y empujaron un poco hacia afuera, hasta dejarla colocada horizontalmente y en equilibrio. Toda esta faena se devanaba sin ruido y casi a obscuras. El cadáver, los

brazos rígidos a lo largo del cuerpo, se hallaba en posición supina y con los pies hacia el mar. En una de sus manos, como único equipaje para su viaje a la otra vida, llevaría los cabellos de la mujer que le mató... Los marineros, el doctor Nazaire y el comisario, empezaban a empujar la tabla fuera del barco, con objeto de que la elipse descrita por el muerto al caer fuese lo bastante grande para que la hélice no lo alcanzara y destrozase. Los cuatro hombres, empleando todas sus fuerzas, resistían el peso del cadáver, suspendido ya sobre el abismo, bajo la blancura de su sudario. Abajo, las olas revueltas y negras oscilaban bramantes, como conscientes de la presa que iban a recibir. De pronto, el comandante Beraud lanzó un grito breve y gutural, rechinaron las cadenas del timón, y al mismo tiempo que el buque ciaba hacia estribor, el cadáver del millonario, fiel a la atracción del trozo de plomo atado a sus pies, deslizóse raudo por el plano inclinado de la tabla y desapareció en el mar.

Inmediatamente y sin otro aviso, el *Paraná*, fuerte, con algo de ese poder insensible que caracteriza al Destino, recobró su rumbo y su marcha.

A la mañana siguiente circuló la noticia de que Jorge Bridsbach había sido lanzado al agua. De ello daban fe Millanes y Enrique Hernán, que le vieron caer. La impresión primera era de estupor; luego, de tristeza. ¡Pobre señor! Y los ojos se volvían inconscientemente hacia popa, como buscando en el horizonte algún vestigio de aquella nueva tumba.

El día transcurrió sin incidentes; los viajeros distraían el tiempo entregándose a sus ocupaciones

habituales; unos dormían, otros leían novelas. La impaciencia de concluir pronto el viaje, que a todos devoraba en los primeros momentos, había pasado. Eran muy pocos los que se aburrían. Familiarizada con la existencia saludable y tranquila de a bordo, la mayoría estaba contenta. Jaime Millanes, especialmente, no recordaba haber sido nunca tan feliz: así, la visión de Buenos Aires, que iba aproximándose, le intimidaba; porque la tierra para él simbolizaba la inquietud, la pelea sin descanso por el pan, la esperanza mayor de su vida que, al tropezar con la realidad, acaso se resolviera en desilusión. ¡Lástima que el *Paraná* fuese tan de prisa!... Pero así era, y la carta geográfica donde el comandante explicaba al pasaje, por medio de banderitas de colores, el camino recorrido, indicaba que las costas del Brasil inmenso estaban cercanas.

A la puesta del sol, momentos antes de comer, Enrique Hernán buscó a Millanes. Le halló cómodamente sentado y leyendo *Poil de carotte*, la novela deliciosa y amarga de Julio Renard. El atezado rostro del exmarino expresaba la satisfacción del hombre que ha esquivado un peligro.

—Vengo—murmuró con gravedad cómica—de su camarote; y al decir "su camarote", claro es que me refiero al de la señorita Beccali. ¡Qué trago, amigo mío!... Llego y encuentro la puerta entornada; llamo suavemente y la voz dulce, como un balido, de mi amada, responde: "Adelante"... Entro, cierro... y apenas puedo saludarla, porque ella se precipita en mis brazos, suspirando: "¿Por qué ha venido usted? ¡Ah, soy una pobre mujer que no sabe defenderse!..." El sol la daba de lleno en el rostro... ¡No

quiera usted averiguar más! Yo, aturrullado, la estreché contra mí; creo que hasta la besé paternalmente en los cabellos. ¡Paternalmente, lo juro!... Y mi osadía se detuvo ahí. En seguida procuré tranquilizarla, asegurándola que si me atreví a visitarla no fué con el grosero propósito de atropellar su doncellez. Ella entonces pareció serenarse... ¡Y si viera usted con qué desilusión me miraba al convencerse de que yo sólo era un amigo!...

A Jaime Millanes la aventura le supo a poco: pidió más detalles, reclamó un desenlace.

—Le juro a usted—repuso Hernán—que eso fué todo, y pocos galanes se hubiesen arriesgado a más. ¡Vamos! ¡Usted no sabe la templanza que inspira la nariz de esa mujer!

Por la noche, minutos antes de la hora del té, Millanes pudo hablar con Susana Massim. La viuda acababa de levantarse; todo el día estuvo enferma; la muerte brutal de Jorge Bridsbach había desordenado sus nervios. Cuando evocaba la escena, un calofrío recorría su espalda; sus pupilas se dilataban de terror.

—¡Qué cuadro!—murmuró—; el comandante debió prevenirme, disponer mi ánimo de algún modo... Yo no me asusto fácilmente, y, sin embargo, jamás podré olvidar la boca blanca de aquel hombre, torcida como para dar un grito espantoso; ni la expresión asesina de su mano exangüe, como de cera, crispada desesperadamente sobre la cabeza de la mujer arrodillada. Imposible imaginar nada más macabro: diríase que el muerto quería llevarse consigo a la viva, tirándola de los cabellos...

Habló evitando pulcramente rozar ciertos deta-

lles. Aquella historia de voluptuosidad y de crimen ponía un halo novelesco a su figura rubia, vestida de negro, y daba prestigio a su cuello y a sus hombros blancos, con blancura de estatua, en el claror de la noche estrellada. Era lapidaria, era fría, rígida; sus labios de Gioconda, hechos estaban de silencio y de burla; sus mismos ojos tranquilos, tan bellos, eran devoradores cual un enigma azul.

Concluyó refiriéndose a cómo Elvira Dettri no intentó nada para impedir que los restos de Jorge Bridsbach fuesen al mar.

—Es que no le amaba; lo comprendí anoche al ver el dolor que la produjo la mutilación de sus cabellos.

Millanes la interrumpió:

—¿Y usted, quiso a Serventi?...

El recuerdo del difunto que iba en la bodega resurgía obsesionador en su espíritu. Repitió su pregunta:

—¿Quiso usted a Serventi?

Tardó Susana en contestar.

—No—dijo—y no me acuso de ello, porque el cariño es brujo y entra y sale sin que sepamos fijamente cómo vino ni cuándo y por qué puerta se marchó; pero, en cambio, he sabido reverenciar ante el mundo al hombre que me amó, dándole sepultura donde él dispuso. En casos como el mío, el desamor es perdonable siempre que tengamos la selección de llevarlo oculto.

Guió la conversación hacia otro lado. ¿Y la francesa?... Ya conocía su nombre; Conffanieri se lo había dicho; un nombre, por cierto, muy expresivo... Pero ¿eran verídicas las abominaciones que el

italiano refería de la Bonheur y de Elena Pilou?... La viuda de Serventi daba muestras de asombro. Bromeó un rato, complaciéndose en los empachos y tribulaciones por que, con sus glosas, iba pasando el espíritu candoroso de su interlocutor. Una vez más comprobaba su inmensa influencia sobre él. Volvió a examinarle: era joven, bello, un poco femenino... un poco; lo indispensable para ser exquisito. Además era artista... acaso un artista de positiva inspiración si sus grandes ojos negros no mentían... Y la viuda de Serventi, a quien sus treinta años acercaban a esa edad en que las mujeres se creen autorizadas a tener "caprichos", suspiró largamente. ¡Lástima de hombre!

Tras un breve silencio:

—Usted ha olvidado mis consejos—dijo—; lo siento por usted... y ¿por qué no confesarlo?... acaso lo sienta también por mí, que puse en usted, apenas nos tratamos, una buena amistad. Sí, Jaime: usted es un chiquillo... uno de esos espíritus raros a quienes el tiempo tiene la crueldad de envejecer sin enseñarles nada... Posee usted un carácter frívolo... diré mejor, incompleto, privado de la noción de las distancias. Y fíjese usted en que las relaciones sociales son cuestión de "distancias". Hay personas a quienes, si las cruzamos en la calle, debemos ir a saludar; y otras, por el contrario, que deben salirnos al encuentro para obtener de nosotros el honor de un apretón de manos. Usted no sabe nada de esto; usted se dejaría tutear y sentaría a su mesa a quien no mereciese ni la distinción de lustrarle las botas.

Jaime Millanes, con el semblante compungido del

muchacho sorprendido en una travesura, respondía a estas razonadas palabras con movimientos dóciles de cabeza. Susana continuó:

—Esa francesa puede arruinarle a usted. No incurra usted en la vulgaridad de decirme: «Ella no me pide dinero, y aunque me lo pidiese yo no podría dárselo.» ¿Acaso únicamente las cosas que se compran, venden y regatean sobre un mostrador, valen dinero? ¿Es que el tiempo que dedica usted a una mujerzuela, las fuerzas que su amor vicioso le roba y las malas vinculaciones sociales que por culpa suya puede usted adquirir, no importan millones?... Piense en ello y vea que las mujeres cuyos favores se pagan con billetes de Banco, suelen costar menos que esas aventureras, mitad prostitutas, mitad artistas, a quienes los hombres divierten con savias del corazón y galanías de pensamiento. Lo que la señorita Bonheur espera de usted, lo sé yo: que le escriba usted cancioncitas de café-concierto, que sea usted su amante «oficial», el amante discreto que viva con ella y acaso «de ella»... ¿por qué no? Todo esto y más puede hacerse a los veinte años; son lances de juventud, páginas pintorescas que suelen no faltar en la historia de ningún artista... pero que, a la edad de usted, desentonan y son ridículas, cuando no degradantes. Si en su primera mocedad corrió usted aventurillas de esa índole, yo le felicito, porque bueno es conocerlo todo; mas si no las tuvo, renuncie a ellas, como habrá renunciado a la caja de soldaditos de plomo que su padre no quiso comprarle. ¡Ya no es tiempo! Las acciones, como las frutas, tienen su sazón; quien come frutas verdes se expone a un cólico... quien

pretende vivir una vida impropia de su edad, se expone al ridículo y en seguida al descrédito.

Hablaba con una gravedad persuasiva y maternal, que daba una expresión buena a la línea burlesca de sus labios.

—En Buenos Aires, ya se lo expliqué en otra ocasión, hay una calle que embebe y reduce la vida de la gran ciudad de suerte que la convierte en un villorrio. ¿Piensa usted pasar inadvertido?... No. Usted querrá brillar, subir, ganarse un nombre... medios tiene para ello; y si lo consigue usted, todo, absolutamente todo cuanto haga, malo o bueno, se sabrá en la calle Florida. Ahora, imparcialmente, dígame lo que pensarían allí de la moralidad... ¡y hasta de la intelectualidad! de un artista que llega a Buenos Aires como "caballero" de una mujer dispuesta a serlo de todo el mundo. ¡No, Jaime, no; eso, nunca! El peligro que ahora le amaga, puede usted rechazarlo fácilmente. Aun hay tiempo. Madure mis consejos, se lo ruego; atiéndame; mis palabras son palabras de hermana...

Sorprendida de que el joven no contestase, la viuda de Serventi le miró a los ojos, y vió con alegría y sorpresa que los tenía arrasados en lágrimás. Las entrañas de Susana vibraron, desgarrándose en una emoción honda, dulce, vivísima, que nunca sintiera. Tuvo piedad de él, una piedad inmensa y casta; hubiera sido su madre y se lo habría comido a besos.

—¡Chiquillo!—murmuró acariciándole una mano—; ¡chiquillo!... ¿Pero está usted llorando?

¡Sí, lloraba, no podía negarlo! Lloraba acongojado por una pena cruel, sin nombre, sin consuelo,

que le daba la sensación de que el corazón se le había subido a la garganta.

—Usted ya sabe—balbuceaba—que no conocí a mi padre, que de mi madre apenas recuerdo, y que mis primeros años los viví bajo la férula de tres viejas desabridas, tristes y rezadoras, que vestían siempre de negro y comían muy poco... Yo no he tenido esa niñez turbulenta que sube a la trasera de los coches y sale al campo a coger flores y ríe a carcajadas; tampoco he disfrutado de verdadera juventud, pues en mi mocedad no hay más locura que la de un amor estúpido que, al desvanecerse, me causó mucho daño. ¡Soy un infeliz, un vencido!... Ahora se lo digo a usted, Susana; ahora que nadie nos oye. No tengo voluntad... ni siquiera apetitos: he perdido los grandes resortes que impulsan al hombre. Debía estar muriéndome de sed y no experimento sed; debiera hallarme desfallecido de hambre y no padezco hambre; no tengo nada, no he tenido nunca nada... y parece que lo poseo todo y que me sobra todo; me emborracho a menudo y no me agrada el vino, y sospecho que no me gusta ninguna mujer cuando me muero por todas. No he satisfecho ninguna de las ilusiones que me acariciaron y llevaron al combate, y estoy tranquilo, sin embargo, como si las hubiese realizado una a una; no creo en nada, y, no obstante, soy ingenuo y afectuoso como si creyese en todo; no he sufrido graves contrariedades y ando fatigado y deshecho, cual si llevase sobre mis hombros un mundo; no conozco paseo que no me seduzca, ni aventura que no me interese... y no hay, al mismo tiempo, hombre más casero que yo. De aquí la desavenencia

profunda entre mis estados de espíritu y mis palabras y expresiones: pienso de un modo y suelo conducirme de otro; dentro de mí ocurren equivocaciones increíbles: hay momentos en que, por romper a llorar, me he echado a reir. ¡Ay, Susana! Usted ignora el tormento de no saber diferenciar una lágrima de una risa...

Sin rubor, con la suprema deshonestidad de la candidez, desnudó su alma: era joven aún, pero se sentía viejo, postrado, sin alientos de ilusión para recomponer su vida. Todo le parecía bien, todo le parecía mal. Si en Buenos Aires vencía, ¿tendría fuerzas para conservar lo ganado? Y, si fracasaba, ¿qué?... ¿Era posible que su porvenir fuese peor que su pasado?...

Susana le reprendió severamente. Ella, que vió pelear a Leopoldo Serventi, sabía de cuánto un hombre brioso es capaz. ¿Por qué declararse vencido antes de librar la batalla? ¿Qué hizo de su orgullosa dignidad de varón? ¿No sentía la vergüenza de su inferioridad?... Susana odiaba a los pesimistas, a los pusilánimes que en el combate de la vida, sin disparar, arrojan su fusil.

—Yo no exijo verle a usted vencedor—agregó—pero tampoco le quiero rendido sin lucha. Fortifique usted su voluntad, compóngaselas de manera que la fe en sí mismo llene de luz placentera su alma. Y no olvide este consejo: se puede sufrir un Waterloo, pero a condición de haber tenido un Austerlitz...

Siguieron hablando, pero esta vez más quedamente, más juntos, mientras, olvidados de que alguien pudiera verles, se apretaban las manos.

—Yo sería todo eso que usted quiere—murmuraba él—pero era preciso que usted me ayudase...

—¿Cómo, niño?...

—Amándome, estando a mi lado siempre... no desamparándome en esas horas de tinieblas en que he sentido desplomarse el techo de mi habitación sobre mi frente...

—¡Amarle!—repitió la viuda como en un soliloquio—; ¿y cuando se cansase usted de mí?...

—¡No! — interrumpió él—, ¡eso, nunca! Juntos siempre... ¡siempre!... Usted, al principio, me alentaría, me ayudaría a subir; yo sé que la vergüenza de quedar derrotado a sus ojos, me haría invencible... Y luego, cuando ya estuviese arriba, para usted mis honores, mi riqueza; para usted mi pequeña gloria... ¡Oh, Susana!... ¡Quién pudiera, a cambio del tesoro divino de su amor, darle a usted, como Mirabeau a Sofía, la inmortalidad!...

Olvidando su timidez se estrechaba contra la joven amorosamente, besándola las manos. Ella, rendida unos momentos a la simpatía vivísima de Jaime, se rehizo.

—Sepárese...

—¿Me quiere usted?

—Sí, le quiero mucho... pero como amiga; como hermana...

—¿Y... como mujer?

—No lo sé; todavía no... Aun es temprano. De todos modos guardaré de esta noche una impresión excelente; debo a usted unos minutos exquisitos, y para recordarlos desearía un regalo.

—¿Cuál?

—Un retrato de usted, con la fecha de hoy...

—Ahora mismo...

Corriendo bajó a su camarote, y en su baúl, a escape, buscó una fotografía, sobre la que escribió febril unos renglones. Inmediatamente volvió al puente, donde la viuda de Serventi le esperaba, mirando al mar.

La dedicatoria del retrato, trazada con una letra grande, de rasgos enérgicos, que parecían responder a la vehemencia de una honda pasión, decía:

—"A Susana Massim: Sol de la tarde..."

Otro día pasó. Finalizaba Agosto.

Una madrugada Millanes y Enrique Hernán fueron despertados por el gritar penetrante de la sirena. Encendieron la luz. La voz del buque, que caminaba a media marcha, sonaba de minuto en minuto; y era un gritar imperativo y angustioso, de una expresión caliente, intensamente humana, que no tiene el silbido de las locomotoras.

—¿Qué sucederá?—exclamó Millanes.

Hernán, que en su larga historia de hombre de mar había naufragado dos veces, miró instintivamente a los cinturones salvavidas colgados en la pared.

—No sé—repuso.

Como contestación a su incertidumbre, el alarido desgarrante de la sirena tornó a vibrar. La víspera por la noche habían visto a estribor el gran faro giratorio de Cabo Frío, y, una hora más tarde, muy lejos, en el horizonte, el resplandor gigante de Río Janeiro. ¿Dónde se hallaban, pues?...

—¿Estaremos llegando a Santos? — preguntó Jaime.

Enrique Hernán negó categóricamente.

—Imposible; según mis cálculos, a Santos no arribaremos antes de mediodía. ¡Es raro esto!... Vamos arriba; en casos así los camarotes son peligrosos.

—Espéreme usted un momento—replicó Millanes—antes voy a bañarme.

Embozado en una sábana, salió al corredor; poco después regresaba diciendo que en la ducha no había agua.

—Perfectamente—dijo Hernán—; como que el buque apenas se mueve... ¡Vámonos!... Yo no espero más.

Vistiéronse ligeramente y subieron al puente, donde vieron a Mr. Alfredo metido en un largo gabán de color gris: el inglés, que por todo traje interior llevaba un corto calzoncillo, se había endosado, en previsión de lo malo que pudiera suceder, su cinturón salvavidas.

Mr. Alfredo estaba contento.

—Con esto—dijo—ya puede hundirse el barco; me tiene sin cuidado; nado como un pez... Yo he sido uno de los muchos locos que han querido pasar a nado el Canal de la Mancha...

No amanecía aún. La niebla, terror de los marinos, una niebla espesísima que gravitaba sobre el océano y parecía inmovilizarlo, rodeaba al transatlántico. El horizonte era negro, pequeñísimo, tanto que apenas abarcaba un radio de cinco a seis metros. No había oleaje; el *Paraná*, por momentos, acortaba su marcha; a ratos parecía no andar: la sirena, entretanto, gritaba incansable, procurando inútilmente lanzar a través de la niebla densa su

voz de socorro; en el silencio el trueno de la hélice se extinguía, sonando cada vez más profundo, más lejano, como el latir de un corazón que va enfriándose...

La marinería, tranquila al parecer, había comenzado el baldeo; pero el comandante Beraud, el piloto, el contramaestre, todas las autoridades de a bordo, estaban sobre toldilla; sus siluetas se esbozaban borrosamente en la niebla, que las luces del barco teñían de un blanco sucio. Un ambiente de catástrofe rodeaba al transatlántico; en los semblantes, descoloridos por el frío del amanecer, los ojos brillaban de un modo desusado; se temía un choque...

En pocos minutos la probabilidad de un peligro reunió a los viajeros sobre el puente: la señorita Beccali, con su nariz roja, más roja que otras veces; la Pilou y la Bonheur, con los semblantes fatigados y los desrizados cabellos recogidos de cualquier modo; la señora Voisin, llevando dormido entre los brazos al menor de sus hijos; los tres Slottmann, provistos de sus cinturones salvavidas; Duval, González, Conffanieri, Páez, Susana Massim... Todos despeinados, sin lavarse, los párpados cargados aún de sueño: entre los pliegues de las batas abrochadas a la ligera, como bajo los gabanes endosados de prisa, se adivinaban los cuerpos desnudos; la mayoría llevaba sus zapatillas en chanclas; algunas mujeres iban sin medias y descubrían al andar sus talones rosados.

El mismo gesto de curiosidad y de zozobra inmovilizaba todos los semblantes. Hombres y mujeres iban de un lado a otro, y se empinaban

para avizorar por encima de la borda el agua y apreciar la marcha del buque. ¿Qué sucedía? ¿Qué iba a suceder?... La sirena gritaba siempre.

Millanes y la viuda de Serventi, que ya se habían saludado desde lejos, procuraron reunirse. Como nadie, en aquel momento, les observase, se dieron las manos.

—¿Tiene usted miedo?—interrogó el músico.

—No; miedo, no; esto no es miedo; más bien emoción, curiosidad...

—¿Ha pensado usted en mí?

—Sí.

—¿Mucho?

—Demasiado.

El se estremeció.

—¡Ah! Es usted muy buena.

—Buena... o débil..., lo cierto es que no he dormido, y que durante las cinco o seis horas que hemos estado separados, dentro de mi alma su recuerdo ha caminado mucho...

El sempiterno clamoreo de la sirena les interrumpía y obligaba a levantar la voz. Resolvieron aplazar su conversación para más tarde. El misterio, acaso mortal, de aquel camino sin horizontes, sin distancias, volvía a preocuparles. El *Paraná*, casi inmóvil, circundado por la niebla que aplastaba las olas y se mezclaba a ellas, parecía hundido en un caos de silencio y de sombras: cielo y mar fundíanse en la misma inmensidad obscura, a trozos vagamente alechigada.

De súbito, por el lado de babor, varias voces gritaron:

—¡Un buque!...

Susana y Millanes acudieron a ver. Efectivamente, un barco, otro trasatlántico que un raro espejismo agigantaba, pasaba muy cerca del *Paraná* y en sentido inverso. No obstante hallarse próximo, la voz de su sirena, ahogada por la niebla, vibraba lejana; su visión sólo duró minutos; rápidamente los círculos luminosos de sus camarotes fueron apagándose, convirtiéndose en manchas lechosas antes de borrarse totalmente en el fondo negro. La silueta de sus chimeneas y de su arboladura también se esfumó en seguida. Desapareció, y con él la catástrofe...

Pero aquel peligro podía repetirse, quizás se aproximase ya y estuviera muy cerca. El *Paraná*, que los gritos de la sirena estremecían, parecía presentirlo. Eran las seis. Muchos viajeros tiritaban de frío; ninguno, sin embargo, osaba volver a su camarote.

Sobre cubierta reinaba gran agitación. Incesantemente las cámaras profundas de tercera vomitaban emigrantes; figuras haraposas, soñolientas, que aturdidas aún por el miedo de un brusco despertar, salían a informarse de lo que ocurría. Ante la niebla impenetrable que mojaba al buque como un aguacero, los ojos de aquella multitud, a la que el asombro impedía hablar, se ensanchaban estúpidos.

Deseosos de ver algo nuevo, Jaime y la viuda bajaron a cubierta, y caminando difícilmente sobre el suelo resbaladizo subieron al castillete de proa. En la parte más delantera, allí donde las bandas se reúnen para formar la línea vertical de la roda, un marinero estaba de guardia, acechando la llegada posible y temida de un buque. Susana y Jaime mi-

raron también. Entonces comprendieron mejor el peligro que les amagaba.

No había horizonte; el mar concluía a pocos metros delante de la proa; de consiguiente, si un barco les embestía por aquella parte, desde su aparición en la niebla hasta el momento del choque, apenas transcurriría medio minuto; tiempo insuficiente para que el timonel del *Paraná* rehuyese el encuentro. Inclinados sobre la borda, Jaime y Susana veían flotar en las quietas aguas una botella. El marinero que estaba de vigía advirtió este detalle.

—Un barco—dijo—debe de haber pasado por aquí hace poco...

La joven tembló: aquel sentimiento de que la muerte rondaba por el mar y cerca de ella, la causó esa emoción prolongada, voluptuosa y terrible a la vez, que enloquece a los automovilistas.

Esta situación se prolongó tres o cuatro horas. Después, muy pausadamente, fueron la atmósfera aclarándose y ensanchándose el horizonte; un resplandor crudo de acuarium invadía el espacio; las olas recobraban su vivacidad; volvíale al océano su color azul; vencida por el sol la niebla se retiraba sutilizándose en gasas impalpables.

A primera hora de la tarde, bajo un cielo riente, el *Paraná* franqueaba la bahía magnífica de Santos. Aquella tierra lujuriante, cubierta de vegetación frondosa, que aparecía tras tantos días de navegación, infundió a los viajeros regocijo vivísimo. Era una impresión que servía de descanso a los ojos fatigados de mirar la línea, eternamente igual, del horizonte. La muchedumbre se apiñaba a popa y a proa, sobre el puente, a lo largo de las

bandas, en las escalerillas del castillete y de la toldilla, buscando siempre los puntos más altos para ver mejor.

Ni un soplo de brisa; el calor pesaba; por todas partes quietud y silencio. El agua, sin el más leve oleaje, tersa, tranquila, compacta, de color gris, una gran lámina de acero parecía que, a intervalos, las piraguas que iban de una parte a otra, rayaban lentamente. El paisaje se desleía en la inmensidad de un azul pálido, como compuesto de neblina y de añil. Vestían las orillas bosques espléndidos, cuyo arrebatado color verde, muy superior al de los campos europeos, recordaba la ardiente vegetación de Dakar. A trechos, perdidas en la alegría esmeralda de la costa, surgían casitas de planta baja, con paredes pulcramente enjalbegadas y techumbre puntiaguda de tejas, que parodiaban la arquitectura suiza. Cercaban la lejanía tres series de montañas manchadas por tres azules diferentes, más débiles cuanto más distantes, en las que la voz plañidera de los grandes transatlánticos resonaba con tres ecos distintos.

El *Paraná* había anclado en medio del puerto mientras llegaba la visita de "la Sanidad", cuyo vaporcillo se separaba en aquel momento del muelle; y por dos veces la sirena lanzó en el silencio su grito de salutación envuelto en convulsos remolinos de humo blanco. La ciudad de Santos aparecía a corta distancia, blanca, alegre, pintoresca, bajo la algarabía policroma de sus tejados de diversos colores y perfiles. Paz absoluta. Arreciaba el calor y de aquel brazo de mar estancado y como prisionero allí por la disposición de las costas, ascendía un olor nau-

seabundo: era el aliento pestífero de la bahía; respiración hedionda, ponzoñosa, alimentada por la descomposición de todos los animales muertos y basuras que se pudrían en su fondo. Nada de viento. De las aguas quietas ascendía una calina lechosa, asfixiante, que tamizaba los rayos solares y robaba al espacio su azul transparencia. Algunas gaviotas cazadoras subían, bajaban, arañando con las puntas de sus alas el dormido cristal.

Tras una larguísima espera, el *Paraná* pudo atracar al muelle. Inmediatamente los viajeros de primera y segunda clase desembarcaron; los de tercera quedaron a bordo hasta la mañana siguiente, en que los trenes que habían de distribuirles por el interior del continente vendrían a buscarles.

Ya la mayor parte de los pasajeros se habían marchado: Ernesto Slottmann y Mr. Alfredo se fueron juntos; la señorita Beccali, Enrique Hernán y Pérez Camacho, formaron otro grupo; el actor Duval esperaba a Teresita Lottaro, que desembarcaba en Santos, donde pasaría aquella noche para al día siguiente temprano trasladarse a Río Janeiro. La joven italiana, cargada con una sombrerera y un porta-mantas, iba despidiéndose afectuosa de Evangelina y de Mauricia Slottmann, de Elena Pilou y de Virginia Bonheur, de la señora Voisin, de los camareros... Al señor González le buscó inútilmente...

—Adiós, señoras; las deseo buen viaje...

—Adiós, señorita; muchas prosperidades... que sea usted muy feliz...

—Muchas gracias; ¡salud!...

Iba sonriente, dando la mano a todos, dejando

tras sí, a pesar de su alegría de pájaro, un halo de tristeza...

Entretanto Jaime Millanes, metido en su camarote, acababa de vestirse precipitadamente. Esperábale Susana Massim para cenar en Santos, y no quería que la Bonheur le viese. Pero todas sus precauciones para huir inadvertido fracasaron; al cruzar el comedor, la francesa, que le acechaba, le salió al encuentro.

—¿Dónde vas?...

—Iba... arriba.

—¡Ya!... Te espera esa señora viuda con quien hablabas anoche...

Millanes se encogió de hombros; no quería responder. La Bonheur prosiguió:

—¡Valiente tía!... Y cuando me mira, parece despreciarme. ¡Yo la diría algunas verdades! ¡Zorra!... Aun no ha acabado de enterrar al cabestro de su marido, y ya busca un amante.

El recuerdo de Elena Pilou, que continuamente andaba espiándola, la hizo callar. Desconfiada, miró a su alrededor.

—Yo desembarco con mi amiga—concluyó—; no pude excusarme. Vamos ella, su amigo y Conffanieri. No tengas celos; prometo ser juiciosa... Pero te juro que, si me engañas, ha de pesarte...

Acercóse rápidamente a Millanes, ofreciéndole sus labios pintados, que él besó distraído.

—Hasta luego—murmuró la francesa escapando—; hasta la noche, bien mío, en que vendré a ser tuya...

La viuda de Serventi y Millanes recorrieron la ciudad, visitaron algunos cafés, compraron tarjetas

postales, dieron en tranvía, por los alrededores de la población y bajo la poesía de égloga del sol muriente, un largo y ameno paseo sentimental. Al principio caminaban uno al lado del otro, como buenos amigos; después ella, a quien un zapato lastimaba, concluyó por aceptar, y aun apoyarse abandonadamente, sobre el brazo que su acompañante la ofrecía. En una plaza excéntrica saludaron a la Bonheur, a la Pilou, a Conffanieri y a Páez. Después vieron a Teresita Lottaro y a Juan Duval que salían de un hotel.

—Van a creernos novios—dijo Jaime.

—Indudablemente; suposiciones mucho más graves suelen hacerse con menos motivo.

Cenaron en un *restaurant* modesto, y luego, con el deseo de hacer algo infantil, recorrieron varios cinematógrafos inmediatos al muelle. Habían hablado bastante y muy íntimamente y, por el subidísimo goce que experimentaban en hallarse juntos, comprendían que sus almas se habían besado ya, dando ejemplo a los labios.

Cuando salieron del último cinematógrafo, eran las once. El preguntó:

—¿Dónde vamos ahora?

—Donde usted quiera.

Hubo una pausa: él se mordía los labios por no decir que muy cerca de allí, en una calle estrecha y desierta, había visto un hotel...

Al fin, exclamó:

—¿Regresamos al barco?

—Bueno.

—¿No cree usted que allí estaremos mejor?

—Sí...

Y el corazón del galán rebrincó, porque en la dulzura con que aquel monosílabo fué pronunciado había una promesa inefable.

Sin hablar atravesaron el muelle, mal alumbrado, y volvieron a bordo. En el puente no había nadie; sin duda los viajeros celebraban aún, por las calles de la ciudad, la alegría de haber pisado tierra. El pasaje de tercera clase dormía en las cámaras. No lucían estrellas y en la quietud de la atmósfera ardiente la fetidez de las aguas era más densa.

Millanes miraba en torno suyo receloso de que Virginia Bonheur apareciese. De pronto, exaltado por aquella soledad, abrazó a Susana cubriéndola el rostro de besos. Balbuceaba trémulo:

—¿No será usted nunca mía?... ¿Nunca?... ¿Y, por qué, Susana?...

Ella, sin deseos, sólo por un rutinarismo de su sexo, trató de esquivarse. Jaime insistía:

—No resista usted. Estamos solos... ¡Susana! ¿Cree usted que habrá nadie que la ame como yo?...

La viuda de Serventi tuvo piedad de aquel dolor. Transigió. En breves palabras explicó a Millanes un plan. Ella se retiraría a su camarote, donde permanecería a obscuras; pasados unos momentos él iría a buscarla.

Concluyó:

—La puerta la hallará usted entornada...

IX

Algunas horas eran transcurridas desde que las costas brasileñas desaparecieron en el horizonte. El *Paraná* navegaba hacia el Sur, rompiendo el inquieto mar que bajo los manotazos del viento formaba hinchazones extensas, poderosas, de un color verde obscuro. Hacía frío. El cielo anubarrado barruntaba lluvia.

En Santos el buque recogió algunas toneladas de plátanos, que fueron distribuídas entre la toldilla y el castillete de proa, al aire libre, y cuya fresca y alegre tonalidad de esmeralda ofrecía a los ojos una impresión de jardín. Esto, unido a los dos o tres centenares de emigrantes que allí desembarcaron, daba a la cubierta una fisonomía nueva; la muchedumbre era menos compacta y parecía más limpia; los trajes, en su inclasificable abigarramiento de formas y de colores, lucían mejor.

Un soplo bienhechor de optimismo removía los espíritus; la multitud peregrina se mostraba contenta: hasta los más sensibles al mareo, extenuados de luchar durante catorce o quince días contra aquel extraño mal que así les apretaba la garganta como les arañaba el estómago, hallábanse recobrados y placenteros. Todas aquellas pobres gentes, al

principio, mientras el buque bogaba todavía cerca de Europa, hablaban poco de América; estaban tristes; la patria cercana pesaba sobre ellos, les oprimía; y a cada momento miraban hacia popa, cual si sobre la estela de plata que iba dejando el transatlántico les siguiese volando una procesión negra de recuerdos. Pero aquello tan malo pasó. Ahora sucedía lo contrario: los espíritus habían reaccionado, se hablaba mucho menos del suelo natal, y el nombre de América florecía risueño en los labios: murieron las memorias, vestidas de luto, de los años amargos; ya nadie pensaba en lo que fué, sino en lo venidero; la imaginación mató a la conciencia y cantaba triunfante su Marsellesa de esperanzas; inflamaba las voluntades un presentimiento de victoria, relampagueaba en los ojos la fe; adelante; como gaviotas, una bandada blanca de ilusiones precedía al buque...

Los emigrantes, clasificados al emprender el viaje por nacionalidades, se habían subdividido luego espontáneamente, agrupándose por simpatías de comprovincianismo o afinidad de ideas, y cada uno de estos núcleos minúsculos compuestos de cinco, seis o diez personas, a lo sumo, se mancomunaban ante el vago temor que el porvenir les sugería.

Así, y en caso de que el Hotel de Emigrantes no les conviniese, muchos pensaban en buscar alojamiento juntos; otros hablaban de amigos suyos establecidos ya, y que podían guiarles y ser para todos de gran utilidad...

Los hombres se manifestaban dispuestos a trabajar; querían mejorarse, corregir sus costumbres; era necesario apartarse de la taberna y del garito;

ahora que el ejemplo de las malas compañías les faltaba, la enmienda había de serles fácil. Las mujeres, sentadas en el suelo, formaban grupos pacíficos donde se platicaba con lentitud rústica. Los años, que suelen afeminar el rostro de los viejos, al estropear los semblantes flacos, color tierra, de aquellas pobres campesinas, las infundía una expresion decidida y viril. Los diálogos vulgares, uniformes, eran reflejo preciso de sus vidas monótonas, repetidas una y cien veces de madres a hijas; historias lisas, con la simplicidad de las llanuras castellanas, donde el hecho más sencillo adquiría una notoriedad perdurable. Así Filomena o Ezequiela o Mercedes... cualquiera de ellas, decía: "Para embarcarnos hubimos de vender la máquina de coser que mi hombre me regaló un día de Reyes, pronto hará veinte años". O bien: "Hemos sido nueve hermanos... Pues las seis cucharas de plata que llevamos en el baúl, las compró mi madre hallándose embarazada de su primer hijo..." Estos diálogos egotistas, siempre eran melancólicos. Aquellas gentes humildes, para significar el carácter risueño o frío de una persona, decían que "no tenía sentimientos". Era la expresión breve de un pueblo tan acostumbrado a la desgracia, que consideró sinónimos los verbos "sentir" y "sufrir", como si la alegría que incendia los ojos y llena los labios de risa no fuese también un sentimiento.

Entretanto hablaban de los hijos, a quienes había que enseñar un oficio, y del marido que, aunque siempre fué bueno, ahora, ante las inseguridades de lo futuro, prometía ser mejor. Después se encogían de hombros, reconociendo devotamente que

sobre sus voluntades estaba el Destino. Tampoco se quejaban del buque, al que ya estaban acostumbradas; así, con aquella optimista unidad de pareceres, daban la sensación de una humanidad que, olvidada tanto del pasado como del presente, mirase tranquilamente hacia el porvenir, de puntillas.

Por la tarde, del lado de babor, casi en la línea del horizonte, apareció un punto negro, empenachado de humo. Era el gran trasoceánico *Saboya*, que dos días antes zarpó de Buenos Aires con rumbo a Río Janeiro. El *Paraná* y el *Saboya*, navegando en sentido contrario, devoraban vertiginosamente la distancia azul. Una alegría infantil agitó a la muchedumbre trashumante, cual si todos esperasen algo de aquel barco que parecía salirles al encuentro a ofrendarles un saludo de la patria nueva. Sobre el puente los viajeros preparaban sus gemelos. El *Saboya*, semejante a un cetáceo, crecía por momentos; ya se divisaban sus palos y sus chimeneas humeantes, y los remolinos de espuma, parecidos a fogonazos de cañón, de las olas que se rompían contra su poderoso tajamar. Rápidamente los detalles pequeños iban insinuándose; y, apenas se esbozaban, adquirían perfiles seguros, como van apareciendo en «el baño» revelador los pormenores de un «cliché» fotográfico. Minutos después los dos transatlánticos, casi al mismo tiempo, se saludaban, y la voz tableteante de sus sirenas llenó el océano. Fué un «adiós» cordial, optimista como un abrazo. A lo largo de la borda de babor y sobre el castillete del *Saboya* asomaba, semejante a un hormiguero, un enjambre de cabezas. Dentro del

Paraná, de unos labios a otros, corrió la misma exclamación desanimadora:

—¡Son emigrantes!...

Y luego:

—¡Son muchos!...

Eran emigrantes, en efecto, que volvían a Europa; pobres gentes vencidas que no supieron agarrarse al Nuevo Continente, rezagados de un ejército que creyó ir a la victoria y a quienes la caridad de sus consulados respectivos repatriaba. Era la turba de los eternos inadaptables, unos abúlicos, otros ariscos o tontos o cobardes, que flagelados por la miseria van mundo adelante buscando, más que un gimnasio en que vencer gloriosamente, un lugar obscuro donde echarse. Desde la cubierta del *Saboya*, acompañando la ufanía de las sirenas con que ambos buques se saludaban segunda vez, la multitud derrotada festejaba a la que iba a entrar en liza, tremolando sus pañuelos; y cada uno de aquellos pañuelos, que debían de haber restañado muchas lágrimas y muchos sudores, parecía moverse con el ritmo triste de una desilusión.

En un grupo, Sebastián, Antonio el minero, Venancio Carrasco, Ronda y otros, murmuraban comentarios pesimistas.

—¿Qué os parece eso?—exclamó Ronda.

—Yo—replicó Sebastián—lo creo un agüero muy malo.

—¿Por qué?

—Porque sí... y yo me entiendo... A nosotros, los que andábamos reventando de hambre en nuestro pueblo, nos pintaban América como un país donde los perros estaban atados con longanizas... y no

se las comían... ¿Es verdad o no lo que digo?... Y ahora, a juzgar por ese cuadro que tenemos delante, resulta que en Buenos Aires, lo mismo que en España, viven los que saben ganar su pan; y los que no saben, piden limosna.

Pepe Ronda se encogió de hombros y no contestó; los demás, gravemente, hacían signos afirmativos. Los dos buques, cuando se hallaron frente a frente, volvieron a saludarse, y un momento después el *Saboya* comenzó veloz a disminuir en la lejanía transparente.

Aquella fugaz visión produjo emoción depresiva, extenuadora, en los emigrantes del *Paraná*. Sebastián, a quien la pérdida de su hija había acobardado, tenía ideas taciturnas. Desgraciadamente la mayoría opinaba como él. ¡Que no les viniesen a ellos con cuentos!... En América, como en todas partes, el porvenir de los hombres lo resuelve muchas veces ese demonio, ciego al parecer, que unos llaman «Suerte», y otros «Destino», y otros «Providencia». Aquellos individuos que ahora repatriaba el *Saboya*, fueron meses o años atrás a la conquista del suelo argentino; ¿y qué sucedió?... Que la mayoría fracasó; éstos murieron; aquéllos pudieron escapar; muchos, en fin, que no lograron o no quisieron por vanidad volver a su país, defendían su vida miserablemente, y sólo algunos, muy pocos, los más dichosos, los más fuertes, medraron. Esta minoría era la que más tarde, orgullosa de su victoria, decía que la emigración es buena...

Emilio Porras, que hasta entonces no había despegado los labios, no pudo reprimir más tiempo su indignación:

—¡Estáis disparatando!—gritó—; os lo aseguro yo, que he sido y soy obrero; yo, que hace treinta años llegué a América sin camisa, y ahora tengo ahorrado lo suficiente para que mis cuatro hijos puedan establecerse sin pedirle nada a nadie. ¿Que para conseguir esto hube de trabajar mucho? ¡Quién lo dudal ¡Naturalmente!... ¿Pero creían ustedes que en Buenos Aires había individuos, comisionados por el gobierno, para meterles a los forasteros el dinero en el bolsillo?

—No quiero decir—prosiguió—que la emigración «resuelva» la vida: lo que afirmo es que la «facilita» en un sesenta o setenta por ciento. ¿Os parece aún poco?... En Europa no siempre los inteligentes y robustos pueden vivir, ya lo sabéis; pues allí «todo está hecho» y en lo que «está sin hacer» nadie pone mano por miedo a los códigos; de suerte que aquellas inteligencias y aquellas energías no tienen aplicación. Mientras en América hacen falta brazos, muchos brazos, porque allí la tierra es magnífica y cada surco que abre el arado parece un hilo de oro.

Porras se consideraba todavía pobre y no quería hablar de sus modestas haciendas; en cambio su imaginación de hombre práctico, bien avezado a los entresijos económicos de la vida, se caldeaba al solo recuerdo de aquel suelo americano tan próvido, tan agradecido a los cuidados de la agricultura, cuyos propietarios, usando de una pequeña hipérbole, podían decir que sentían crecer las cosechas bajo sus pies. Cerca de la ciudad Veinticinco de Mayo, verbigracia, había una finca o «estancia», llamada Huetel, de cuya extensión, feracidad, con-

textura hidrográfica y admirable riqueza pecuaria, ningún europeo, ni aun los cortijeros andaluces más ricos, podían formarse concepto cabal. A la «estancia» de Huetel se llegaba en ferrocarril, y era una especie de oasis soberbio, rumoroso, fresco, semejante a una catedral de verdura que levantaba sus arbolones, como torres, en la extensión seca de la pampa; planicie inmensa, obscura, que, a la caída del sol, daba al viajero la sensación absurda de ir cruzando un mar en tren. Ante la magnitud del esfuerzo descriptivo que necesitaba realizar para imbuir en la dura mollera de su auditorio una idea, aunque fuese muy frágil, de aquella rústica maravilla, Emilio Porras se desanimó; sus medios de expresión, sencillos y rudos, no llegaban tan lejos.

—Básteles a ustedes saber—concluyó—que la "estancia" de Huetel mide unas veintisiete leguas de extensión, que viven de ella, y repartidos en doscientas casas, cerca de mil trescientos vecinos; que hay bombas, molinos, norias, teléfono y una pequeña fábrica de electricidad, y que el parque, tendido ante el palacete ocupado por los dueños, tiene un perímetro de setecientas hectáreas y costó un millón de pesos argentinos. De la riqueza de Huetel no quiero hablar, pues no acabaría. Sólo diré que allí todo se cuenta por "miles", cuando no por "millones"; es algo estupendo capaz de desconcertar el carácter menos propenso a la admiración. Ustetedes juzgarán: consume la finca diariamente cinco millones de litros de agua; tiene tres millones de árboles, setenta y dos potreros, cincuenta y dos mil vacas, setenta mil ovejas, divididas en cuarenta y

cinco majadas que rinden doscientos cincuenta mil kilos de lana anuales; cinco mil avestruces, cuyas plumas producen anualmente quince mil pesos; y a otro tanto asciende la venta de la fruta... ¿Qué más?... Hay veinticinco mil álamos del Canadá, cuya madera es excelente para muebles.

—Ahí tienen ustedes—agregó Porras contoneándose ufano sobre sus piernecillas abiertas—una muestra del país donde vamos a entrar. De aquí que toda esa turba miserable que repatría el *Saboya* no me inspire la más leve conmiseración; la desprecio; es una muchedumbre estéril que no añade nada al concierto social. Crean ustedes que el hombre que, en una tierra como la argentina, se muere de hambre, no merece vivir. Por mi parte, bendigo la hora en que la conocí, y cuando leo en los diarios el nombre del barco que me llevó a ella, me alegro como si recibiera noticias de un amigo. Me parece algo mío. ¡El *Santiago*!... Más de una vez, en el muelle de Buenos Aires, he ido a verlo...

Los animosos juicios del antiguo vecino de La Boca mejoraban la voluntad de sus oyentes. Cada cual volvía a juzgarse dueño de su porvenir. Vencerían.

Del *Saboya*, hundido en la lejanía, ya nadie se acordaba, si no era para alzarse de hombros. El triunfo estaba cercano; lo sentían, parecido a un efluvio magnético que llegase a ellos desde el horizonte. ¡Buenos Aires!... ¿Cómo sería la ciudad fastuosa en que tanto habían soñado y de la cual tantas preexcelentes maravillas oyeron decir?

¿Cómo eran sus edificios, sus habitantes? ¿Sería posible que allí, siquiera una vez, la fortuna saliese

a recibirles con los brazos abiertos?... Y acordándose de la lucha que pronto iba a empezar, experimentaban esa emoción que sufren en el estómago los nerviosos ante un baño de agua fría.

Arriba, sobre el puente, la idea de que el viaje tocaba a su fin, parecía infundir a las horas una celeridad rara; a cada momento, inconscientemente, los viajeros consultaban sus relojes, como si el tiempo, desde que zarparon de Santos, caminase más aprisa. Ya nadie pensaba en leer; las mujeres se abstenían de emprender labores nuevas; algunos pasajeros divertíanse en escribir sobre un cuadernito sus impresiones de la travesía; otros, más impacientes, empezaban a guardar en sus baúles sus ropas y sus libros. Fenómeno extraño: los caracteres, hasta allí perezosos, abúlicos y como dormidos, rebrincaban súbitamente, inquietos, mordidos por la desesperación de llegar pronto. En la mesa ya no se imitaba el canto del gallo, ni se celebraban los rebuznos magistrales de Ernesto Slottmann. Solamente las carcajadas de Duval tenían aún virtud suficiente para obligar al auditorio a la risa. Mr. Alfredo, cansado de preocuparse de la salud de los que él llamaba "sus enfermos", había resuelto darles a todos de "alta". Los únicos donaires repetidos hasta la saciedad, pero que todavía hallaban eco, eran los relativos a la alimentación.

Enrique Hernán, invariablemente, interpelaba a. inglés:

—¡Mr. Alfredo!...

—Diga, señor.

—¿Le gustan a usted estas chuletitas?

—Mucho, señor: ¿son de ese pobre italiano jovencito que falleció ayer?

—Nada de eso; pertenecen a un turco cuarentón.

—¡Ah, sí! Le vi esta mañana en la cocina, encueros y colgado cabeza abajo, de un clavo, como los cerdos; tenía los pies muy sucios.

—Precisamente.

—Muy bien; pues, ¿qué quiere que le diga? Los turcos, en general, no me gustan; pero éste me parece un turco muy agradable... ¡Lástima de hombre! A ser veinte años más joven, su carne hubiese sido mejor.

Como la temperatura había refrescado notablemente, los viajeros, de noche, apenas salían al puente. Preferían quedarse en los salones, donde organizaban partidas interminables de tresillo, de dominó y de ajedrez. También jugaban a las cartas. De los dos salones, el de segunda clase era el más animado, no sólo por el mayor número de pasajeros, sino porque a él concurrían Páez y Conffanieri; el primero atraído por su afición a Elena Pilou, y el segundo guiado por el ardiente capricho que le inspiraban las honestas esquiveces de Virginia Bonheur, más enamorada que nunca de Millanes.

Al ajedrez, Mr. Alfredo era invencible: había derrotado al matrimonio Slottmann, a Conffanieri, a Enrique Hernán y a Pérez Camacho, a quien llegó a darle de ventaja una «torre». Estas victorias desesperaban al señor González, cuyo españolismo sufría de un modo pueril.

—Si yo supiese jugar—exclamaba sinceramente indignado—le juro a usted que le vencería.

Mr. Alfredo reía ufano.

—No diga tonterías, señor, y convénzase; sobre el mar, lo mismo que sobre los tableros de ajedrez, Inglaterra es la primera nación del mundo. Y, si no, que declaren los caballeros con quienes he tenido el honor de jugar: el señor Confianieri es italiano, el señor Slottmann alemán, los señores Hernán y Pérez Camacho españoles... A Francia ya la he derrotado varias veces en la persona del comediante señor Duval... Ellos pueden hablar mejor que yo del poder británico.

En aquel momento, Jaime Millanes entraba en el salón; venía de pasar unos instantes en el camarote de Susana Massim, y su rostro reflejaba ese desdén amable que infunde a los temperamentos sentimentales la felicidad. El señor González le llamó con gestos apremiantes.

—¿Sabe usted jugar al ajedrez?

—Sí, señor.

—Pero... ¿bien?...

—Tanto como «bien», no sé. He jugado bastante con algunos maestros...

—Pues hágame el favor de ganarle una partida a Mr. Alfredo. Pero, ¡aplíquese usted!... ¡Ponga amor propio! Va interesado en ello el nombre de España...

—Como usted guste; haré lo posible por complacerle.

Ordenadas las piezas, comenzó la partida. Todos los circunstantes reían. El único que, a pesar de no comprender las peripecias del juego, no pestañeaba, era el señor González, para quien aquel inocente torneo revestía la importancia medioeval de

un «juicio de Dios». Esta vez, con asombro de la mayoría, Mr. Alfredo fué derrotado. El lo achacó a una distracción que tuvo al comenzar la partida. Nadie protestó; podía ser cierto. Volvieron a jugar y tornó a quedar vencido el inglés. A González los ojos le brillaban, se levantaba, daba paseos por el salón, recobraba su asiento; no podía estarse quieto, tan grande era su alegría. Picado en su vanidad, Mr. Alfredo propuso a Millanes un tercer partido.

—A «cara de perro»—dijo.

El músico aceptó enardecido también por la expectación, casi patriótica, que inspiraba el lance. La lucha fué reñida; hubo momentos en que todos creyeron que el partido iba a ser declarado «tablas»; pero, al cabo, una hábil maniobra de Millanes le dió la victoria. Entonces el entusiasmo del señor González estalló. Comenzó a aplaudir y con grandes voces llamó a los camareros:

—¡Franciscol... ¡Miguel!...

Los mozos acudieron. El señor González, erguido, correcto y majamente plantado sobre la blancura de sus zapatos, designó a la concurrencia con un gesto amplio.

—Traigan cuatro botellas de «champagne» y obsequien a estos señores. ¡Hay que celebrar nuestro triunfo!...

Después, generosamente, abrazó a Mr. Alfredo, a quien la perspectiva del «champagne» acababa de consolar, como por ensalmo, del descalabro sufrido.

—¿Cómo ha de ser?—repetía—; beberemos, ya que el vino se lleva las penas más grandes...

Con esto dió principio una pequeña fiesta que duró hasta las once, hora en que Francisco, cumpliendo celosamente lo dispuesto por la ordenanza de a bordo, apagó las luces del salón. Entonces la reunión se disolvió, retirándose a sus camarotes la mayoría del pasaje; algunos viajeros, sin embargo, trasnochadores contumaces, salieron al puente desafiando las ráfagas gélidas del viento. Allí encontró Jaime Millanes a Duval, que paseaba con caminar diligente, las manos cruzadas atrás. El simpático actor, la mañana del mismo día en que el buque llegó a Santos, creyóse obligado a afeitar aquella mitad del rostro que durante dos semanas no quiso raparse, lo que le devolvió su aire inconfundible de hombre de teatro. Duval enlazó familiarmente un brazo a la cintura de Millanes. Estaba triste; su alma impresionable de marsellés sufría una de esas terribles crisis sentimentales en que la confesión amistosa es algo perentorio, apremiante, como una necesidad física. Los dos hombres hablaron, mientras iban y venían siguiendo la eslora del barco.

Millanes preguntó por Teresita Lottaro, y agregó picaresco:

—Ya les vi salir a ustedes de un hotel...

Duval sonrió:

—Es verdad; fué un capricho. Me gustaba aquella muchachita. Es una chiquilla simpática y de carnes muy blancas...

Calló; evidentemente algo más alto y secreto le preocupaba. De pronto, como si batallase contra un mal pensamiento, exclamó:

—¿Y usted?...

—¿Yo? ¿Qué?...

—¿Y usted, con Virginia?...

—Bien...

—¿Piensa usted seguir en relaciones con ella?...

—No sé... probablemente... Eso dependerá de las circunstancias...

Respondía ambiguamente porque desconfiaba de Duval, a quien en diferentes ocasiones vió hablar con la francesa de un modo que acreditaba la buena y añeja amistad de entrambos. Pero en esta ocasión el comediante era sincero; él, efectivamente, trataba a la Bonheur desde hacía tiempo.

—Es una mujer agradable, envolvente—dijo—y un poquito atacada de «manía de grandezas»... Ya lo habrá usted notado. Por eso la juzgo peligrosa, sobre todo para hombres como nosotros. Usted, sin embargo, no se enamora fácilmente, ¿verdad?... Ya le he visto hablar con esa rubia alta, vestida de luto, que va en primera clase; me parece que aprovecha usted bien su tiempo.

Jaime Millanes sonreía por no responder al desparpajo inquisitivo y voluble de su interlocutor. Bruscamente y para dar al diálogo otro rumbo, preguntó.

—¿Y su carta?... ¿La terminó usted ya?...

—Sí.

—¿Cuántos pliegos?

—Catorce, de papel comercial, escritos con letra muy pequeña y por ambas carillas.

—¡Diablo! Casi un libro...

—Es verdad; un libro: un pequeño libro que responde a una pequeña historia.

Millanes había rozado la herida amorosa que

Duval llevaba en su alma como llaga sangrante, y el actor no resistió a la tentación de confesarse. Aquella carta, cuyas extraordinarias dimensiones hicieron sonreir muchas veces a los inquilinos de la segunda clase, iba dirigida a una mujer que residía en París y pertenecía al teatro.

—Esa criatura—explicaba Duval—ha sido durante dos años mi felicidad y mi ruina. Era, pues, mi mayor tormento. Por ella me separé de mi esposa y de mis hijos y, sin embargo, no la quería. Es más: la aborrecía, la odiaba; la odiaba... y no podía vivir sin ella. ¿Usted comprende esto?... Claro que no lo comprende nadie... ¡ni yo mismo!... Pero el hecho es cierto. Matilde se llama. Cuando creía que iba a perderme, me buscaba, se arrojaba a mis pies, pasaba las madrugadas en la escalera de mi casa, esperando a que yo llegase; y, apenas me recobraba, me ridiculizaba con todos mis amigos. ¡Maldita!... Más de una vez he ido a verla, resuelto a matarla, a perderme... y me la he comido a besos. Otra noche, en cambio, en que me pareció más bonita y más buena que nunca, me dijo tales infamias, supo ordenar, para humillarme, las palabras de tal manera y acumuló sobre mí tantas depravaciones, tantos adjetivos groseros y denigrantes, que saqué el revólver y a no intervenir el camarero del restaurant donde estábamos cenando... ¡Sí, la hubiera asesinado! Aunque yo luego, de dolor, me hubiese muerto... Mi pasión, más que verdadero cariño, era un furor raro, una locura. Si Matilde se acercaba mucho a mí, me molestaba; si, por el contrario, se distanciaba un poquito, creía que se me apagaba el aliento...

Millanes escuchaba embobado, tratando de adivinar la grandiosidad mortal de esas pasiones enigmáticas a las que él, por tibieza de temperamento o por la mediocridad burguesa en que vivió, siempre había escapado.

—Hasta que un buen día—prosiguió Duval—pensé huir. ¡América: allí estaba la libertad!... ¡Cuánto esfuerzo me costó decidirme! Al cabo, me marché. Ahora, aunque el recuerdo de Matilde me lastima mucho, siento, no obstante, un bienestar interior dulcísimo. Ya nadie manda en mí; me pertenezco; todas las horas de mi vida son mías; no tengo necesidad de dar cuenta de ellas a nadie. Ya puedo ir, volver... sin que absolutamente nada me preocupe; ya no me esperan, ni me siguen; ya no me engañan. ¡Qué tranquilidad! Es una sensación comparable a la que he experimentado las tres o cuatro veces que, en vísperas de emprender un largo viaje, vendí mis muebles. "¡Se acabaron las raíces!—pensaba—; ya nada me liga al suelo, ni me obliga a volver la cabeza." Hasta me parecía pesar menos. Era un regocijo de pájaro. Todo esto constituye el asunto de mi carta; digo en ella horrores. Cuando Matilde la reciba, la miserable se convencerá de que "su muñeco" en veinte días se ha hecho hombre...

Siguió explicando arrebatadamente aquella pasión honda, procelosa, que parecía un abismo. La llegada de Virginia Bonheur le interrumpió. La francesa se envolvía en una sábana de baño, que cuidaba de llevar bien apretada al cuerpo. Preguntó a Duval:

—¿Viste a Elena?

—No.

—En el camarote no está...

El comediante recordó:

—Hace rato la vi pasar en esa dirección, hacia la cámara de primera...

—¡Bah! No digas más; estará con su amigo.

Duval comprendió que su presencia estorbaba a la Bonheur, y buscó un pretexto para despedirse.

—El viento molesta mucho y tengo sueño. Hasta mañana.

La francesa estaba enfurecida contra Millanes, y exigía que aquella situación cambiase: Jaime la postergaba, la desdeñaba, por la viuda, que supo dejarse cortejar casi hasta última hora, mientras ella, enamorada de él desde el primer momento con la ceguedad de una colegiala, cometió el error gravísimo de rendirse sin lucha. Y Virginia deploraba aquel desvío, tanto porque vulneraba su amor y su vanidad de mujer, como por egoísmo: Jaime conocía la odiosa clase de relaciones que la vinculaban a Elena Pilou, y sabía también que ella contaba con su ayuda y favor para romper aquella amistad infame.

—Si me quisieses un poquito—porfiaba—si fueses capaz de unirte a mí, Buenos Aires, donde nadie nos conoce, podría ser la salvación de los dos.

Peroró largo rato, unas veces exaltando la vehemencia y honda raigambre de su amor, otras acometiendo con venenosas frases a Susana Massim, a quien creía capaz de pagarse el lujo de tener un amante. Aunque mucho de lo que decía era ofensivo para Millanes, éste no protestaba; la Bonheur podía desgañitarse llamándole, que él no acudiría

a su llamamiento. Su carácter mollar se había trazado un camino que, por ser de abulia y pereza, estaba cierto de seguir hasta el fin. Cumpliría puntualmente los consejos de la viuda, y si era necesario se casaría con ella. ¿Por qué no?... Una mujer así, bella, rica y discreta, bien merecía servir de término y desenlace a una existencia tan mediocre como la suya.

Un beso de la Bonheur le volvió al presente. Abrió los ojos. A su lado Virginia vibraba, deseable, prometedora, medio desnuda, bajo su sábana de baño, recordándole que en su camarote estarían mejor.

Y se dejó llevar...

El día siguiente amaneció aborrascado y ventoso; las olas, acometiendo al transatlántico por la mura de estribor, le obligaban a dar bandadas profundas. El interior de las cámaras crepitaba con gemidos nuevos. Bajo el cielo de color plomizo, el océano parecía de tinta, y sobre su vasto fondo negro las franjas de espumas formadas por el tropiezo de las olas eran más blancas. A ambos lados del *Paraná* atronaba el fragor del oleaje despedazado por la proa; las aguas revueltas iban, volvían, se hinchaban, arremolinándose, ofreciendo alternativamente todas las irisaciones del azul y del verde. Aquella mañana el mareo causó estragos en el pasaje; la mayor parte de las mujeres no salió de sus camarotes. Por una vez, las sillas de "las señoras de la Morgue" quedaron vacías...

Después de almorzar, Enrique Hernán y Millanes subieron al puente. El antiguo marino bromeaba a propósito de la señorita Beccali.

—Es una criatura encantadora — decía— una santa; si no tuviese nariz me casaba con ella. ¿Quiere usted creer que al enterarse de que va quedándome poca ropa limpia, se ha empeñado en lavarme los pañuelos?...

A babor, donde el viento era más apacible, encontraron a Mr. Alfredo, al señor González y a Pérez Camacho. A poco llegó Conffanieri. El anticuario italiano había recibido de Santos una comunicación radiotelegráfica y estaba muy contento.

—Por lo que me dicen, creo que he realizado un buen negocio.

Se frotaba las manos y la alegría de su codicia triunfante daba a su vieja boca, llena de oro, una juventud inesperada. Comentáronse las maravillas de la telegrafía sin hilos.

—El prestigio de los poetas decae—dijo Pérez Camacho—; cada vez el hechizo musical de sus rimas suena más lejos, y el manto real, solemne y frondoso, de la pálida égira romántica, aparece más raído. Y no por flaqueza de sus mantenedores, ni porque la poesía vuele con aletear terrero y tropiece en la realidad y allí naufrague, sino porque ésta de año en año se sutiliza y mejora, y transforma en poesía. Hoy, mejor que nunca, resplandece la unidad de la vida; la materia, alambicada, burilada, refinada hasta lo inverosímil, se convierte en estrofa; hay descubrimientos que tienen la belleza penetrante de un cantar de Heine; la física, la química, la mecánica, todas las ciencias naturales, según progresan van acercándose en una eterización ideal; diríase que aconsonantan entre sí, como ver-

sos que son del eterno poema—mitad elegía, mitad idilio—del Gran Todo.

Con fácil palabra explicó lo que meses antes oyera en el puesto telegráfico de la torre Eiffel. Fué aquella una emoción inolvidable, una visión poética superior a toda hipérbole y fantasía.

En el fastigio de la arrogante antena de hierro, sobre la que parece descansar el cielo de París, zumba día y noche, con ululeo crepitante de resaca, el eco de las innumerables voces que las ondas hertzianas, Walkirias ideales del espacio azul, llevan de un extremo a otro del mundo. Todas se encuentran allí, tropiezan, se emborronan mutuamente y levantan infernal algarabía. Imposible imaginar nada más pintoresco y abigarrado, ni tampoco más solemne: es el gritar simultáneo de varias naciones; algo religioso, mayestático como el rumor de las preces, como el genio avendavalado de todos los dolores, de todas las ansias, que la humanidad lanza a lo Absoluto. La famosa torre de Babel de que habla el viejo Testamento, es un hecho; está ahí y puede subir a ella cualquiera; para realizar tal maravilla bastaron dos hombres: Eiffel y Marconi.

En medio de la ensordecedora sinfonía producida por los buques armados de aparatos transmisores, los semáforos y las grandes estaciones costeras, que remiten a los transatlánticos de lujo los telegramas de prensa destinados a los pequeños diarios de a bordo, los hábiles telegrafistas de la torre Eiffel saben percibir distintamente otras voces que retumban prepotentes, monótonas y uniformes, en el curso de millares de palabras. Así, verbigra-

cia, saben que el puesto alemán de Norddeutche, cerca de Berlín, "habla" gravemente y con lentitud; y que el puesto inglés de Poldhu, en Cornouailles, por el contrario, "habla" precipitadamente; mientras a su acento gárrulo, imperativo y chillón, responde la gran voz calmosa, firme, aunque debilitada por la distancia, de la estación americana de Glace-Bay.

—Acordémonos de las ondas hertzianas—concluyó Pérez Camacho—cuando miremos al cielo; su poesía nos arrobará y pondrá alas de águila a nuestra imaginación. No importa que luzca el sol, o que esté nublado; perpetuamente y a modo de neblina impalpable, en tierra como sobre el mar, la voz de las estaciones radiotelegráficas teje sobre nuestras cabezas una red magnética, compuesta por millones de frases trasmitidas en idiomas diversos; la voz de los enamorados corre por entre las mallas de esa red, impaciente y filante como la misma vida; tul de hechicería, gasa de ensueño y prodigio, que lleva y trae las lágrimas, los besos, las ambiciones, los rencores, toda la gama de latidos, en fin, de las almas que la distancia separó...

Pasaban la Bonheur y su amiga, y Conffanieri se fué con ellas. Millanes no se atrevió. Luego, poco a poco, el grupo se deshizo: unos bajaron a sus camarotes, otros buscaron en el juego consuelo a su fastidio.

Aquella noche el joven músico y la viuda de Serventi permanecieron sobre el puente hasta muy tarde; había amainado el viento y el mar volvía a serenarse, con belleza grandiosa, bajo la luna. Una nostalgia indefinible oprimía el ánimo tímido de

Millanes: aquel paréntesis que tuvo de paz, iba a concluir: al día siguiente, según declaración rotunda del comandante, el *Paraná* llegaría a Buenos Aires. Acordándose de esto, Jaime sentía correr por su espalda un calofrío miedoso; otra vez en la orilla desconocida, la lucha por el pan le esperaba: no llevaba dinero ni cartas de recomendación para nadie; ¿qué iba a ser de él?... A su lado, semejante a un espíritu bienhechor, la voz acariciadora y enérgica de Susana Massim, le consolaba.

—No te apenes. ¿No te sientes capaz de llegar adonde otro hombre llegue?... ¡Pobre niño! Y, aunque así no fuese, aunque cayeses enfermo... ¿No me tienes a mí?...

El joven miraba hacia adelante y, sin razón ninguna, neciamente, la idea de hallarse tan lejos de España le angustiaba. ¿Ganaría alguna vez el dinero suficiente para volver?... Preguntó a la viuda:

—¿Cuándo regresaremos a Europa?

—No lo sé; ¿a qué viene eso?...

Miróle de hito en hito y en sus grandes ojos tristes, negros, con la tiniebla de los malos recuerdos, leyó el motivo de su pena. Le reprendió severamente:

—¿Cómo? ¿Todavía no has llegado a América y ya piensas en marcharte? ¡Cobarde! ¿No comprendes que por ese camino nunca realizarás nada notable? ¿No sabes que una victoria no es más que la "materialización" de una fe?... En verdad que no pareces español; pues, o la historia miente, o los hombres de tu raza no fueron así...

Prosiguió:

—Entonces, yo, ¿para qué estoy?... Dímelo: pero antes acuérdate de que las mujeres son siempre extremosas, de tal modo, que la que no sirva para regenerar a un amante, servirá sólo para perderle...

Jaime Millanes, los codos puestos sobre la borda y la cara entre las manos, miraba al mar, negro y lustroso, bajo la luz fría de las estrellas. Entretanto escuchaba a la viuda, cuyas palabras fuertes, llenas de enjundia optimista, parecían, por obra de su abstracción, llegarle de muy lejos.

Evocando su pasado lo hallaba obscuro, frío, horriblemente pobre: ni un lance pintoresco, ni una aventura digna de ser referida; nada vertical, nada saliente: antes bien, todo liso, apaisado, como emborronado tras la ruín media tinta de la miseria. No obstante, sobre aquel fondo gris se recortaban algunas manchas negras. Eran las últimas impresiones que recibió en Valencia, el día mismo de su embarque. Por la tarde había comprado una gorra de viaje en una tienda pequeña y obscura, situada en los aledaños de la catedral. El aspecto sórdido de aquella casuca que olía a humedad y cuya planta baja era inferior al nivel de la calle, impresionó a Millanes. Preguntó al gorrero:

—¿Hace mucho tiempo que tiene usted esta tienda?

El interpelado repuso, lentamente:

—Mucho, ¡como que nací en ella!... Y pronto cumpliré cincuenta y cuatro años.

—¿La heredó usted de su padre?

—Sí, señor; y mi padre, que también nació aquí, la recibió de su abuelo. Cuando las tropas de Napoleón, a principios del siglo pasado, llegaron a

Valencia, ya ese mostrador estaba donde usted lo ve...

No supo Millanes qué contestar; parecía aterrado; tres generaciones nacidas y consumidas allí, bajo el mismo techo, entre aquellas cuatro paredes que iban hundiéndose poco a poco, como si la tierra las llamase. Donde cayó el abuelo, cayó el padre, y ahora el nieto se disponía a morir, sin ansias, sin rebeldías, cual si más allá de aquel mostrador que detuvo el curso de su vida no hubiese nada. Por tres veces el tiempo realizó el milagro infame de blanquear las cabezas de aquella apacible dinastía de gorreros. Con éstos sus mujeres envejecieron también; y entre tantas almas, ninguna protestó, ninguna sintió necesidad de huir, de emanciparse; ninguna voluntad sacudió la férula de la tienda, cada vez más húmeda, más negra según se hundía en el suelo; la atracción insana del antro frío, sin ruidos, semejante a una fosa. Todo seguiría inmutable. El dueño actual tenía un hijo, un niño de doce a trece años, que ya vendía gorras y que probablemente, como sujeto a una maldición hereditaria, moriría allí también.

Al salir a la calle, Millanes experimentó una segunda emoción que en cierto modo servía de complemento, y acaso de explicación, a la primera. Declinaba la tarde. Unas campanas doblaban gravemente y sus vibraciones entristecían el espacio azul. Los altos muros de la vieja catedral volcaban una sombra densa sobre la calluca silenciosa, torcida, estrecha. Varias mujeres que salían de vísperas, caminaban despacio, sin hablar, los ojos en el suelo, y al andar sus rosarios tintinean-

tes brillaban un momento sobre la tiniebla de sus vestidos. Todo en ellas era paciencia, resignación, humildad. ¡Nó: los hijos de aquellas pobres corderas no se rebelarían nunca!... Y, según las beatas iban alejándose, la calle volvía a quedar muda, como un cementerio. En lo alto, las campanas triunfaban. Un fraile pasó sin ruido, los pies descalzos...

Millanes tembló; tuvo miedo de que semejante pasado fuese porvenir otra vez. De súbito, olvidando que pudiesen verle, abrazó a Susana; creía salir de una pesadilla.

—Defiéndeme—murmuró—: yo, mientras tú me quieras, sabré luchar y no me separaré de ti. Pero, no me abandones nunca; yo solo, valgo muy poquito...

Ella le miraba piadosa y amante, en tanto él la besaba las manos. Nunca quiso a Jaime más que entonces; y es que las mujeres experimentadas gustan de esos hombres, blandos de carácter, que no saben orientarse y bastarse a sí mismos, porque su imperfección les inclina a ser fieles. Susana veía a Millanes débil, irresoluto, semejante al pajarillo que aun no sabe volar, y esto la engreía. Se consideraba árbitra de aquella vida. Jaime era suyo, con esclavitud espiritual; hubiese querido casarse con él, y sin esfuerzos le hubiera hecho su esposo; por el contrario, le habría despedido, y él ni siquiera se hubiese atrevido a amenazarla. Era un temperamento apacible, dócil, nacido quizás para vestir sotana y vivir entre libros.

—No te apures — le dijo—; en Buenos Aires desembarcaremos separados, pero te instalarás en

el hotel que yo te indique. Pasados cuatro o cinco días, iré a buscarte...

—Sí—exclamó él—; quiero que estemos juntos para que la tierra donde hemos de vivir, surja ante los dos al mismo tiempo.

Se separaron prometiendo reunirse a la mañana siguiente, temprano.

Al otro día los viajeros fueron sorprendidos por el color ocre del mar; este fenómeno lo producían las aguas bermejas del caudaloso río de la Plata, uno de los más grandes del mundo, que mezclándose a las del océano y venciéndolas, llegaban hasta allí. Detrás del *Paraná* y a corta distancia, siguiendo la línea brillante de su estela, volaba una bandada de cuervos marinos que, únicamente descansando de noche en la arboladura de otros buques, pudieron internarse tan lejos. Aquellas aves, cuya presencia denunciaba la vecindad de la tierra, produjeron en el pasaje una impresión inenarrable de alegría. Sin embargo, el horizonte, no obstante su diafanidad impoluta, permanecía mudo.

El comandante Beraud y el doctor Nazaire cruzaban el puente. Los pasajeros les saludaron.

—¿Llegaremos hoy a Buenos Aires, comandante?

—Sí, señores.

—¿A qué hora?

—Si la Sanidad nos despacha pronto, entre seis y siete de la tarde.

—¿Y podremos desembarcar en seguida?

—Primera y segunda clase, únicamente...

Según transcurría el tiempo, el color rojizo del mar era más intenso y el oleaje disminuía, como si el viento no pudiese vencer la densidad de aquellas

aguas saturadas de tierra. A media mañana el *Paraná* penetró en una especie de camino, señalado a derecha e izquierda por una doble hilera de boyas, distanciadas entre sí media milla aproximadamente. En todo aquel paraje, a despecho de su enorme extensión, el mar era poco profundo y las boyas marcaban a los pilotos el único sitio por donde los transatlánticos de gran tonelaje podían pasar. Tan extraño camino formaba horizonte.

—Hasta aquí—exclamó Pérez Camacho—llega la influencia de Buenos Aires. Vean ustedes: diríase que ya vamos por una calle recta.

Bruscamente el puente, lo mismo que la cubierta, adquirieron una fisonomía nueva y alegre: "las señoras de la Morgue" habían renunciado a la actitud de estatuas yacentes, que conservaron durante el viaje, y olvidadas de sus sillones se acercaban a las barandillas y ojeaban el mar. También aparecieron algunas figuras desconocidas, cuya presencia sorprendió al resto del pasaje. Eran señoras, las más de ellas de primera clase, que enfermas de mareo, no se atrevieron en toda la travesía a salir de sus camarotes.

Poco después de almorzar, un grito unánime, vibrante, fuerte como una gran ráfaga de aire, sacudió a los mil ochocientos emigrantes que, desde el *Paraná*, registraban ahincadamente el horizonte. La primera voz partió de proa; la dió un turco, en su idioma:

—¡Tierra!

Y esta palabra, que parecía una risa, revoló por la cubierta y llegó a la toldilla: labios griegos, egipcios, labios italianos, labios franceses, españo-

les... repetían aquellas dos sílabas que, en tal momento, simbolizaban el porvenir.

—¡Tierra!...

—¡Allí está la tierra!...

Una legión de brazos, tendidos voluntariosamente, señalaban hacia el mismo punto. Más que una visión, era aquello un presentimiento. Sin embargo, el instinto de la multitud no se había engañado: el suelo argentino estaba allí, pintando a ras de las olas una sombra obscura, apenas perceptible en la línea trazada por la fusión del cielo y del mar.

Luego hubo un silencio profundo: los viajeros habían cesado de hablar; erguidos, mirando hacia la lontananza, todos los semblantes repetían la misma expresión curiosa, todas las almas se hermanaban y fundían en un único y soberano estado espiritual: Millanes y Susana Massim, Conffanieri y Virgina Bonheur, Páez y Elena Pilou, Antonia Pondal y su madre, Hernán, Pérez Camacho, Mr. Alfredo, Emilio Porras, Sebastián, Antonio el minero... todos, en fin, así los viajeros distinguidos del puente, como los pobres habitantes del sollado, parecían haber depuesto su personalidad y convertídose en una mueca o gesto del fantasma de la emigración, espíritu del buque y verdadero protagonista de aquel viaje: un espíritu de quimera, torvo y anhelante a la vez, que tenía los terribles ojos desorbitados por el hambre y las flacas manos crispadas como garras, en un espasmo de codicia y de odio. Ahora, por primera vez, el alma de la emigración, que hasta entonces anduvo deslizándose acobardada y de rodillas por las entrañas del *Pa-*

runá, se ponía de pie ante la inminencia del combate, y su ademán conquistador era soberbio.

Millanes susurró al oído de Susana tímidamente, como niño que, temeroso de despertar algún espectro, habla muy bajo:

—Buenos Aires; ahí está...

La viuda sonrió.

—Nuestra patria—dijo—por ahora, al menos; hasta que te canses de mí y te vayas...

—No, Susana; yo no te olvidaré nunca; yo, aunque lo intentase, no sabría olvidar a quien, siquiera una vez, fué buena para mí.

Ella lanzó una ojeada avizora a su alrededor, con esa preocupación hipócrita y constante que todas las mujeres tienen de ser observadas. Luego miraron hacia la cubierta, donde la muchedumbre, una muchedumbre en que no había viejos, un verdadero ejército de esperanza, porque en él todos eran jóvenes o niños, continuaba de pie, inmóvil, registrando la distancia. ¿Cuáles, entre aquellas pobres gentes, serían los triunfadores de mañana? ¿Cuáles los vencidos?... Aquel viaje, camino de redención para muchos, ¿no sería para otros calle de amargura y de muerte?... El espectro del hambre, parecido a los cómitres encargados de azotar a la chusma que remaba en las galeras, esgrimiendo su disciplina de dolores había empujado aquella multitud miserable hasta allí. Acorralados por todas partes, humillados por el ayuno que les retorcía el estómago, y el ajeno desdén que les pateaba sobre los hombros; fatigados, empavorecidos, desnudos, perseguidos por las leyes, tan duras para el pobre, idiotizados bajo la obsesión deli-

rante del no tener, desgarrada el alma por la pérdida de los hijos que no pudieron disputar a la muerte, la turba emigrante había huído de Europa; y ahora estaba allí, pasmada y jadeante, como cansada de correr, viendo acercarse Buenos Aires, la ciudad cosmopolita, hospitalaria, libre, semejante a esas puertas llamadas "de misericordia", de las catedrales medioevales, adonde los delincuentes perseguidos se acogían.

La visión de la tierra, a un tiempo mismo amiga y rival, había tenido la virtud de acallar las pasiones que hasta entonces, más o menos embozadamente, fraccionaron a la muchedumbre; la lucha de razas se reanudaría luego, sobre el muelle; pero, provisionalmente, todos los instintos, aun el mismo deseo de la hembra, estaban callados, empequeñecidos, fríos, ante la majestad de la escena. El primer acto del formidable drama de la emigración llegaba a su fin.

A la caída del sol el *Paraná* recibió la visita de la Sanidad. El vaporcito sanitario hendía presuroso la superficie de aquel mar rojizo sobre el que flotaban ramas y hierbajos traídos desde el interior del continente por la corriente del Plata. Numerosos buques náufragos hundidos en el cieno del fondo, sacaban fuera del agua su arboladura; cada una de éstas recordaba una catástrofe, y sus mástiles, envergados, componían cruces, que daban al piélago una emoción de camposanto. Más lejos, a estribor, el islote Martín García, donde se alza el Lazareto, insinuaba una mancha negruzca.

El vapor de la Sanidad había atracado al pie de

la escalerilla de trasbordo. Arriba, delante del portalón abierto, el comandante Beraud, el doctor Nazaire y el comisario, los tres vestidos con guerrera azul y pantalón blanco, esperaban la visita de inspección. Sus semblantes preocupados descubrían la importancia solemne de tal momento. Los representantes de la higiene subieron a cubierta: eran hombres esbeltos, cetrinos, de grandes ojos negros; hubo sonrisas, apretones de manos. Luego el comandante Beraud, gravemente, presentó unos papeles, y después otros, que recibió de manos del doctor Nazaire...

Tras unos instantes de conversación, los recién llegados se internaron en el buque. Los vecinos del puente se sobresaltaron. Todos, egoístamente, se acordaban de Jorge Bridsbach y de aquellos dos niños arrojados al mar, casi al principio del viaje. ¡Tendría poca gracia que, por tales accidentes, el buque fuese declarado con "patente sucia" y enviado al Lazareto!... Cada minuto que pasaba, enardecía la incertidumbre y alboroto de los pasajeros. Mr. Alfredo apareció muy compungido. Las mujeres le rodearon.

—¿Qué hay?

—Nada; estamos perdidos.

—¿Por qué?... ¡Hable!... ¿Qué sucede?...

—Algo horrible: a pesar de los esfuerzos del comandante Beraud y del doctor Nazaire, los señores de la Sanidad se empeñan en mandarnos a Martín García.

—¡Pero eso es una infamia!... ¿Y por mucho tiempo?...

El inglés daba señales de desesperación.

—No sé: no lo han dicho aún... Probablemente unos veinte días...

Las mujeres prorrumpieron en gritos de cólera; las autoridades argentinas exageraban su celo; los niños no habían fallecido de ninguna enfermedad infecciosa; en cuanto a Bridsbach... si su amiga no declaraba de qué había muerto, ellas lo dirían...

Su indignación, afortunadamente, fué inútil; los médicos de la higiene se marchaban; aquello de que el buque iba a ser enviado a Martín García era una broma del inglés.

Apenas la Sanidad se alejó algunos metros, cuando el *Paraná* recobró su marcha. Poco a poco, en la interesante claridad azul y rosa de la tarde, la tierra iba acentuando sus perfiles; a babor, en el confín Sur, una chimenea coronada de humo ponía sobre la transparencia del cielo un plumero gigante. El buque avanzaba lentamente, sin balanceos, sobre aquel mar fangoso.

Llamaron a comer. Susana Massim se despidió de Jaime. La viuda le había dado las señas de un hotel situado en la calle Victoria, cerca de la Plaza de Mayo, uno de los sitios mejores de la ciudad. Ella, transcurrida una semana, le buscaría; antes la era imposible; el entierro de Serventi y las visitas de pésame que habría de soportar, no la dejarían un momento libre.

Agregó:

—Creo que no debes saludarme ante las personas que acudan al muelle a recibirme, y si lo haces, que sea fríamente, para no infundir sospechas: los maliciosos son muchos, y de estos pequeños deta-

lles deducirían más adelante nuestras relaciones, lo que me perjudicaría.

Después de cenar, Virginia Bonheur, que acechaba a Millanes, pudo hablarle. La artista tenía los ojos enrojecidos y húmedos de llorar. Sus primeras palabras fueron de reproche:

—Eres un infame, Jaime, un ingrato... lo sé, sí, lo sé... estás enamorado de la viuda; bueno, pero no importa: te quiero; te odio y te quiero... te quiero mucho; más que nunca... aunque seas tú, nadie más que tú, el responsable de que yo haya aceptado las proposiciones de Conffanieri.

El músico ensayó un gesto de desagrado. Ella le atajó con una sonrisa:

—¡No, no finjas celos!... Sería demasiado... Pues, sí; Conffanieri quiere ser mi amante "oficial"; dice que me dará mil pesos mensuales. ¿Qué te parece?... No sé qué pensar, no conozco exactamente el valor de la moneda argentina. Creo, sin embargo, que es bastante. También ha prometido dejarme cierta libertad, ¿comprendes?... Una libertad que, si tú quisieses, sería para ti...

Miróle de hito en hito:

—¡Infame!... ¿Por qué te amaré tanto?...

Millanes sonreía, petulante. Sin ser muy bello ni muy atrevido, ni siquiera muy joven, había en él, sin embargo, ese "algo" inexplicable, misteriosamente seductor, con que los hombres de psicología un poco femenina atraen a las mujeres.

Virginia Bonheur, zalamera, soboncita, se acercó a él:

—¿Vas a desembarcar esta noche?

Millanes recobró su seriedad. Contestó evasivo:

—Lo ignoro; unos amigos me habían hablado de ir a ver un hotel...

—Ve mañana.

—¿Por qué?...

—Porque Elena quería que fuésemos al teatro Scala, a presentarnos a nuestro empresario; pero yo la he convencido de que me deje aquí, arreglando el equipaje, y de que vaya ella sola. ¿Qué te parece?... ¡Podríamos pasar la noche juntos!..

El galán aceptó; fué una decisión súbita, sugerida por una idea extravagante.

—Conformes—dijo—espérame: de todos los hombres que, en Buenos Aires, han de hacerte suya, quiero ser el primero.

De súbito un fenómeno extraño que acababa de operarse al otro lado del mar, una visión verde y blanca, semejante a un desdoblamiento del horizonte, atrajo su atención. La capital porteña, agachada hasta entonces detrás del océano, surgía repentinamente; diríase que habiendo visto a los emigrantes del *Paraná*, para recibirles correcta y placenteramente se ponía de pie. De Norte a Sur, desde el rincón color esmeralda de Palermo, hasta las últimas edificaciones de Barracas y Avellaneda, la gran urbe formaba una línea horizontal, lisa, sin altibajos, que daba al viajero una lección democrática de igualdad. "Todos ante mi conciencia libérrima seréis iguales"—parecía decirles. En la claridad muriente de la tarde, brillaban algunas luces. Los emigrantes, hacinados a lo largo de la borda, miraban sin saciarse. Unos minutos más y el *Paraná* franquearía la entrada de la dársena Norte...

¡Buenos Aires!

¡Cuántas ilusiones, cuántos ensueños, se agrupaban, cual florido ramillete, alrededor de este nombre expresivo y simpático! Aquello era como un regreso a la vida primitiva, a la tierra madre, eternamente bella, saludable y munífica. Allí estaba, por fin, la ciudad nueva, cuyo solo recuerdo inspiraba una sonrisa de esperanza a los menesterosos del viejo mundo; la ciudad niña, que no padeció la tiranía de los reyes, ni vió jamás reflejarse en sus cristales las hogueras, alimentadas con carne humana, de la Inquisición; ni conoció el espanto de las luchas religiosas, ni tuvo que vestirse nunca de hierro como la pobre Europa. Por todas partes, olvido, concordia, amplitud de miras. Nada de intransigencias: el Estado procuraba discretamente que así fuese, y los habitantes, además, embebidos por el vértigo de los negocios, se olvidaban bastante de sus fanatismos. Así Buenos Aires se ofrecía semejante a una retorta enorme, donde las más diversas creencias y enemigas opiniones se equilibraban; como una nebulosa poliforme, abigarrada, maravillosamente heterogénea, especie de precioso mosaico donde todas las razas dejaron un rastro de rebeldía, de ambición y de tenaz esfuerzo; caos gigantesco, alumbrado por risueñas púrpuras de aurora, que acaso llevase en sus entrañas los contornos de la sociedad futura; Eldorado prometido, lleno de libertades, pleno de amor, donde los hombres podrán algún día ser todos buenos, porque todos serán felices...

El *Paraná* fondeó y el ruido áspero de sus anclas, al hundirse en las aguas y tomar tierra, sacudió el ensueño de los emigrantes. ¡Buenos Aires!

Iba a empezar la lucha. Nadie tembló; inconscientemente los puños se crisparon; las almas, heroicas dentro de los cuerpos mal vestidos, se pusieron de pie: ¡Buenos Aires...! ¡Allí estaba la Vida!...

FIN

Madrid.—Noviembre 1913.

200577
Author Zamacois, Eduardo
Title Obras completas, vol.2.
LS
Z232
DATE.
NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU